TEATRO REVOLUCIONARIO RUSO

PROLOGO Y TRADUCCION
POR CRISTOBAL DE CASTRO

L. LUNST
FUERA DE LA LEY

M. GORKI
LA MONEDA FALSA

L. ANDREIEF
EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID

M. AGUILAR
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID
1929

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

MADRID.- Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 20. Teléfono 10854.

PROLOGO

POR CRISTOBAL DE CASTRO

PROLOGO

El Hombre del Despacho y el Hombre de la Calle.

¿Es cierto, como afirman muchos, que toda Revolución social ha sido precedida de una Revolución literaria? ¿Que el Hombre del Despacho precede necesariamente al Hombre de la Calle?

¿O es cierto, por el contrario, como creen otros, que toda Revolución literaria es una consecuencia de toda Revolución social? ¿Que el Hombre de la Calle precede fatalmente al Hombre del Despacho?

Cuando se invoca a los enciclopedistas franceses como *pionners* del 93, o a los románticos de *La Joven Alemania* como precursores de la Dieta de Francfort, ¿se formula una ley histórica o simplemente una cita literaria? Eliminando, por igual, al fetichista de las Letras—para quien Beaumarchais, con *Las bodas de Fígaro*, hizo más por la Revolución que Mirabeau en el Juego de Pelota—y al fetichista de la Acción—para quien un estornudo de Santerre tiene más importancia que todo el periodismo de Desmoulins—, tal vez nos acerquemos a la verdad revolucionaria.

Cuya verdad nos dice que, en efecto, toda Revolución es una ecuación entre el Cerebro y el Brazo, esto es, en-

tre el Hombre del Despacho y el Hombre de la Calle, los cuales, indistintamente, se preceden o se siguen el uno al otro, si no obran acordes al mismo tiempo.

A veces, el Cerebro arrastra al Brazo, como Robespierre a los jacobinos; a veces, el Brazo al Cerebro, como los militas a lord Byron. Pero siempre, sean iniciadores o ejecutores, ambos se necesitan para integrar la Revolución; que si es únicamente Brazo, errará, torpe y ciega, hasta ser dominada por el Cerebro; y si únicamente Cerebro, caminará, abstraída y utópica, hasta ser aherrojada por el Brazo.

El rublo y el «knut».

La Revolución rusa tiene, más que la inglesa y que la misma francesa, antecedentes literarios. Porque si hay una literatura heterodoxa, rebelde, hostil al Poder, esa literatura es la rusa. De todas las épocas, en todas las escuelas, con todos los escritores.

Los escritores rusos—desde Gógol a «Los hermanos Serapiones»—se han mantenido siempre enhiestos frente al tirano. A pesar de San Pedro y San Pablo, del *knut*, de Siberia, ninguno flaquea en su temple. Es la única literatura del mundo que no tiene escritores palaciegos. Pobres, casi todos; hambrientos, muchos; unos, aferrados por la superstición religiosa; otros, alenazados por el alcohol, se transmiten esa gloriosa jerarquía de no ceder ni al rublo ni al látigo. Ya en el triste y necesitado oleño de Dostoiewsky, que sabe afrontar el destierro, ya en la trágica primavera de León Lunst, que, a los veinticuatro años, muere de hambre

El Hombre del Despacho en Rusia vivió siempre aislado, abúlico, zigzagueante, atiborrado de lecturas mesiá-

nicas, henchido de meditaciones caóticas. Un barril atestado de pólvora, pero sin mecha. La mecha, el Hombre de la Calle, no leía libros, ni siquiera periódicos.

Así el tipo de intelectual ruso se transmite—como la antorcha griega de mano en mano—de generación en generación. Y vemos, sucesivamente, al Askof, de Alejandro Herzen; al Oneguin, de Puskin; al Oblamof, de Goncharof; al Rudin, de Turguenef; al Pertchorin, de Gribadoief; al Malatof, de Pomialuski, sumidos todos en el *Nitchevó* (¡No importa!), que es el *nirvana* de los intelectuales eslavos.

Universalidad de las letras rusas.

Situados entre la miseria y la opresión, ni el Rublo ni el *Knut* los someten. Al margen de las multitudes, aislados ellos mismos de cenáculos y tertulias, cada uno sabe afrontar la adversidad con igual firmeza. Su individualismo no es fiero, sino estoico. Y sus vidas, como sus obras, están entretejidas de austeridad y de paciencia.

Aventureros buscavidas, como Gorki, o nobles de cuantioso patrimonio, como el patriarca de Yasnaia Poliana, en todos ellos resplandece ese mismo sol interior que alumbra las conciencias generosas y los intelectos sensibles. Rusia es la gran clínica social, y sus escritores, los grandes quirúrgicos de cada época. De ahí que las letras rusas influyan tan profundamente en todas las literaturas contemporáneas. Que figuras como Tolstoi, Dostoiewsky y Gorki acrezcan cada día en la actualidad universal. Porque no sólo es la doctrina, sino la conducta. No el cuento, la novela, el drama, sino el sentido, hu-

mano y hondo, de solidaridad social; la gravedad de cada biografía, nimbada de un halo apostólico.

El Teatro Revolucionario zarista

En sus luchas contra la Tiranía, es la Novela la que rompe el fuego. A partir de *Almas muertas*, de Gógol, se va ensanchando el frente de ataque en los ciclos de Retchnikof (*Los Poliyaneses*), de Turguenef (*Padres e hijos*), de Tolstoi (*Resurrección*), de Gorki (*Los ex hombres*).

El Teatro despliega casi al mismo tiempo sus guerrillas. Y es el propio Nicolás Gógol quien, con *El Revisor* y *El Matrimonio*, emprende la audaz ofensiva que ha de ensanchar también el frente de ataque en los ciclos de Lermontof (*La mascarada*), de Tolstoi (*El poder de las tinieblas*), de Gorki (*Asilo nocturno*), de Andreief (*El que recibe las bofetadas*).

Pero, así como la Novela sólo necesita imprenta y papel, el Teatro exige muchas cosas más y más complejas. De suerte que cuando el Novelista se había ya propagado hasta en las últimas aldeas, el Dramaturgo apenas lograba abrirse paso en contadas ciudades.

El vario Génesis escénico de Rusia, tan pintorescamente estudiado por Teodoro de Wizeba, es, hasta bien entrado el siglo XIX, como toda la literatura eslava, una imitación. Los clásicos franceses, nuestro Siglo de Oro, Goldoni y sus discípulos italianos, Schiller y los suyos alemanes, alternan con las óperas de Glinka y los bailes de entraña popular.

Sólo de vez en vez algún alemán erudito, algún francés recién llegado de Versalles, en busca de lo genuino,

apadrinan alguna farsa moscovita, como entremés de la corte. Así, *El boyardo*, de Pablo Ivanovitch Runief, o *Los cazadores*, de Belisario Poaznor, inocencias que van y vienen de San Petersburgo a Moscú, allegándose, cuando más, a Kazán y Kief en días de repicar gordo.

El éxito de *El Revisor*, formidable sátira burocrática, inicia el Teatro Revolucionario en Rusia. Los incidentes ruidosísimos que provoca revelan a los escritores un poder nuevo literario y social, político y tribunicio, muy superior al de la novela. Entonces, la Novela se adapta al Teatro. Y entonces, con el Teatro Revolucionario, surge el teatro verdaderamente ruso, específicamente nacional.

Los ciclos europeizadores de Puskin—que ensaya un *Don Juan*—y de Ostroeky—cuyas comedias llevan sello francés o español, indistintamente, se entreveran de ardor polémico con las sátiras de Miguel Lermontof—*La mascarada*, *El favorito*—, entronizando nuevamente el Teatro Revolucionario, hasta el ciclo nacionalista, pero burgués, «sentimental, sensible, sensitivo», de Antón Chejof, cuyo Teatro de Arte en Moscú interrumpe por un breve paréntesis el espíritu renovador, cubriendo los altares escénicos con el velo del Arte puro.

Mas el paréntesis dura poco. Bien pronto, el mismo Chejof, impulsado por su mujer, la vibrante actriz Olga Kniper, abandona el ritmo sentimental de *Las tres hermanas*, *El tío Vania*, *El huerto de los cerezos*, y aviva con su fino humorismo de cuentista y novelista obras tan deliciosas como *Petición de mano* y *La cerilla*. Entonces, Olga Kniper, gran animadora teatral—la Sarah o la Duse moscovita—, se encuentra con el formidable propulsor Stanislawsky—Antoine y Gordon Craig en una pieza—, y surge el Teatro Literario, ya no *Blanco*, como el del

Arte, pero tampoco todavía Rojo, como el que luego es-tatuye Meyerhold.

Chejof, Olga Kniper y Stanislawsky tienden, con la nueva organización, el puente entre el Teatro Revolucionario del Zarismo y el Teatro Revolucionario del Soviet. Esto es, entre Gógol y Lermontof. Andreief y Gorki y «Los hermanos Serapiones».

Este período transitorio es acaso el más interesante de la escena rusa. Porque en él surge Dostoiewsky con *Los hermanos Karamazof*, terrible asalto anticlerical; y Tolstoi, con *Resurrección*, estupendo ariete contra la magistratura; y Gorki, con su *Asilo nocturno*, inmortal agua fuerte de la miseria; y Andreief, con *Catalina Ivanona*, catapulta contra el amor oficial. Y es esta guardia insigne al que traslada al escenario todas las municiones del libro, convirtiendo cada teatro ruso en un polvorín.

Así, los mismos espectadores que acudíamos en 19[illegible] al Teatro Imperial María, de San Petersburgo, para aburrirnos con la ópera *La vida por el Zar*, íbamos en las noches siguientes al Alejandra o al Miguel para sentir todo el sublime espanto de *El poder de las tinieblas* o toda la profunda amargura de *Asilo nocturno*.

Ya entonces el Teatro Revolucionario, adueñado de los intelectuales y de los pequeños burgueses, comenzaba a captar las masas. Y en barrios populares, como la Litenia, algunas compañías modestas divulgaban a Gorki a cincuenta kopeks (al cambio de entonces, unos cinco reales).

Por entonces también, los obreros de Putilof formaron sus «cuadros artísticos», siempre a base de Gorki alternando con Gógol, Tolstoi y Dostoiewsky. En los quioscos de la Perspectiva Newsky, Suvorin, director de *Novo Vremia* y editor de literatura popular, aumenta-

su biblioteca de a rublo con una serie dedicada al teatro. Y en el Aquario, sede cosmopolita, entre un coro rumano y dos francesas enlazadas en la *machicha*, aplaudíamos los *Diálogos rusos*, donde el Pompof y el Teddy de tanda hacían audaces alusiones a Gorki, por entonces desterrado, y a Tolstoi, recientemente excomulgado por el Sínodo la tercera o cuarta vez.

«Los hermanos Serapiones».

Se alude con frecuencia a «Los hermanos Serapiones»; pero de refilón, como de oídas, en citas de tercera o cuarta mano. Queremos informar al lector de manera extensa y auténtica sobre este grupo literario, centro motor intelectual de la vanguardia rusa.

Este grupo se constituye en Petrogrado en 1921. Se llama «Los hermanos Serapiones» porque intenta emular a los héroes de igual nombre, protagonistas de un cuento de Hoffman. Tienen su mismo credo, a saber: libertad absoluta en gustos y juicios. Son doce: nueve prosistas y tres poetas. Los prosistas, León Lunts, genial dramaturgo, muerto de hambre a los veinticuatro años, cuya admirable tragicomedia *Fuera de la ley*, con prólogo de Gorki, se publica por primera vez en España y va incluída en el presente volumen. Sobre Lunts hemos publicado en *Blanco y Negro* un artículo y su retrato hace dos años. Y nuestra traducción de *Fuera de la ley* se anunció por Morano en dicha fecha.

Miguel Zochtchenco, varias veces herido, encarcelado y condenado a muerte; médico, actor, periodista y actualmente el más autorizado y famoso de los críticos rusos.

Uselod Ivanof, tipógrafo, titiritero y hasta faquir, autor del célebre *Tren blindado*.

Constantino Fedin, Miguel Slonimski, Benjamín Kaverin, Nicolás Kitin y Víctor Schloski, cuentistas, novelistas, dramaturgos y ensayistas; muchos de ellos, si no todos, en plena gloria, singularmente Fedin, autor de *Ciudades y años*.

Los poetas:

Isabel Polonskaia, de estro vigoroso y audaz, cuyo sensualismo recuerda a la ardiente Ana de Noailles.

Nicolás Tikhonof, soldado en el frente austriaco, primero, y después, sucesivamente, conspirador, policía, corresponsal y hoy maestro de la poesía.

Y Wladimiro Pozner, que ahora reside en París, escribiendo en diversos diarios y revistas, y cuyo preciado testimonio rubrica de autenticidad estas notas.

«Como sus hermanos fantásticos — escribe Pozner— los Serapiones rusos están ligados por la amistad. Hay entre ellos románticos y futuristas, bolcheviques e independientes de todo partido. Su divisa es ésta: «Cada cual toca su tambor.»

»Los Serapiones no se juzgan unidos sino por sentimientos. Sin embargo, yo, que estoy separado de ellos por un abismo de cinco años y dos mil kilómetros, creo advertir lazos más estrechos que los literarios o los políticos. Todos tienen la misma mentalidad, forjada en una vida de privaciones, entre gentes de la misma edad. En Petrogrado me parecía que cada hermano se diferenciaba esencialmente de los otros. Al presente, desde París, siento que aun los que me eran menos simpáticos, me parecen ahora algo mío.»

Este Serapión, desilusionado ya y mustio por el destierro y los fracasos, evoca la primera reunión de los

Hermanos, con motivo del quinto aniversario (marzo de 1926).

«Tuvo lugar—nos dice—en la Casa de las Artes, establecimiento acaso único en todo el mundo, especie de Museo, donde, en vez de obras, sólo se reúnen artistas. Y, en efecto, la colección era valiosa. Volinsky, el crítico; los poetas Ladislao Khadassevitch y Osip Mandestan, el escritor Victor Chkloski y otros varios que no recuerdo al cabo de los cinco años, tenían allí el domicilio.

La casa, en sí misma, era curiosa. Había pertenecido a un nuevo rico y el mobiliario se resentía de ello. Una sala en cuyos cuatro rincones había cuatro enormes árboles en cristal de Bohemia. Un comedor estilo gótico. Un saloncito cuyo techo, pintado en azul, quería representar un estanque, en el que los nenúfares eran las bombillas eléctricas.

En el primer piso, cerca de la alcoba de Chklowski, había un espacioso tocador donde, según decían, se paseaba el nuevo rico en bicicleta. Este hombre amaba las artes a su modo, y así se descubrió en la bodega, arrumbado por orden suya, un mármol de Rodin que desagradaba al Mecenas.

Y vamos a los Serapiones. Cierto día, Miguel Slonimski, que también habitaba en la Casa de las Artes, invitó a ocho amigos. (Todavía conservo, en Petrogrado, la invitación, llegada con dos semanas de retraso, pues por aquellos días el correo no funcionaba, por decirlo así.) Fédin, Ivanof y Tikhof se incorporaron a los Serapiones más tarde.

La reunión celebróse por primera vez en el cuartito de Slonimski, que había sido de la servidumbre. Allí nos congregábamos luego dos veces por semana. Una ventana daba a un patio. Muros sucios. La atmósfera, es-

pesísima por los cigarros. Cuando los ojos se habitúan, distinguimos un lecho y en él, tendido con los pies por alto, un joven moreno, de uniforme, al que le falta un botón. Es Miguel Slonimski. Ha hecho toda la Revolución sin el botón ese: el tercero empezando por arriba.

En torno de él, por los suelos, encima de la mesa, sobre el lecho mismo, se acomodan los otros Serapiones: Lunts, sonriendo, encantador y encantado; Zochtchenko, peinado, rasurado, empolvado; Gouzdeo, rojo y blanco, como una pasta dentífrica.

Uno de los Hermanos lee su nueva obra. Se la critica sin rodeos. Otro recita versos; se habla.

Hay invitadas, elemento indispensable; dos o tres muchachas, siempre las mismas, y de las cuales se enamoraron los Serapiones por turno. Se juega a los naipes en el salón, donde se proyecta una película. Nikitin, dibujando un paso de tango, se quema el codo en el *chubersk*. Slonimski imita a Max Linder. (Todavía está inédito Charlot.) Las muchachas intentan en vano enseñar el vals a León Lunst. El hambre, que tortura los estómagos, apaga el ingenio. Sin embargo, se sobrelleva más a gusto el hambre que el aburrimiento.

Y—bendito sea Dios—ninguno de los Serapiones—salvo Chlowski—ha publicado ni una línea.

Han pasado cinco años. Lunst, tras haber sufrido mucho, murió y fué enterrado en Hamburgo. Chlowski anduvo errante de Finlandia a Berlín, de Berlín a Praga, para acabar domiciliándose en Moscú. Yo vivo en París.

Varios Serapiones son ahora—justa o injustamente—célebres. Tikhonof tiene numerosos imitadores. Ivanof lanza novela tras novela.

No es ocasión de analizarlos, ni en méritos ni en defectos. Me contentaré con indicar que León Lunst ha

dejado algunos dramas que testimonian una comprensión tan diáfana como original de las exigencias escénicas. Fédin ha publicado *Ciudades y años*, una de las mejores novelas rusas, a partir de 1918, y en la que describe Alemania durante la guerra y Rusia durante la Revolución. Zechtchenko ha escrito cuentos medio serios, medio humorísticos, revelándose un escritor que domina el idioma ruso como pocos.

En una palabra, como cuando su institución, los Serapiones cumplen exactamente el lema: «Cada cual toca su tambor.» ¿Podrá argüirse que uno toca un tambor vasco y otro un tambor de granadero?...»

Teatro Revolucionario Soviético

Entre la pacotilla de «descubridores de Rusia», que en dos semanas de un apresurado reportaje, y sin otros antecedentes que su facundia, ha lanzado libros y libros sobre los Soviets, destacan, por su autoridad de convivencia y documentación, la obra del francés Luc Durtain *L'autre Europe*; la del italiano Salvatore Aponte, en su *Corriere Ruso*; la del inglés Huntley Carter, *The New Theatre and Cinema of Soviet*, y la más reciente, pues sólo data de unos meses, del austriaco Gregor Fulpo-Miller, *Dar Russischer Theater*, maravilla de erudición y lujo editorial, que a un texto depurado, extenso y nutrido une el primor de figurines de Leo Baskt, de Folsezer, de Hans Bolm; decorados de Andeyesko, de Rahnovitch, de Taltlin, y hasta 358 espléndidas fotografías de casi todos los teatros rusos.

Debemos comenzar por la afirmación rotunda, referida a críticos rusos como Alejandro Volinsky y Miguel

BIBLIOTECA

Zochtchenco, de que actualmente los dramaturgos rusos populares siguen siendo Gorki, Tolstoi y Andreief, inclinándose en gran estima por los intelectuales y el pueblo las comedias de Gógol, de Griboyedof, de Dostoyewsky y algún otro precursor.

Vienen después en el favor público Mayakowski, con su *Misterio grotesco*; Bulgarof, con *Los días de Trubinitz*; Ivanof, con *El tren blindado*, y Treatiakof, con *¡Rugé, China!*, inspirado en el *¡Avante contra Europa!*, adaptación de la novela de Ely Ehrenburg y de *El túnel*, del alemán Bernard Kellerman.

En general, los vanguardistas escénicos, como los de cuento y la novela, avanzan como uno y retroceden como dos. Y así como Boris Pilniak, y Bunin, y Kuprin, y Poltaief, que fueron los primeros iconoclastas, van replegándose hacia el tema histórico y el juicio ponderado, en lo tocante a cuentos y novelas, y los «poetas feroces», como Alejandro Block, Weleglin, Pasternack, se van calmando en sus furores de ha diez años, así «los dramaturgos del pueblo», que pretendían arrasar todo el teatro ruso por burgués—incluyendo a Tolstoi y a Dostoyewski, como a Gógol y a Griboyedof—, deponen sus ingenuas cóleras y acampan bajo el estandarte de los maestros.

Lo que sí han hecho es avivar la acción, incorporando el ritmo contemporáneo de muchos cuadros y la intervención frecuente del *cine*, como los vanguardistas franceses, alemanes, italianos y yanquis, sobre todo los yanquis.

Incorporación, en lo tocante a mutaciones, absolutamente clásica, desde Esquilo, en *Los siete contra Tebas*, hasta Shakespeare y Calderón, en cualesquiera de sus obras.

Y en los mismos Tolstoi y Dostoyewski, ¿no hay una variedad de lugares que compite con las comedias más modernas? ¿Qué es, por ejemplo, *El cadáver viviente* sino una sucesión de estampas policromas con sus gitanos y de riquezas polifónicas con sus coros? Y puesto que hablamos de Tolstoi, ¿qué vanguardista iguala, en humorismo y agudeza, en finura revolucionaria y demoledora esta farsa *El primer destilador o Cómo ganó el diablo su pedazo de pan*, cuya traducción incluiremos, con otras de escritores nuevos, en volumen próximo?

El Teatro Revolucionario Soviético, impulsado por Meyerhold, el animador populista, hacia un jacobinismo furioso, ha encontrado el poder moderador de Lunarchasky, cuya autoridad y experiencia van refrenando lo excesivo.

Pasado ya el furor de la inundación, las aguas se encauzan. Pasada la fiebre de la Moda, los vanguardistas se ponderan y mesuran. Proclamándose unos, como Fedor Gladkof—el de *El Cemento*—, discípulo de Gorki, y proclamando otros, como Wladimiro Malakowski—el de *150.000.000*, cuyo lema *Nadie es autor de este poema mío* parecía el colmo del iconoclastismo—, que «Gorki sigue siendo el primer escritor de Rusia y, por supuesto, de todo el mundo».

CRISTÓBAL DE CASTRO.

FUERA DE LA LEY

FARSA TRÁGICA EN CUATRO ACTOS

POR LEON LUNST

PROLOGO DE MAXIMO GORKI

EN MEMORIA DE LEON LUNST

León Lunst murió el 9 de mayo (1924). Murió en un sanatorio cerca de Hamburgo, de una enfermedad indeterminada, «que se desarrolló a base de agotamiento nervioso», según me han dicho.

El sabía que se moría. Y murió en paz, sin sufrimientos, sin suspiros, sin quejas.

Sólo vivió veintidós o veintitrés años. Discípulo del profesor Petrof—cátedra de Literaturas neo-latinas—, fué, al licenciarse, enviado por el Claustro de profesores a España, para estudiar la literatura española. Cuando se puso en camino estaba ya enfermo, y pasó casi un año en un sanatorio. Durante este tiempo escribió el drama *La ciudad de la verdad*. Luego compuso otras obras dramáticas: *El mono vanidoso*, *Bertrán de Born* y *Fuera de la ley*.

Entre sus cuentos me gusta extraordinariamente uno titulado *En el desierto*, magnífica estilización de la leyenda bíblica del éxodo judío en Egipto.

Yo tenía la convicción de que en León Lunst se hubiera desenvuelto un gran artista original—posee el ingenio indiscutible de un dramaturgo.

Como viva y trabaje Lunst—pensaba yo—, la escena

rusa se enriquecerá con obras de que, hasta ahora, no tuvo semejante.

Con León Lunst ha muerto un joven de extraordinarias cualidades; era genial, inteligente y, para un hombre de su edad, excepcionalmente culto. Sentíase en él una rara independencia y una imaginación fogosa. Esta cualidad no era solamente indicio de una juventud desconocida hoy—tal juventud no existe en la Rusia de la vida—. La independencia en él era una cualidad fundamental, natural y honesta; aquel fuego que sólo se extingue cuando ha consumido al hombre enteramente.

En el Círculo de «Los hermanos Serapiones», León Lunst era el predilecto. Agudo, de palabra fogosa, era un camarada magnífico; sabía querer. Los difíciles años de 1919 y 1920, cuando «Los hermanos Serapiones»—como todos en la Rusia bloqueada—padecieron hambre, y algunos de ellos, durante días enteros, se esforzaban por yacer inmóviles para sofocar los dolores lacerantes del hambre, León Lunst fué uno de los que pensaron en los amigos antes que en él propio.

Es muy triste hablar de esta pérdida dolorosa, de la muerte prematura de este hombre genial.

MÁXIMO GORKI.

INTRODUCCION DEL AUTOR

Los personajes de esta tragedia (aceptada para su representación en el «Teatro Gubernativo», de Petersburgo) llevan nombres españoles. Pero no hay que creer por esto que se trata de una tragedia de la vida española. El lugar de acción es la ciudad, y ciudad, en español, quiere decir «urbe», en general. He querido escribir una farsa sin época ni lugar precisos... La España de mi obra es convencional. Desde los tiempos más remotos, este país sirvió, en casos análogos, de cabeza expiatoria. Se comprende; ello es elemental. Pero escribir con nombres absolutamente inventados, sin indicación alguna sobre costumbres y sus accesorios, equivale a perder la obra para la escena.

Y para mí no tiene importancia su valor literario, sino exclusivamente su aspecto escénico. Cuando escribí esta tragedia «la veía» y no pensaba sino en esto. El lector puede perdonar los errores; el espectador no debe perdonarlos.

He tratado de resolver un problema difícil: comenzar con una farsa y acabar con una tragedia. He querido llenar esta distancia orgánicamente; y de ello deriva la idea fundamental de la obra.

LEÓN LUNST.

REPARTO DE LA TRAGEDIA

RODRIGO, canciller de la ciudad.	
DON PABLO.	Nobles.
DON GONZALO.	
DON BENIGNO.	
DON CARLOS.	
DON NARCISO.	
LIONEL	Ciudadanos.
MENGO.	
PEDRO.	
ALONSO ENRÍQUEZ.	Bandidos.
ORTUÑO.	
LÁINEZ.	
FABIO.	
CASTAÑOS.	
HERNÁN.	
EL HOSTELERO.	

INÉS, hija del duque.
CLARA, condesa de Ursino.
ISABEL, esposa de Alonso.
JACINTA, hija del hostelero.

(Después de cada cuadro, un intermedio, que se representa en dos escenarios laterales, correspondientes a ambos lados del escenario central.)

Epoca indeterminada.
Lugar de la acción: la ciudad.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una hostería. Varios ciudadanos, entre ellos Ortuño, beben, sentados en torno a las mesas. Algo alejado, Don Benigno. En un rincón, Un Desconocido, con el sombrero calado hasta los ojos. Jacinta sirve.

ESCENA PRIMERA

DON GONZALO, DON BENIGNO, PEDRO, MENGO, LIONEL, ORTUÑO, ALONSO y JACINTA.

DON GONZALO.—(*Entrando alborotado y sin aliento.*) ¡Don Benigno! ¡Don Benigno!

DON BENIGNO.—¿Qué ocurre?

DON GONZALO.—¿Cómo? Pero ¿no lo sabéis?

TODOS.—(*Rodeando a Don Gonzalo.*) ¿Qué sucede?

DON GONZALO.—Ahora mismo, en la plaza... ¡En pleno día! ¡Si parece increíble!

TODOS.—¿El qué...?

DON BENIGNO.—¡Hablad, por los clavos de Cristo!

DON GONZALO.—Bajo las ventanas de don Rodrigo, el canciller...

DON BENIGNO.—Sentaos, don Gonzalo... y tomad aliento... Ahora... continuad.

DON GONZALO.—¡Alonso Enriquez!

TODOS.—¿Qué ha hecho Alonso? ¿Qué ha hecho?

DON GONZALO.—Ese bandido, salteador, ladrón, sacrílego...

MENGO.—¡Eh, eh!... Cuidado con lo que se habla. Enriquez es amigo nuestro...

LIONEL.—Alonso Enriquez es amigo nuestro...

DON GONZALO.—¿Amigo vuestro ese truhán, Alonso?

LIONEL.—Amigo nuestro, sí.

MENGO.—Y defensor nuestro a todas horas.

DON GONZALO.—¡Pues peor para vosotros! Os arrestaremos con él...

LIONEL.—¿Arrestarnos? Ja, ja. ¡Lo veremos!

MENGO.—Probad a hacerlo...

DON BENIGNO.—(*Aplacando la gresca.*) Calma, señores... (*A los otros.*) ¡Calma! Separemos antes lo que ha hecho *el honorable* Alonso Enriquez...

PEDRO.—Eso... Contadnos de una vez la nueva hazaña de ese desalmado, como vos le llamáis.

DON GONZALO.—En plena plaza, a mediodía, bajo las ventanas del palacio..., ¡ha azotado públicamente a don Fernando, el hijo del canciller!

LIONEL.—¡Bravo Alonso!

PEDRO.—¡Magnífico!

MENGO.—¡Lo merecía el hijo del canciller!

DON GONZALO.—¿Lo merecía?

LIONEL.—Sí; ese mozuelo, a los diez y seis años... es más odioso que su padre...

MENGO.—Cada día, en mis propias barbas, corteja a mi hija..., la enamora... ¿Comprendes?... Y yo callo ¡Merecía el azote!

LIONEL.—¡Desde luego! Lo merecía.

DON GONZALO.—Ya os lo dirá su padre, don Rodrigo

ORTUÑO.—(*Desde un rincón.*) ¡Ja, ja! Alonso no ha castigado lo bastante. Debió azotar al propio canciller, al respetable don Rodrigo... (*Risas.*) Y con ellos, a Clara Ursino, su amante... (*Más risas.*)

MENGO.—¡Bien!

LIONEL.—¡Bravo, Ortuño! Opino como tú: al *respetable* don Rodrigo... (*Ríen todos.*)

DON GONZALO.—¡Bergantes! ¿Cómo osáis burlaros de la sagrada persona del canciller?

LIONEL.—Tenéis razón... Debemos llorar y no reír (*Remedándolo.*) «de la sagrada persona del canciller».

MENGO.—¡El canciller! Un hombre que sólo motiva lágrimas.

PEDRO.—Que nos estruja con los impuestos...

MENGO.—Deshonra a nuestras mujeres y a nuestras hijas...

LIONEL.—Azota con el látigo a nuestros padres.

MENGO.—¡Abajo el canciller!

PEDRO.—¡Al diablo el canciller!

DON GONZALO.—¿Rebeldía? Os arrestaremos...

HOSTELERO.—Calma, señores, calma...

DON BENIGNO.—Mucha calma, don Gonzalo... En nombre de Dios...

DON GONZALO.—No quiero.

DON BENIGNO.—Os asesinarán...

DON GONZALO.—No me amedrentan.

DON BENIGNO.—Os azotarán.

DON GONZALO.—(*Retrocediendo.*) ¡Lo veremos!

LIONEL.—Que termine el relato...

DON BENIGNO.—Vamos, señores...

PEDRO y MENGO.—Sí, sí... Que lo termine.

LIONEL.—Sepamos de una vez...

DON GONZALO.—Alonso Enríquez—ya lo dije—ha azo-

tado a don Fernando. ¡En pleno día! ¡Delante de cien personas! Y todos se reían y alegraban... ¿Vióse jamás cosa parecida?

MENGO.—Y... ¿lo presenciasteis vos?

DON GONZALO.—Sí por cierto... lleno de indignación.

MENGO.—¡Ah! ¿Por qué, entonces, no defendisteis a don Fernando?

DON GONZALO.—¿Cómo podría defenderlo?

LIONEL.—Sacando la espada... contra Alonso...

DON GONZALO.—¿Cómo iba a sacar la espada?

LIONEL.—(*Desnudando la suya.*) Así...

DON GONZALO.—Así... Así... ¡Bah! En cuanto ese bandido azotó a don Fernando, escapó... Pero no le valdrá. Ya se corren por todas partes las órdenes del canciller. (*Entran dos esbirros.*) Silencio. Mirad.

ESCENA II

Dichos, ESBIRROS 1.º y 2.º

ESBIRRO 1.º—¡En nombre del duque! (*Todos se agrupan en actitud hostil.*)

ESBIRRO 1.º—Orden de Su Alteza el duque Felipe a todos los pueblos del ducado... «Tiempo ha que un foragido llamado Alonso Enríquez trae revuelto el territorio. Los nobles son detenidos en los caminos, en las calles hasta en sus casas, asaltadas del tal bandido, cuyas fechorías se acrecen por instantes. Hoy ya, colmando nuestra paciencia, ha osado ultrajar sacrílegamente la persona de Su Alteza don Fernando de Lara, hijo de Su Alteza don Rodrigo, nuestro muy amado canciller.»

ORTUÑO.—Han azotado al mozo... Je, je...

LIONEL.—Le han calentado las costillas... Ja, ja.

ESBIRRO 1.°—«... Por cuyo delito, anunciamos—para que sea conocido de todos—que desde hoy se declara al dicho Alonso Enríquez fuera de toda ley. Cualquier súbdito nuestro tiene el derecho de perseguirlo, matarlo y apoderarse de sus bienes. Las leyes de nuestro ducado son nulas tocante al repetido facineroso. Firmado de la ducal mano, sellado con el sello de nuestra Cancillería. Felipe, duque. Rodrigo, canciller.» (*Salen los dos esbirros.*)

ESCENA III

Dichos, menos los ESBIRROS 1.° y 2.°

DON GONZALO.—¿Eh? ¿Qué os parece? (*Nadie contesta.*) ¡Gracias al Señor, ahora ya podremos dormir tranquilos.

LIONEL.—Nosotros hemos dormido bien tranquilos antes de esa orden.

MENGO.—¡Claro!... Alonso Enríquez no se mete con gente como nosotros. No le interesa la plebe, sino la nobleza. Los duques, condes y marqueses... le conocen bien.

LIONEL.—¡Ya lo creo que le conocen!... (*Haciendo acción de pegar. Todos ríen.*)

DON GONZALO.—¡Ah! ¿También os burláis de la orden del duque?

MENGO.—No es del duque la orden, sino del canciller. El duque ha firmado como en barbecho...

LIONEL.—El duque es un necio, y el canciller, un miserable. (*Risas.*)

DON GONZALO.—(*Exaltado.*) ¡Miserable Su Alteza! (*Yendo a la puerta.*) ¡A mí, soldados!

ORTUÑO.—Y don Gonzalo es un cobarde, le faltaba añadir. (*Risas.*)

LIONEL.—¡Don Gonzalo! ¿Por qué no esgrimís la espada contra los traidores?

MENGO.—¿Por qué calláis? ¿No oísteis? ¡Sois un bardo!

ORTUÑO.—¡Cobarde, necio... y bellaco!

EL HOSTELERO.—¡Señores! ¡Señores! Es hora de cerrar...

DON BENIGNO.—¡Salgamos, don Gonzalo!... ¡Vamos! (*Aparte.*) ¿Qué gusto tenéis en tratar con esta gente?

DON GONZALO.—(*Aparte.*) Pero si no soy yo; son ellos... (*Se encamina a la puerta. Al verlo, se dirigen hacia él excitados. Don Benigno y el hostelero procuran detener a don Gonzalo.*)

LIONEL.—¿Eh? ¡Don Gonzalo!

MENGO.—¡Que no se escape!

HOSTELERO.—¡Señores! ¡Señores!...

LIONEL.—¡Ilustre don Gonzalo! (*Irónico.*)

MENGO.—¡Heroico don Gonzalo!... (*Salen tumultuosamente. Quedan en escena Ortuño, Jacinta y, en un rincón, el desconocido.*)

ESCENA IV

ORTUÑO, JACINTA y el DESCONOCIDO.

ORTUÑO.—¡Jacinta! ¡Amor!

JACINTA.—¿Qué estoy viendo?

ORTUÑO.—¡Soy yo! ¡Sí, soy yo!

JACINTA.—¡No doy crédito a mis ojos! ¿Tú... así

ORTUÑO.—¿Cómo así?...

JACINTA.—¿Pero es verdad? ¿No estás borracho?

ORTUÑO.—¡Ya lo creo que lo estoy! Y... bien borracho; palabra de honor.

JACINTA.—Pues échame el aliento a ver. (*Ortuño le sopla en las mejillas y la besa.*) ¡Quita! ¡Eso no vale!... (*Riendo.*)

ORTUÑO.—¿Estoy borracho o no?

JACINTA.—Un poco. Bebe más si quieres.

ORTUÑO.—(*Arrodillándose con el vaso en la mano.*)

Llegó por fin la hora en que el destino
puso en tus manos la salvación mía.
Por esta espada, clave de mi sino...

JACINTA.—(*Interrumpiéndole.*) ¡Calla, tonto!

ORTUÑO.—Por esta espada... ¡Bien! ¡No sé cómo sigue!... ¡Y eso que lo traía aprendido de memoria!... ¡Ah! ¡Ya está!

Por esta copa donde brilla el vino...

JACINTA.—(*Interrumpiéndole nuevamente.*) Lo del vino no se le olvida.

ORTUÑO.—¡Por Dios bendito! ¡No me interrumpas, que ya se me ha olvidado otra vez!

JACINTA.—Bebe de nuevo y lo recordarás.

ORTUÑO.—Ahora no; déjame que lo diga todo hasta el fin... (*Cae nuevamente de rodillas.*)

Por esta copa donde brilla el vino
con reflejos dorados como el oro...
¡Oh Jacinta! Te juro que te adoro,
y que...

EL DESCONOCIDO.—(*Acercándose y colocándole una mano en el hombro.*) ¡Basta, amigo! Otro día terminarás.

ORTUÑO.—¡Cómo! ¿Quién sois?... ¿Os atrevéis?...

EL DESCONOCIDO.—(*Alargándole una copa.*) Bebe, Ortuño. No te conviene la abstinencia.

ORTUÑO.—(*Esforzándose para sacar la espada.*) ¡Miserable!

DESCONOCIDO.—¡Qué bravo estás hoy! ¿Quién te enseñó versos tan lindos?

ORTUÑO.—¡Defiéndete!

JACINTA.—(*Interviniendo.*) ¡Ortuño!... ¡Señor!

DESCONOCIDO.—¡Envaina el acero! (*Se quita la barba y el bigote.*)

ORTUÑO.—(*Estupefacto.*) ¡Alonso!

ALONSO.—No te asombres, envaina el acero y... bebamos.

ORTUÑO.—¡Amigo Alonso! (*Se abrazan estrechamente.*)

JACINTA.—(*Sorprendida.*) ¡Dios mío! ¡Es él!

ALONSO.—¿Qué te ocurre, preciosa?

JACINTA.—Esa barba y ese bigote...

ALONSO.—¿Estoy mal sin ellos? ¿No te gusto así?

JACINTA.—(*Ruborizada.*) ¡Señor!

ORTUÑO.—Oyeme, Alonso.

ALONSO.—Te oigo, Ortuño.

ORTUÑO.—¿Qué te iba yo a decir? Se me fué... Espera que me acuerde...

ALONSO.—Toma un trago.

ORTUÑO.—¿Qué era? Era algo urgente...

ALONSO.—De seguro... (*Rie.*) (*A Jacinta, aparte.*) ¿Entonces, no te disgusto?

JACINTA.—Señor...

ALONSO.—¿«Señor, sí»... o «señor, no»?...

JACINTA.—Señor... (*Alonso acaricia a Jacinta.*)

ORTUÑO.—¡Ya me acuerdo! ¡Ya! Pero, bueno, Alonso..., eso que estás haciendo...

ALONSO.—No te fijes... ¿Qué era ello?...

JACINTA.—¿De manera que sois Alonso Enríquez?

ALONSO.—¿Aun no me has reconocido?

ORTUÑO.—Alonso... ¡Loco! La ciudad está llena de esbirros... ¡Huye! ¡Ponte la barba y el bigote!

ALONSO.—Los esbirros esperarán, amigo Ortuño. No será la primera vez. Preciosa, dame un beso.

JACINTA.—¡Señor! (*Se besan.*)

ORTUÑO.—¡Alonso! ¡Eso es una vileza!

ALONSO.—Bebe, Ortuño...

ORTUÑO.—Esa mujer es mía... ¿Y la amistad?

ALONSO.—(*Después de beber.*) ¿La amistad?... ¡Bah! ¿No has oído que estoy fuera de la ley? ¡Al diablo, pues, la ley de la amistad! Jacinta, ¡un beso!

JACINTA.—¡Oh señor! No está bien... (*Se besan.*) ¡No está bien!

ORTUÑO.—¿Pero no te avergüenzas? Recuerda que eres casado.

JACINTA.—¿Cómo? ¿Casado?...

ALONSO.—¡Rufián! ¿A qué me lo recuerdas? ¡Verdad! ¡Estoy casado! ¿Casado?... ¡¡No!! Amigo Ortuño... Abrázame. Bendíceme...

ORTUÑO.—¿Qué te pasa?

JACINTA.—¿Qué os sucede?

ALONSO.—Una idea. ¡Una idea magnífica! ¡No soy casado!... ¿Estoy fuera de la ley?... Pues... ¡fuera de la ley matrimonial!... ¡Fuera de la mujer!... ¡Sin mujer!... ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, duque! ¡Gracias, canciller! ¡Me habéis librado de la plaga, de la peste! ¡Duque de mi vida! ¡Oiré cien misas por tu alma! ¡Iré contigo a rescatar el Santo Sepulcro!... ¡Canciller de mi corazón! ¡Te lo juro! ¡No volveré a azotar a tu hijo! ¡Pobre doncel! ¡Chillaba como una gallina!... ¡Me habéis devuelto la felicidad!... ¡Soy libre! ¡Libre! Gra-

cias a vosotros estoy fuera de la mujer... ¡Sin mujer! (*Pirotea por la estancia, derribando mesas y sillas, gr.* sando.) (*Entra el hostelero.*)

HOSTELERO.—¡Señor! ¡Señor! ¿Qué hacéis?

ALONSO.—¡Al diablo el matrimonio! ¡Al diablo la mujer! ¡Al diablo todo!...

HOSTELERO.—Señor, es media noche... y tengo que ce rrar la hostelería...

ALONSO.—¿Qué dices tú, buen hombre?

HOSTELERO.—Digo, señor, que, según la ley...

ALONSO.—¡Ja, ja! ¿Le habéis oído?...

HOSTELERO.—Olvidáis, señor, que las órdenes...

ALONSO.—Me está prohibido obedecer orden alguna.

HOSTELERO.—Señor, por Dios bendito...

ALONSO.—No me canses, buen hombre; de otra suerte, haré contigo lo que con este escabel... (*Lo derriba.*)

HOSTELERO.—Señor... Soy un honrado hostelero... ¡Si no os vais, avisaré a los corcheles'...

ALONSO.—¿A los corcheles? ¡Tampoco puedo obedecerlos! Por lo visto, ignoras quién soy...

ORTUÑO.—¡Silencio, Alonso! ¡No le descubras!

ALONSO.—Ortuño, bebe.

HOSTELERO.—¡Virgen santa! ¡Alonso Enríquez! (*Huye.*) ¡Alonso Enríquez!

ESCENA V

ALONSO, ORTUÑO y JACINTA.

JACINTA.—¿Qué habéis hecho? Mi padre ha salido sin duda a delataros. (*Corre a cerrar la puerta.*)

ALONSO.—¡Que me delate! Lo único que me importa eres tú. ¡Bésame, preciosa!

ORTUÑO.—¡Bellaco! ¡Te he dicho que Jacinta es mía!

ALONSO.—Ortuño, bebe. (*A ella.*) Y tú..., tranquilízate. Por lo general, los bandidos, cuando los persiguen, huyen; se disfrazan y ocultan sus nombres... Esta es la ley común... Pero como yo estoy fuera de ella..., me quedo..., me descubro y revelo mi nombre a todos... (*Acercándose a la ventana.*) ¡Eh! ¡Vosotros! Luna y estrellas... ¡Oíd! Os pongo por testigos... Hago voto, desde ahora mismo, de no comer pan a manteles, no saludar a los amigos y saludar en cambio a los extraños; dormir de día y no de noche... Levantarme al anochecer y acostarme cuando amanezca... Cabalgar en cerdo y comer caballo... Durante el responso, cantar un bailable, y en el baile, rezar un responso. Dormir en pie y andar con los brazos... Acatar al villano y azotar al duque... Caminar por el agua y nadar en seco...

JACINTA.—No seáis loco, señor... Habéis hecho un voto... ¿Cómo caminaréis sobre el agua?

ALONSO.—(*Riendo y hablando a Jacinta misteriosamente.*) ¡Calla, inocente! Yo puedo quebrantar todos los votos... todos los juramentos. ¡Soy libre, ¿comprendes?, libre! Los demás no lo son. Ni siquiera vosotros (*Mirando al cielo.*), astros celestes. Tú, luna..., y vosotras, estrellas, ¿por qué os ocultáis de día y brilláis por la noche? Porque estáis sujetas a la ley como un rebaño de ovejas. ¡Ja, ja! ¡Duques, reyes, papas: imagináis ser omnipotentes y sólo sois esclavos! ¡Sois siervos..., sois aherrojados! ¡¡Envidiadme!! ¡Jóvenes y viejos, nobles y villanos, aves y fieras, montes y ríos, árboles y flores, cielo y tierra, lo animado y lo inerte, criaturas y Creador, ¡todo lo existente! obedece a una ley!... ¡Todo está den-

tro de la ley!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Sólo yo estoy fuera de ella! (*Aproximándose a la batería.*) Señores míos: ninguna ley significa nada. Todas las leyes, celestes y terrenas, divinas y humanas, del Estado o del Honor, son pura broma... Ya lo veis: hallarse fuera de ellas no es difícil... Pero hay una, señores míos, una terrible... (*Levantando la voz.*) ¡La ley del Himeneo!... No os riáis. ¿Creeríais que sea fácil hallarse..., cómo diría yo..., fuera de la ley propia?... ¡No lo es! No os riáis... y probad. Si contaseis a mi mujer, os lo explicaríais... ¿Qué son el odio, el duque? ¡Nada!... ¡Pero doña Isabel, mi esposa! ¡Ah! Yo, Alonso Enríquez, bandido y perjuro; yo, que no tengo miedo a nada ni a nadie; yo, ¡tiemblo ante ella! (*Pausa.*) Señores míos, permitidme un consejo. ¡No os caséis! Es preferible caer en las garras de la Inquisición. Doncellas y mancebos, os conjuro: ¡no os caséis! Y vosotros, los ya casados..., ¡id a colgaros de una viga! Es el único medio de verse libre de la mujer. ¡Ah! ¿Estoy llorando? Sí; ved, señores: Alonso Enríquez llora; llora sólo ante el recuerdo de su doña Isabel... ¡Al diablo el llanto! ¡Fuera miedo! ¡No estoy casado! ¡No conozco a mi esposa..., a la que fué mi esposa! ¡Para algo estoy fuera de la ley!... Jacinta, bésame. (*Se besan.*)

ORTUÑO.—Alonso, repito que lo que haces es una bellaquería.

ALONSO.—¡Tú, Orluño, bebe! (*Llaman a la puerta fuertemente: «¡Abrid!»*)

JACINTA.—¡Ah, señor! ¡Vienen a prenderos!

VOCES.—(*En la puerta.*) ¡Abrid en nombre del duque!

ALONSO.—(*Muy fuerte.*) ¿Quién es? ¿Qué queréis?

VOCES.—¡En nombre de la ley!

ALONSO.—¡Ja, ja, ja!... ¡Aquí no conocemos eso!

VOCES.—¡En nombre de la ley, abrid!

ALONSO.—¡Y dale! ¡Estúpidos! Me declaran *fuera de* la ley y luego me amenazan con ella... Ja, ja...

JACINTA.—Os prenderán, señor... ¿Cómo podéis reír?...

ALONSO.—Yo río siempre, Jacinta. El hombre que sea *hombre* debe reír toda la vida... Por todo... Riamos, pues.

VOCES.—(*Más recias.*) ¡Abrid (*La puerta comienza a ceder.*), o echaremos la puerta abajo!

JACINTA.—¡Huíd por esta ventana! No es muy alta.

ALONSO.—Todos los bandidos huyen por la ventana. Yo, no; gracias, hermosa; saldré por la puerta.

JACINTA.—¿Cómo, señor?

ALONSO.—Tú lo verás; aguarda.

JACINTA.—¿Queréis perderos?

ALONSO.—Calma. Despidámonos. (*Se besan.*)

ORTUÑO.—¡Bellaco! ¿Otra vez? ¡Vas a morir! (*Se incorpora y desenvaina trabajosamente la espada.*)

ALONSO.—Ortuño, bebe. (*Besa a Jacinta.*)

ORTUÑO.—Antes te mataré. (*Da dos pasos hacia donde está Alonso, que se pega al muro junto a la puerta. La puerta cruje. Ortuño avanza, ebrio, esgrimiendo la espada. Se abre la puerta y entran corriendo los corchetes, que se arrojan sobre Ortuño.*)

ESCENA VI

Dichos, CORCHETES y HOSTELERO.

CORCHETES.—¡Ese es! ¡Ese! (*Desarman a Ortuño y lo golpean.*)

ALONSO.—(*Junto a la puerta.*) ¡Adiós, fantoches! (*Sale tranquilamente.*)

ORTUÑO.—*(Parando los golpes.)* ¡Ay! ¡Ay! ¡Dejadme! ¡Que no soy él!...

HOSTELERO.—¡Quietos! Mirad .. No es él... No es Alonso.

UN CORCHETE.—¡Diantre! ¡Es el borracho Ortuño!

HOSTELERO.—*(A Jacinta.)* ¿Dónde está Alonso?

JACINTA.—Huyó por la ventana, padre.

HOSTELERO.—¿Huyó? ¡Diablo!...

ORTUÑO.—¿Huyó? *(Sollozando.)* ¡Buena la hicisteis!

HOSTELERO.—*(A Ortuño.)* ¡Tú le habrás ayudado!

ORTUÑO.—¿Yo? *(Quejándose.)* ¡Ay! Tenéis la mano muy dura... señores.

CORCHETE.—Bueno... ¿y qué hacemos con éste? *(Por Ortuño.)*

HOSTELERO.—Llevárosle; yo tengo que cerrar.

CORCHETE.—¡Arrojadle a la cueva!

ORTUÑO.—¿A la cueva?... ¡Ay! ¡Ay!

HOSTELERO.—No, no; llevárosle.

ORTUÑO.—¡Ay! ¡Ay! *(Los corchetes sacan a rastras a Ortuño. El hostelero cierra tras ellos la puerta.)*

JACINTA.—*(Romántica.)* ¡Alonso Enríquez! ¡Qué arrogante! ¡Qué listo! ¡Qué valiente! *(Mirando por la ventana.)*

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

INTERMEDIO

ESCENARIO DE LA IZQUIERDA

Una calle. Entran Don Gonzalo y Don Benigno.

DON GONZALO y DON BENIGNO.

DON GONZALO.—¡Don Benigno! ¡Salud! ¿Cómo va?

DON BENIGNO.—Así, así... ¿Y vos?

DON GONZALO.—Así, así...

DON BENIGNO.—¿Y vuestra respetable esposa?

DON GONZALO.—¡Pshé! ¿Y la vuestra?

DON BENIGNO.—¡Pshé!...

DON GONZALO.—¿Qué se miente?

DON BENIGNO.—Pero ¿no lo sabéis? Doña Inés, la hija del canciller...

DON GONZALO.—Pero ¿es cierto?

DON BENIGNO.—¿Qué es «lo cierto», si yo no he hablado aún?

DON GONZALO.—Pero como siempre decís cosas extraordinarias, me asombro por anticipado. (*Se estrechan la mano.*)

DON BENIGNO.—De suerte que nuestra amada pri-
cesa...

DON GONZALO.—No es posible...

DON BENIGNO.—¿Qué no es posible?

DON GONZALO.—¡Ah, don Benigno! No sabéis cuán
los sucesos. Hablad pronto, que muero de impaciencia

DON BENIGNO.—Bien, pero no me interrumpáis, do
Gonzalo.

DON GONZALO.—Os ruego que no me deis lec-
nes, ¿eh?

DON BENIGNO.—¡Don Gonzalo!

DON GONZALO.—¡Don Benigno!

DON BENIGNO.—Tened en cuenta que, aun cuan
sois mi amigo, puedo enojarme.

DON GONZALO.—También puedo enojarme yo.

DON BENIGNO.—No quiero disputar... Adiós.

DON GONZALO.—¡Don Benigno! Os lo ruego... De
deos... ¿Y la princesa? Contad lo sucedido...

DON BENIGNO.—Lo contaré, por ser vos, don Gonza

DON GONZALO.—Gracias, don Benigno. (*Le estrec
la mano.*)

DON BENIGNO.—(*En voz baja.*) ¡Doña Inés!...

DON GONZALO.—Figuraos...

DON BENIGNO.—¡Está enamorada!

DON GONZALO.—¿De quién?

DON BENIGNO.—No sé.

DON GONZALO.—Don Benigno, sí lo sabéis... Decid
que lo ignoro. (*Intenta irse.*)

DON BENIGNO.—Por la cruz de mi espada, os ju

DON GONZALO.—Os lo suplico... ¿Es Fernando, el pr
metido de doña Inés?

DON BENIGNO.—¿He dicho por ventura que no e
enamorada de su prometido?

DON GONZALO.—No es posible. Sería demasiado vulgar... No daría qué decir... Don Benigno, ¿de quién está enamorada doña Inés?

DON BENIGNO.—No sé... No sé... Adiós. (*Sale.*)

DON GONZALO.—Don Benigno... Don Benigno. (*Sale tras él.*)

CAE EL TELÓN DE LA IZQUIERDA.

ESCENARIO DE LA DERECHA

Otra calle. Entran por ambos lados Don Carlos y Don Narciso.

DON NARCISO y DON CARLOS.

DON CARLOS.—¡Oh, don Narciso!... Buenos días. ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué se miente? Vos tenéis siempre qué contar.

DON NARCISO.—A vos, nada... Siempre lo sabéis todo...

DON CARLOS.—(*Condescendiente.*) Todo, no...

DON NARCISO.—¿Oísteis lo ocurrido a don Pablo?

DON CARLOS.—¿Qué?

DON NARCISO.—Entonces ¿es que no sabéis nada?

DON CARLOS.—Sí, hombre... No he de saber... Que ha muerto.

DON NARCISO.—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Qué ha de haber muerto!

DON CARLOS.—Quiero decir que está enamorado... Ya veis si lo sé.

DON NARCISO.—Lo sabéis siempre todo. ¿Y de quién está enamorado?

DON CARLOS.—¿Lo sabéis vos?

DON NARCISO.—No.
DON CARLOS.—Yo, sí.
DON NARCISO.—¿De quién?
DON CARLOS.—Yo sé de quién... Adiós, don Narciso. (*Sale.*)
DON NARCISO.—Lo sabe siempre todo. (*Sale.*)

CAE EL TELÓN DE LA DERECHA.

ESCENARIO DEL CENTRO

Una calle. A un lado, Ortuño, tumbado en el suelo.

ORTUÑO, DON GONZALO Y DON CARLOS.

DON CARLOS.—(*Entrando por la izquierda.*) ¡Don Gonzalo!
DON GONZALO.—(*Entrando por la derecha.*) ¡Don Carlos!
DON CARLOS.—¿Os lo dijeron?
DON GONZALO.—¿Lo sabéis ya?
DON CARLOS.—¿Qué sorpresa, eh? Doña Inés, enamorada.
DON GONZALO.—Extraordinaria... Don Pablo, enamorado.
DON CARLOS.—¿De quién, doña Inés?
DON GONZALO.—¿De quién, don Pablo? (*Pausa.*)
DON CARLOS.—¡Don Gonzalo! (*Aferrando a don Gonzalo por la manga.*)
DON GONZALO.—¡Don Carlos! (*Aferrando a don Carlos por la manga.*)
DON CARLOS.—Lo supongo.

DON GONZALO.—Y yo.

DON CARLOS.—Lo adivino.

DON GONZALO.—Y yo.

DON CARLOS.—Lo sé.

DON GONZALO.—Y yo.

DON CARLOS.—Entonces, ¿qué pensáis del caso?

DON GONZALO.—Decid antes qué pensáis vos.

DON CARLOS.—(*En voz baja.*) Creo que don Pablo está enamorado de Inés y doña Inés de don Pablo.

DON GONZALO.—Es posible... Probable... Lo mismo que yo había imaginado...

DON CARLOS.—¡Pobre doña Inés! Estando prometida a Fernando... ¡Qué hará su padre el Canciller! Gracias que di con el secreto... Corro a divulgarlo.

DON GONZALO.—Pero si he sido yo el descubridor, don Carlos...

DON CARLOS.—He sido yo... (*Sale.*)

DON GONZALO.—He sido yo... (*Sale.*)

ORTUÑO • ISABEL

ISABEL.—(*Entrando y sacudiendo de los brazos a Ortuño.*) Ortuño... Ortuño...

ORTUÑO.—(*Ebrio.*) ¡Hum!...

ISABEL.—Levántate, borracho. ¿No te avergüenzas?

ORTUÑO.—¡Hum!...

ISABEL.—¡Señor! ¿Qué hacer para levantarle? ¡Ah, sí! (*Se inclina, golpeándole en las mejillas.*) Toma, toma y toma...

ORTUÑO.—¡Che, che! ¡Quieto!... ¡Quieto! ...¡Aguarda!... ¡Quieto!, ¡eh!... (*Isabel continúa los golpes y Ortuño los gritos.*) ¡Pegar, no!... Pero ¿por qué me pegará? No entiendo... ¡Ay, ay!... Pegar, no.

ISABEL.—(*Incorporándose.*) ¡Ea... Pronto... Levántate...

ORTUÑO.—(*En el suelo, con aire amenazador.*) Mil re-
yos... ¿Quién osó pegarme? (*Viendo a Isabel, dice tem-
damente.*) ¿Fuisteis vos, doña Isabel? ¡Lo sabía! ¿Quién
podría pegar tan recio sino ella?

ISABEL.—¡Levántate, bellaco!...

ORTUÑO.—Aguardad... Necesito volver en mí... Repor-
tarme...

ISABEL.—¡Borracho! ¡Rufián! ¿Dónde está Alonso?

ORTUÑO.—¿Qué Alonso?

ISABEL.—¿Qué Alonso, truhán? ¿Es que sigues bo-
rracho aún?

ORTUÑO.—(*Lánguido.*) Así parece.

ISABEL.—¿Dónde está Alonso Enríquez, mi marido?

ORTUÑO.—(*Incorporándose.*) No lo conozco.

ISABEL.—¿Que no lo conoces? (*Cae sobre él, golpeán-
dole con furia.*) Y ahora ¿lo conoces?... ¿Lo conoces?...
¿Lo conoces?...

ORTUÑO.—Aguarda... Dame un par de guantadas en
el carrillo izquierdo... a ver si caigo...

ISABEL.—¿Un par de guantadas? ¡Una docena!... (*Le
golpea.*) Y ahora... ¿dónde está Alonso?

ORTUÑO.—(*Recordando.*) ¡Alonso!... ¡Alonso!... (*Tor-
viendo a la realidad.*) ¡Ah, bandido, facineroso!... ¡Trae-
melo que lo mate!... ¡Bellaco!... ¡Me ha quitado a Ja-
cinta!... ¡A mi Jacinta!...

ISABEL.—¿Qué Jacinta? ¿Quién es Jacinta, di?

ORTUÑO.—(*Evocando la escena.*) ¡Se besan ante mis
barbas!... ¡Traédmelo!

ISABEL.—Pero ¿quién es Jacinta? (*Golpeándole.*) ¿No
me lo dices, borrachín?

ORTUÑO.—¡Ay, ay, ay! Jacinta, la de la Hostería...

ISABEL, ORTUÑO y ALONSO.

ALONSO.—(*Entra con el sombrero hasta los ojos y al pasar roza a Isabel.*) Perdonad, señora... (*Intenta seguir su camino. Isabel le aferra por el brazo.*)

ISABEL.—Os rueg... (*Mira bajo el sombrero.*) ¡Alonso!

ALONSO.—(*Calándose más el sombrero.*) Perdonad, señora... Me confundís... Me tomáis por otro.

ISABEL.—¡Quieto! ¡Quieto! ¡Quieto!

ALONSO.—No nos conocemos, señora...

ISABEL.—Ortuño... ¡Aquí lo tienes! (*Quitándole el sombrero a la fuerza.*) ¡Ah, villano! ¡Al fin caíste en mi poder!

ALONSO.—(*Volviéndose rápidamente a Ortuño.*) Muy bien... ¿Y qué pretendes?

ORTUÑO.—Yo, nada... Es ella...

ISABEL.—¡Miserable!... ¡Te voy a sacar los ojos!

ALONSO.—No lo hagas, que no podrá admirar tus encantos...

ISABEL.—¿Dónde has estado tanto tiempo, bribón?

ALONSO.—(*Avanzando a la batería.*) ¿No lo dije? Escapé a todas las leyes, a todas las persecuciones. No me han reconocido ni soldados, ni corchetes, ni esbirros... y me ha reconocido mi mujer... ¡Qué difícil es verse sin mujer! (*Vuelto a Isabel.*) ¡Doña Isabel!

ISABEL.—¿Qué?

ALONSO.—(*Enjugándose los ojos con la manga.*) ¡Doña Isabel!

ISABEL.—¿Qué te sucede?

ALONSO.—¡Doña Isabel! (*Llora.*) Yo siempre deseé estar contigo... Dios lo ve...

ORTUÑO.—Pues yo no lo veo...

ALONSO.—Pero tú ¿eres Dios? Doña Isabel, ninguna otra mujer del mundo fué amada de hombre como lo fuí mí. (*Sollosa.*) De mí... Tú...

ISABEL.—(*Conmovida.*) ¿Lloras, Alonso? ¿Por qué lloras?

ALONSO.—¿Por qué he de llorar? ¿Conoces la última orden del duque?

ISABEL.—No.

ALONSO.—¡Amor de mi vida! ¿No la conoces?... Por el duque me ha declarado fuera de la ley... Todos mis contratos son nulos... Nuestro contrato matrimonial... ¿Comprendes ahora mi llanto? Isabel, ¿cómo podré vivir sin ti?

ORTUÑO.—(¡Qué modo de mentir, Señor!)

ISABEL.—¡Alonso mío!... ¡Bien sabes que te amo siempre!...

ALONSO.—(*Tristemente.*) ¡Ay de mí, ya lo sé! ¡Ay de mí!

ISABEL.—¿Qué importan los hombres y sus leyes! Y viremos fuera de la ley...

ORTUÑO.—(*Aparte.*) ¡Pues la hemos hecho buena!

ALONSO.—¿Ignoras que te expones a peligros terribles?

ISABEL.—Por ti los arrostraré contenta.

ALONSO.—(*Aparte.*) ¡Nada, es inútil! (*A Isabel.*) Ven a mis brazos, Isabel. Dios ve cuánto te quiero.

ORTUÑO.—(*Aparte.*) ¡Pobre Dios!... ¡Qué de cosas hoy! (*Alonso abraza a Isabel, la levanta en vilo, unas vueltas de baile y la arroja sobre Ortuño. Ambos caen y Alonso escapa.*)

ORTUÑO.—¡Diantre!

ISABEL.—¡Bellaco! ¡Prendedlo! (*Levantándose, en tras de Alonso.*)

ORTUÑO.—(*Corriendo tras ellos.*) ¡Dios lo ve! ¡Ya lo sabía yo!

CAE EL TELÓN DEL ESCENARIO CENTRAL.

ESCENARIO DE LA IZQUIERDA

DON GONZALO y DON BENIGNO.

DON BENIGNO.—¿Os afirmáis en que doña Inés está enamorada de don Pablo?

DON GONZALO.—Lo juro por mis antepasados. Está enamorada. (*Entra corriendo Alonso y tropieza con ellos.*)

ALONSO.—¡Perdonad, señores! (*Intenta seguir adelante.*)

DON GONZALO.—¡Me habéis desgarrado la capa!

ALONSO.—¡Perdonad, señor; tengo mucha prisa!

DON BENIGNO.—Debéis reparar la ofensa.

ALONSO.—¡Adiós, señores!

DON GONZALO.—¡Esto es contrario a los deberes!

ALONSO.—Estoy fuera de los deberes...

DON BENIGNO.—(*Sujetando a Alonso.*) ¡Deteneos!... ¿Por qué estáis fuera de los deberes? ¿Se puede saber?

ALONSO.—Porque estoy fuera de la ley... (*Se descubre y hace una reverencia.*) ¡Adiós, señores! (*Huye.*) (*Por el lado opuesto entran corriendo Isabel y Ortuño.*)

ISABEL.—¡Detenedlo!

GONZALO.—¡Alonso Enríquez!

DON BENIGNO.—¡Alonso Enríquez!...

CAE EL TELÓN DEL ESCENARIO DE LA IZQUIERDA.

ESCENARIO DE LA DERECHA

DON CARLOS, DON NARCISO Y ALONSO.

NARCISO.—¡Don Carlos, no puedo dar crédito a mis ojos! ¡Don Pablo enamorado de doña Inés! ¡Qué dirá el canciller! ¡Qué dirá el duque! (*Alonso entra corriendo y tropieza con ellos.*)

CARLOS.—¡Deteneos! ¿Con qué derecho...?

ALONSO.—Con el derecho de hacer lo que me plazca.

CARLOS.—¿Qué decís?

ALONSO.—¡Soy Alonso Enriquez! ¡Adiós, señores! (*Huye.*)

CARLOS.—¡Alonso!

NARCISO.—¡Alonso! (*Entran corriendo en persecución de Alonso Isabel, Ortuño, Don Benigno y Don Gonzalo, y cruzan la escena sin detenerse, seguidos de Don Carlos y Don Narciso. Sucesivamente van alzándose y descorriendo los telones de los tres escenarios; a través de ellos se ve la fuga de Alonso, siempre más veloz, acosado por sus perseguidores.*)

TELÓN.

ESCENARIO DE LA IZQUIERDA

Pasa corriendo Alonso. Tras él, los otros.

BENIGNO.—¡Acudid alguno al otro callejón! ¡Cerradle! Así... ¡Ahora no tiene escape!...

(*Siguen corriendo.*)

TELÓN.

ESCENARIO DE LA DERECHA

Ante el palacio de la condesa de Ursino.

ALONSO.—(*Entra corriendo.*) ¡Estoy cercado!... El hombre cercado, según todas las reglas, está irremisiblemente perdido... Mas yo estoy fuera de la ley, y, naturalmente, hubiese huído..., si entre ellos no estuviese mi mujer. ¡Ella, por sí misma, restablece todas las leyes! ¿Qué hacer entonces? Bueno; no es cosa de perderse en razonamientos... ¡Dios mío, protégeme! (*Comienza a trepar hasta la cornisa del tejado.*) Pero... desde la calle se ve todo... ¡Ah!... ¡La chimenea! (*Se arroja por la chimenea. Los perseguidores entran por ambos lados de los escenarios a la voz de*: «¡*Sujetadlo*!... ¡*Sujetadlo*!...»)

BENIGNO.—¿Dónde está?

CARLOS.—¿Dónde está?

NARCISO.—¿Y Alonso?

GONZALO.—¿Y Alonso? (*Miran a su alrededor, miran hacia el tejado.*)

ORTUÑO.—(*Aparte.*) ¡Bien, Alonso! (*Fuerte.*) ¡Esto es que Nuestro Señor Jesucristo lo ha acogido en su santo seno! ¡Por algo Alonso le ponía de testigo con tanta frecuencia!...

TELÓN.

ESCENARIO CENTRAL

CLARA Y ALONSO.

ALONSO.—(*Saliendo de la chimenea.*) ¡Salud!

CLARA.—¡Virgen santa!

ALONSO.—Perdonad, señora; la chimenea ha ajado algo mi traje.

CLARA.—¿Quién sois?... ¿Quién sois?... ¿Cómo os teis? ¡Por la chimenea!...

ALONSO.—(*Aparte.*) ¡Ah!... ¿Por qué no sabré cómo se llama? (*A Clara.*) Señora... Ese es uno de mis mimos...

CLARA.—¿Sois..., sois un ladrón?

ALONSO.—¡Lo adivinasteis!

CLARA.—¡Eh! ¡Servidores! ¡Pedro! ¡Antonio! ¿Dónde estáis? ¡Aquí! ¡Aquí!...

ALONSO.—¡Señora! Os ruego...

CLARA.—¡Aquí!... ¡Aquí!

ALONSO.—Señora..., ¡por Dios vivo! (*La sujeta por una manga.*)

CLARA.—¡Aquí!... ¡No os temo, no!

ALONSO.—Bueno; llamad a los criados, señora. ¡Que me prendan! ¡Que me maten!... ¡Sufriré por vos! ¡Me dejaré matar por vos!... ¡Y muriendo, pensaré en vos! (*Aparte.*) La mitad de mi vida por saber cómo se llama. (*Se pasea precipitadamente por la estancia mirando y buscándolo todo. Alto.*) Mas callaré ...Cuando me prendan callaré. No diré el motivo que me ha traído aquí... ¡Antes que me tomen por un ladrón! (*Corre hacia la mesa. Lee.*) ¡Una carta para doña Constanza Osorio! (*Ya lo*

ESCENARIO CENTRAL

CLARA Y ALONSO.

ALONSO.—(*Saliendo de la chimenea.*) ¡Salud!

CLARA.—¡Virgen santa!

ALONSO.—Perdonad, señora; la chimenea ha ajado algo mi traje.

CLARA.—¿Quién sois?... ¿Quién sois?... ¿Cómo sois? ¡Por la chimenea!...

ALONSO.—(*Aparte.*) ¡Ah!... ¿Por qué no sabré cómo se llama? (*A Clara.*) Señora... Ese es uno de mis secretos...

CLARA.—¿Sois..., sois un ladrón?

ALONSO.—¡Lo adivinasteis!

CLARA.—¡Eh! ¡Servidores! ¡Pedro! ¡Antonio! ¿Dónde estáis? ¡Aquí! ¡Aquí!...

ALONSO.—¡Señora! Os ruego...

CLARA.—¡Aquí!... ¡Aquí!

ALONSO.—Señora..., ¡por Dios vivo! (*La sujeta por una manga.*)

CLARA.—¡Aquí!... ¡No os temo, no!

ALONSO.—Bueno; llamad a los criados, señora. ¡Que me prendan! ¡Que me maten!... ¡Sufriré por vos! ¡Me dejaré matar por vos!... ¡Y muriendo, pensaré en vos! (*Aparte.*) La mitad de mi vida por saber cómo se llama! (*Se pasea precipitadamente por la estancia mirando y buscándolo todo. Alto.*) Mas callaré ...Cuando me prendan callaré. No diré el motivo que me ha traído aquí... ¡Antes que me tomen por un ladrón! (*Corre hacia la mesa. Aparte.*) ¡Una carta para doña Constanza Osorio! (*Va a*

doña Clara y se arroja a sus pies.) ¡Doña Constanza! ¡Os amo! Vos no me conocéis; me veis ahora por primera vez; ¡mas yo hace dos años que os amo! Dos años que os vi en la iglesia, y mi corazón, duro y firme, comprendió que sus días de libertad estaban contados. ¡Ah, doña Constanza! Dos años, largos y dolorosos, de un amor secreto, pero apasionado, y que ahora os declaro al fin... ¡Doña Constanza! ¡Ah! ¡Compadeceos! Mi vida está en vuestras manos... ¡Llamad a los criados, matadme, mas dejadme decir que os amo!...

CLARA.—Habéis pronunciado un hermoso discurso. Pero habéis tenido una ligerísima equivocación... Aunque me amáis apasionadamente desde hace dos años... me habéis visto hoy por primera vez...

ALONSO.—¡Me ofendéis, doña Constanza!

CLARA.—¡Si es que yo no soy doña Constanza! Soy Clara.

ALONSO.—¡Mil diablos! Perdonad, señora. Me he equivocado... No he caído donde quería... Creí que esta casa fuese la de doña Constanza Osorio...

CLARA.—¿Amáis, pues, a doña Constanza?

ALONSO.—La adoro desde hace tres años...

CLARA.—¿Tres? ¡Hace poco eran dos!... Pues me alegro muchísimo. Doña Constanza estimará grandemente vuestro amor. Hace mucho tiempo que no la aman... Tiene ochenta y seis años. Es mi abuela...

ALONSO.—¡Eh, diablo! ¡Diablo! ¿Es que todas las fuerzas celestes están en contra mía? ¡Perdonadme, señora! Me he equivocado. No he caído donde quería...

CLARA.—No, señor, no os habéis equivocado. Habéis caído donde queríais. Si en algo os habéis engañado ha sido al leer esa carta que hay encima de la mesa. Creíais que era una carta para mí, y era una carta escrita por mí.

ALONSO.—Señora... Me habéis vencido. Me rindo. Lla
mad a los criados.

CLARA.—¡No los llamaré! Me gustan los hombres aba
vidos, que no se cortan... Me gustáis...

ALONSO.—También a mí me gustáis vos, señora... Os
juro que si no os amo desde hace tres años, os amo desde
de hace tres minutos... Pero os amo realmente... de
verdad.

CLARA.—Está bien. Sentaos y referidme cómo habéis
venido..., cómo habéis volado hasta aquí.

ALONSO.—Señora..., permitidme que no os lo pue
fiera...

CLARA.—¿Pues qué misterio hay?... ¿Sois, por ven
ra, un príncipe?...

ALONSO.—¿Príncipe? ¡Qué ocurrencia! Soy, sencilla
mente, un bandido.

CLARA.—No os creo. ¡Un bandido no puede tener t
les recursos!

ALONSO.—¿Conocéis, señora, tan de cerca a los ba
didos, para juzgar tan bien?

CLARA.—(*Riendo.*) ¡Lo estáis viendo! ¿Puede un v
gar ladrón contestar así? Sois un caballero, señor.

ALONSO.—Pues, a pesar de todo, no soy más que u
vulgar bandido, señora.

CLARA.—No os creo.

ALONSO.—Me llamo Alonso Enríquez.

CLARA.—(*Con un grito se pone en pie.*) ¡Ah!...

ALONSO.—¿Os habéis asustado?

CLARA.—No; os admiro. ¿Cómo habéis osado pro
vuestro nombre? ¿Confiaros a una desconocida?

ALONSO.—Yo soy un vulgar cantero, señora. Hijo d
un cantero. Nieto de un cantero. Por mis venas no cor
ni una sola gota de sangre azul... Mas yo sé distin

a un noble de un traidor, y sé que vos no me habéis de entregar.

CLARA.—Sois noble, sois caballero.

ALONSO.—Nací en un establo y crecí en un establo. No soy noble. Pero valgo más que algún noble. ¿Quién vale más? ¿Fernando, que es conde y ofende en la calle a una mujer, o yo, Alonso, un cantero, que le castiga? ¡No me avergüenzo de no ser noble! (*Al público.*) Si alguno de vosotros es noble, váyase y no se afronte conmigo. Yo soy un bandido, pero con los nobles. Soy un ladrón, pero con los marqueses. Soy un facineroso, pero con los condes. ¡Oíd, nobles! ¿Quién es el primer noble de la ciudad? Un imbécil. ¿Es él quien manda? No. Quien manda es Rodrigo, el canciller. ¿Y quién es Rodrigo, el canciller? Un viejo zorro que de día martiriza al pueblo y de noche se divierte con Clara Ursino. Felipe es duque. Rodrigo, marqués; Clara Ursino, con todas sus liviandades, condesa... ¡Descubrámonos ante tan preclaras personas! Alonso, bandido y cantero, los saluda...

CLARA.—No, Alonso. Vos no sois un cantero... Sois un príncipe...

ALONSO.—¿Persistís, señora? ¡Me ofendéis!

CLARA.—Sí... Eres príncipe y... yo te amo.

ALONSO.—(*Avanzando hacia Clara.*) ¡Ah!

CLARA.—Detente... Has de saber que soy noble... Soy condesa.

ALONSO.—¡Ah, bien! No hay regla sin excepción... No todas las condesas son livianas, como Clara Ursino... Además, qué honor para una condesa... ¡Amar a un bandido!

CLARA.—Sí... Amo a un bandido que me injuria. ¡Soy Clara Ursino!

ALONSO.—¿Cómo?... ¡Clara Ursino! ¡Mentira!

CLARA.—De modo que yo te creo cuando me afirmas que eres un bandido y tú dudas cuando te aseguro que soy una... cortesana.

ALONSO.—¡Mentira! (*En este instante golpean la puerta.*)

CLARA.—¿Mentira? Ahí tienes la prueba.

ALONSO.—¿Quién llama?

CLARA.—Rodrigo.

ALONSO.—¡El canciller!

CLARA.—Sí.

ALONSO.—(*Tras breve pausa.*) Entonces... Entendido. ¡Morirá!

CLARA.—Eres muy fuerte... Tendrás tiempo de matar. Entra aquí. (*Lo conduce tras el biombo, aferrándole un brazo.*)

ALONSO.—(*Desasiéndose con repugnancia.*) No me toquéis, condesa.

CLARA.—¿Desdenes? Oíd, entonces, bandido Alonso. Ha unos instantes decíais que me respetabais... Respetadme unos momentos más... Sólo unos momentos más.

ALONSO.—Está bien... Pero si me traicionáis... (*Ocultándose tras el biombo.*)

CLARA.—Palabra de condesa, cantero... (*Alonso se oculta. Clara abre.*)

CLARA, ALONSO y RODRIGO.

RODRIGO.—(*Entrando.*) ¿Estabais ocupada, Clara?

CLARA.—Peinándome, señor.

RODRIGO.—¿Señor? ¿Por qué tanta solemnidad?

CLARA.—Cuando os veo tras algún tiempo, olvido que para mí no sois el canciller omnipotente, sino el amigo bondadoso... ¡Ha tantos días que no honráis esta casa!

RODRIGO.—Estoy ocupadísimo... Fatigadísimo... (*Se despoja de la espada y se sienta.*) ¡Fatigadísimo! Día y noche, mañana y tarde, lo mismo... No es tan fácil ser domador de fieras. (*Pausa.*) Cuando entras en la jaula y ves que se humillan, que lamen tus manos, no hay miedo, sino orgullo, victoria... Mas cuando abandonas su encierro, cuando no las ves... Entonces es cuando hay que pensar...

CLARA.—¿Tienes miedo, Rodrigo?

RODRIGO.—Miedo, no... Mas estoy fatigado. Y el domador no debe fatigarse... Cuando no veo a mis fieras, pienso que un dia pueden despedazarme...

CLARA.—¿Por qué pensamientos tan tristes?

RODRIGO.—Tienes razón. Yo no vengo aquí a llorar... Pero ¡estoy tan cansado!

CLARA.—Siéntate junto al fuego, Rodrigo... Así... ¡Descansa a mi lado!

RODRIGO.—¡Clara! ¡Eres mi único reposo!

CLARA.—¡Qué tono! Algo te sucede... ¿Qué es?

RODRIGO.—No sé... Creo... Tengo miedo... ¿De qué? No sé... Tengo miedo de todo.

CLARA.—¿Tú, que jamás temiste a nadie? ¡Imposible!

RODRIGO.—No tengo miedo de sus garras, sino de sus miradas... Todos son cobardes... Y nada hay más terrible que la mirada de un cobarde... Cuando voy por la calle, me miran tímidos, con los ojos bajos. Mas en cuanto torno la espalda, siento sus ojos... Ojos de cobardes... Más temibles que las espadas... Cientos, miles, cientos de miles de ojos, ojos de siervos, de villanos, de mendigos, de rencorosos, de impotentes. ¡Los temo, Clara!

CLARA.—Rodrigo...

RODRIGO.—Día y noche, tarde y mañana, el mismo

tormento... ¡Oh, quién pudiera dejarlos ciegos a todos a todos! (*Calla. Ríe.*) La vejez, Clara. Temores seniles. No han de realizarse jamás. ¿Acaso los cobardes se re belan? A las fieras, trato de fieras... Buena jaula, bue nos barrotes, buen látigo...

CLARA.—¡Oh mi glorioso domador! (*Se acerca y lo acaricia.*)

RODRIGO.—No temo nada... Bésame... Así... Estoy harto de trabajar para los demás... Si al menos las fie ras fuesen mías... Pero he de domarlas para otro. ¡Ese duque necio y ruin! ¡Tener que trabajar para él ¿Por qué? ¿Por qué él es duque y yo no? ¡Ah, los tro nos!... ¡Qué mal repartidos!... ¡Oh Clara, si yo fue duque!...

CLARA.—Siendo quien eres, ¿no eres poderoso?

RODRIGO.—No es lo mismo... Tener que prosternarse cada día ante un viejo imbécil... Saludar, sonreír, humillarse, siendo más ágil y más fuerte que él...

CLARA.—¿Por qué no le proclamas duque?

RODRIGO.—¿Yo duque?

CLARA.—Tú duque... ¿Por qué no lo destronas? Nadie lo quiere. Nadie le obedece... Tú, en cambio, tienes miles de parciales. Cuentas con los soldados...

RODRIGO.—¿Crees posible?

CLARA.—Desde luego... Puedes ser duque... Será duque...

RODRIGO.—¿Traicionar al señor?

CLARA.—¿Qué señor es él para ti, Rodrigo? Decídete. Sé hombre... Destrónalo... Tienes el deber de destronarlo...

RODRIGO.—Lo destronaré... Seré duque... Aguarda. No seré duque... Seré rey. ¡No obedecer a nadie! ¡Ser libre! Y entonces...

CLARA.—(*Abrazándolo y cayendo de hinojos.*) Entonces yo seré reina. ¿No es cierto que seré reina?

RODRIGO.—¿Tú?

CLARA.—Te casarás conmigo, Rodrigo. ¿No es cierto que seré reina?

RODRIGO.—¿Tú?

CLARA.—Eres viudo... Un rey debe tomar esposa... Yo seré tu esposa. Seré la reina. ¿No es cierto? (*Lo acaricia.*)

RODRIGO.—Repórtate, Clara... Considera...

CLARA.—¿Soy una cortesana, no? Lo soy... Lo sé... El rey no puede desposarse con la favorita... La favorita debe continuar siendo la amante. Para esposa elegirá una princesa... Una princesa fea, necia, pero siempre de sangre real... ¿No es cierto?

RODRIGO.—¡Clara! ¿Qué tienes? ¿Qué le ocurre?

CLARA.—Nada... No es nada... Dios me ayudará. No es nada...

RODRIGO.—Clara. ¿También tú? Piensa que estoy fatigadísimo... Deseo reposar a tu lado...

CLARA.—¡Ha sido una broma, Rodrigo! Te quiero.

RODRIGO.—Así, Clara, así. Más cerca.

CLARA.—¿Estás fatigado? ¿Quieres reposar?

RODRIGO.—Descansaré un rato junto al fuego. Ven aquí, siéntate. Abrázame. ¡Qué bien se está así!

CLARA.—Sosiégate. Reposa.

RODRIGO.—En adelante vendré con más frecuencia, con mucha más frecuencia. Cada miércoles, ¿te parece? ¡Qué bien! Día y noche, tarde y mañana... ¡Siempre así! (*Se adormece. Clara se levanta con cuidado, va tras el biombo, toma a Alonso del brazo y lo conduce al fuego.*)

CLARA.—¡Mira!

ALONSO.—¿Qué?

CLARA.—¡Mátalo!

ALONSO.—Alonso Enríquez no mata a los inermes...

CLARA—(*Riendo.*) Eres un cobarde.

ALONSO.—Por no ser cobarde no lo mato.

CLARA.—Entonces, vete. No te necesito. Le mataré yo.

ALONSO.—Tú no le matarás.

CLARA.—¿Quién podrá impedírmelo?

ALONSO.—Yo. Sólo las mujeres matan a los que están dormidos.

CLARA.—¡Ah, muy bien! ¡No lo olvidaré!

ALONSO.—Vendrá todos los miércoles.

CLARA.—¿Y qué?

ALONSO.—Que un miércoles será su último día. No le mataré; lo quiero vivo. (*A Rodrigo.*) El domador no debe tener miedo; tú lo tienes y morirás. Abriremos las jaulas y le destrozarán las fieras, domador.

TELÓN.

ACTO TERCERO

INTERVALO SEGUNDO

ESCENARIO DE LA IZQUIERDA

Una calle.

DON GONZALO y DON BENIGNO.

DON BENIGNO.—¡Don Gonzalo!

DON GONZALO.—¡Don Benigno!

DON BENIGNO.—¿Estáis conforme con cuanto ocurre?

DON GONZALO.—De ninguna manera.

DON BENIGNO.—¿Cuándo acabará todo esto?

DON GONZALO.—No acabará.

DON BENIGNO.—¿Por qué no acabará?

DON GONZALO.—Muy sencillo; porque no se dejará coger.

DON BENIGNO.—¿Pero si toda la ciudad está en armas?

DON GONZALO.—Aunque lo estuvieran diez ciudades.

DON BENIGNO.—Va por ahí tranquilamente, sin disfraz...

DON GONZALO.—Y nadie lo puede coger.

DON BENIGNO.—¿Y cómo acabará esto?

DON GONZALO.—No acabará.

DON BENIGNO.—Adiós, don Gonzalo.
DON GONZALO.—Adiós, don Benigno.

TELÓN.

ESCENARIO DE LA DERECHA

Otra calle. Es de noche.

DON CARLOS y DON NARCISO.

DON NARCISO.—¡Don Carlos, don Carlos!
DON CARLOS.—Buenas noches.
DON NARCISO.—¿A que no sabéis, vos que lo sabéis todo, a quién he encontrado hace un momento?
DON CARLOS.—Al duque.
DON NARCISO.—Peor.
DON CARLOS.—Al canciller.
DON NARCISO.—Peor todavía.
DON CARLOS.—¿Entonces, al diablo en persona?
DON NARCISO.—Cien veces peor. ¡A Alonso Enríquez
DON CARLOS.—Lo sabía.
DON NARCISO.—Vos lo sabéis siempre todo, don Carlos
DON CARLOS.—¿Y qué le hicisteis?
DON NARCISO.—¿A quién?
DON CARLOS.—A Alonso Enríquez.
DON NARCISO.—¡Virgen santa! ¡Qué iba a hacer! Me escondí.
DON CARLOS.—¡Don Narciso! ¡Esconderse un noble! ¡Y de un bandido!
DON NARCISO.—¡Qué fácil es hablar! ¡Si os lo hubiéseis encontrado vos!

DON CARLOS.—¡Ah! Si yo me lo encontrase...
DON NARCISO.—Mirad... Aquí viene.
DON CARLOS.—¡Imposible!
DON NARCISO.—¡Mirad!
DON CARLOS.—¡Huyamos!
DON NARCISO.—Pero... ¿Cómo? ¿Huír vos?...
DON CARLOS.—¡Naturalmente! ¿He de arriesgar la vida? (*Se ocultan tras la esquina. Pasa Alonso.*)
DON CARLOS.—(*Saliendo.*) ¿Habéis visto?
DON NARCISO.—(*Saliendo.*) ¿Habéis visto?
DON CARLOS.—¿Adónde irá?
DON NARCISO.—Sigámosle.
DON CARLOS.—¡Dios me libre de ello!
DON NARCISO.—¿Dónde pasará la noche? Sería interesante saberlo.
DON CARLOS.—En el infierno... Sólo allí podríamos hallarlo...

CAE EL TELÓN DEL ESCENARIO DE LA DERECHA.

ESCENARIO CENTRAL

Salón del trono. Noche. Obscuridad. Soledad.

ALONSO.—(*Saltando por la ventana.*) ¡Pronto! Estos necios esbirros me buscan por toda la ciudad, registrando todas las casas. «¿Estará en las nubes?» No, señor; estoy en palacio. Dicen que el medio más seguro de ocultarse es ocultarse junto al que nos busca... ¡Qué obscuridad!... ¿Cómo? ¿El salón del trono? ¡También es suerte!... Y esos lienzos... Deben ser los antepasados... ¿No habéis visto nunca a un bandido, ilustres antepasados?

¿Os indignáis? Reportaos; tened paciencia... No os su
rréis, que no os tocará... Comprendo que os subleve
a un cantero, bandido por añadidura, en el salón de
trono... ¿Para cuándo guarda el cielo sus rayos?
embargo, me sentaré en el trono y no me ocurre
cosa alguna. (*Se sienta en el trono.*)

¿Qué me decís, antepasados? ¿No dais crédito a vue
tros ojos? Tendréis que iros habituando a estas cosas
¡Diantre! ¡Qué bien se está en el trono! Comprendo q
el canciller quisiera ser rey. ¡Quia! ¡Rey lo será el pu
blo! En este salón, sobre este trono, se sentará el pueb

¡No os tocaremos, antepasados de la nobleza! Pero
substituiremos con los antepasados de la plebe..., leña
res, zapateros, canteros... Mi abuelo adornará el sal
¿Pudiste soñar nunca cosa igual, andrajoso abuelo?...
tu nieto? ¿Qué será tu nieto? ¿Qué seré yo? ¡Diab
¿Qué te pasa, Alonso? ¿Te pones serio? Hace una se
na que no ríes... ¡Alonso! ¡Alonso!... Y todo por cu
del canciller...

ALONSO. Luego, INÉS. Luego, PABLO.

INÉS.—(*Entrando con sigilo.*) ¡Pablo!
ALONSO.—¿Quién anda ahí?
INÉS.—¡Amor!
ALONSO.—(*Descendiendo del trono hacia Doña In*
(No soy Pablo, pero lo sería de buena gana.)
INÉS.—¡Pablo mío!
ALONSO.—¡Amor!
INÉS.—¡Tesoro!
ALONSO.—¡Tesoro!

INÉS.—(*Yendo a abrazarle, da un grito de sorpresa.*) ¡No es él! ¡No es él!

ALONSO.—¡No gritéis, preciosa! No soy él, pero no valgo menos que él...

INÉS.—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Estoy perdida!...

ALONSO.—Justamente por eso no debéis gritar. (*La atrae hacia la ventana.*) ¡Cristo! ¡Qué hermosura! (*La besa.*)

INÉS.—(*Desasiéndose con furia.*) ¡Dejadme!... ¡Farsante!... ¡Villano!...

ALONSO.—¿Por qué os irritáis de ese modo? Os aseguro que... (*Pablo salta por la ventana.*) ¿Otro que llega como yo, llovido del cielo?

INÉS.—(*Viendo a Pablo.*) ¡Pablo!

PABLO.—Inés.

ALONSO.—(*Aparte.*) Eso es probablemente el verdadero «él».

INÉS.—¡Sálvame!

PABLO.—¿Te ocurre algo?

INÉS.—¡Allí!... ¡Allí!...

PABLO.—Allí, ¿qué?

INÉS.—¡Allí!... El...

ALONSO.—Ese «él» soy yo.

PABLO.—¡Ah, miserable!... Nos espiabas.

ALONSO.—¿Espiaros? Ni por pienso.

PABLO.—¿Quién eres?

ALONSO.—En este instante, no lo sé. Antes, esta dama tan linda decía: «Es él.» Luego, viendo que yo no era él, gritaba: «¡No es él!» De suerte que ni yo mismo sé quién soy. ¿El o no él?

PABLO.—(*Desnudando la espada.*) ¡Villano, defiéndete! (*Se arroja contra Alonso, tropezando con una columna.*)

ALONSO.—No es él... Es la columna...

PABLO.—¡Te mataré! (*Esgrime la espada en todas direcciones y da en la pared.*)

ALONSO.—Habéis muerto a algún antepasado... inútilmente, porque ya estaba muerto.

PABLO.—¡Defiéndete o te mato!...

ALONSO.—Puesto que lo quieres... (*Saca la espada. En este instante, penetra la luna por la ventana y los contendientes se reconocen.*)

PABLO.—¡Alonso!

ALONSO.—¡Pablo! (*Envainan los aceros y se lanzan el uno en brazos del otro.*)

PABLO.—(*A Inés.*) Es él...

ALONSO.—¿Lo veis? Todavía soy «él».

PABLO.—Inés... Es Alonso, mi hermano de leche, de quien te hablé tanto.

ALONSO.—Celebro que hayas hablado de mí a dama tan linda. ¿Qué le has dicho? ¿Que soy un bandido, un fanfarroso?

PABLO.—¿Cómo puedes imaginar...?

ALONSO.—¿Que al oír mi nombre todo cristiano debe temblar de horror?

PABLO.—¡Oh Alonso!

ALONSO.—Pero, tonto, si es broma... Tú, Pablo, eres un hombre de bien... ¡El único noble a quien respeto!

PABLO.—¡Oh, gracias! Pero, dime: ¿qué hacías aquí?

ALONSO.—¿Y tú? ¿Qué hacías aquí?

PABLO.—Yo... Amo a Inés... Nos amamos...

ALONSO.—También yo amo a... Alonso... Nos queremos mucho. (*Se besa la propia mano.*)

PABLO.—El canciller se opone a nuestros amores.

ALONSO.—¡Diantre! El propio canciller también se opone a que yo me quiera a mí mismo.

INÉS.—Quiere casarme con su hijo, y yo no quiero.

ALONSO.—También quiere casarme a mí con la hija de Plutón, y tampoco quiero.

PABLO.—Y por eso nos citamos aquí de noche.

ALONSO.—Como yo... Me cito a mí mismo aquí, de noche...

PABLO.—¡Inés!

INÉS.—¡Pablo! (*Se besan.*)

ALONSO.—¡Alonso! (*Se besa la propia mano.*)

PABLO.—¡Ay de mí!

INÉS.—¡Ay de mí!

ALONSO.—¡Ay de mí!... Pero ¿qué sucede? ¿De qué se trata? ¿Hay que acudir al canciller? Contad conmigo.

PABLO.—(*A Inés.*) ¿Qué te decía yo? Que Alonso nos ayudaría. ¡Oh Alonso! (*Lo abraza.*)

INÉS.—¡Oh Alonso! (*Lo abraza.*)

ALONSO.—¡Oh Pablo! (*Lo abraza.*) ¡Oh Inés! (*La besa.*) ¡Oh Inés! (*La besa.*)

PABLO.—¡Qué poco has cambiado desde que no nos vemos!

ALONSO.—¿Y tú? Estás igual. Siempre tan soñador, tan romántico. (*Aparte.*) Buen pájaro estás hecho.

PABLO.—Sigues tan alegre como siempre.

ALONSO.—Alegre... Alegre... Pero vamos al asunto. ¿Quieres casarte? Yo te ayudaré... Pero también yo necesito que me ayudes.

PABLO.—¡Con el alma y la vida!

ALONSO.—¿Contra quien sea?

PABLO.—Aunque fuese contra el diablo.

ALONSO.—Jura entonces... Espera. ¿Qué cargo tienes?

PABLO.—Coronel.

ALONSO.—¿Cuentas con los soldados?

PABLO.—Absolutamente.

ALONSO.—Entonces, jura.
PABLO.—Juro.
ALONSO.—Yo juro también. Aguarda noticias mías. Y ahora, ¡adiós, palomos! De aquí a dos semanas... vuestra boda. Supongo que me invitaréis. Adiós.
PABLO.—Aguarda... ¿No me has dicho nada de tu mujer? ¿Está bien?
ALONSO.—¿Mi mujer? ¡Ah, sí! Bien... ¿Y don Rodrigo, cómo está?
PABLO.—¿Don Rodrigo? ¿Y me lo preguntas a mí?
ALONSO.—¿No me preguntas tú por mi mujer? Como vuelvas a preguntarme, te juro... que te delato al escribidor.
INÉS.—¡No os enojéis, Alonso!
ALONSO.—De buena gana cambiaría mi mujer por un (*Monta en la ventana. Al público.*) Siempre se ha dicho que los tontos tienen suerte...

TELÓN.

INTERVALO TERCERO

Otra calle. Noche. Entran dos bandidos.

FABIO, CASTAÑOS y LAINEZ.

FABIO.—Alonso está desconocido. ¿Qué tendrá?
LÁINEZ.—¿Desconocido? ¿Desde cuándo?
FABIO.—Desde hace dos semanas. Es otro.
CASTAÑOS.—No ríe... No bromea...
LÁINEZ.—Maltrata a los amigos...
CASTAÑOS.—¡Y a las mujeres!

FABIO.—¿A las mujeres? ¡Imposible!

CASTAÑOS.—Juro por los cielos que yo mismo le he visto pegar a una mujer.

FABIO.—¿Alonso?

CASTAÑOS.—El mismo.

FABIO.—¡Es pasmoso! ¿Qué le ha pasado?

LÁINEZ.—Vamos a verle y lo sabremos.

FABIO.—Vamos. Mas la verdad, no entiendo... (*Salen.*)

TELÓN.

ESCENARIO DE LA DERECHA

Otra calle. Noche. Entran dos bandidos.

UN BANDIDO, OTRO, ORTUÑO • ISABEL.

BANDIDO.—¿Sabes la calle?

OTRO.—Ven detrás de mí. (*Pasan.*) (*Entran Ortuño e Isabel.*)

ORTUÑO.—Estáte aquí y espérale. Pasará en seguida.

ISABEL.—¡Como yo lo atrape!

ORTUÑO.—¡Por Dios santo, guárdate de decirle que yo te traje aquí!

ISABEL.—Descuida.

ORTUÑO.—¡Ahí viene! Me voy para que no me vea. ¿Pero tú sola... podrás?...

ISABEL.—¡Ya me las arreglaré! ¡Vete!

ORTUÑO.—(*Saliendo.*) ¡Me pagarás lo de Jacinta, miserable!

ISABEL, ALONSO, HERNANI Y JUAN.

ISABEL.—Espera, galán.

ALONSO.—Perdón, tengo prisa.

ISABEL.—¿Prisa? ¿Adónde vas, ojos ladinos?...

ALONSO.—(*Con calma.*) ¿Eres tú, Isabel? ¡Déjame!

ISABEL.—¡Quiá! No te escaparás tan fácilmente. Ahora eres mío.

ALONSO.—(*En el mismo tono.*) Isabel, déjame. Dejame irme.

ISABEL.—¿Adónde quieres ir, monstruo? ¡Habla! ¿Tras qué ramujerzuela vas, asesino?

ALONSO.—(*Amenazador.*) ¡Déjame!

ISABEL.—No, palomo... ¡Qué he de dejarte!

ALONSO.—¡Voto va!... Déjame te digo. (*La aferra y la arroja al suelo.*)

ISABEL.—¡Asesino! ¡Favor! ¡Favor!

ALONSO.—Oye bien... Si das un grito más...

HERNANI.—(*A Juan.*) Mira... ¿Qué hace Alonso?

JUAN.—¡Amenazar a una mujer!...

ALONSO.—Como intentes venir detrás... Más te valdrá no hacerlo... Se acabó... Bastante tiempo te he tratado con remilgo:. ¿Entiendes? Amigos, vamos...

ISABEL.—¡Alonso! Amor... ¿Por qué me abandonas?

ALONSO.—¡Vete al diablo!

ISABEL.—¡Alonso mío!

ALONSO.—¿Has oído lo que te dije?...

ISABEL.—¡Alonso!

ALONSO.—¡Largo!... (*Alza la mano y ella escapa.*) ¡Soy un necio! Durante dos años anduve con contemplaciones..., sin poder librarme de ella... Y una sola vez que alcé la mano escapó...

TELÓN.

ESCENA IV

Interior de un edificio indeterminado. Es de noche. Bandidos; entran otros dos.

BANDIDO 1.°—(*Entrando.*) ¿No ha venido aún Alonso?

LÁINEZ.—Como ves, no.

BANDIDO 1.°—Son las doce pasadas. Ha faltado a lo convenido.

BANDIDO 2.°—¡No parece él!

LÁINEZ.—¡Cómo ha cambiado!

FABIO.—Está triste. ¿Qué le acaecerá?

ORTUÑO.—Me lo imagino.

TODOS.—¡Di! ¡Di!

ORTUÑO.—¡Está enamorado!

TODOS.—¡Ah!...

FABIO.—¿Enamorado? ¿El?... ¡Quia!

ORTUÑO.—(*Sombrío.*) ¿Quién ha de saberlo mejor que yo?

LÁINEZ.—¡Milagro, señores! Alonso no está alegre y Ortuño no está borracho!

TODOS.—¡Ja! ¡Ja!...

FABIO.—Ortuño se ha casado.

LÁINEZ.—¿Cómo casado?...

FABIO.—Hace días se casó con Jacinta.

BANDIDO 1.°—¿La hija del hostelero?

TODOS.—¡Ja ¡Ja!... (*Entran Alonso, Hernán y Juan.*)

FABIO.—Y ha hecho voto de no beber. Hace dos días que no se emborracha.

LÁINEZ.—¡Y por eso está melancólico!...

TODOS.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

ALONSO.—¿Qué gritería es ésta?...

FABIO.—Nos reímos de que Ortuño... ¿Sabes que se ha casado?

ALONSO.—¿Y qué?

FABIO.—Que su mujer ya le ha...

TODOS.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

ALONSO.—No hay por qué reirse. ¡Acabad! ¿Habéis oído?... (*Todos callan, mirándose unos a otros, asombrados.*)

FABIO.—¡Alonso, no pareces tú!

ALONSO.—¿Por qué?

FABIO.—¡Nos prohibes reir!

ALONSO.—Lo prohibo, sí. ¿Queréis que la ciudad entera acuda aquí al estrépito de vuestras carcajadas?

FABIO.—Oye, Alonso. ¿No eras tú quien decías que a un hombre puede obligársele a no dormir, pero no a no reirse?...

ALONSO.—Pues ahora digo: ¡callad! (*Nuevamente vuelven todos a mirarse extrañados.*)

ORTUÑO.—¡Alonso! Tú y yo tenemos que hablar.

ALONSO.—Luego.

ORTUÑO.—No; ahora.

ALONSO.—Estás borracho.

ORTUÑO.—¡Te exijo que me escuches!

ALONSO.—¿Exiges? Bueno. Vamos. (*Se aparta.*)

FABIO.—¿Qué les pasa?

CASTAÑOS.—¡No lo conozco!...

ORTUÑO.—Alonso, ¿sabes que me he casado con Jacinta?

ALONSO.—Lo sé.

ORTUÑO.—¿Y tú has ido hoy a verla, mientras yo no estaba?

ALONSO.—He ido a verla.

ORTUÑO.—¡Antes no procedías así con los amigos!

ALONSO.—No comprendo.

ORTUÑO.—¡Responde francamente!

ALONSO.—¿Amenazas?

ORTUÑO.—Sí.

ALONSO.—¡Estás borracho!

ORTUÑO.—¡Basta de borracheras! Responde o...

ALONSO.—... ¿O... qué?...

ORTUÑO.—(*Fuerte, amenazador.*) ¡Alonso!

ALONSO.—¿Qué?

ORTUÑO.—Nos batiremos.

ALONSO.—Luego.

ORTUÑO.—No... Ahora.

ALONSO.—Déjame.

ORTUÑO.—¡Cobarde!

ALONSO.—¡Ortuño! (*Echa mano a la espada.*)

FABIO.—¡Calma! ¡Quietos!

LÁINEZ.—Vamos, Alonso... Ortuño...

FABIO.—Oye, Alonso. ¿Para qué nos llamas? ¿Para batirnos unos con otros, o para arreglar nuestros asuntos?

CASTAÑOS.—Estamos cansados de esperar.

LÁINEZ.—Y de pasar apuros.

FABIO.—Y de padecer miserias...

TODOS.—¡Eso! ¡Eso!

ALONSO.—¡Chit! Oídme... Hace un mes que vivimos en olor de santidad...

FABIO.—O poco menos.

ALONSO.—Ocultos en nuestras madrigueras, como conejos, hemos tolerado que el canciller saquease la ciudad con los suyos... No se ha desvalijado a un conde ni se ha quitado de en medio a un marqués...

TODOS.—¡Eso! ¡Eso!

ALONSO.—Pues oídme... En adelante, no volveremos

a robar ni a asesinar a un noble... (*Todos quedan perplejos. Luego se levantan murmullos.*)

LÁINEZ.—Alonso, ¿qué significa esto?

CASTAÑOS.—¿Te has vuelto loco?

FABIO.—¿Qué te pasa?

ORTUÑO.—Yo sé por qué lo dice. ¡Es un cobarde! Desde que lo han declarado fuera de la ley, tiene miedo. Se oculta entre las faldas de las mujeres... ¡Es un cobarde! ¡Un cobarde! (*Alonso calla.*)

FABIO.—¿Le ofenden y se calla?

LÁINEZ.—¿Qué le pasa?

ORTUÑO.—¡Que es un cobarde!

ALONSO.—¡Silencio! Repito que desde hoy cesarán nuestros asaltos. La banda de Alonso Enríquez se declara disuelta.

ORTUÑO.—Es un traidor. Tiene tratos con Clara Ursino.

LÁINEZ.—¡Alonso! ¿Qué significa todo esto?

ALONSO.—Significa que soy el segundo amante de Clara Ursino. Voy a verla todos los días.

TODOS.—¡Ah! ¡Ah!

ALONSO.—La quiero y me quiere. ¡Por eso os silencio!...

ORTUÑO.—¡Muera el traidor!

FABIO.—¡Alonso!

ALONSO.—¡Cesaremos de asaltar ocultamente uno a uno, para asaltarlos a todos de una vez!

ORTUÑO.—¡No lo creáis!

ALONSO.—¡Silencio! Oídme: el canciller don Rodrigo me ha declarado fuera de la ley. Durante toda mi vida he luchado en contra de la ley, y de pronto el mismo canciller me declara fuera de ella. Ahora estoy convencido de que se vive mejor fuera de la ley..., y por eso quiero

que todos gocen de la misma dicha... ¡Que todos estén fuera de la ley! ¿Comprendéis?

FABIO.—No...

ALONSO.—Escuchad entonces... Mañana, a la noche, destronaremos al duque, apresaremos al canciller y sus secuaces, acabaremos con las leyes... Todo el país estará fuera de las leyes. Cada cual se dará la ley a sí mismo.

FABIO.—Pero, Alonso, ¿estás loco?

LÁINEZ.—¿Qué le sucede?

ALONSO.—¡Ah! ¿Tenéis miedo? ¿Habéis luchado toda vuestra vida contra la ley y os espanta ahora destruirla?

FABIO.—Miedo, no... Pero hay que meditarlo mucho... Somos en junto veinte hombres...

ALONSO.—Somos veinte mil, doscientos mil... Todo el pueblo está con nosotros.

FABIO.—El pueblo es un hato de cobardes... No estará con nosotros...

ALONSO.—Pero tampoco contra nosotros. ¡Ea!... Basta de hablar... ¡Hacer! Cumplamos nuestro destino. ¿Hay que ir contra todos? Pues contra todos... Somos veinte, y los nobles, mil. ¿Pero cada uno de nosotros no vale por cien de esos cobardes?

BANDIDO 1.º—¿Y las tropas?

ALONSO.—Las tropas son el pueblo... Son nuestras. (*Los bandidos dan muestras de indecisión.*) Oíd. Yo, que en toda mi vida no hice otra cosa que beber, besar y pelear, he comenzado a meditar detenidamente. El pueblo sufre; lo vengaremos. El pueblo perece; lo salvaremos. ¿Hay que arrancar las leyes de cuajo? ¡Se arrancan!...

FABIO.—¿Y quién gobernará entonces?

ALONSO.—¡Nadie! Cada cual se gobernará a sí mismo. Hemos jurado que para nosotros no hay leyes. No hay más leyes que las del honor... ¿Sabéis lo que esto

significa? Significa que no habrá tiranos ni siervos. Ni nobles. Ni villanos. Ni cárceles. Ni centinelas. Todo estará fuera de la ley...

ORTUÑO.—Señores... Alonso tiene razón... No hay más leyes que las del honor. ¡Al combate! ¡Abajo las leyes tiranos. Ni tuya, Alonso, gran bufón. Ni tuya, Ortuño, gran borracho...

ALONSO.—Nuestra... Exclusivamente nuestra. Yo soy un pobre, un vagabundo, un cantero. Sólo por ello debo rebelarme contra el canciller. Riendo viví toda mi vida y riendo iré a la batalla... Seguidme, amigos.

ORTUÑO.—Te seguiré... Lo juro... No hay leyes... No hay más leyes que las del honor...

ALONSO.—¿No venís los demás? ¿Dudáis aún? ¡Cobardes! Sabed que mañana el canciller destronará al duque.

FABIO.—¡El canciller!

LÁINEZ.—¡Imposible!

BANDIDO 2.º—No es verdad...

ALONSO.—Es verdad. Mañana, a media noche, el canciller, a la cabeza del ejército, tomará el palacio y se proclamará soberano. Ha comprado a las tropas. La ciudad está en su poder. Lo sé. Me lo ha confiado Clara Ursini.

FABIO.—¡Cristo!

LÁINEZ.—¡Diablo!

CASTAÑO.—¿Qué hacemos?

OTROS.—¿Qué hacemos?

OTROS.—¿Qué hacemos?

ALONSO.—¿Qué hacemos? ¿No lo sabéis? Yo sí... Apoderarnos de los dos. Del duque y del canciller.

ORTUÑO.—¿Hemos de consentir que el canciller se erija en tirano?

ALONSO.—Sería la ruina del pueblo.

LÁINEZ.—Nos asesinaría.

CASTAÑOS.—¡Vamos, Alonso! Guíanos...

FABIO.—Guíanos...

OTROS.—Guíanos...

ALONSO.—¡Por fin! Ahora, oídme. Mañana, a las diez de la noche, el canciller acudirá a la cita de Clara Ursino. Yo acudiré a la misma hora.

UNOS.—¿No será un lazo?

OTROS.—¡Quién se fía de Clara Ursino!

ALONSO.—Es nuestra. ¡Nuestra en cuerpo y alma!

FABIO.—¿Cierto?

ALONSO.—Cierto. Mañana, a las diez, iré a la cita.

LÁINEZ.—Y lo matarás.

ALONSO.—No lo mataré. No más crímenes. Se acabaron los crímenes. Cogeremos al canciller vivo.

FABIO.—¿De qué manera?

ALONSO.—Vosotros veinte os esparciréis por la ciudad, recorriendo los barrios; y a las diez, al grito de: «¡Prendamos a Alonso!», correréis a casa de Clara Ursino.

LÁINEZ.—No lo entiendo.

FABIO.—Ni yo.

CASTAÑOS.—Ni yo.

ALONSO.—Arrastrad con vosotros cuanta más gente podáis. Recorred las calles, llamad en las casas, amenazad, gritad: «¡Prendamos a Alonso!» A este grito acudirá la ciudad entera. Clara abrirá la puerta y Rodrigo será nuestro.

ORTUÑO.—¿Nuestro?

UNOS.—¿Nuestro?

OTROS.—¡Sí! ¡Sí!

ALONSO.—Luego, ya todos en palacio, gritad: «¡Abajo el duque!» Los centinelas os darán paso, creyendo que

sois del canciller. El regimiento de Pablo es nuestro. En pos de él irán las demás tropas. La ciudad será nuestra.

LÁINEZ.—¿Nuestra?

CASTAÑO.—¿Nuestra?

ALONSO.—Jurad, pues.

UNOS.—¡Juramos!

OTROS.—¡Juramos!

ALONSO.—¡Oíd aún! Acordáos de que nosotros, asesinos, prometemos que no habrá más asesinos. Los asesinos están con las leyes. ¡Donde no hay leyes no hay asesinos! A los inermes, la prisión. A los tiranos, la clemencia... Recordadlo. Jurad que me obedeceréis en todo.

TODOS.—¡Lo juramos!

ALONSO.—Y ahora, ¡a descansar! ¡Hasta mañana! Nuestro lema es: «¡No hay más ley que la del honor!» Nuestra contraseña: «¡Fuera de las leyes!»

UNOS.—¡Fuera de las leyes!

OTROS.—¡Fuera de las leyes!

ORTUÑO.—Alonso, ¡perdóname!

ALONSO.—¿Por qué?

ORTUÑO.—Porque te ofendí.

ALONSO.—Te perdono. (*Le estrecha la mano.*) Pero oye un consejo.

ORTUÑO.—Di.

ALONSO.—Emborráchate... Así, sin beber, no sirves para nada.

TELÓN.

ACTO CUARTO

INTERVALO FINAL

ESCENARIO DE LA IZQUIERDA

Noche. Una calle. Varios oficiales.

OFICIAL 1.°—¿De suerte que esta noche?
OFICIAL 2.°—Esta noche.
OFICIAL 3.°—¡Al fin escalaremos el poder!
OFICIAL 1.°—¡Don Rodrigo nos mostrará el suyo!
OFICIAL 3.°—Recordad la contraseña: «¡Poder y ley!»
TODOS.—¡Poder y ley!

TELÓN.

ESCENARIO DE LA DERECHA

Otra calle. Varios bandidos.

FABIO.—¡Amigos, repartíos por la ciudad! Pronto sonarán las diez.

LÁINEZ.—No olvidéis hacia dónde hay que guiar a la gente.

BANDIDO 1.º—Recordad nuestro grito: «¡Fuera de las leyes!»

TODOS.—¡Fuera de las leyes!

TELÓN.

ESCENARIO CENTRAL

Estancia de Doña Clara.

CLARA.—(*Sola.*) Hoy, paseando por la plaza, un vill no me gritó: «¡Cortesana!» Otro: «¡Buscona!»... E justo. Pero ninguno me dijo: «¡Duquesa!» Sin embarg soy más que duquesa: soy la que entroniza a los duque La cortesana escala el poder. ¡Soy más fuerte que tod juntos! Y Alonso, que se cree superior a todos, por est fuera de la ley, no puede abatir la ley femenina. ¡N cios! ¿Imagináis ser duques y duquesas? La verdade duquesa soy yo; la cortesana. (*Pausa.*) Alonso... ¡Inf cil! Quiere anular las leyes para que todos los homb sean iguales. ¿Y él? ¿Será como todos? ¡Que se atre a llegar al trono para derribarlo! ¡Que se atreva a se tarse en él!... El trono es demasiado alto para ti, Alons Piensas que el pueblo no necesita amo... ¡Tú mismo se barías por tiranizarlo, sin darle cuenta!... (*Llaman a l puerta.*) ¡El futuro duque! (*Abre. Entra Alonso.*)

ALONSO.—(*En voz baja.*) Creí llegar con retraso. ¿N ha venido aún?

CLARA.—No.

ALONSO.—¡Pronto serán las diez!

CLARA.—Vendrá en seguida.

ALONSO.—Esta noche, pues...

CLARA.—La ciudad será tuya.

ALONSO.—¿Mía? ¡Nuestra!

CLARA.—¡Tuya!

ALONSO.—Parece que llaman.

CLARA.—¡Te habrá parecido! ¿Por qué hablas en voz baja?

ALONSO.—¡No sé!

CLARA.—¿Tienes miedo?

ALONSO.—¡Tengo emoción! Mañana no habrá leyes en la ciudad. Arrasaremos los palacios, los tribunales, las prisiones... ¡No habrá leyes en la ciudad!

CLARA.—¡Gracias a ti!

ALONSO.—A mí, no; al pueblo.

CLARA.—No, a ti; únicamente a ti. ¿Qué tiene que ver el pueblo? El pueblo duerme. El pueblo no sabe jamás lo que hará dentro de media hora. ¿Un pueblo puede ser caudillo? ¡Jamás! El caudillo eres tú, Alonso. ¿A qué humillarse? ¡Sigue fuera de las leyes!

ALONSO.—¡Pero todos estarán fuera de las leyes!

CLARA.—¡Pero todo estará bajo la ley! ¡Bajo la ley servil, mísera!

ALONSO.—(*Sin oirla.*) Mañana no habrá ni nobles, ni siervos, ni oficiales, ni soldados... ¡Todos serán iguales!

CLARA.—¡Y ninguno será dueño de sí! ¡Todos serán esclavos! Tú mismo serás esclavo, Alonso.

ALONSO.—¿Esclavo? ¡Jamás!

CLARA.—¡Pero si todos son esclavos y tú eres igual que ellos, serás un esclavo más! Tú eres el jefe, Alonso.

ALONSO.—¡No habrá jefes!

CLARA.—Los esclavos te nombrarán caudillo.

ALONSO.—¡No lo consentiré!

CLARA.—Entonces, elegirán a otro. ¡No pueden vivir sin látigo! Alonso, no seas loco; se tú el jefe.

ALONSO.—Los encarcelaremos a todos. Nobles, cortesanos, funcionarios... El canciller y el duque irán a la misma prisión...

CLARA.—¿Los matarás?

ALONSO.—No. No habrá más crímenes.

CLARA.—(*Aparte.*) ¡Necio! ¡Di lo que quieras! Dentro de una hora cambiarás.

ALONSO.—¡Esta noche derrumbaremos el trono.

(*Aparte ambos. Cada cual con su idea fija.*)

CLARA.—(¡Esta noche se sentará en el trono!)

ALONSO.—(¡Sin una gota de sangre!...)

CLARA.—(¡En un mar de sangre!...)

ALONSO.—(*Alto.*) ¡Clara!

CLARA.—¿Qué?

ALONSO.—¡Clara mía! Mañana vendré a verte.

CLARA.—(*A media voz.*) (Mañana pensarás de otro modo.) ¡Llaman a la puerta! ¡El! (*A Alonso.*) Aquí. Detrás del biombo. (*Lo esconde.*) Ahora, el segundo duque. (*Abre la puerta y entra Rodrigo.*) ¡Señor duque!

RODRIGO.—Todo está pronto.

CLARA.—Aquí también todo está pronto.

ALONSO.—(*Detrás del biombo.*) Y aquí también todo está pronto.

RODRIGO.—Los soldados aguardan órdenes.

ALONSO.—(*Tras el biombo.*) Se las daremos.

RODRIGO.—A media noche tomaré posesión del trono. ¡Por fin! ¡Ser soberano de hecho diez años y pasar los diez años inclinándose servilmente ante el duque. ¡Ah no! ¡Yo seré duque!... ¡Estar sobre todos! ¡Más alto que todos! ¡No reconocer más derecho que el capricho! Estar fuera de la ley...

ALONSO.—(*Detrás del biombo.*) ¿Fuera de la ley?

RODRIGO.—Ser como todos es indigno, vil... Equival

a igualarse con el labriego, con el artesano, con el mendigo... ¡Obedecer las leyes de los demás!... ¡No! Estar sobre las leyes. Imponer a los demás leyes...

CLARA.—Duque..., no. Rey. Serás rey. Serás emperador.

RODRIGO.—Haré de mi patria un gran país. La enaltecerá con leyes de hierro.

CLARA.—Te aclamarán tus compatriotas.

RODRIGO.—No; sé que me odian. Pero no importa. Sobre el odio del populacho construiré un gran pueblo. ¡Que griten contra mi! ¡Que me maldigan! ¡Que me arrojen piedras! ¡Ya llegará día en que me canten alabanzas! ¿Es que el pueblo entiende nada de nada? Multiplicaré los tributos y multiplicaré las leyes, pero haré un pueblo grande... ¡Barras de hierro! ¡Leyes de hierro! Y el pueblo será inmortal. Despertarse por la mañana y saber que se es soberano... Dormirse por la noche sintiendo el propio poder... Trabajar sin fin, pero trabajar para uno mismo... No obedecer a nadie, ni alto, ni bajo, ni hombre, ni dios... ¡Estar fuera de la ley!...

ALONSO.—(*Tras el biombo.*) ¡Fuera de la ley!

RODRIGO.—Gobernaré yo solo. No tengo necesidad de nadie. Estaré en todas partes. Lo oiré todo. Todos serán mis súbditos. Yo haré los soldados y los héroes...

CLARA.—Serás rey, serás emperador.

RODRIGO.—¡Clara! Todo ello es obra tuya. Me inspiraste, me iluminaste... ¡No lo olvidaré jamás! (*Un reloj da las diez.*)

CLARA.—No tienes por qué recordarlo. Lo único que quiero es que no me abandones.

RODRIGO.—¿Abandonarte yo?

CLARA.—¿Vendrás a verme alguna vez? ¿Aquí, a esta casa?

RODRIGO.—Siempre que tenga un minuto libre.

CLARA.—¿Y tu mujer?

RODRIGO.—¿Mi mujer?

CLARA.—¡Tendrás que casarte! El rey debe casarse.

RODRIGO.—¿Casarme?

CLARA.—¡Sí, sí! ¡Casarte! Casarte con una princesa. Fea, pero princesa.

RODRIGO.—¿Con una princesa?

CLARA.—Sí, con Inés, la hija del duque. Destronas a su padre y te casas con ella. Yo seré su dama de honor. Arreglaré su lecho donde ella dormirá sola, y tú vendrás a mi yacija... (*En la calle, a lo lejos, ruido y gritos que se aproximan.*)

RODRIGO.—¡Clara!

CLARA.—Y los muchachos en la calle me señalarán con el dedo gritando: «¡Ahí va la querida del duque!»

RODRIGO.—Pero ¿qué dices? (*El ruido y los gritos se acercan.*)

CLARA.—¿No sabes que hoy un villano me gritó: «¡Meretriz!»?

RODRIGO.—¿Quién ha osado...?

CLARA.—¡Que quién ha osado!... ¿Quién osó hacerme cortesana?

RODRIGO.—Clara, ¿estás loca?

CLARA.—Respóndeme. ¿Quién me hizo cortesana?

RODRIGO.—Déjame. No hay tiempo que perder. (*Llaman a la puerta. Gritos de «¡Abrid! ¡Abrid!»*)

CLARA.—¿Es la hora? Sí, es la obra. ¿Oyes? Es la hora, duque. (*Arrecian los gritos. Se destaca una voz: «¡Prendamos a Alonso!»*

RODRIGO.—¿Eh? ¿Qué es eso?

CLARA.—Vienen a prenderte, duque; es la hora. (*A Ro-*

drigo.) Sí, Alteza. Vienen a matarte. (*Se repiten los gritos: «¡Prendamos a Alonso!»*)

RODRIGO.—¡Cristo! ¿Creen que está aquí Alonso Enríquez? No quiero que me sorprendan contigo...

CLARA.—¿Es indigno de un duque estar con una cortesana?

RODRIGO.—¿Dónde me oculto?

CLARA.—Aquí, Alteza, aquí. (*Lo conduce junto al biombo. Alonso le sale al paso.*)

RODRIGO.—¿Quién es?

CLARA.—Tu amigo, Alteza.

ALONSO.—Soy Alonso Enríquez. ¿Os suena el nombre, canciller? Bien hablasteis de gobernar. Me encantó oíros.

RODRIGO.—¡Traición!

CLARA.—Sí, traición. ¿Te asombras? Te he traicionado. Te he delatado. Soy yo quien ha traído a estos hombres. Soy yo quien ha ocultado a Alonso...

RODRIGO.—¿Por qué?

CLARA.—Por «gratitud», Alteza..., porque querías elevarme hasta ti... ¡Gracias! ¡Gracias!

RODRIGO.—(*Sereno.*) ¡Meretriz!

CLARA.—¿Meretriz? La meretriz te aniquilará.

ALONSO.—Clara, basta.

CLARA.—¡Alonso mío! (*Se arroja en sus brazos.*) ¡Rodrigo, he aquí a nuestro duque!

RODRIGO.—¡Meretriz!

CLARA.—(*Arrojándose hacia la puerta.*) ¡Entrad!

ALONSO.—Detente, Clara. (*A Rodrigo.*) Canciller, perdisteis la partida. Queríais sorprender al duque y ocupar el trono...

CLARA.—En lugar tuyo se sentará él. ¡Alonso será duque!...

ALONSO.—¿Oís? Entrarán dentro de un instante. Que-

rrán asesinaros... Pero Alonso Enríquez no consiente que asesinen a los indefensos. Canciller, desenvainad la espada... Nos batiremos de hombre a hombre.

RODRIGO.—¡Jamás! ¡Un canciller cruzar su acero con un bandido!...

CLARA.—¡Mátalo!

ALONSO.—¡Desenvainad la espada!

RODRIGO.—¡Jamás!

CLARA.—¡Mátalo!

ALONSO.—Abre. (*Clara abre la puerta. La escena se llena de gente.*)

RODRIGO.—(*Apartándose con serenidad hacia un rincón.*) ¡Morir! ¡Una hora antes de escalar el trono!

VOCES.—¡Muera el canciller!

OTROS.—¡Muera!

ALONSO.—¡Quietos! Nadie atacará a un indefenso mientras yo viva! Canciller, por última vez, ¡defendeos! (*Rodrigo, sin hablar, desenvaina la espada y la parte en dos sobre la rodilla.*)

VOCES.—¡Muera el canciller!

CLARA.—¡Mátalo! Si no le matarán a ti.

ALONSO.—¡Quietos! Recordad nuestro juramento. «No hay más leyes que las del honor». ¡Guardad las leyes del honor!

RODRIGO.—¿Pero los bandidos tienen honor?

CLARA.—¡Decídete!

RODRIGO.—Da oídos a la meretriz, bandido...

ALONSO.—¡Tomadlo! ¡Vuestro es!

RODRIGO.—¡Cantero! ¡Bandido! (*Multitud envuelve al canciller.*)

TELÓN.

Salón del trono.

FABIO y ORTUÑO.

CASTAÑOS.—(*Entra corriendo.*) ¡Alonso! ¿Dónde está Alonso?

FABIO.—¿Qué sucede?

CASTAÑOS.—¡Ni el diablo lo sabe! El pueblo, en este instante, prende fuego a la casa del canciller.

FABIO.—¡Oh!

CASTAÑOS.—Intenté persuadirles, pero en vano. Las casas arden y ellos ríen... ¡Toda la ciudad está ardiendo! Y toda la plebe borracha.

LÁINEZ.—(*Entra corriendo.*) ¡Alonso! ¿Y Alonso?

TODOS.—¿Qué sucede?

LÁINEZ.—No lo pude evitar. Están saqueando la tesorería.

ORTUÑO.—Es natural. ¡Como no hay leyes!

FABIO.—¡No hay más leyes que las del honor!

ORTUÑO.—(Burlándose.) ¡No hay más leyes que las del honor!

LÁINEZ.—Por todas partes gritos, llantos, incendios... En la calle ultrajan a las doncellas...

ORTUÑO.—Las leyes del honor.

FABIO.—Hemos hecho lo que hemos podido... ¡Están furiosos! No obedecen a nadie.

LÁINEZ.—¿Dónde está Alonso?

ORTUÑO.—Alonso es un traidor.

FABIO.—¡Ortuño!

ORTUÑO.—¿Quién tiene la culpa de todo? Alonso. ¿Quién faltó primero a su juramento? Alonso. «¡No más crímenes! ¡No más sangre!», decía. ¿Quién ha matado

ORTUÑO.—¿Es indigno de ti batirte con un insolente ilustre cantero? ¡Defiéndete o te mato como a un perro! ALONSO.—(*Gritando.*) ¡A mí, la guardia! (*Entran varios soldados.*) ¡Desarmad a este necio! ¡Osa atentar contra su señor! (*Los soldados se arrojan sobre Ortuño.*)

ORTUÑO.—¡Quietos, perros, que os va la vida! (*Luchan y los soldados desarman a Ortuño.*) ¡Jacinta!

ALONSO.—Conducidlo al subterráneo.

ORTUÑO.—(*Arrastrado por los soldados.*) ¡Farsante!

ALONSO, solo.

ALONSO.—¡No faltaba más que eso! ¡Batirme yo con la canalla!... (*Transición.*) Pero ¿de dónde sales tú, Alonso? ¡De la canalla misma!... ¿Quién me tomaría por un cantero? Parezco un príncipe... ¡Alonso Enríquez, digo, y soberano! ¡Yo, que juré que no habría jefes! Pero ¿qué hacer si el pueblo lo pedía a gritos? Me hubiera matado si no acepto... Pero renunciaré al poder... No habrá leyes... ¡No habrá leyes! (*Da unos pasos. Detiénese ante el trono derribado.*) Anoche, cuando asaltamos el palacio, el duque, creyendo salvarse, se acogió al trono. Le dieron juntos el trono y él... Y vosotros, antepasados, os callasteis. ¡Y calláis ahora!... Cierto que no os importa. ¡Habéis disfrutado del trono tanto tiempo!... ¡Dejad que los demás lo ocupen un rato! ¿Qué digo? ¿Los demás? Ninguno volverá a sentarse en él. (*Pausa.*) ¡Eh, antepasados! ¡Duques! ¿Queréis que un cantero envilezca el trono? ¿Queréis que me siente en él? (*Levanta el trono.*) Ya una vez me senté y no sucedió nada... No me fulminó ningún rayo. (*Se sienta.*) ¡Qué bien se está en el trono!... Ea... Si yo quisiera, podría estar sentado toda la

vida. (*Ríe.*) ¡Qué hermoso es ser soberano, hacer el bien y el mal a capricho. Trocar a una mendiga en condesa y a una condesa en mendiga... ¡Estar fuera de la ley!... ¡Se puede hacer tanto bien! ¡Y tanto mal!... Ir por la calle y sentir que todos nos miran... ¡Si yo quisiera!... ¿Quién me lo impediría? ¿Acaso vosotros, antepasados? ¿Tal vez el pueblo? ¡Bah! El pueblo es un rebaño... Y si se trueca en fiera, se le encierra entre recios barrotes... Yo seré el domador... Arriesgado, pero magnífico. ¡Domador!... (*Interrumpiéndose a sí mismo.*) Pero ¿qué hablo? ¿Cuándo y a quién le oí decir estas cosas? ¿Quién hablaba así? (*Salta del trono.*) ¡El canciller! ¡Son palabras del canciller!... (*Ríe.*) ¿Y qué? Después de todo, ¿qué? El canciller era un gran hombre. También quería estar fuera de la ley..., y por eso fué asesinado...

ALONSO y CASTAÑOS

CASTAÑOS. — (*Entra corriendo.*) ¡Alonso! (*Se detiene asombrado.*) ¿Cómo? ¿Estabas en el trono?

ALONSO.—¡Diantre! (*Se levanta.*)

CASTAÑOS.—¿Quién ha levantado el trono?

ALONSO.—¿Qué importa? Dime. ¿Ocurre algo?

CASTAÑOS.—El trono estaba derribado por tierra.

ALONSO.—No fastidies más con el trono. ¿Ocurre algo?

CASTAÑOS.—Las turbas han cogido a Pablo y quieren matarle.

ALONSO.—¿A Pablo?

CASTAÑOS.—Lo salvé de milagro... Dije que era de los nuestros, que había ayudado... No me creían... A duras penas logré conducirlo al calabozo de la torre.

ALONSO.—¡Caramba! Me olvidé de Pablo... ¿Dónde está Inés?

CASTAÑOS.—Aquí, en Palacio. La tenemos oculta...
ALONSO.—Toma un piquete de soldados y tráeme a Pablo... O si no, aguarda... A Inés... Primero, tráeme a Inés...
CASTAÑOS.—Obedezco, alteza serenísima...
ALONSO.—¿Alteza? ¿A qué viene eso?
CASTAÑOS.—¿Y cómo llamar a quien viste de terciopelo y se sienta en un trono?
ALONSO.—¡Imbécil! Haz lo que te digo...
CASTAÑOS.—(*A media voz.*) ¡Con qué facilidad se troca un hombre en tirano! (*Sale.*)

ALONSO e INES

ALONSO.—En verdad que son síntomas alarmantes. Comienzo a representar en serio mi papel de verdadero duque. En todo el día no he reído una vez... Pero Inés es bella... Si el canciller hubiese triunfado, sería su esposa... Nada, nada... Hay que huir de aquí. Aquí, en cada rincón, se aspira el Poder. Cada ángulo esconde una corona. ¡Largo! ¡A la calle! Un poco más, y este ambiente me ahoga...
INÉS.—(*Cayendo de hinojos.*) ¡Piedad!
ALONSO.—Levantad. (*La ayuda a levantar.*) (¡Es la divina!)
INÉS.—¿Me perdonáis la vida? ¡Oh!
ALONSO.—¡Por Dios, doña Inés!... ¿Cómo podéis imaginar?... Os juro que...
INÉS.—¡Qué bueno sois!... Ahora ya podré entrar en un convento...
ALONSO.—¿Por qué en un convento, doña Inés?
INÉS.—¿No sabéis? Han preso a mi padre. Han preso a Pablo, mi prometido. Estoy sola... Me refugiaré en

un convento... Pero antes, piedad, don Alonso... Piedad para mi padre, para Pablo, para mí...

ALONSO.—Calmaos, doña Inés...

INÉS.—¿Dónde está mi padre?

ALONSO.—En lugar seguro... Oculto al furor de la plebe...

INÉS.—Gracias, gracias ¿Y Pablo?

ALONSO.—También... Pero ¡tembláis, doña Inés! No temed nada... Pablo será libre, hoy mismo... Os lo prometo...

INÉS.—¡Oh, don Alonso! (*Estalla en sollozos.*)

ALONSO.—¡Lágrimas! Reportaos, doña Inés... Venid a esta estancia... (*La besa en los cabellos.*) Aquí estáis segura... Dentro de una hora, Pablo se reunirá con vos. (*La acompaña a la estancia contigua y torna.*) ¡Qué hermosa y qué inocente! ¡Y yo he pensado seduciría! ¡Traicionar al amigo! (*Llamando.*) ¡Castaños!... ¡Castaños!... ¡Hay que traer a Pablo en seguida! ¡Castaños!... ¡Siempre ese trono maldito! Necesito huir... Este aire me envenena... Huir... Pero ¿dónde? (*Se asoma a la ventana.*) La ciudad es presa de las llamas... Es mi obra. ¿Por qué? Porque todos están, como yo, fuera de la ley... Cuando yo sólo era el perseguido, yo sólo era el libre y feliz. Me acosaban los enemigos por todas partes. Mas por todas partes escapaba. Ahora, no... Ahora están todos fuera de la ley... y yo solo esclavo de la ley...

Pero puedo ser libre de nuevo. De nuevo dichoso... Puedo..., y lo seré... He jurado que no habrá más sangre ni más crímenes... Cumpliré mi deber... Haré una patria grande, gloriosa... Pero sin leyes... Fuera de las leyes. (*Ríe.*) ¡Sin leyes!... He aquí lo que será la ciudad sin leyes: incendios, saqueos, asesinatos... Y siempre así... No importa... Sea grande y gloriosa, aunque corra la sangre

a mares... (*Pasea por la estancia, en silencio. Se detiene.*) Soy el señor. Puedo, a mi antojo, sembrar el bien o el mal. Haré dichoso al pueblo con leyes justas, y mi nombre será ensalzado... ¡Basta de burlas y de farsas! Seriedad... Gravedad... Soy duque... (*Acercándose a la ventana.*) ¡Grita, saquea, incendia, asesina! Te quedan pocas horas. ¡Mañana empuñaré el látigo!... (*Separase de la ventana. Da algunos pasos. Se detiene de nuevo.*) ¡Castaños! ¿Dónde se metió ese truhán? ¡Castaños!

CASTAÑOS.—(*Entrando.*) ¿Qué me quieres?

ALONSO.—¿Dónde te metes, bribón? Te he llamado cien veces... Conduce a Pablo a la torre. Ponle centinelas de vista... Me respondes de él con tu cabeza... No permitas de ningún modo que lo vea Inés...

CASTAÑOS.—Pero...

ALONSO.—Obedece... (*Transición.*) Oye... ¿Conoces a mi mujer?

CASTAÑOS.—¡Naturalmente! ¿La hago entrar? Está esperando en la antesala.

ALONSO.—¡Cómo entrar, necio! ¡Desaparecer! Que desaparezca esta noche...

CASTAÑOS.—No te entiendo...

ALONSO.—Mátala...

CASTAÑOS.—¡Alonso!...

ALONSO.—¿Qué?

CASTAÑOS.—¿Matar a una mujer?...

ALONSO.—¡No me repliques!... ¡Obedece!...

CASTAÑOS.—Pero...

ALONSO.—¡Obedece! ¡Voto a...! (*Castaños, amedrentado, escapa.*) ¡Pobre! Obedece a la ley del más fuerte. Ley bárbara, ley eterna...

INTERVALO SEXTO

En los escenarios de izquierda y derecha, las turbas gritan ebrias. Cámara lateral del palacio. Es de noche. Dan las diez y entra Clara Ursino.

CLARA.—¡Las diez! Anoche, a esta hora... ¡Todo ha sucedido según predije! No viene Alonso... ¿Dónde estará? Seguirá pronunciando bellos discursos. Anoche, a las diez, me juraba que no habría jefes, y a las once se proclamaba duque. A las diez, que no habría más asesinatos, que no habría más crímenes... ¡Y a las once saltaba sobre charcos de sangre! ¿Qué pensará hoy? ¡No debo dudar de él! Es demasiado inteligente para invocar aún las leyes del honor... Mañana seré duquesa... (*Ríe.*) No puedo olvidar a aquel hombre gritándome: «¡Meretriz!» Las turbas me buscaron para matarme, y Alonso me escondió en Palacio... ¡Hoy me odian como cortesana y mañana me aclamarán como duquesa! Y callarán, y me adularán y se humillarán... ¡Genuza!

ALONSO.—(*Desde la puerta.*) ¡Clara!

CLARA.—¡Duque mío!

ALONSO.—Las fieras necesitan un domador, y yo lo seré. Si yo no lo fuese, vendría otro peor. Preferible es que yo lo sea. ¡Salvaré al pueblo!

CLARA.—(*Aparte.*) ¡Triunfé!

ALONSO.—Yo, el cantero, salvaré al pueblo.

CLARA. — No eres cantero, sino príncipe. Recuerda que en nuestra primera entrevista te dije que eras príncipe.

ALONSO.—¡Que no me hablen de deberes! ¡Que no me hablen de honor! Estoy fuera del honor, fuera de la ley! Pero todo cuanto hago, lo hago en bien del pueblo. Hace poco, un animo mio me ha gritado que soy un farsante. ¡Un duque farsante!

CLARA.—(*Aparte.*) ¡Y yo una duquesa mereiriz!

ALONSO.—¡Farsante! ¡Pero si salvo a la patria!

CLARA.—Tranquilízate.

ALONSO.—Estoy tranquilo. Completamente tranquilo. Sé que he faltado a mi juramento. Pero no podía ser de otro modo. ¡No podía ser!

CLARA.—Sin duda.

ALONSO.—He matado al amigo, he matado a mi mujer... Pero no podía ser de otro modo.

CLARA.—¿Has matado a tu mujer?

ALONSO.—Sí; la maté y no me arrepiento. Me perturbaba, me enloquecía... Impedía la salvación del pueblo... Me pasé la vida bromeando con ella; pero acabó el tiempo de las bromas... ¡Ya no me río! ¡No me reiré nunca! El soberano no debe reír. ¡Oh, Clara! ¡Ya soy libre! ¡Ya no soy cantero, sino duque! Emparentaré con una casa reinante. Me casaré con doña Inés.

CLARA.—¡Ah!

ALONSO.—¡Y ay del que me recuerde que soy cantero...

CLARA.—¡Ay del que me recuerde que soy concubina! (*Serenamente a Alonso.*) Y ahora, ¿qué va a ser de mí?

ALONSO.—¿De ti? Es verdad. ¿Qué será de ti? ¡Clara, te amo!...

CLARA.—Pero ¿qué seré yo?

ALONSO.—¿Tú? ¿Y qué necesitas ser tú? Yo te amo. Te ama el duque...

CLARA.—(*Riendo.*) ¡Te ama el duque! He sido amada por varios futuros duques... Pero, tienes razón, ¡qué necesito yo!

ALONSO.—¡Oh, Clara! (*Quiere abrazarla.*)

CLARA. — Aguarda, aguarda. ¿Quieres casarte conmigo?

ALONSO.—¿Casarme? ¡Clara! Pero esto...

CLARA.—Destruye tus planes, ¿verdad? ¡Duque mío! (*Se acerca a la mesa y busca algo.*)

ALONSO.—¡Qué importa el nombre! (*Dejándose arrebatar por sus quimeras.*) Te amo. ¿Qué te importa Inés? Inés será como un adorno. Será duquesa sólo de nombre... Tú, en cambio, serás dueña de mi alma. Haré grande a mi patria... Correrá mi fama por el mundo entero... Seré emperador... Me coronará el Papa... ¡Ja! ¡Ja!

CLARA.—¿Ríes, Alonso? ¡El duque no debe reir! ¿Recuerdas quién decía esto?

ALONSO.—¿Quién?

CLARA.—Rodrigo, el canciller.

ALONSO.—El canciller tenía razón.

CLARA.—¡Duque mío! (*Le tiende las manos. Alonso la abraza.*) ¡Amor! ¿Recuerdas ayer a estas horas?... El canciller quería abrazarme...

ALONSO. — ¿Por qué nombras tantas veces al canciller?

CLARA.—No quiso casarse conmigo... ¡Y hubiera podido ser hoy duque!

ALONSO.—Por eso pereció.

CLARA.—(*Clavándole un puñal.*) ¡Y por eso perecerás tú!

ALONSO.—¡Ah! (*Cae.*)

CLARA.—¿No quisiste hacerme tu esposa? ¡Muere como

un perro! Creí que eras un príncipe y no eres más que un villano...

ALONSO.—¡Oh!...

CLARA.—¡Quisiste estar fuera de la ley!... ¡Muere según la ley!

TELÓN.

LA MONEDA FALSA

TRAGEDIA GROTESCA EN TRES ACTOS

POR MAXIMO GORKI

PERSONAJES

YACOLIEF, relojero.
POLINA, su mujer.
NATALIA, su hija (del primer matrimonio).
CLAUDIA, su sobrina.
BARORA, prendera.
DUNIA, vecina de la casa, amiga de Claudia.
YEFIMOF, viajante en máquinas de coser, marido de Claudia.
KEMSKOI, juez de instrucción.
GLINKIN, escribano.
STOGOF.
LUSGHIN.
IVANOF, policía.

La acción, en Rusia, en nuestros días.

ACTO PRIMERO

Amplia estancia, antecámara de una antigua casa señorial. Para agrandarla han derribado una pared que la separaba de la estancia contigua.

A la izquierda, donde antes se hallaba la puerta, hay un hueco para la tienda de relojes. A la derecha, escalera de dos tramos, que conduce a los entresuelos, donde habitan Kemskoi y Natalia. Debajo del hueco de la escalera, puerta que lleva a la habitación de Yacolief. A la derecha, en el rincón, otra que comunica con el cuarto de Yefimof. Contigua, la puerta de la cocina.

En la pared de la izquierda, segundo término, una ventana grande, que da al patio, y junto a la ventana, una alacena, delante de la que se ve un diván desvencijado y sucio.

Todo es viejo, deteriorado. La estancia sirve, al par, de comedor y sala.

Es por la mañana temprano. Durante la noche ha habido un incendio en la vecindad; la estancia refleja el desorden; los muebles, revueltos y cambiados de sitio; por todas partes se tropieza con maletas, baules y cestos desbordando ropas. Las molduras de la ventana están deshechas, y los vidrios, rotos. En el alféizar, un jarrón con flores.

* * *

Al levantarse el telón se acaba de tomar el té. En el centro, sobre la gran mesa redonda, el samovar apagado, una tetera, tazas, servilletas, etc.

Está abierta la puerta de la relojería y se ve a Yacoliel

arreglar la tienda. Es hombre de sesenta años, tuerto de un ojo, con cara de eunuco. Se halla en mangas de camisa, con chaleco y pantuflas. Representa el tipo, tan ruso, del obsequio clandestino. Bebe, más que por vicio, por táctica, para animarse en los trances más difíciles. Es sórdido y supersticioso, débil con el fuerte y fuerte con el débil. Astuto y sumiso a las circunstancias, da escape a su rencor en un temor nervioso que le hace temblar y rugir.

Polina, su mujer, que ante un baúl arregla la ropa, tiene hacia treinta años, es bastante agraciada y viste de obscuro. Camina siempre silenciosa, pero leve y ágil. Su aire es grave, casi austero; pero cuando levanta los ojos se advierte que está preocupada y como temerosa de algo.

Natalia, sentada a la mesa, lee periódicos y moja bizcochos en el té.

Por la escalera del entresuelo desciende Claudia.

CLAUDIA.—Natalia, bien podías ayudarme.

NATALIA.—Aguarda un momento. En seguida voy. Es que quiero saber cómo han tenido tiempo de escribir tanto.

CLAUDIA.—¿Sobre el incendio?

NATALIA.—Sobre el incendio, sí. ¡Qué atrocidad! Parece mentira.

CLAUDIA.—Bueno, ya lo verás después. Ahora ven y ayúdame. (*A Polina.*) ¿Dónde se pone esto?

POLINA—Ahí, junto a Natalia, haz el favor.

NATALIA.—(*Leyendo tras el periódico desdoblado.*) ¿A qué os dais tanta prisa? No hemos dormido en toda la noche. Estamos muertos.

CLAUDIA.—(*Subiendo la escalera.*) ¿Y tú quieres dormir por todos, no?

NATALIA.—(*Mirando en derredor.*) «Por fortuna, no hay banquetes todos los días—pensaba la gallina, cuando apareció el cocinero para degollarla.»

YACOLIEF.—(*Desde la puerta de la tienda.*) Polina, ¿no has visto el reloj del escaparate, el de marmol?

POLINA.—Lo he visto; pero entre tus manos...

NATALIA.—(*Leyendo.*) «Con ímpetu cada vez más furioso, corría el torrente de fuego, reduciendo a cenizas la obra construída por el hombre...» Corría... Torrente... Reducir... ¡Cómo me gustan los párrafos con muchas erres. Lo recortaré para Dunia, que no las puede pronunciar. Diría: toente... eucir...

YACOLIEF.—(*Entrando en escena.*) La elocuencia no casa bien con la desgracia. Debían emplear un lenguaje más sencillo. Sin embargo, van por las nubes... Polina, ¿y la cajita de clavos?

POLINA.—No sé

YACOLIEF.—Tú nunca sabes nada de nada.

NATALIA.—¿Cómo quieres buscarla ahora, estando todo por medio?

YACOLIEF.—(*Saca del bolsillo el reloj y lo mira.*) Dentro de poco vendrá un hombre. (*Indeciso, arruga la frente.*)

NATALIA.—¿Un hombre? ¿Aquí? ¿A esta casa? ¿Es posible, papá?

YACOLIEF.—¡Ea! Ya estamos con las bromas de siempre. (*Entra en la tienda.*)

NATALIA.—«El abate desaparece, dejando perpleja a la marquesa.» (*Toma un trozo de pan, un plato, un cuchillo, abre un bote de mermelada y come. Polina, arrodillada ante un cesto de ropa, la mira fijamente, moviendo los labios.*)

CLAUDIA.—(*Desde lo alto.*) ¡Pero, Natalia, que caen las migajas en el bote... y luego tu padre!...

NATALIA.—... le regañará a mi madrastra, como siem-

pre. Querida madrastra, ¿se dignará usted enfadarse una vez?

POLINA.—(*Desentendiéndose.*) Déjame. Tengo que preparar el almuerzo.

NATALIA.—¡Qué vulgar es eso del almuerzo!... Si nosotros almorzáramos, tomaríamos el té con pastas, con bizcochos, con mermelada, con manteca. Sería mejor y más distinguido.

POLINA.—Y si tu padre...

NATALIA.—«Aquí mando yo—exclamó alterada la marquesa.»

POLINA.—(*Sale con un cesto de ropa.*) Haz lo que te parezca.

CLAUDIA.—Esta mujer está cada día más salvaje. Y, sin embargo, tú...

NATALIA.—¡Déjame en paz! ¡No me faltaba más sino que tú me predicases!

CLAUDIA.—Bueno, ¿y por qué le pones así?

NATALIA.—Porque estoy rabiosa contra ella. Va de acá para allá, con esa cara lacia... (*Imitándola en una mueca.*) ¡Ah!... Pues, hombre... ¿No es joven y guapa? ¡Que se imponga!

CLAUDIA.—¿Y cómo quieres que se imponga?

NATALIA.—Imponiéndose. También tú, hormiguita, te has casado con un tipo...

CLAUDIA.—(*Sonriendo.*) Pero como me gusta...

NATALIA.—Sí, sí; ya sabemos quién le gusta...

• • •

(*Polina entra asustada, rápida, con los ojos extraviados. Detrás de ella, en el umbral, aparece Stogof. Es hombre que ha pasado los cuarenta, rasurado, las sienes f*

ses, sin bigote y con el pelo planchado a cepillo. Viste con finura y se comporta y habla con aplomo, seguro de sí, con cierto aire displicente.)

CLAUDIA.—¿Qué es esto, Polina?

POLINA.—(*En voz baja.*) No sé... ¡Natalia, Natalia!... ¿Quién es...?

NATALIA. — (*Abriendo los ojos.*) ¿Qué ocurre?...

POLINA.—Este señor me preguntó de pronto... (*Se dirige a la tienda, tropezando como una ciega.*)

STOGOF.—(*Cortésmente.*) ¿Con quién podría hablar para alquilar la habitación?

NATALIA.—¿Qué habitación? Aquí no alquilamos...

STOGOF.—Me habían dicho que el relojero Yacoliel alquilaba un gabinete.

NATALIA.—No sé nada. Pero yo soy la hija del relojero.

STOGOF.—Tanto gusto. Pues yo venía...

NATALIA.—¿También ha sido usted damnificado en el incendio?

STOGOF.—¿Se puede hablar personalmente con el señor Yacoliel?

NATALIA.—Se puede. Es un ser visible. Usted ¿es forastero?

(*Asoma a la puerta de la tienda Polina, abatida la cabeza, como si no se atreviese a entrar.*)

CLAUDIA.—Pase usted a la tienda. Está allí.

STOGOF.—Gracias.

(*Polina lo deja pasar, replegándose a la pared.*)

NATALIA.—Es arrogante. Parece un héroe americano. Me gusta, me gusta...

CLAUDIA.—¡Natalia! ¿Cómo hablas así de un desconocido?

NATALIA.—Tú, madrastra, ¿estás asustada?

POLINA.—¿Yo? ¿Por qué? Es que me duele mucho la cabeza.

NATALIA.—No, no. Dime la verdad: ¿qué tienes?

POLINA.—(*Como si recordase.*) Estaba en el patio tendiendo la ropa blanca y de pronto lo vi venir... Y me asusté...

NATALIA.—Un dia te vas a asustar de tu propia sombra, madrastrita. Muy bien. «Dejemos el asunto a la posteridad—dijo la condesa, arrojando por un balcón la zapatilla.» Esta condesa no ha existido, te lo advierto. Madrastra, enciende el samovar.

CLAUDIA.—(*Mira sorprendida a Polina.*) ¿No será demasiado pronto?

NATALIA.—No me fastidies con tus cosas... Yo lavaré los platos y haré todo cuanto haya que hacer.

YACOLIEF.—(*Desde la tienda.*) Natalia, ¿y la llave del gabinete? No la has visto?

NATALIA.—No.

(*Stogof está parado en el umbral de la relojeria. Claudia y Natalia no lo ven.*)

CLAUDIA.—¿Sabes, Natalia, que sigo pensando en los monederos falsos? Desde que apareció la banda misteriosa, estoy...

NATALIA.—¡Ah, sí! ¿Y qué?...

CLAUDIA.—Me gustaría trabar conocimiento con el hombre que falsifique monedas de oro.

NATALIA.—¡Magnífico!

CLAUDIA.—O si no, con alguno que las haga pasar por buenas.

NATALIA.—¡Espléndido!

CLAUDIA.—(*Contrariada, suspirando.*) Tú siempre igual; echándolo todo a broma. ¿Cómo puedes burlarte de todo, de todo?

NATALIA.—(*Seria.*) Verás; un pecador, tras de haber estado en el infierno mil novecientos veinte años, le decía a otro: «Después de todo, no hace aquí tanto calor como me habían dicho.»

CLAUDIA.—Eres inaguantable.

(*Salen de la relojería Yacolief y Stogof.*)

YACOLIEF.—Polina, la llave del gabinete. ¿Dónde está Polina?

(*Polina sale de la cocina y sube corriendo la escalera. Natalia mira fijamente a Stogof, que permanece inalterable. Claudia entra y sale, llevando bultos de ropa.*)

YACOLIEF.—Es muy interesante su proyecto. Lo creo un buen negocio. Ahora nos ha entrado la fiebre de los inventos.

STOGOF.—Pero, técnicamente, estamos muy atrasados con relación a otros países.

YACOLIEF.—En cambio, somos los primeros en forjar planes. Oh, eso sí.

STOGOF.—(*Iniciando una sonrisa.*) Los primeros serán los últimos...

DUNIA.—(*Entra presurosa. Es una mujer de veinticinco años, dicharachera y afectada. Mira a Stogof; no pronuncia las erres.*) Figúrate; estaba vistiéndome, cuando estalló el incendio... Fuí de las pimeas en salig. Echo a coeg, coe que te coe. ¿Compendes?...

NATALIA.—Figúrate...

YACOLIEF.—Entonces, ¿no te pasó nada?

DUNIA.—El vestido. Un agujeo así...

NATALIA.—A ver; enséñame el agujeo.

DUNIA.—¡Gaciosa!

POLINA.—(*Desde lo alto.*) La llave no parece.

YACOLIEF.—¿Cómo que no parece? Búscala.

CLAUDIA.—Deja, que yo abriré sin llave.

YACOLIEF.—(*A Stogof.*) Perdone. Esta casa es el cielo. (*Lo conduce hacia la puerta de la cocina. Yefimof le sale al encuentro llevando en las manos dos paquetes de libros, como si llevase dos cubos de agua.*)

DUNIA.—¡Ha... sido una noche espantosa!

NATALIA.—¿Espantosa? ¡Horible!

DUNIA.—Déjame en paz. A ti le gusta bulate de todo y a mi ponunciag como me da la gana.

YEFIMOF.—(*Dejando los libros en el suelo y limpiándose el sudor.*) Para Natalia Ivanofna no hay placer como el de burlarse de la genle.

NATALIA.—«La filosofía era materia predilecta de Agafia.»

DUNIA.—¿De cuál Agafia?

NATALIA.—Una viejecita de que habla León Tolstoi en *Ana Karenin.*

YEFIMOF.—Para vuestro Tolstoi, hasta el jabón es una obra de arle.

NATALIA.—Agafia no era Tolstoi, sino Levin.

YEFIMOF.—Da lo mismo. Un escritor serio no debe permitirse bromas. Y mucho menos, con sus héroes.

DUNIA.—Natalia, ¿quién es ese señog?

NATALIA.—(*Dejando caer una taza.*) ¡Jesús..., otra desgracia!

POLINA.—(*Bajando la escalera precipitadamente y deteniéndose asustada.*) ¿Qué desgracia?

NATALIA.—(*Mostrándole la taza rota.*) ¡Qué difícil es trabajar, Polina!

YEFIMOF.—(*Dándole un puntapié a los libros.*) Mira me han pagado la máquina de coser con un diccionario enciclopédico... Digo, y gracias... Que podían no haberme pagado nada, ya que la máquina estaba en el Monte de Piedad. ¡Cosas de Rusia! Esto ocurre en otro país

y... van a la cárcel. Pero, entre nosotros... (*Se abre de brazos desolado y entra en su habitación.*)

NATALIA.—¿No has vuelto a encontrarte con el de la verruga?

POLINA.—¿Y dónde? ¿Voy yo a alguna parte? ¡Si no salgo más que a la iglesia!

DUNIA. — (*Sigue a Yefimof.*) Todo hombe inteesante va a la iglesia.

POLINA.—(*Va y viene por la estancia, repasando varios objetos.*) Yo no me he fijado. Además, que sería inútil.

NATALIA.—¿Qué estás murmurando?

BAROBA.—(*Entra con un cesto en la mano. Es una mujer cuarentona, robusta, desenvuelta; habla con un tonillo especial, como si cantase.*) Buenos días... y buena suerte a todos... ¡Qué espanto, qué horror, qué ruina de incendio! Me he pasado la noche de un lado para otro, como un tonto de circo. Ni sé dónde estoy... Es la tercera vez que el Señor nos castiga con un incendio..., y nadie escarmienta. Cada día lo ofendemos más... Nuestros pecados crecen, crecen, como la mala hierba... ¿Queréis que os ayude a arreglar la ropa? Supongo que estaréis rendidas...

(*Polina, arreglando la ropa, mira frecuentemente por la ventana que da al patio y escucha.*)

NATALIA.—(*A Boroba.*) Así se hace. Ayúdanos, mujer... Yo estoy muerta...

BAROBA.—¿Sabes a quién he visto? A tu prometido... Hace un momento.

NATALIA.—(*Indiferente.*) ¿Sí? ¿Dónde?

BAROBA.—Viene para acá, con el juez.

(*Natalia recoge tazas y platos y se los lleva a la cocina.*)

BAROBA.—(*A Polina.*) Hay que decir que Dios nos pro-

lege. El fuego se extinguió dos casas más arriba de la ¡Jesús!

POLINA.—(*Con voz sorda.*) ¡Ojalá hubiese ardido también!

BAROBA.—¿Por qué dices eso? Las casas no tienen culpa; son los hombres; es nuestra estupidez, nuestra idiotez... Eso sí; esta casa es muy incómoda. No sé por qué Natalia no había de convencer a su padrino para que le regalase esta antigualla. Porque, dígase lo que se diga, estáis viviendo a merced de ese hombre. Y como os hoy os baila el agua; pero mañana os planta en la calle Natalia debería vender esta casa. Yo le buscaría comprador.

• • •

(*Glinkin sale de la tienda. Es un guapo mozo, de veinticinco años, de aire arrogante. Parece algo borracho y recién salido de la borrachera. Viste un gabancillo de piel, botas de cazador y gorra con escarapela. Trae una cartera en las manos.*)

BAROBA.—Mis respetos, noble señor... Oye... ¿por qué te has puesto de gran gala?

GLINKIN.—¿A ti qué te importa? ¿Y Yacolief?

BAROBA.—¡Hijo, qué atrocidad! ¡Vaya un ceño!...

POLINA.—(*A Glinkin.*) ¿No quiere usted saludarme?

GLINKIN.—Perdón... He preguntado dónde está Yacolief.

BAROBA.—¿A quién se lo has preguntado?

GLINKIN.—A quien sea. Lo mismo da.

BAROBA.—(*A Polina.*) ¿Dónde pongo esto?

POLINA.—Trae acá. Es para allá arriba. (*Se va.*)

GLINKIN.—(*Gruñéndole detrás.*) ¡Anda, sardina ahumada!... ¿Y tú, Borobita, cómo estás?

BAROBA.—Como siempre. Tirando. La clientela no es grande; pero siempre de buen humor... Oye, tú... ¿Cuándo me pagas ese pico?

GLINKIN.—(*Dando vueltas en torno a la mesa.*) Un día de éstos... (*Se mete dos dedos en el bolsillo del chaleco, como para sacar el reloj. El reloj no está allí. Mira de soslayo al bolsillo, hace una mueca burlona y tararea el aria de Fausto: «Dio dell'or; del mondo signor...»*)

BAROBA.—(*Observándole sonriente.*) ¿Pero no te acuerdas que me diste el reloj en prenda del préstamo?

GLINKIN.—Me acuerdo; pero no me acuerdo.

BAROBA.—¿Y cuándo es la boda, excelencia?

GLINKIN.—¿A ti qué te importa? La familia es un sagrado oasis en el desierto de la vida, y nadie debe penetrar en el santuario de Himeneo. Ya sé. Para ti y para cuantos son como tú, el matrimonio es un espectáculo de baratillo; para mí, en cambio, es una función de gala en un teatro oficial. ¿Comprendes? No, naturalmente. (*Mira al techo, silbando.*)

NATALIA.—(*Entra haciendo una reverencia exagerada.*) Vizconde...

GLINKIN.—Buenos días. ¿Y su padre de usted?

NATALIA.—Está con un señor, alquilándole un gabinete en el ala izquierda de la casa.

GLINKIN.—Pero... ¿se puede vivir en un ala?... ¿Adónde va usted?

NATALIA.—A la compra para el almuerzo.

GLINKIN.—Paseo utilísimo. No olvide traer aguardiente.

NATALIA.—Conozco sus gustos, vizconde.

STOGOF.—(*Entrando.*) El hombre debe tener amo. Hombre sin amo, hombre perdido.

YACOLIEF.—(*Siguiéndole muy contento.*) Y si amo, reinar sobre todos. ¡Muy bien!... Da gusto oír juicios tan razonables en estos tiempos de anarquía y locura... ¡Muy bien! Y ahora, permítame que le presente a mi familia. Mi hija Natalia...

STOGOF.—(*Saludando sin darla la mano.*) Pedro Ivanovitch Stogof...

(*Natalia hace una reverencia, dándose una importancia cómica.*)

GLINKIN.—(*Dándose también importancia.*) Esteban Tikonof Glinkin, jurisconsulto.

NATALIA.—Bueno... jurisconsulto... ¡Escribano!

GLINKIN.—(*Mirándola con rabia.*) Secretario particular del Juez de instrucción Kemskoi...

YACOLIEF. — Ana Baroba, que comercia en antigüedades...

BAROBA.—Justo; comercio... Compro, vendo, alquilo, hipoteco... y, cuando es menester, busco una heredera guapa y rica...

STOGOF.—¿Produce mucho el comercio de antigüedades?

GLINKIN.—¡Ca, hombre! Todo son embustes... Las antigüedades las inventa ella misma.

BAROBA.—Un mueble antiguo, para que usted lo sepa, no se inventa; hay que hacerlo. Y no puede hacerse sin documentación, sin fantasía.

YACOLIEF.—(*A Stogof, mostrando a Polina.*) Mi mujer... (*Polina retrocede, ocultando la mano atrás.*)

STOGOF.—(*La hace una inclinación.*) ¿Me permite usted ahora (*A Yacolief.*) que tome las medidas del salón? ¿Tiene usted un metro?

YACOLIEF.—¡Polina!

POLINA.—(*Sentándose en la silla.*) No, no tenemos metro.

YACOLIEF.—¿Cómo que no tenemos?

NATALIA.—El metro está en mi cuarto. (*Polina no se mueve.*)

YACOLIEF.—(*A Polina.*) ¿Has oído?

NATALIA.—Yo lo traeré. (*Se va.*)

YACOLIEF.—(*A su mujer.*) ¿Qué tienes?

POLINA.—(*En voz baja.*) Estoy cansada.

YACOLIEF.—¡Bah! Todos estamos cansados.

NATALIA.—(*Con el metro, a Stogof.*) Aquí tiene usted el metro.

STOGOF.—Gracias.

YACOLIEF.—¿Quiere usted que le ayude?

STOGOF.—No, no se moleste. Lo haré yo solo. (*Sale.*)

YACOLIEF.—Me parece un buen inquilino. Y con recursos..., con recursos...

NATALIA.—«Abale, ya lo hemos oído». (*Va a la tienda.*)

YACOLIEF.—(*A Polina.*) Tú, ¿qué haces ahí acurrucada como una gallina? Pronto... a arreglar la casa... ¡Vivo!... (*Polina se levanta.*)

GLINKIN.—(*Irónico.*) Bonito modo de tratar a una mujer.

YACOLIEF.—¿Y es usted quien habla, Tikon? Vaya, me voy, porque si no... (*Va a la tienda, rabioso y gruñendo.*)

GLINKIN.—(*Buscando por la estancia.*) Ni un solo espejo... No hay modo de saber si se existe o no. (*Sube la escalera.*)

BAROBA. — (*Cuando desaparece Glinkin.*) Vaya un trampos, sinvergüenza. ¡Eh, Polina! Oye, pero ¿qué tienes hoy? ¿Qué pasa?

POLINA.—(*Yendo a la cocina.*) ¿Dónde está Claudia?

BAROBA.—Salié a comprar naftalina. (*Aproximándose a la ventana, hace señas; luego se vuelve.*) Chs... Chs.

STOGOF.—(*En la ventana.*) ¿Qué quieres?

BAROBA.—¿Se arregló el asunto?

STOGOF.—Sí. He alquilado el gabinete... ¿Qué especie de idiota es el yerno?

BAROBA.—¿Ese? Lo tengo aquí. (*Cerrando el puño.*)

STOGOF.—¿No hay nadie?

BAROBA.—No. ¿Le llamo?

STOGOF.—Sí. Pero date prisa.

(*Baroba va a la cocina mirando a hurtadillas la puerta. Stogof entra por la puerta del patio y casi al mismo tiempo sale de la cocina Polina. Lo mira asustada y sonríe.*)

POLINA.—(*Con voz apenas perceptible.*) ¿Por qué has venido? ¿Por qué?

STOGOF.—(*Habla bajo, con leve sonrisa. Es difícil saber si lo hace en serio o en broma.*) Te dije que no podía olvidarte y que te tenía que encontrar... Y te he encontrado.

POLINA.—*Vete*... Te lo suplico... Vete...

STOGOF.—(*Sonriendo.*) Dejémonos de fingimientos, Polina...

POLINA.—¿Qué pretendes? ¿Qué eres para mí?

STOGOF.—(*Siempre sonriendo.*) Soy tu destino, tu señor, tu amante.

POLINA.—No te conozco. No quiero.

STOGOF.—Soy tu destino... Eres mía. (*Se le acerca hablando confidencialmente.*) En mí hay algo que se parece a una conciencia, Polina.

POLINA.—¡No!...

STOGOF.—Sí... Algo... Acaso viene del insomnio. Acaso del hastío... En suma, que te necesito y vengo por ti.

POLINA.—No... No te atreves... No puedes... Por causa tuya estuve en la cárcel, abandonada, deshonrada... ¡Por causa tuya!

STOGOF.—Pero ¿no te absolvieron?

POLINA.—Calla...

STOGOF.—Pero si lo sabe todo el mundo. ¿Por qué callar? Yo sé que el niño nació muerto, porque me lo dijo la partera. Pero murió antes de que ella declarase... Y yo, como sabes... Por lo demás, no necesito justificarme. Ni quiero.

POLINA.—¿A qué has venido? ¿A qué?

STOGOF.—Lo he dicho: a llevarte conmigo.

POLINA.—Estoy casada. Mi marido tuvo piedad de mí entonces, en el tribunal, viéndome en el banquillo.

STOGOF.—A veces trae cuenta ser piadoso.

POLINA.—Hace cuatro años que vivo.

STOGOF.—¿Vives?... ¿Te parece esto vida?

POLINA.—No seas cínico.

STOGOF.—Vaya, vaya... Dejémonos de historias...

POLINA.—Te lo ruego, te lo suplico, en nombre de Dios... Vete. ¿Qué puedo hacer yo, Dios mío? ¿Qué puedo hacer?

STOGOF.—(*Cejijunto, sereno.*) No se escapa al propio destino.

POLINA.—(*Apoyada en la puerta.*) Pero ¿quién eres tú? ¿Qué eres? ¿Con qué derecho?

STOGOF.—Polina, varias veces te he visto rezando en la iglesia. A tu edad se reza así sólo cuando se desea pecar y no se tiene ánimo. He tenido miedo de ti... ¿Comprendes? Miedo.

POLINA.—No es cierto... Mientes... (*Suplicante.*) Vete... Te lo suplico...

STOGOF.—(*Iniciando una sonrisa.*) Pecas de pensa-

miento. Yo sé que deseas pecar, que lo esperas.

POLINA.—No, no es verdad... No quiero... No es verdad.

STOGOF.—Ea, acabemos... No puedes engañarme, Polina. (*Casi con admiración.*) Eres una mujer fuerte... Eres verdadera mujer. ¿Cómo pareces tan humilde, tú que has sido tan orgullosa? No te reconozco... Me maravilla. Sin embargo, lo que tú llamas pecado no es pecado, sino deber. ¿Comprendes? Deber... Antes bien sabías que no era tu deber, tu gloria. ¿Lo sabías? No es posible que una mujer como tú... ¡No finjas!... (*Habla en voz alta como un hombre atareado.*) Entonces, señora, enviaré inmediatamente al carpintero. (*En voz baja.*) Respóndeme «Bien. Adiós.»

POLINA.—Bien... Adiós...

* * *

(*De la tienda sale Kemskoi, un hombre de sesenta años, muy cuidado, un poco hurraño, con una mueca inmóvil en la cara. Viste un amplio gabán y tiene en la cabeza un birrete de juez. Trae en las manos un par de patos.*)

KEMSKOI.—¿El señor, quién es?

STOGOF.—Un inquilino. He alquilado el gabinete de allá.

KEMSKOI.—¿Ah, sí?... ¿Casado?

STOGOF.—Soltero.

KEMSKOI.—¿Por qué?

STOGOF.—¡Caray!... Es más cómodo ¡y más barato! Polina, ¿y Glinkin, está?

POLINA.—(*Volviendo a entrar.*) Sí.

KEMSKOI.—Me dejó y se fué sin decir nada. Le digo: «Toma esos dos patos y llévaselos a Natalia.» Y va y se me escabulle... (*Sentándose a la mesa, a Stogof.*) De modo que ha alquilado usted el gabinete... ¡Hum, hum! ¿Y usted qué es? ¿En qué se ocupa? ¿De qué vive?

STOGOF.—(*Sin prisa, encaminándose a la puerta de la tienda.*) Estoy acabando un invento...

KEMSKOI.—¿Un invento? A ver, a ver... ¿De qué es ese invento? ¿Para qué? ¿Cómo es? ¿Cuánto tiempo lleva inventando?

STOGOF.—Se trata simplemente de una liga.

KEMSKOI. — ¿Cómo, cómo? ¿Una liga?... ¿De qué clase?

STOGOF.—Una liga... de metales.

KEMSKOI.—No comprendo.

STOGOF.—Hasta después. (*Sale.*)

KEMSKOI.—Polina, ¿quién es este tipo?

POLINA.—(*En voz baja.*) No sé... No sé...

KEMSKOI.—(*Rabioso.*) Pero, bueno. ¿Quién es toda esta gente que viene aquí? Oye, Polina. ¿Se asustó mucho Natalia cuando el incendio?

POLINA.—Hombre, no es ya ninguna niña...

KEMSKOI. — Prepara bien estos animales. Ya sabes: un asado con vino y zanahorias... Ayúdame a desalarlos.

BAROBA.—(*Llega de la cocina.*) Deje, que yo le ayudaré... Tú, andando, a la cocina, Polina Petrofna.

KEMSKOI.—¿Estabas ahí, vulpeja?

BAROBA.—La desgracia nos reúne a todos en montón, señor juez.

KEMSKOI.—¿También se ha quemado tu casa, eh?

BAROBA.—No, señor... Dios me libró en su santa voluntad.

KEMSKOI.—¿De qué desgracia hablas entonces? No

comprendo. Tú, tú misma eres la desgracia en persona. (*Satisfecho del chiste, ríe.*) Dondequiera que vas, llevas la inquietud, el temor...

BAROBA.—¡Señor juez! Pero ¿qué está usted diciendo? No hago más que bien a todo el mundo, y me sale con ésas... A propósito, ¿va usted a cumplir lo prometido?

KEMSKOI.—¿Yo he prometido? ¿Qué? ¿A quién?

BAROBA.—A mí. Venderme los candelabros.

KEMSKOI.—(*Hace con las manos señas de que le estafada Boroba.*) Déjame en paz. ¡Los candelabros! (*Pausa breve.*) Son magníficos, ¿eh? Valdrán..., valdrán... Bueno, que no los vendo.

BAROBA.—¿Y el reloj de la chimenea?

KEMSKOI.—(*Severo.*) He dicho que me dejes en paz. Vete...

(*Boroba se aleja, poniéndose en un rincón ante un cesto de ropa, de modo que apenas se la ve.*)

YACOLIEF.—(*Entrando.*) Buenos días.

KEMSKOI.—Hola, compadre, buenos días... Pero, oye... ¿Qué clase de gente son todos estos inquilinos? No estoy contento... Me disgusta...

YACOLIEF.—(*Abriendo los brazos.*) ¿Y qué quiere usted que yo le haga? Tampoco me gustan a mí... Pero hay que vivir... Hay que comer... Hay que vestirse...

KEMSKOI.—(*Cortándole el paso.*) Che, che, che, che. Vamos por partes, Yacolief. Yo le doy la casa a Natalia y tú la convierles en una hostería. Huéspedes, inquilinos... No veo claro en este asunto... Después de todo, la casa es mía... ¡Sí!... Vengo acá y me encuentro de pronto con un nuevo inquilino... Un hombre que... ¿Y el tal Yefimof?... ¿Y los otros?... Hay que tener más cuidado, Yacolief.

YACOLIEF.—(*Excitado.*) ¡Pero usted póngase en mi lugar, caramba!... La calle es de poco tránsito; no hay tráfico; la tienda va mal... En la otra, de la plaza Pushkin, daba gusto... Este que entra y le encarga un reloj de pulsera para su amiguita... El otro que se lleva uno de pared, para su oficina... Pero ¿aquí? Aquí, ni un encargo... Ni un alma... ¿Quién quiere usted que venga aquí? He perdido la clientela, no gano un kópek, no hago más que gastar y gastar.

KEMSKOI.—Eso no es cuenta mía... Tú verás... Yo he hecho lo que he podido. He abierto esa puerta para tu tienda... He revocado la fachada. Pero... convertir esto en una hostería, ¡no!... Yefimof y toda esa tropa me disgustan... Soy ya viejo, compadre.

YACOLIEF.—(*Con voz sorda, moviendo nerviosamente los dedos.*) Tampoco estoy yo en la primera juventud.

KEMSKOI.—Muy bien... Pero... Voy a mi cuarto... Que me lleven agua para lavarme.

YACOLIEF.—(*Mirando a la tienda.*) Ahí viene Ivanof.

KEMSKOI.—(*Desde la escalera.*) Vendrá a preguntar por el escribano.

YACOLIEF.—(*Hace un gesto amenazador, levantando el puño tras Kesmkoi.*) (*A Boroba.*) ¿Has oído? ¿Qué te parece?

BAROBA.—Paciencia. ¿Qué has de hacer? (*Suspira.*)

YACOLIEF.—(*Yendo a la cocina.*) ¡Tener que vivir así!... Anda, llévale el agua...

BAROBA.—Voy.

IVANOF. — (*Un policía desenvuelto, alegre, atildado.*) Eh, Barobita... Aguarda un segundo.

BAROBA.—(*En la puerta de la cocina, guiñándole para que mire a la escalera.*) ¡Chuuú!

IVANOF.—¿Quién es?

BAROBA.—Kemskoi.

IVANOF.—¿Qué haces tú aquí?

BAROBA.—Ayudo a arreglar la casa...

IVANOF.—Oye... ¿Adónde ha ido tu huésped? ¿Adónde

BAROBA.—Si vieras... ¡Señor, qué memoria! ... ¿Adónde me dijo?...

IVANOF.—¿A Smorgonin?

BAROBA. — ¡Quia! Era un nombre muy diferente. Era... Era...

IVANOF. — Estás muy bien en tu papel de encubridora.

BAROBA.—¿Qué dices? ¿Yo...?

IVANOF.—No tendré más remedio que atrapar otra vez...

BAROBA.—¿A mí?

IVANOF.—Es claro... No escarmientas. Sigues encubriendo ladrones, comprando objetos robados...

BAROBA.—Compro de todo. Si me venden un elefante compro el elefante... De eso vivo...

IVANOF.—Bueno, mira. Es preciso que entregues esta carta. (*Le da un sobre.*) ¿Sabes a quién?

BAROBA.—Sí, hombre. A Claudia...

IVANOF.—No, no... Nada de Claudia. Es una carta para Dunia...

BAROBA.—¡Ah, vamos! Ahora es Dunia. Entendido. ¡Para despistar! ...

IVANOF.—Como me arregles este asunto...

KESMKOI.—(*Desde lo alto.*) ¿Y mi agua?

BAROBA.—En seguida. (*Corre por ella.*)

IVANOF.—Oye, búscame al escribano, que tenemos que hablar. (*Va a la ventana, saca una carta del bolsillo y la lee sonriendo. Yefimof lo observa desde la puerta. Del cuarto de Natalia sale Glinkin, ve al policía, hace un*

seca y quiere huir. Ivanof se vuelve y oculta la carta.) Tenga estos dos paquetes.

GLINKIN.—(*Se acerca, coge los paquetes y los toma el peso en la mano.*) Y esto ¿qué es?

IVANOF.—No sé. Yo debo entregarlos y usted recibirlos y firmar.

GLINKIN.—Le ruego no me dé lecciones sobre lo que he de hacer. Lo sé de sobra.

IVANOF.—¡Ah! ¡Perdón!

GLINKIN.—Sí. (*Firmando en el libro.*) Puede usted retirarse.

IVANOF.—Gracias por el permiso.

GLINKIN.—¿Cómo?...

IVANOF.—Que voy a presentar otra denuncia contra usted.

GLINKIN.—¿Otra? ¿Y por qué?

IVANOF.—Por escándalo público.

GLINKIN.—No fué escándalo, sino protesta contra el predominio de los extranjeros.

IVANOF.—(*Sorprendido.*) ¿Extranjero Iván Lackit Koznof?

GLINKIN.—Sé de dónde es, mejor que usted.

IVANOF.—Usted es un hombre muy perspicaz... Ya lo creo.

YEFIMOF.—(*Entra con un brazo en cabestrillo.*) Bueno va. Yo creía que llegaba tarde al almuerzo, y resulta... ¡Por Sodoma y Gomorra!

IVANOF.—¿Qué tiene usted?

YEFIMOF.—Que me he cortado.

IVANOF.—(*A Yefimof.*) Esta noche nos veremos en «El Oso Blanco».

YEFIMOF.—(*Mostrando la mano.*) ¿Cómo quiere usted que yo juegue así?

IVANOF.—Hasta la vista, nobilísimo señor Glinkin. (A *Yefimof.*) Entonces, hasta la noche, en «El Oso Blanco», señor Jeremías.

YEFIMOF.—Jeremías... Es difícil estar alegre cuando se llama uno Yefimof.

IVANOF.—¿Y yo, que me llamo Ivanof? ... Pues no me importa. Me da igual... (*Glinkin se encoge de hombros.*)

* * *

NATALIA.—(*Con la cesta de la compra, aparece en la tienda.*) Buenos días, Sherlock Holmes...

IVANOF.—(*Golpeando con los zapatos.*) Permítame que la ayude.

NATALIA.—No se moleste. En casa hay muchos caballeros... ¿A qué viene usted?

IVANOF.—He traído unas cartas. Y ahora voy con su vecino. ¡Hasta luego!

GLINKIN.—Me asombra que tenga usted tanta confianza con un policía...

NATALIA.—Por mis venas corre sangre plebeya. ¿Está aquí el padrino? (*Se dirige a la escalera, sube un tramo y dice a Glinka.*) Dígale a mi madrastra que puede ir poniendo la mesa.

GLINKIN.—(*A Yefimof.*) Yefimof, vaya usted a decirselo a Polina...

YEFIMOF.—(*Ofendido.*) ¡Alto, alto, señor mío! ¡Ni tantas órdenes! Yo soy el hombre de las sorpresas. No die sabe de lo que me siento capaz.

GLINKIN.—Yo no doy órdenes. ¡Qué fastidio de vida! ¡Y pensar que, a pesar del incendio, sigue uno tan aburrido como antes!...

YEFIMOF.—(*Triste y pacífico.*) ¡Digo! ¡Y se queja usted!... Usted, con un apellido ilustre: Glinkin. Recuerda a Glinka y la ópera *La vida por el zar*. Si se llamara usted Yefimof...

GLINKIN.—(*Con dignidad.*) Mi apellido es de origen francés: De Gliken. Mi abuelo era gentilhombre de Luis XVIII: Glinkin no es más que una adaptación al ruso, un rusofismo; mejor dicho, un rusismo.

YEFIMOF.—¡Qué más da!... De todos modos, es un apellido ilustre. Pero llamándose Yefimof, ¿qué hace uno? ¿Puede usted imaginar un monumento a Yefimof? Si lo erigiesen en una plaza pública, nadie pasaría por allí...

BAROBA.—(*Viene de la cocina.*) ¿Vino Natalia?

GLINKIN.—(*Señalando la cesta.*) Fíjate.

YEFIMOF.—Barobita, ¿has visto a mi mujer?

BAROBA.—(*Arrimando sillas a la mesa.*) Por el patio anda. No se pueden ustedes imaginar cuánto atormenta Yacolief a Polina. ¡Dan ganas de...!

YEFIMOF.—(*A la ventana.*) ¿Qué haces ahí? ¿Con quién estabas?

BAROBA.—¡Y dale!... Y machaca: «Que si te saqué del arroyo... Que si te libré de la justicia... Que si esto, que si lo otro...» ¡Naturalmente!... Como que el gusto es mucho y el gasto poco. ¡Porque lo que la dé ese borracho de los demonios!...

(*Yefimof se precipita en la cocina.*)

GLINKIN.—(*Viéndolo ir.*) ¿Pues no está celoso ese idiota?

BAROBA.—Amor sin celos es como pan sin sal...

GLINKIN.—(*Siguiendo a Yefimof a la cocina.*) Barobita... A ver si almorzamos... Mete prisa, que tengo un hambre...

BAROBA.—Aguarda un poco, cabeza de chorlito.

POLINA.—(*Con platos.*) ¡Dios mío, pero todavía está esto así!... Todo manga por hombro...

BAROBA.—¿Y quién ha de arreglarlo sino tú?

POLINA.—(*Abriendo paquetes.*) ¿Tú crees en el Destino?

BAROBA.—Naturalmente. ¿Cómo no?

POLINA.—¿Y en Dios, crees?

BAROBA.—Naturalmente. Pero ¡qué preguntas haces!

POLINA.—¿Y quién es más fuerte, Dios o el Destino?

BAROBA.—¡Ah, eso sí que no sé! Ni creo que lo sepa nadie. Menos que todos, tu marido, que te trata como le trata.

POLINA.—Merecido me lo tendré, Baroba.

BAROBA.—Vamos, calla. Has pecado como uno y te arrepientes como mil. ¿No hueles a quemado? Sí... ¡Hay, que se me queman los palos! (*Corre a la cocina y en el umbral tropieza con Yacolief.*)

YACOLIEF.—¿Estás ciega?

BAROBA.—¡Perdón!

YACOLIEF.—¡Bruja! (*Entra en la tienda cuando le detiene Polina.*)

POLINA.—Aguarda un instante.

YACOLIEF.—¿Qué hay?

POLINA.—Has hecho mal en alquilar el gabinete.

YACOLIEF.—(*Deteniéndose.*) Pero ¿vas a mentir o tú?...

POLINA.—(*Con firmeza.*) Sí.

YACOLIEF.—(*Sorprendido.*) ¿Qué estás diciendo?

POLINA.—Que ese sujeto es un mal hombre.

YACOLIEF.—¿Y a ti qué te importa?

POLINA.—(*Agitada.*) Tú eres bueno y lo comprende

ras. Yo callo. Callo siempre. Pero si me decido a hablar, quiere decirse...

YACOLIEF.—(*Serio.*) Quiere decirse que debo hablar en serio contigo... Y hablaré. (*Va de prisa a la tienda.*) Ahora veremos...

POLINA.—(*Mira en torno, asustada, y dice entre dientes.*) Bueno, pues, sí... ¡Pase lo que pase!...

CLAUDIA.—(*Entra corriendo del patio, agitadísima.*) Polina... Mi marido me ha sorprendido con Ivanof... Oye, corre y dile a Dunia que diga que hablaba con ella por encima de la valla. ¡Corre, por Dios!... Pero ¿qué le pasa? ¿Estás mal?

POLINA.—(*Como delirando.*) Claudia, dime la verdad... ¿Se puede tener piedad de mí? ¿Se me puede prestar oído? Llevo tres años de callar..., y callar... ¡Tres años encerrada dentro de mí misma!

CLAUDIA.—(*Inquieta.*) Pero ¿qué dices? ¡Cálmate, mujer!

POLINA.—(*En voz baja, exaltándose.*) Sí, lo comprendo... He sido muy mala..., muy mala... Pero ¡he sufrido tanto, Claudia! ¡Me han atormentado tanto mis culpas!...

CLAUDIA.—¿Tus culpas? ¿Qué culpas, infeliz?

POLINA.—Lo que yo digo. ¿Es un delito la desgracia? Yo no soy una perra. Soy una mujer. No se me puede tratar como a una perra. Y, sin embargo, si vieras tú cómo me trata.

CLAUDIA.—¡Pues mándalo al infierno!... Pero, oye, ¿qué debo hacer yo? Mi marido vendrá en seguida... Corre, por Dios, y dile a Dunia...

POLINA.—Pero ¿por qué?

CLAUDIA.—¡Dios mío, no me entiende! ¿Pero no te he explicado ya que mi marido me sorprendió con Ivanof? Corre y díselo a Dunia...

POLINA.—No puedo.

YEFIMOF. — (*Viene de la tienda; habla subrayando las palabras.*) ¿Has vuelto a hablar *por cima de la tapia*, no?

CLAUDIA.—¡Vamos, hombre!... ¡Tú sueñas!...

YEFIMOF.—¿Con quién hablabas?

POLINA.—(*Poniendo los manteles, como un autómata.*) Hablaba con Dunia.

YEFIMOF.—(*La mira.*) Lo veremos. Se lo preguntaré a Dunia.

CLAUDIA.—Pregúntaselo.

(*Polina sonríe abstraída.*)

YEFIMOF.—¿De qué te sonríes?

POLINA.—(*Casi llorando, melancólica.*) De mí, te lo aseguro; de mí misma.

YEFIMOF.—¿Y qué has hallado en ti de ridículo por eso? Por que yo no veo..., la verdad...

CLAUDIA. — Contigo se ríe una hasta cuando es triste.

BARONA.—(*Llama desde la cocina.*) ¡Polina!... ¡Claudia! (*Las dos salen.*)

(*Glinkin desciende la escalera limpiando una cornucopia llena de polvo, que deja en un escalón.*)

YEFIMOF.—(*Mirándose en la cornucopia, sonríe.*) Ese espejo es una porquería.

GLINKIN.—(*Arreglándose la corbata.*) Para la gente de esta casa es magnífico.

YEFIMOF.—Una porquería... El hombre debe contemplarse en cristales limpios, pulcros... Y este espejo está lleno de manchas.

GLINKIN.—¡Tú sí que eres una mancha!... Un borrón en la historia de la cultura.

YEFIMOF.—¡Bastante se me da a mí de la cultura

¡Idiota! (*Dirige fieras miradas a Glinkin; toma unas tenazas y comienza a dar golpes en el aire.*)

* * *

(*En este instante asoma a la puerta de la tienda Lusghin. Es hombre que ha pasado los cuarenta, vestido con modestia, pero con aseo; lleva sombrero duro, derribado sobre la nuca. Trae una cartera bajo el brazo. Se detiene y mira a Yefimof, sonriendo. El aspecto y las miradas son de un hombre anormal.*)

YEFIMOF.—(*Continúa golpeando el aire y gruñendo.*) ¡Toma! ¡Y tú también, toma!... ¡Para que aprendas a escribir!... ¡Y tú, para que aprendas a leer!...

LUSGHIN.—(*Avanza un paso.*) ¿Gimnasia? (*Quitándose el sombrero, hace unas muecas de saludo.*) Buenos dias. ¿El relojero?

YEFIMOF.—(*Furioso.*) ¡No ha venido aún.

LUSGHIN.—Tengo que componer un reloj.

YEFIMOF.—¡Compóngalo!

LUSGHIN.—Mejor dicho, tengo que dar a componer un reloj.

YEFIMOF.—¡Délo!

LUSGHIN.—Perdón..., ¿a quién?

YEFIMOF.—¡A quien sea! ¿A mí qué me importa?

(*Lusghin se le acerca riendo y brincando. Es tan divertido su aspecto, que Yefimof, antes hostil, se detiene ahora y le sonríe. Lusghin ríe más fuerte y arroja la cartera sobre la mesa. Yefimof acaba también por reir.*)

YEFIMOF.—(*Riendo.*) Pero ¿usted, quién es?

LUSGHIN.—Un hombre. ¿Le parece una cosa ridícula? (*Los dos ríen a carcajadas.*)

YEFIMOF.—¡Delicioso!... ¿Y qué es usted? ¿En qué se ocupa?

(*Aparece Natalia en la escalera.*)

LUSGHIN.—Busco herederos para una herencia que se comerá el fisco.

YEFIMOF. — (*Poniéndose serio.*) Una herencia, ¿de quién?

LUSGHIN. — (*Tomando confianza.*) ¡Ah, no puede decirse! Si lo dijera, usted, usted mismo, me saldría diciendo: «El heredero soy yo». Y vendría el lío.

(*Natalia desciende la escalera y observa a Lusghin con ojos interrogadores. Lusghin le hace un saludo profundo y respetuoso.*)

YEFIMOF.—Desea componer un reloj. ¿Está tu padre?

NATALIA.—No sé. (*A Lusghin.*) Oiga: ¿de qué herencia hablaba?

LUSGHIN.—(*Galantemente.*) Interesantísima. Una herencia fabulosa. Murió el testador y no se conocen herederos. Hace dos años que los busco.

NATALIA.—¿De veras?... ¿Son de aquí, de la ciudad?

LUSGHIN.—Parece que sí. Se presume.

NATALIA.—¿Seré yo la heredera? ¿Usted qué opina?

LUSGHIN.—¡Ojalá! Lo celebraría sinceramente. ¡Palabra!

NATALIA.—Entonces, decláreme usted heredera. Sí, sí. Haga el favor. Decláreme heredera. ¿A usted le da más le da uno que otro?

LUSGHIN.—A mí me es lo mismo. (*Se sienta sonriendo.*)

YEFIMOF.—(*Siempre risueño.*) ¡Caramba! Es usted un hombre muy original. ¡Muy original!

(*Claudia viene de la cocina, arregla la mesa y mira curiosa a Lusghin. Yacolief entra detrás de ella.*)

YEFIMOF.—Pero ¿no cierra usted la tienda?

YACOLIEF.—¿Para qué? ¿Crees que se le ocurrirá entrar a nadie?

LUSGHIN.—(*Levantándose.*) A mí... Deseo componer un reloj.

YACOLIEF.—¿Usted? ¡Ah, bien! Pase por aquí...

NATALIA.—Vaya, y después arreglaremos lo de la herencia. Pero, de veras, ¿es tan grande?

LUSGHIN. — Intolerablemente grande. (*Sigue a Yacolief, haciendo señas a Natalia. Todos lo contemplan entre irónicos y curiosos.*)

CLAUDIA.—Pero ¿de qué herencia estáis hablando?

NATALIA.—Es algo raro, rarísimo. Avisa al padrino que está el almuerzo.

YEFIMOF.—(*Preocupado.*) ¿Quiénes podrán ser los herederos..., suponiendo que exista la herencia?

CLAUDIA.—(*Bajando la escalera aprisa.*) ¡Vaya un tipo!

(*Polina viene de la cocina. Luego descienden la escalera Kemskoi, Claudia y Glinkin.*)

NATALIA.—Presiento que la heredera voy a ser yo. Podéis, desde luego, felicitarme.

YEFIMOF.—Caramba, ¿y yo?... ¿Por qué no había de ser yo?

LUSGHIN.—(*Sale precipitadamente de la tienda, aferra de una mano a Yefimof, le lleva aparte y le pregunta.*) Dígame: ¿No ha venido un sujeto que se parece a mí?

YEFIMOF.—(*Riendo.*) No.

LUSGHIN.—¿No?

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

Es de noche. La estancia, arreglada provisionalmente y aprisa, tiene un aspecto frío, incómodo. Por la puerta abierta de la relojería llega el tic-tac de varios relojes. Un rumor. Es que cierran la puerta. Salen de la tienda Stogof con el pitillo entre los dientes y Yacolief con unas llaves en la mano. Yacolief, agitado, inquieto, mira a todos lados y habla en voz baja.

YACOLIEF.—Nadie. No hay nadie. Mi mujer está en la novena con mi sobrina. Mi hija, de paseo con el padrino. (*Stogof va y viene por la estancia, en silencio.*) Entonces, ¿qué?

STOGOF.—(*Despreocupado.*) Eso, tú... Decídete.

YACOLIEF.—¡Caramba! ¡Es un asunto peligroso!

STOGOF.—¡Peligroso!

YACOLIEF.—Ahora, que el trabajo es perfecto. ¡Perfecto, no hay duda!

STOGOF.—¡Magnífico!

YACOLIEF.—Déjeme verlo otra vez.

(*Stogof, sin detenerse, arroja una moneda de oro en la mesa.*)

STOGOF.—Ahí tienes.

YACOLIEF.—(*Examina la moneda con una lupa. Le tiemblan las manos.*) ¡Asombroso! El color es oro. (*So-*

sando la moneda.) El sonido, oro. ¡O-ro!... En dos sílabas, el bien y el mal... La felicidad o la desdicha... Todo dependerá de... ¿Ve usted? Cuando uno piensa...

STOGOF.—La vida es un soplo. No vale la pena de pensar.

YACOLIEF.—(*Soñando.*) Echaría a la calle a ese canalla de Kemskoi... Rompería con ese miserable de Ginkin. ¡Je, je! Mi casa sería mi casa!... ¡Mía!... ¡Mía! ¡Je, je! Ya no sería yo el humilde, el siervo Yacolief ¡Je, je!

STOGOF.—Asegurarías la fortuna de tu hija.

YACOLIEF.—Sí... ¡Con dinero se pueden asegurar tantas cosas!

STOGOF.—Tendrías casas, automóviles, criados...

YACOLIEF.—(*Viéndose ya rico.*) ¡Je, je!... ¡Je, je! (*Transición a la realidad.*) Sí, pero... engañar a la gente es pecado mortal.

STOGOF.—(*Indiferente.*) Eso, allá tú... Yo te hago la proposición, pero no aspiro a convencerte.

YACOLIEF.—Pecado mortal... ¡Mortal!

STOGOF.—¡Todos pecan! ¡Y tú quieres ser un santo! Te aburrirás de verte solo.

YACOLIEF.—(*Toma de nuevo la moneda, colocándola en la palma de la mano. Luego mira fijamente a Stogof.*) Sí, sí... Usted lo toma a broma. Lo que yo no comprendo es cómo ha venido usted a hablarme de un asunto así, sin conocerme.

STOGOF.—(*Deteniéndose, dueño de sí.*) Con alguien tenía que tratarlo. Alguno había de ser el primero. He visto que eres pobre, que llevas una vida miserable. Y claro, he comenzado por ti.

YACOLIEF.—¿Y no tiene usted miedo?

STOGOF.—¿De qué?

YACOLIEF.—(*En voz baja.*) ¿Y si yo lo denunciase a la policía?

STOGOF.—¿Denunciarme? ¿Por qué motivo?

YACOLIEF.—Hace tiempo que andan buscando una banda de monederos falsos.

STOGOF.—Lo sé. (*Casi pegado a Yacolief.*) ¿Y qué adelantarías con ello? ¿Qué le ibas a decir a la policía? ¿Y si el oro es legítimo, auténtico, oro de ley?

YACOLIEF.—(*Saltando de la silla.*) ¿Cómo? ¿Cómo? ... Pero ¿cómo puede ser eso? Entonces ¿para qué?...

STOGOF.—(*Misterioso.*) ¡Ah!...

YACOLIEF.—Pero... si la moneda es buena, ¡entonces...!

STOGOF.—¿Entonces, ¿qué?

YACOLIEF.—(*Supersticioso.*) Que es usted el mismo diablo.

STOGOF.—No llego a tanto; pero, en fin...

YACOLIEF.—(*Desconfiado.*) ¿No será usted un agente de policía?

STOGOF.—(*Separándose.*) Contigo es inútil hablar.

YACOLIEF.—(*Alarmado.*) Aguarde, aguarde. Oigame. Diga la verdad... ¿Cómo puede hacerse una cosa sin saber la verdad? Porque hay que saber la verdad. (*Stogof le mira interrogante y calla.*) Además..., si Dios no admitiese el pecado, los hombres no pecarían. ¿Es cierto?

STOGOF.—(*Bruscamente.*) No sé... Lo único que sé es una cosa. (*De repente.*) ¿Te acuerdas de Danichenco?

YACOLIEF.—(*Asustado.*) ¿Yo? Perdón... ¿Qué Dalchenco?

STOGOF.—¡Caramba, qué mala memoria! Dalchenco, el que robó en el Museo de Kief un monetario antiguo. ¿No te acuerdas? Estaba en casa de la Baroba. Y la Baroba...

YACOLIEF.—*(Confuso, amedrentado, sonríe estúpidamente, restregándose las manos.)* ¡Ah, ya! Ya... Ya. Entonces usted es, realmente... Comprendido. Pero, bueno ¿Por qué hace usted esto conmigo? Si Datchenco es realmente amigo de usted, debió usted empezar por ahí... ¿Es su amigo? ¿Es usted policía, o no? ¿A qué este juego?

STOGOF.—*(Encendiendo un pitillo.)* Hay que poner a prueba a los hombres... Se trata de un asunto muy serio.

YACOLIEF.—*(Aterrado.)* ¡Bien!... Entonces, esto quiere decir... que me tiene usted en sus manos... Que estoy entre la espada y la pared...

STOGOF.—Y es curioso ver cómo un hombre, entre la espada y la pared, se retuerce, se pliega... Curiosísimo...

YACOLIEF.—Yo no me he metido en estas cosas más que una vez...

STOGOF.—A mí me es igual una que ciento. *(Se sienta a la mesa y empuja con el codo la moneda hacia el foco de claridad de la lámpara.)*

YACOLIEF.—Me he metido por los demás. Por mi hija. Hice mal por hacer el bien. Dios es bueno y sabrá perdonarme...

STOGOF.—Pues claro... ¿Por qué ha de castigarte a ti cuando perdona a los demás?

YACOLIEF.—Lo toma usted a broma.

STOGOF.—Nada de bromas. *(Va hacia la cocina.)*

YACOLIEF.—*(Detrás de él.)* Permítame... Mientras no pongamos las cosas en claro, ¿cómo he de decidirme? ¿Quién es usted?... Esto es lo primero. *(Sigue hablando con Stogof y ambos desaparecen en la tienda.)*

• • •

(Por la escalera desciende Glinkin, con unos papeles en la mano. Se acerca a la mesa, deposita los papeles, saca un palillo y murmura: «¡Gentuza! ¡Canalla!» Sin mirar, busca en la mesa fósforos, ve la moneda de oro, la toma, hace el gesto de colocarse un monóculo, se deja caer en la silla, extiende las piernas, examina otra vez la moneda: «¡Extraordinario! ¡Extraordinario!», y se la guarda en el bolsillo. La saca otra vez, sonríe y vuelve a murmurar: «¡Extraordinario! ¡Fabuloso!» Salen de la cocina Yefimof y Lusghin. Glinkin hace como que se afianza el palillo y se oculta la moneda en la boca.)

LUSGHIN.—(*Como si lo provocase.*) Y los hijos también se apellidarán Yefimof...

YEFIMOF.—No hay necesidad... Los hijos no son necesarios.

LUSGHIN.—¡Caray! Que no son necesarios... ¿Qué sería el mundo sin hijos? ¡Ja, ja!...

YEFIMOF.—Cuando todos mis antepasados, en todas sus vidas, no han sabido distinguirse en nada; cuando no pudieron imponerse ni hacerse notar en la menor cosa, y encima me han hecho un hombre incompleto, por decirlo así, yo, ser racional, protesto contra tanta vacuidad, y no queriendo propagarla, tengo el deber de no procrear hijos...

GLINKIN.—Parece que está en una asamblea.

LUSGHIN.—¡Ja, ja, ja! ¡No procrear!... ¡Estupendo!

KLINKIN.—Realmente, hombres insignificantes hay demasiados.

YEFIMOF.—El hombre, en general, es una cosa inútil.

LUSGHIN.—(*Serio.*) Pero si no hay hijos, ¿para quién ha de ser la herencia? ¿Para quién?

YEFIMOF.—(*Lo mira preocupado.*) Yo en la herencia creo poco, la verdad. Porque a mí que no me digan... ¿Es posible que no aparezcan los herederos?

LUSGHIN.—Los busco día y noche, durante dos años. Y no parecen...

GLINKIN.—No olvide usted que mis antepasados son ingleses: los Glenkwan... Puede ocurrir que alguno de ellos emigrase a América, y allí...

YEFIMOF.—(*Mirándolo de hito en hito.*) ¡Ingleses, franceses? No creo en ellos.

GLINKIN.—No consiento que me desmientas.

LUSGHIN.—Vamos, señores, vamos...

GLINKIN.—Y la herencia, ¿es en dinero o en fincas?

LUSGHIN.—En fincas, en fincas... Bueno, también hay en dinero... Pero poco. Ochenta millones. Silencio... Quietos... ¿Quieren ustedes ver la herencia? Aquí está la herencia. (*Ríe, describiendo un gran círculo con la mano.*)

GLINKIN. — ¡Qué buen humor! ¿Jugamos una partidita?

YEFIMOF.—Pero falta el cuarto.

GLINKIN.—No importa... Que juegue el que da. Así no descansamos ninguno y es mejor... Todos con jaque.

(*Mientras hablan, Lusghin, curioseando por la estancia, contempla en el espejo su imagen. Esto lo asusta. Da un salto atrás, sujetando en el pecho la cartera. Pero insistiendo en la visión, comienza a reir y la amenaza con el puño.*)

LUSGHIN.—(*Viendo que el espejo le devuelve las muecas.*) ¿No querían el cuarto? Ahí lo tienen.

GLINKIN.—Poco ingenioso, amigo mío.

LUSGHIN.—(*A Glinkin.*) ¿Usted es persona de fiar?

GLINKIN.—(*Ofendido.*) Señor mío. Esa pregunta...

LUSGHIN.—(*En voz baja.*) ¿Ha estado aquí un sujeto que se parece a mí?

GLINKIN.—(*Desconcertado.*) No lo he visto. Pero ¿existe de veras ese sujeto?

LUSGHIN.—(*Campechano.*) Uno hay.

GLINKIN.—(*Insinuando una sonrisa.*) Es difícil parecerse a usted.

LUSGHIN.—Mucho. Dificilísimo. Pero él lo sabe. ¡Vaya si lo sabe!

YEFIMOF.—(*Mirándose en el espejo, mira luego a Lusghin.*) Continuando la conversación, le diré: «Cada hueva de pez quiere ser pez.»

LUSGHIN.—(*Muy atento.*) Me parece justo.

YEFIMOF.—Y quiere ser no un pez cualquiera, sino lubina.

LUSGHIN.—(*Extasiado.*) Justísimo. No tiene más que hacer así. (*Corta el aire con la mano.*)

YEFIMOF.—(*Desdeñoso.*) Son bromas, que sabe todo el mundo.

LUSGHIN.—(*Dándole con el codo.*) ¡Bromas! Entonces, ¿por qué lleva usted una corbata tan extraordinaria? ¿Por qué?

• • •

(*Entran corriendo Dunia y Claudia. Claudia, huyendo del marido, hace una seña a Dunia y la habla al oído. Yefimof mira amenazante a su mujer. Lusghin va a la cocina y se vuelve. Glinkin lo sigue, pero luego se detiene.*)

DUNIA.—Buenos días. ¿Cómo anda el cuento de la herencia? (*Lusghin ríe.*)

YEFIMOF.—(*A Claudia.*) ¿Te has divertido mucho en la novena?

GLINKIN.—Claro. Una novena de largo metraje, ¿eh?

CLAUDIA.—Bueno, sí... He estado en el *cine*. ¿Y qué?

YEFIMOF.—Dijiste que ibas a la iglesia.

DUNIA.—Y yo me la he llevado al *cine*... Ya está. (*Lusghin, preocupado, mira a todos y se pone a contar con los dedos.*)

GLINKIN.—¿Qué, jugamos la partidita? Dunia, ¿quieres probar fortuna?

DUNIA.—Hombre, sí... Esgaciada en amores... Vamos. (*Se van todos a la cocina. Claudia toma el samovar y va tras ellos. Sale de la cocina Polina Ivanofna.*)

CLAUDIA.—(*A Polina.*) ¿Adónde te has metido? Hace una hora que terminó la novena.

POLINA.—Fuí a dar un paseo.

CLAUDIA.—¿Tú? Eso sí que es la gran novedad.

POLJNA.—¿Está en casa mi marido?

CLAUDIA.—Sí, en la tienda, con el inquilino del sobrele.

(*Polina atraviesa la escena, se detiene junto a la ventana, de modo que no se le ve. Claudia va a la alacena, saca la tetera, tazas, azúcar, etc.*)

POLINA.—¿Estás disgustada?

CLAUDIA.—Natural. Un marido con cara de vinagre. Estoy hasta la coronilla de todos... Míralos... Van siempre en cuadrilla, como bandoleros. Tú también tiene una cara...

POLINA.—Me siento mal. Estoy triste.

CLAUDIA.—Motivos para estar alegre, ni tú, ni yo, ni nadie en esta casa. Pues, sin embargo, ahí los tienes divirtiéndose como locos.

POLINA.—También yo me divertiría... ¡Ojalá!

CLAUDIA.—Pues hija, ¿para cuándo lo dejas? ¿Para la vejez? Anda y no seas tonta. Aprovéchale. Hazle caso al primero que se presente, tonta.

POLINA.—¿Es que para nosotras no existe nada fuera de eso?

CLAUDIA.—¿Fuera de qué? Naturalmente. Fuera del hombre, no existe nada para la mujer...

POLINA.—(*Para sí.*) Disimular... Temblar...

CLAUDIA.—(*Furiosa.*) Pues no disimules, no tiembles, ea. Plántale de una vez... ¡Digo, y con el marido que tienes! Con ese genio... Y esa pinta. Soy yo, que lo tengo más joven, y me divierto lo que puedo.

(*Natalia y Kemskoi descienden la escalera sin ver a Polina, que está oculta bajo el hueco.*)

KEMSKOI.—¿Estará pronto el té?

CLAUDIA.—En seguida.

KEMSKOI.—¿Y si lo sirvieras en el jardín? ¿Eh?

CLAUDIA.—¿Por qué no? (*Va a la cocina, de donde salen voces de juego: «¡Arrastro!» «No tengo.» «Cuatro triunfos», etc.*)

KEMSKOI.—(*Haciendo un gesto de disgusto.*) Lo dicho. Una taberna indecente. No falta más que el organillo y el canario. Bochornoso. ¡Intolerable! Tu madrastra no tiene ni cabeza ni corazón... Nada, nada. Antes no había mujeres así... Tu madre, por ejemplo... ¡Oh! Tú, Natalia, te pareces mucho a tu madre.

NATALIA.—Sí, marqués. Me lo ha dicho usted muchas veces. Sé que mi madre era en el físico muy parecida a como soy yo... Pero de otras cualidades no me ha dicho usted nunca nada.

KEMSKOI.—Tenía mucho talento, ¡mucho!

NATALIA.—También nos parecemos en eso. Pero, bueno, vamos a ver: ¿por qué quiere usted casarme con Glinkin?

KEMSKOI.—Te lo he explicado muchas veces. Para que seas noble.

NATALIA.—¿Y cree usted que ser noble me quita el sueño? ¡Vamos, hombre!

Kemskoi.—Pero ¿sabes? Es preciso dar a la vida una vación, distinción. (*Se separa.*) Pero ¿qué olor es ese? Un olor..., ¡sí, claro!, a tabaco, a naipes, a taberna, a casa de vecindad, ¡a demonios!

Natalia.—Bueno, no se sofoque y vámonos al jardín a tomar el té y a charlar. Ande, que yo le llevaré el gorro. (*Sube por él.*)

(*Kemskoi va a la cocina. Polina, en pie ante la ventana, quita las hojas secas del jarrón. Natalia desciende con el gorro, y Polina, al verla, sale de su escondite y la abraza.*)

Natalia.—¡Caramba! ¿Qué le ocurre, madrastrita?

Polina.—Nada... Que estoy muy triste... No sé...

Natalia.—Yo sí lo sé. Me abrazas porque no tienes a quién abrazar más que a mí. Y precisamente porque me abrazas, voy a reñirte.

Polina.—(*Acariciándola.*) ¿Ah, sí? ¿Pues qué ocurre?

Natalia.—Ocurre que por culpa tuya... Fíjate... Tú me haces pensar en las cosas, cuando no sirve ni para pensar en las mías. ¿Sabes por qué le pasa lo que le pasa? Porque no estás contenta de ti misma. (*Se separa, echa a andar y se vuelve a Polina.*) Claro que yo tampoco estoy contenta de mí misma... Hoy, por ejemplo, es una ridiculez; tengo ganas de llorar... ¡Fíjate!... ¡Llorar! ¿Qué le parece?

Polina.—Que no le entiendo.

Natalia.—(*Cambiando el tono de improviso.*) ¿No le gusta Stogof?

Polina.—(*Rotundamente.*) No.

(*Claudia entra por servilletas y sale mirando de reojo a Polina.*)

Natalia.—(*Sorprendida.*) ¿Que no le gusta?

Polina.—(*En voz más baja.*) No.

NATALIA.—(*Escrutándola el semblante.*) Pues a mí me interesa. Tiene una audacia, un no sé qué... Parece un actor americano. Voy a coquetear con él, madrastrita. (*La abraza.*) ¿De modo que no le gusta?

POLINA.—No. De veras que no. Pero no debes coquetear con él, créeme.

NATALIA.—¿Por qué?

POLINA.—Porque no.

NATALIA.—Jesús, cuánto misterio. Bueno, pues mira. ¿Para qué crees que tengo estos ojos? ¿Eh? Pues estos ojos, ¿sabes?, me dicen que ese hombre y tú sois antiguos amigos. ¿Sí o no?

POLINA.—(*Asustada.*) ¡Ah, no, no, no! Te equivocas. No, no, no.

NATALIA.—Mientes. (*En voz baja, confidencial.*) Fué el primero, ¿no?

POLINA. — (*Retrocediendo.*) No debes preguntar esas cosas... Y ahora menos.

NATALIA.—¿Por qué ahora menos?

POLINA.—Chist.

• • •

(*Lusghin entra en la cocina y rie en silencio examinando una moneda de oro. Poco después aparece Yefimof, malhumorado, en el umbral.*)

NATALIA.—(*Acercándose a Lusghin, da la manta de Kemskoi a Polina.*) Polina, lleva la manta al padrino. Está en el jardín. (*A Lusghin.*) ¿Por qué me huye usted? ¿Se puede saber? Con la famosa herencia despertó mi curiosidad y ahora me huye. Eso no se hace.

(*Lusghin juega con la moneda ante los ojos de Natalia. Después cambia el ceño, hace un gesto raro y tararea*

la canción de la ópera Demonio: «*E sarai regina del mondo...*»)

NATALIA.—(*Riendo.*) Todo eso está muy bien. Veamos a ver: ¿soy o no soy yo la heredera?

LUSGHIN.—Usted es un ángel.

NATALIA.—De veinticuatro años... ¿Y qué?

LUSGHIN.—Usted es una mujer extraordinaria. Se parece mucho a...

NATALIA.—No me parezco, no... No me parezco absolutamente a nadie.

LUSGHIN.—(*Cantando.*) E sarai regina del mondo... ¡Heredera!...

YEFIMOF.—(*Interviniendo.*) Permítame... ¿Y las pruebas? ¿Dónde están?

NATALIA.—¿Qué pruebas?

YEFIMOF.—Las de la herencia. ¿Y si el heredero soy yo?

NATALIA.—(*Tomando del brazo a Lusghin.*) Vamos al jardín y hablaremos.

(*Lusghin camina a brincos. Vuelve a Yefimof y le hace guiños amigables. Yefimof permanece impasible.*)

GLINKIN.—(*Viene al encuentro de Natalia, la mira enojado y dice a Yefimof, por Lusghin.*) Ese payaso se ha ganado un dineral.

YEFIMOF.—Ya, ya. También yo he perdido. Oiga, ¿Es verdad que a Ibsen le erigieron un monumento en vida? ¿Y por qué? ¿Por haber escrito *Casa de muñeca*? ¿Eso es, por predicar a las mujeres que se escapen de sus maridos?

GLINKIN.—(*Se detiene ante la mesa, levanta la pantalla y mira.*) Usted ignora la historia de la humanidad... Las mujeres se escapan siempre de sus maridos.

YACOLIEF.—(*Entra frotándose las manos, seguido*

como de una sombra, de *Polina*.) ¿Por qué no te vas al jardín a tomar el té? Allá están Lunghin y Kunskoi... ¡Vaya un par de bromistas! (*Saca el reloj, lo mira, hace un gesto de rabia, gruñe.*) Me ha engañado. No viene. (*Amenazando con el puño hacia la ventana.*) ¡Como yo pueda...!

POLINA.—(*Acercándose.*) Tengo que hablarte.

YACOLIEF. — (*Estremeciéndose.*) ¿Por qué me sigues como un perro?

POLINA.—Porque necesito que hablemos.

YACOLIEF.—(*Mira nuevamente el reloj.*) Sólo tres minutos.

POLINA.—(*Con amargura.*) ¿Ni uno más?

YACOLIEF.—(*Mirándola cejijunto.*) No tengo tiempo. He de irme en seguida.

POLINA.—Tú eres mi marido.

YACOLIEF.—(*Inquieto.*) ¿Y qué?

POLINA.—Tienes que responder por mí.

YACOLIEF.—(*Más inquieto.*) ¿Responder? ¿Ante quién?

POLINA.—Ante Dios y ante los hombres.

YACOLIEF.—(*Tranquilizándose.*) Ante Dios, bien. Pero ante los hombres... ¿Y la policía? (*Alarmado súbitamente.*) ¿Qué has hecho? ¿Algo con la Baroba? Idiota, más que idiota. ¿No te lo tengo dicho que esa mujer es la perdición?

POLINA.—No he hecho nada con la Baroba ni con nadie. Pero ese inquilino del gabinete...

YACOLIEF.—(*Dando un puñetazo en la mesa.*) Te guardarás ni de acercarte a él. ¿Me entiendes? Ni de acercarle. Y lo mismo Natalia que tú. Tengo necesidad de ese hombre. Hazte cuentas que no lo has visto. Para ti no existe. (*La aferra por los hombros.*) ¿Me entiendes?

POLINA.—(*Rechazándolo con suavidad.*) Bueno, sí, lo

que quieras... ¡pero ayúdame en este trance. Yo he vivido sin verme a mí misma, como en una cárcel... Tengo miedo... Yo no puedo ver a ese hombre. ¡No puedo verlo!

YACOLIEF.—(*Estupefacto en su excitación.*) ¿Qué significa lo que dices?... No entiendo, no entiendo. (*Como iluminado por una idea.*) ¡Ah!... ¿Te habrás enamorado, maldita? Tan de repente... En ocho días...

POLINA.—(*Enérgica.*) ¡Qué enamorarme!... No, no quiero, no... Pero dile que se vaya... Que no me persiga... Que no me atormente... Sería capaz de matar...

YACOLIEF.—(*Espantado.*) ¿A quién? ¿A mí?

POLINA.—No, a él... A mí misma... Comprende... Ha sido mi primer dolor...

YACOLIEF.—¿Tu primer... qué? ¡Ah! (*Se hallan frente a frente los dos, separados por la mesa. Yacolief, apoyándose con ambas manos en el borde, se encara con Polina; sus manos tiemblan de tal modo, que se oye el tintineo del globo de la lámpara.*) Ha sido tu primer amante... ¡Ahora comprendo!... Ahora me explico por qué tú... (*Se pierde; no sabe qué decir. Los celos semejantes en él con la avidez de dinero; al cabo, tras un esfuerzo, se rehace.*) Tú debes odiarlo... ¡Odiarle, ¿entiendes?... ¿Fué él quien te abandonó? ¡Sí! ¡Habla!

POLINA.—Lo odio... Lo odio, pero me da miedo...

YACOLIEF.—Aguarda. ¿Qué hace? ¿De qué vive? ¿Es un policía? ¿Sí?... ¿Es un ladrón?

POLINA.—No sé... Era cajero en una compañía de seguros...

YACOLIEF.—(*Calmándose.*) ¿Y desfalcó, no? ¿Lo persiguieron? ¿Lo procesaron?

POLINA.—No sé. No sé...

YACOLIEF.—¡Un ladrón! ¡Claro! ... es un ladrón!...

POLINA.—No tengo a nadie más que a ti... Ayúdame... Seguríssimo que le hubieses dado alas... Y tú, mosquita muerta, ¿quieres preparar el terreno para luego poder decir: «Yo lo dije, yo te avisé»? ¿Ah, sí? Pues conmigo no te sirve el trueco... Conmigo, no... (*Furibundo.*) ¿Te acuerdas de quién eres? ¿Te acuerdas de dónde te saqué? Te saqué de la cárcel, del fango, ¡perra!...

POLINA.—(*Aterrada.*) ¿Por qué me injurias? Debes ampararme... Dios me ha entregado a ti...

YACOLIEF.—¡Deja estar a Dios, perdida! Dios no es un estúpido... El estúpido lo soy yo...

* * *

NATALIA.—(*Entrando.*) ¿No se dejó aquí el padrino la pitillera? (*Ninguno de los dos responde.*) Padre... Hoy os peleáis sin hablar..., por señas... (*Va hacia la escalera. También Polina se dispone a irse.*)

YACOLIEF.—¡Quieta! ¿Adónde vas?

POLINA.—No puedo...

YACOLIEF.—Déjate de trucos..., y procura que no se entere nadie de esto. ¡De lo contrario!... (*No sabe qué decir.*) ¿Entiendes? (*Levanta la mano como para golpearla.*)

POLINA.—(*Retrocede.*) Dios te perdonará. Pero yo, no. Yo no podría. No podría...

YACOLIEF.—(*Amenazándola con el puño.*) ¡Calla!...

NATALIA.—(*Baja con la pitillera.*) Estaba en su cuarto.

¿Qué, ha comenzado la disputa de costumbre? ¿Os pasa hoy que no gritáis?...

YACOLIEF.—¡Tú, vete!... ¡Largo!

NATALIA.—«Temblando de terror, la muchacha desapareció como una sombra.»

YACOLIEF.—(*Presuroso, saca el reloj, lo mira cerca de sí y habla con ira.*) No me envolverás en tus trucos, no. Quieres descargar sobre mí tus culpas, ¿eh? Decir que caiste porque yo no te amparé a tiempo... ¡Quia!... Cada palo aguante su vela... Para eso debes tener conciencia y juicio.

POLINA.—Juicio, no; pero conciencia sí que tengo.

YACOLIEF.—¡No hablemos más!...

POLINA.—(*En voz baja.*) Pero será preciso...

YACOLIEF.—De sobra sé lo que es preciso. (*Sale gruñendo.*)

POLINA.—(*Va a la ventana, como ciega, arrastrando los pies, vacilante; de repente da un salto atrás.*) ¡Oh!

STOGOF.—(*A la ventana.*) ¿Te asustaste? (*Penetra en la estancia por la ventana.*) Pues tranquilízate...

POLINA.—(*Acercándosele.*) ¿Has redondeado el negocio? ¿Me has comprado...?

STOGOF.—Tu marido es un desconfiado; pero además es un imbécil... Grita, ruge, amenaza contra mí, y yo estoy ahí, en la ventana. Oye, ¿y ese Lusghin de la herrería?... ¿Y ese Yefimof, que anda siempre espiando a todo el mundo?...

POLINA.—(*A media voz.*) ¡Te odio!... ¡Te aborrezco!

STOGOF.—¡Salud! Si ello te sirve de consuelo, odiame... Pero escucha, Polina: ¿quieres que meta en la cárcel a tu marido? (*Polina permanece inmóvil y en silencio. Stogof se sienta a la mesa, volviendo el rostro a la ventana.*) Te advierto que si no lo encarcelo yo, lo

carcelará otro cualquiera; por ejemplo, ese Lusghin, que me parece un policía.

POLINA.—¿Y tú? ¿Qué eres? (*Stogof se encoge de hombros y enciende un pitillo.*) ¡Pensar que has sido un hombre honrado! ¿Lo eres?

STOGOF.—Sí y no. Más bien no.

POLINA.—Lo eres... Lo sé...

STOGOF.—Se comprende que tú prefieras haber sido el amor de un hombre honrado... Naturalmente...

POLINA.—(*Con tímida esperanza.*) Y acaso queda en ti aún...

STOGOF.—No queda nada. ¡Nada!

POLINA.—¿Por qué hablas así?

STOGOF.—No es por arrepentirme delante de ti. Entre tú y yo no hay necesidad...

POLINA.—Entonces, ¿qué quieres? ¿Por qué vienes?

STOGOF.—Porque soy un idiota... ¿Quieres saber de lo que se trata? Bueno, pues óyelo: yo creí que vivías tranquilamente con Yacolief, sin amor, pero en paz. Pero llevo aquí dos semanas, y he visto lo que he visto... Y me das lástima...

POLINA.—No lo creo.

STOGOF.—Si no lo crees, allá tú. Pero te advierto que hay motivos más que sobrados para que vayáis todos a la cárcel... ¿No sabes que Yacolief es un encubridor de ladrones? ¿Que entre él y la Baroba...? ¿No lo sabes? (*Polina se sienta y permanece silenciosa, con la cabeza baja.*) ¿Crees que se casó contigo por piedad? Se casó porque le destinaba a cimbel de sus latrocinios, ¿comprendes?

POLINA.—(*Obsesionada, sin oirle.*) Tú has dicho que tienes conciencia... Lo has dicho aquí, hace poco.

STOGOF.—Me equivoqué. (*Pasea de un lado a otro.*)

POLINA.—Mírame...

STOGOF.—(*Sin mirarla.*) Conque... ¿quieres que hable preso a tu marido?

POLINA.—(*Sonriendo burlona.*) ¿Y que yo me vaya contigo, no? ¡Ah, no! ¡Eso, nunca! ¡Nunca!...

STOGOF.—No he pensado en semejante cosa. (*Pausa.*)

POLINA.—(*Lo observa y dice en voz baja.*) ¿Qué has pensado? Entonces, ¿a qué vienes? ¿Qué haces aquí?

STOGOF.—No quisiera que tú volvieses a la cárcel.

POLINA.—(*Indignada.*) ¡Mentira!... Todo eso es mentira... Tú vienes buscando otra cosa...

STOGOF.—(*Alarmado ante los gritos.*) No grites así. Habla más bajo.

NATALIA.—(*Acompañando a Kemskoi, que viene de jardín muy arropado en su abrigo.*) Vamos, marqués. No es para tanto... Cada uno tiene su profesión, su oficio. Es buena gente.

KEMSKOI.—¡Buena gente! Pero, hombre, ¿quién es ese Yefimof, que vende una máquina de coser cada seis meses? ¿Y ese Lusghin, medio payaso, medio loco? ¿Y ese (*Por Stogof.*) que ha inventado una liga de medias sin tener siquiera una retorta de ensayo?

NATALIA.—Bien, pero es que la vida... (*Sigue hablando con Kemskoi, al que acompaña hasta su habitación del entresuelo; al pasar junto a Stogof le dice rápida y en voz baja.*) Quédese. Tenemos que hablar.

STOGOF.—Obedezco.

POLINA.—Me es igual todo. No le temo a nada ni a nadie. (*Pausa.*) ¿Oyes?

STOGOF.—Oigo.

YEFIMOF.—(*Entrando.*) ¿Por qué está esto tan oscuro?

STOGOF.—Probablemente, porque no hay luz.

YEFIMOF.—Hay que encenderla.

POLINA.—No hace falta.

YEFIMOF.—(*Sentándose a la ventana, iluminado por la luna.*) Ese idiota de Ivanof corteja a Dunia. Están en el jardín, tan románticos... El, con sus actitudes de hombre guapo, irresistible... ¡Imbécil! (*Nadie le habla.*) Pero ¿y si esos galanteos a Dunia fuesen por despistar? Oye, tú, Polina, ¿será eso?

POLINA.—(*En voz baja.*) Sí, es posible... Seguro.

YEFIMOF.—(*Suspirando.*) Lusghin le ha ganado a Glinkin una moneda de oro. Y Glinkin, ¿de dónde la ha sacado?

STOGOF.—¿Cinco rublos?

YEFIMOF.—Cinco. ¿Por qué?

STOGOF.—No es mucho dinero.

YEFIMOF.—Admitamos. No será mucho. Pero ¿de dónde le ha venido a Glinkin una moneda de oro?

NATALIA.—(*Bajando la escalera.*) Yefimof, vete. Me molestas.

YEFIMOF.—¿Cómo? Pero ¿qué dices?

NATALIA.—Que te vayas. Que me molestas. ¿No lo oyes? (*Enciende la lámpara.*)

YEFIMOF.—Me voy, sí... Eres inaguantable. Si no fuera por lo que es... (*Sale. Natalia cierra tras sí la puerta de la cocina, luego la ventana, luego la tienda, y mira en torno. Stogof la observa sonriendo irónicamente. Polina se levanta para irse.*)

NATALIA.—No, Polina, quédate. Siéntate. Y usted siéntese también, Hipólito. Del apellido no me acuerdo. ¿Cómo es?

STOGOF.—No hace falta. (*Sigue en pie.*)

NATALIA.—Habla usted siempre con misterio. Me pone

los nervios de punta. Yo necesito saber quién es usted. Todo el mundo quiere saber quién soy, menos yo... ¿Por qué quiere saberlo? ¿De qué le puede servir?

NATALIA.—Acabemos. No es cosa de broma. ¿Quién es usted? ¿Qué hace?

STOGOF.—Suponga usted que soy un detective, un agente de policía...

POLINA.—¡No lo creas!

NATALIA.—Si no lo creo... Miente usted, respetable señor...

STOGOF.—¿Es posible?

NATALIA.—Sí... ¡Tan posible! Seguro. Usted es un expendedor de moneda falsa. De monedas de oro falsas, ¿verdad? Y quiere usted comprometer a mi padre y a todos nosotros, ¿verdad?

POLINA.—No es verdad. Eso no es verdad, Natalia. Te aseguro que no.

NATALIA.—(*Bruces.*) Y lo hace por ti, madrastrita. ¿Te ha sido tu primer amor? Dilo...

POLINA.—Lo ha sido. Pero no lo hace por mí, no. Yo de esto no sé nada ni entiendo nada. Sólo quiero una cosa: irme. (*Se levanta para irse.*)

NATALIA.—No puede ser. Siéntate.

STOGOF.—Déjela que se vaya. Mejor.

NATALIA.—¿Por qué es mejor?

STOGOF.—Ya lo verá usted. (*A Polina.*) Vete, Polina. (*Polina se va lentamente. Ambos la miran ir en silencio. Luego se contemplan el uno al otro varios instantes.*)

* * *

NATALIA.—¿Por qué le mandó usted salir?

STOGOF.—Porque estoy harto.

NATALIA.—¿Harto de qué?

STOGOF.—(*Sin responder, saca el portamonedas y extrae de él cinco monedas de oro, que deposita en la mesa.*) Ahí tiene usted. Fíjese... Cuatro son buenas y una falsa. ¿Cuál es la falsa? A ver si da con ella.

NATALIA.—No quiero.

STOGOF.—Pruebe usted.

NATALIA.—¿Para qué? Si todas son falsas.

STOGOF.—Hablo en serio: una sola.

NATALIA.—(*Lo mira recelosa.*) No comprendo a qué viene todo esto. Le he preguntado a usted quién es, y aun no me ha respondido. (*Cejijunta, examina las monedas, las pesa en la palma de la mano. Su espíritu polémico cede poco a poco lugar a una curiosidad inquieta. Está un poco irritada consigo misma, sintiendo haber perdido el tono superior de antes.*) No sé, no sé...

STOGOF. — No la encontrará usted, de fijo. Yo mismo necesito algún tiempo. Es una labor portentosa... Y la hacen en la ciudad, no lejos de aquí, de esta casa.

NATALIA.—(*Dejando las monedas.*) Todas buenas o todas falsas... No sé...

STOGOF.—¿Ve usted? Unas veces se piensa que todas son buenas, quiero decir que no hay ninguna falsa. Pues fíjese: ésta es la falsa. Para distinguirla le hice una señal con el punzón. Véala.

NATALIA.—(*Tomando la moneda.*) Bueno, sí... ¿Y qué? ¿A qué viene todo esto?

STOGOF.—Había dos falsas, como ésta. Una se me perdió y cayó en manos de su prometido de usted, a quien se la ganó al juego Lusghin. ¿Sabe usted si Lusghin ha di-

cho que yo sea monedero falso? ¿Lo ha dicho? ¿Pa
tengo yo aspecto de...?

NATALIA.—(*Suspirando.*) ¡Ah, eso no, eso no!... Ta
ne usted porte de persona decente.

STOGOF.—Impresión errónea, engañosa.

NATALIA.—O es usted un soberano farsante.

STOGOF.—He dicho la verdad: soy detective. Doy ca
a los monederos falsos con sus propias monedas. Pued
naturalmente, complicar a un inocente si quiero. Pued
provocar a los sórdidos, como su... Como Yacolief... Po
que supongo que usted sabe que no es su padre... Que s
verdadero padre es Kemskoi. ¿No es cierto?

NATALIA.—(*Asiente con la cabeza.*) ¿Por qué me di
usted todo esto?

STOGOF.—Usted es muy inteligente.

NATALIA.—(*Lo mira con curiosidad y miedo, como s
mirase la sombra de la perversidad encarnada en un ma
dor de «cine».*) Bien, supongamos que soy inteligente ¿Y
qué más?

STOGOF.—Que debe usted ayudarme. Estoy un po
embarullado. Yacolief se merece todo lo malo que le o
rra. Pero ¿y Polina? ¿Y usted? Sería un escándalo Se
gún parece, también Lusghin es un agente..., si no e
loco... Agentes y ladrones se juntan siempre...

NATALIA.—(*Con voz baja.*) Siempre, no. ¿Cree us
que lo de la herencia...?

STOGOF.—Una estratagema para entrar en la casa
en las codicias.

NATALIA.—Creo que se engaña usted.

STOGOF.—Será difícil.

NATALIA.—(*Indignada.*) Nada de esto es natural. Po
lo que usted dice tiene apariencias de mentira.

STOGOF.—Esa es la mejor prueba de que digo la ve

dad. (*Señalando las monedas.*) No encontró usted la falsa. Lo mismo acaece con los hombres; el hombre verdadero se distingue del hombre falso sólo imprimiéndole el propio cuño. Pero el propio cuño los desgasta.

NATALIA.—¿Qué piensa usted hacer de Polina?

STOGOF.—Nada. Pensaba..., pero ya no pienso. Naturalmente que no quiero verla envuelta en ningún delito. Verá usted: lo que me ha ocurrido en esto es... Yo no adoro a la humanidad. Me ha hecho mucho daño muchas veces. Pero he llegado aquí. He visto a Polina, y... ¡qué sé yo!... Algo despertó en mí... ¿La conciencia? ¿La compasión? ¿Acaso lo que siente usted por esa herencia de Lusghin: la curiosidad?

NATALIA.—No es nada de eso, no. No crea usted que soy tan niña. Además que usted no es un mal hombre.

STOGOF.—Entonces no tenga usted prisa. Ya veremos.

NATALIA.—(*Levantándose.*) Pero ¿qué podemos hacer?

STOGOF.—¿Nosotros? (*Sonríe.*) ¿Usted y yo?

NATALIA.—Aunque sea así. Usted y yo.

STOGOF.—Por lo pronto, habrá que ocultar a Polina. Ya buscaremos sitio adecuado. En cuanto a usted, tengo mi plan. ¿Vendrá su prometido aquí pronto?

NATALIA.—Tiene que venir en seguida, con la firma del juzgado.

STOGOF.—Perfectamente. Voy a dejar aquí una moneda. (*La deja en la mesa.*) ¿Quiere usted saber lo que va a ocurrir? Vendrá su prometido. Llegará a la mesa. Y... nada más... Usted observelo. Observelo. Yo me voy.

NATALIA.—(*Disgustada.*) ¿Dónde? Pero si no hemos resuelto aún nada... Además, ¿qué tiene que ver Glinkin en todo esto?

STOGOF.—(*Bruscamente.*) Usted observelo. Yo no puedo decir más. Adiós. (*Sale.*)

(Natalia, al verlo desaparecer, siente impulsos de llamarlo y corre; pero se detiene en seguida, irritada, haciendo un ademán desdeñoso. Luego se rehace, queda perpleja unos instantes, escruta la estancia y, atraída por la moneda, la toma de la mesa, examinándola entre cautelosos y suspiros. Al fin, acometida de escrúpulos, arroja la moneda en la mesa y escapa victoriosa de la tentación.

* * *

YACOLIEF.—*(Tras unos instantes asoma a la relojería un rostro ebrio, sarcástico y guiñador. Limpiándose con el revés de la mano el último trago, prorrumpe en una risilla ahogada, que lo va achicando, achicando, hasta que se queda en cuclillas, rie que rie.)* ¡Je, je, je, je!... La palomita picotea el fango... Huye, pero se deja aquí los arrullos... ¡Je, je, je, je!... *(Avanza de puntillas, intentando reprimir el hipo alcohólico, temeroso de que el ruido acudan. Llega a la mesa, coloca la moneda en la palma de la mano, y le hace guiños, como a una mujer.)* Tú y yo, ¿eh? Nos entendemos. ¿Qué me importa que seas buena o falsa? ¿Y qué le importa a ti que yo sea honrado o criminal? Tú callas, y yo..., punto en boca. ¿Entendidos? Pues entendidos. *(Arrecia el hipo y se amedrenta escuchándolo. Súbitamente le acomete un gran pavor; arroja la moneda y huye, a grandes zancadas, de puntillas. Cuando llega a la puerta de la tienda, viendo que no hay nadie, se rehace.)* ¡Diablo! ¡Qué miedo tan heroico! Creí que venían... La paloma se fué, pero ahora vendrá el palomo. ¡Chist!... ¡Chist!... Para la blanura está el fango. *(Torna a reir hasta desternillarse.)*

TELÓN.

ACTO TERCERO

La misma estancia, una hora después. Polina sale de su cuarto y apaga la luz de la lámpara. La luna entra por la ventana, alumbrando la escena, excepto en la parte superior de la escalera, que recibe luz por la puerta entreabierta del cuarto de Natalia.

POLINA.—(*Va hacia la tienda y se detiene.*) ¿Quién anda ahí? ¿Eres tú, Claudia?

NATALIA.—(*Sale de la tienda, envolviéndose en un chal.*) Soy yo.

POLINA.—¿Por qué estabas en lo obscuro?

NATALIA.—Miraba la calle; hay una luna que parece de día. (*Pone las manos en el hombro de Polina. Se le cae el chal.*) Oye... Ese Stogof, en el fondo, ¿qué es?

POLINA.—(*Suspirando.*) Antes era persona decente. Pero ahora es un canalla.

NATALIA.—¿Un canalla?

POLINA.—Ya lo estás viendo tú misma. No es que yo le acuse. Es que todos son igual.

NATALIA.—¿Es un canalla porque ya no te quiere?

POLINA.—¡Que ya no me quiere! ¿Entonces, a qué me busca? ¿Por qué ha venido aquí sino por mí?

(*Se miran en silencio. Polina aprieta la mano que Natalia tiene aún en su hombro y hace ademán como de*

abrazarla, pero se separa. Sin mirarse, van juntas a la ventana.)

NATALIA.—¿Mañana es domingo?

POLINA.—Sí. ¿Por qué?

NATALIA.—Por nada. Los días corren como perros rabiosos. (*Permanecen en pie junto a la ventana.*)

CLAUDIA.—(*Mira cautelosamente desde la puerta de su cuarto. Trae bajo el brazo un bulto de ropa, y en la mano un maletín. Se esconde. Luego sale sin nada.*) ¿Qué estás contemplando?

NATALIA.—La luna.

CLAUDIA.—Yo me voy a dormir a casa de Dunia. Estoy sola. Su tía se ha marchado al campo. (*Silencio.*) ¿Y mi casado esposo, no ha venido? ¿No lo habéis visto?

NATALIA.—No.

CLAUDIA.—Eso quiere decir que está en el bar. Me voy. Adiós. (*Va a su cuarto.*)

POLINA.—Y yo también. Me voy a la cama.

NATALIA.—Que descanses. (*La sigue con la mirada de duda. Va a la tienda, se envuelve en el chal y desaparece.*)

DUNIA.—(*Entra de la cocina, llama sigilosamente a cuarto de Claudia, que sale al umbral, y cuchichean ambas.*) Echame la ropa por la ventana, que yo se la echaré a él por la tapia.

CLAUDIA.—¿Pero él está esperando?

DUNIA.—Claro que está esperando. Aligera tú. (*Toma el bulto que le da Claudia y sale. Natalia las observa desde la tienda.*)

KEMSKOI.—(*Desciende la escalera en traje de dormir, con un gorro de seda negra.*) ¡Natalia!... ¡Glinkin! No hay nadie. Cuando más falta hacen, nadie. ¡Qué obscuridad! ¿Estamos por las economías? (*Va a la ventana y grita.*) ¡Natalia!... (*Se dirige a la cocina.*)

BAROBA.—(*Sale de la cocina.*) ¿Estás desvelado, verdad? ¡Ah, la vejez! ¡Dichosa vejez!

KEMSKOI.—¿Pero no hay nadie aquí?

BAROBA.—Están todos en el jardín. Anda, que iré contigo. Tengo que decirte una cosa. Las malas lenguas se desatan contra mí. Y yo... (*Salen.*)

(*Claudia sale de su cuarto con la ropa, pero retrocede precipitadamente viendo que entran Yefimof y Glinkin, ambos bebidos.*)

GLINKIN.—Ese vejete del demonio no nos ha visto. ¡Uf, qué vida! ¡Por veinticinco rublos al mes, trabajando doce horas al día!... ¡Qué asco!

YEFIMOF.—(*Sombrío.*) Todos vivimos mal... Y hay quien, encima de ello, tiene otras preocupaciones. (*Pausa.*) Bien dice el refrán: «¿Cuál es el mayor dolor? El amor.»

GLINKIN.—¡El amor! El amor es un negocio. (*Se sienta a la mesa, levanta el centro de china hacia la luz y lo vuelve a dejar en su sitio. Sonríe. Saca del bolsillo una lente y se la pone en el ojo como un monóculo.*) ¡Es extraordinario!

YEFIMOF.—Nada de extraordinario. Todos sueñan. Pero casi ninguno sabe lo que necesita. Los hombres quieren ser mandados: —Esto se puede hacer. —Esto no se puede hacer.—¡Ah, si yo fuese!... (*Mirando el reloj.*) ¿Dónde diablos se habrá metido Lusghin? Debía estar aquí ya. Oye, Glinkin, si yo comprase esta casa (*Silbando.*), ¡al infierno los inquilinos! Kemskoi el primero. Como lo oyes. Yo sé ciertas cosas... Pero me guardo bien de decirlas...

GLINKIN.—No las digas. No es necesario. (*Tararea.*) «Nuestra vida está llena de milagros increíbles.»

YEFIMOF.—Ya no se usa el monóculo.

GLINKIN.—¿Qué dices?

YEFIMOF.—Digo que ya no se usa el monóculo.

GLINKIN.—De estas cosas no sabes una palabra.

YEFIMOF.—Pues no se usa. Además, que eso no es un monóculo; es el cristal de un reloj de señora.

GLINKIN.—Eres un imbécil.

YEFIMOF.—(*Levantándose.*) No tanto. No tan imbécil como le figuras. (*Va a su cuarto.*) ¡Claudia!

GLINKIN.—(*Toma de la mesa la moneda de oro.*) ¡Encanto! ¡Gloria!

NATALIA.—(*Acercándosele por detrás.*) ¡Déjala donde estaba!

GLINKIN.—(*Asustado, sobresaltándose, se quita el lente. Después, riendo, abraza a Natalia, estrechándole la cintura.*) ¡Natalia! ¿Eres tú quien hace esto? ¿Sí? Muy bien. Pero que muy bien. Deja que te dé un beso.

NATALIA.—(*Rechazándolo.*) Pon esa moneda en su sitio.

GLINKIN.—¿Por qué? (*Se encoleriza.*) Tú estás acostumbrada a hacer tus caprichos, alma mía. Pero ¿sabes que puedo hartarme?

NATALIA.—¡Vete!

GLINKIN.—Pero, oye, ¿qué quieres decir?

NATALIA.—Que te vayas, idiota.

GLINKIN.—(*Amedrentado.*) Pero, bueno, ¿qué es esto? Tú la pones aquí y luego la pagas conmigo. Además ¿qué tiene de particular que yo...? Y sobre todo, para que lo sepas, no estoy dispuesto a consentir... Mi dignidad...

NATALIA.—(*Separándose de él.*) Eres un verdadero guiñapo.

GLINKIN.—(*Yendo hacia ella.*) Tú olvidas quién eres y quién soy.

NATALIA.—Márchate, márchate, o le escupo a la cara. *(Corre escaleras arriba.)*

GLINKIN.—*(Perpleja.)* Pero, bueno; pero ¿estás loca? ¿Qué significa todo esto?

* * *

KEMSKOI.—*(Seguido de Baroba, gesticulando, con grandes muestras de disgusto.)* ¡Basta! He dicho que le pagaré, y basta. No hay que hablar más ni de eso ni de nada, ¿oyes?

BAROBA.—Vaya si hay. Tienes que pagarme además las dos letras de ochenta rublos. Y tienes que enterarte de lo que sucede en tu casa. Créeme. Aquí la única persona que no le engaña soy yo. Yo, que sigo siendo la misma. Tu Baroba de siempre.

KEMSKOI.—*(Alarmado, mira en torno.)* Pero ¡cómo eres! Delante de tanta gente...

BAROBA.—¡Ah, bien! Me callo. Punto en boca. Pero ese corazoncito late aún. Y yo estoy en el mundo para algo.

KEMSKOI.—Bueno, ¿pero quieres callar? Es preciso que calles.

BAROBA.—Precisamente; lo que es preciso no se evita. No se puede engañar ni a Dios ni a la verdad. Se puede engañar a todo el mundo, a todos los hombres, menos a la verdad. Prueba a engañar a la verdad, y verás.

KEMSKOI.—*(Detiene a Glinkin, que intenta subir la escalera.)* ¿Qué hacías ahí? ¿Escuchar lo que no te importa?

GLINKIN.—*(Sacando unos papeles de la cartera.)* Traía

la firma del juzgado. Dos providencias en la causa de Ivan Kraief.

KEMSKOI.—¿Hay que firmar? Dame la estilográfica. (*Se sienta en la mesa. Glinkin le da la estilográfica, y Kemskoi firma.*) Mañana se los llevas al procurador. Temo que hay algunos errores... Pero, en fin. Búscame a Natalia.

(*Baroba entra en el cuarto de Yefimof.*)

GLINKIN.—Natalia está arriba, en su cuarto.

KEMSKOI.—Llámala.

GLINKIN.—Hemos tenido una cuestión. Y precisamente quería decirle a usted...

KEMSKOI.—So, so... Cuando uno es educado no tiene cuestiones con señoritas como Natalia. No se puede ser un grosero, amigo mío.

KEMSKOI.—(*Viendo a Polina, que sale de su cuarto, vestida de blanco.*) Pero ¿cómo? ¿Es usted, Polina? ¿Adónde va?

POLINA.—A hacer una visita.

KEMSKOI.—¿A estas horas una visita? ¡Hum!... Le parece que está usted dando un ejemplo... poco... poco ejemplar. Sobre todo para Natalia. Todos estos inquilinos... Ese, afeitado, que se dice inventor... Ese otro, de la herencia fantástica...

POLINA.—Bueno, pues yo me voy. Adiós.

YACOLIEF.—(*A la puerta de la cocina.*) ¿Adónde va?

POLINA.—A casa de una amiga.

YACOLIEF.—(*Avanzando.*) ¿Qué amiga, si tú no tienes amigas?

POLINA.—Sí. Tengo una.

YACOLIEF.—Mientes... Y te has puesto de gran gala. Tú... (*La aferra por los hombros. Ella lo rechaza.*)

KESMKOI.—(*Interponiéndose.*) Oye, oye, Yacolief

Quieto... No son modos de tratar a una mujer. La culpa es tuya; tú eres viejo y ella joven. Además, tú admites aquí a ciertos inquilinos galantes... Y debieras pensar en que Natalia es una señorita.

YACOLIEF.—Permítame.

KEMSKOI.—No, escúchame, que ahora hablo yo. Mi propósito es que viviéramos todos en paz, tranquilos, como en familia. La casa es mía. Yo soy viejo y necesito de reposo. Tú debías tener todo en cuenta. Y no lo tienes. Además, Natalia...

YACOLIEF.—¿Quién es Natalia?

KEMSKOI.—¿Cómo? Pero ¿qué quieres decir?

YACOLIEF.—¡Es mi hija! ¡Mi hija!

KEMSKOI.—¿Y qué?

YACOLIEF.—Nada más que esto: que es mi hija. ¡Mía! ¡Mía!...

KEMSKOI.—Me parece que tú has bebido más de lo corriente.

YACOLIEF.—¿Bebido? Veneno es lo que he bebido.

KEMSKOI.—Oye, oye... ¿Qué quieren decir esas palabras? Tú no eres un mal hombre; yo, tampoco. Y, sin embargo, las cosas no marchan.

YACOLIEF.—¿Qué cosas son las que no marchan?

KEMSKOI.—Tú no logras que la familia viva satisfecha. Todos se me quejan de ti...

YACOLIEF.—¿Y si yo, señor mío, los enviase al diablo a todos? ¿Qué diría usted?

KEMSKOI.—(*Se yergue furibundo, pero al verlo tan miserable y sucio, exclama.*) Eres un cerdo, compadre.

YACOLIEF.—(*Trémulo de ira.*) ¿Un cerdo y soy compadre tuyo? ¿Cómo es posible? (*Ríe.*)

KEMSKOI.—(*Dejándose caer en la silla.*) Eres... ¡Ya no sé lo que eres!...

NATALIA.—(*A Yacolief.*) Basta ya. No tiene usted derecho a insolentarse con mi padre.

YACOLIEF.—(*Dando un salto atrás.*) ¿Con quien? ¡Ah, es que tú...!

NATALIA.—Demasiado lo sabe usted que él es mi padre.

KEMSKOI.—(*Se alza, gritando.*) ¡Natalia! Pero ¿por qué lo has dicho? ¡Dios mío! Soy yo quien debía decirlo. Esperaba el día de tu cumpleaños. Un momento digno y solemne. No un instante como éste, entre escándalos y gentuza.

YACOLIEF.—(*Con desprecio.*) ¡Viejo idiota!

NATALIA.—(*A Yacolief.*) He dicho que no le insulte usted.

KEMSKOI.—¿Lo oyes, Natalia? ¿Oyes lo que ha dicho?

* * *

(Yacolief, junto a la alacena, ríe con risa convulsa que suena a llanto, en su característica postura en cuclillas. Polina se le acerca silenciosamente. Barobo, Tefine y Claudia miran desde la salida. Glinkin se pasa la mano por los cabellos, como quien se dispone a realizar un acto heroico.)

NATALIA.—(*Acariciando a Kemskoi.*) Vamos, papá.

KEMSKOI.—¡Veinte años esperando, esperando la revelación del secreto, y tú, en un instante, lo publicas!

NATALIA.—Pero, papá. Si no es secreto. Si todo el mundo lo sabía que soy tu hija...

YACOLIEF.—(*Gritando.*) Todo el mundo, sí... Y yo también. Yo también lo sabía. ¡Je, je, je! (*Su inesperado recio gritar impresiona a todos. Silencio.*)

BAROBA.—(*Cuchichea, pero en forma que la oyen.*) ¡Qué lástima, Dios mío! ¡Qué lástima!

NATALIA.—(*A Baroba.*) Y tú, vete. Que yo no vuelva a verte más aquí.

BAROBA.—Pero ¿por qué?

YACOLIEF.—Permíteme. ¿Y yo, qué soy aquí, en esta casa?

NATALIA.—(*A Baroba.*) ¡Largo!

BAROBA.—Está bien. Ya me voy. (*A Kemskoi.*) Quedamos en que me pagará usted las letras. Y usted, Natalia, que disfrute con salud el nuevo apellido... Y que os sienten bien mis patos, que los pagué de mi bolsillo, para que lo sepas...

NATALIA.—¡Bruja!

BAROBA.—Y tú, Polina, ten cuidado... Te devorarán como han devorado a mis patos. ¡Pobrecillos! (*Sale ridículamente.*)

POLINA.—(*Tocando en el hombro a Yacolief.*) Escúchame.

YACOLIEF.—(*Dando un salto atrás.*) Vete tú también, víbora. Idos todos... Afuera todos... Quiero estar solo.

POLINA.—*Adiós todos...* (*Se dispone a marchar.*)

YACOLIEF.—¿Adónde vas?

POLINA.—(*Se detiene y lo mira.*) ¿Qué?

YACOLIEF.—¿Vas con tu amante? Vete, quítale de mi vista.

(*Polina se sitúa junto a la ventana. Los demás salen. Glinkin desaparece en el cuarto de Yefimof. Luego sale riendo en silencio, pero groseramente.*)

YACOLIEF.—(*A Polina, mirándola asombrado y escudándose tras la mesa.*) ¿Qué significa esto ahora?

POLINA.—(*Con amargura irónica.*) Salvador mío... Porque tú eres mi salvador, ¿verdad?

YACOLIEF.—(*Receloso, murmura.*) Bien, ¿y qué? ¿Qué quieres decir con ello?

POLINA.—Tú me salvaste de la ruina.

YACOLIEF.—Te salvé, sí... ¿Qué hubiera sido de ti sin mi ayuda? Serías a estas horas una trotacalles, un pingajo...

POLINA.—Cierto, cierto. Tuviste compasión de mí, me recogiste, me amparaste. Yo era eso..., un pingajo... y por ti he sido una mujer, con su marido, con su hogar...

YACOLIEF.—(*No advierte la ironía y está propicio a conmoverse.*) Yo fuí a ti con el corazón en la mano, y ahora tú...

POLINA.—(*Con mucha calma y feroz energía.*) Miserable... ¿Quieres saber toda tu verdad, toda mi verdad? Pues es ésta: ¡miserable, miserable! (*Sale.*)

* * *

YACOLIEF.—(*Estupefacto, la sigue con la mirada, sofocado por el espanto y la cólera. Va a la alacena, se vierte de la botella un vaso de aguardiente y bebe. Después otro vaso y lo apura. Entorna los ojos y comienza a dar vueltas entre los dedos a un botón de la chaqueta. Se sienta. Bisbisea.*) No tengo necesidad de ninguno. Dios me ha librado de todos vosotros, gentuza... (*Hace una mueca, se extrae con el dedo las lágrimas y las mira a través, y luego enjuga el dedo en la rodilla.*) No tengo necesidad de ninguno. El Señor no ha querido considerarme como una de sus criaturas... No, no... (*Alza el dedo bañado en lágrimas, lo contempla y se lo enjuga en los cabellos. Se dirige a la ventana y grita.*) ¡Polina!... ¡Polina!

ina! (*Al advertir el texto con flores, lo empuja a la calle.*) ¡Al diablo las flores! ¡Al diablo todo! (*Va a la cocina, bebe ain y luego se retira a un rincón.*)

(*Claudia sale de su habitación, seguida de Glinkin, muy agitada y conteniéndose a duras penas.*)

GLINKIN.—(*Preocupado.*) Sin embargo, ¿me quieres explicar...?

CLAUDIA.—(*Impaciente.*) Pero ¿no entiendes? Natalia no es mujer para ti. Es orgullosa, caprichosa; no piensa más que en lujos... Además, ¿qué dote le da Kemsko? ¿Esta casa? Pero si esta casa vale menos que un trineo.

GLINKIN.—Eso es verdad. Entonces, crees que Dunia... sí, lo de Dunia es una idea.

CLAUDIA.—No es una idea; es un negocio. Dunia es rica y te aceptará encantada, créeme. (*Se pone a escuchar junto a la puerta de su cuarto.*) Esa gente no habla más que de la herencia. Lusghin es un hombre misterioso, astuto... (*Se retuerce las manos de impaciencia y mira el reloj.*)

GLINKIN.—Sé de sobra por qué tienes tanto interés en que yo me case con Dunia... Porque Ivanof te galantea y has tenido una gresca con él...

CLAUDIA.—(*Con desprecio.*) Estás enterado... Como si no se pudiese tener grescas con un hombre casado... Al contrario, es más interesante.

GLINKIN.—(*Recomponiéndose ante el espejo.*) Yo me casaré; pero Ivanof intentará engañarme con Dunia.

CLAUDIA.—El a ti y tú a él... ¿Qué importa quién y qué produce el engaño?... Lo mismo da Ivanof que otro.

GLINKIN.—Claro, tú qué vas a decir... Procuras disculpar el engaño, por lo que pueda suceder.

CLAUDIA.—(*Saca dinero del bolsillo y lo cuenta.*) Desde luego, no soy ninguna monja. Sólo las monjas viven

sin amor, y aun así, sabemos de muchas de ellas... (*Se torna los ojos, pensativa.*) ¡Qué película tan terrible de esta tarde! Conmovedora hasta llorar. ¡Qué expresión tan extraordinaria tenía el protagonista al saber la traición de su mujer! ¡Qué tristeza tan terrible en los ojos! Y cómo le temblaban los labios... ¡Ah! (*Suspira hondamente; permanece abstraída, con las manos entrelazadas detrás del cuello, sonriendo como a un ideal inasible.*) Se necesita mucho ingenio para dar a la gente, sin palabras, la sensación de que se sufre.

GLINKIN.—(*Irritado.*) ¿Ingenio? ¿Hay nada más vulgar que sufrir?

CLAUDIA.—(*Con exaltación.*) Ah, no. Perdona. Un artista sin talento, por mucho que sufra, no logra conmover al público. Todo esto es obra del cine. Antes que hubiera cine el verdadero arte no existía. Pero las mujeres de esta casa, ¿dónde están? Los viejos han cargado con todas.

GLINKIN.—Las mujeres deben estar en casa. Son animales domésticos.

CLAUDIA.—(*Con desprecio.*) ¡Qué ingenioso! (*Se aproxima a la puerta y escucha.*)

NATALIA.—(*Desciende un tramo de la escalera.*) Claudia, trae en seguida hielo de la cocina. (*Desaparece.*)

CLAUDIA.—Vaya. ¿Otra novedad? ¿Qué habrá ocurrido? (*Va a la cocina.*)

* * *

(*Glinkin va a la mesa, sube la luz, mira cautelosamente con las manos la pantalla. Yefimof entra rápidamente, medio ebrio, conduciendo de la mano a Lusgkin.*)

aprieta contra el pecho una abultada cartera, sonríe y camina a pequeños brincos.)

YEFIMOF. — (*Extasiado.*) Lo he convencido. Declara inmediatamente quiénes son los herederos. Lo dirá todo.

LUSGHIN.—(*Excitado.*) Lo diré todo, todo...

GLINKIN.—(*Escéptico.*) Me parece que a los dos os falta un tornillo. (*Indica la cabeza.*)

YEFIMOF.—A ti sí que te falta.

LUSGHIN.—¿Dónde está?

GLINKIN.—¿Quién?

(*Lusghin ríe, guiñando amigablemente.*)

GLINKIN. — (*Alarmado.*) ¿Natalia? ¿Sí? ¿Es ella? Oiga usted...

CLAUDIA.—(*Entrando con un plato en la mano.*) No mover tanto ruido; creo que el juez se siente mal.

YEFIMOF.—(*Curioso.*) Pero ¿grave? ¿Para morirse?

GLINKIN.—(*Se agita, excitadísimo.*) Llama a Natalia. Probablemente la heredera es ella.

YEFIMOF. — No se sabe. (*Restregándose las manos.*) ¡Cualquiera sabe!...

CLAUDIA.—(*Mira con gran curiosidad a Lusghin, el cual, sentado a la mesa, saca de la cartera folletos de inserciones, carteles-reclamos, etc., y murmura palabras entre dientes.*) Pero ¿qué hace este hombre? (*Corre arriba.*)

(*Stogof viene de la cocina, se sitúa junto a la ventana, al lado de la alacena, y observa con aire grave a Lusghin.*)

GLINKIN.—(*A Lusghin.*) ¿Para qué sirve todo eso?

LUSGHIN.—A mí, de nada. Yo no necesito.

GLINKIN.—¿Son inserciones de reclamos?

YEFIMOF.—(*Separándolo.*) No lo perturbes.

(*Claudia desciende la escalera aprisa, y tras ella Na-*

talia, despacio. Stogof se adelanta y la conduce a la ventana.)

STOGOF.—(*A Natalia.*) Hay que tener cuidado con los (*Por Lusghin.*) O es un loco o es un farsante.

NATALIA.—(*Disgustada.*) Eso vamos a verlo en seguida. (*A Lusghin.*) ¿Qué, encontró usted ya los herederos

LUSGHIN.—(*Sobresaltado.*) Sí, sí... Los encontré. (*Se busca nervioso en los bolsillos.*)

NATALIA.—Bueno, ¿y quiénes son?

LUSGHIN.—(*Masticando.*) Usted... Todos... En seguida.

YEFIMOF.—¿Qué es eso de todos?

LUSGHIN.—(*Ha encontrado, al fin, en los bolsillos la moneda de oro, y la muestra en alto, gritando.*) ¡Aquí está la herencia! ¿La ven ustedes? Aquí está.

GLINKIN.—(*Se alza en la punta de los pies, mira la moneda, mira después a todos, asustado.*) Pero ¿qué significa esto? Esa moneda me la ha ganado a mí en el juego. A no ser que se trate de otra.

STOGOF.—(*A Natalia.*) ¿Por fin, usted?

NATALIA.—(*Volviendo la espalda a Stogof.*) No me prendo.

STOGOF.—(*Por Lusghin.*) Este hombre... Este hombre

LUSGHIN.—(*Sonríe estúpidamente, mira la palma de su mano y murmura.*) Esto basta para todos... ¡Para todos! (*Aprieta el puño, lo agita y chilla.*) Se puede matar al propio hijo... como Abraham a Isaac... Se puede vender a Cristo por unas monedas de plata, y ésta es de oro... (*A Natalia.*) Véala. A ti primero. Tómala. (*Corre.*) E sarai regina del mondo. (*Natalia retrocede unos pasos, alejándose.*) ¡Para ti, para tu propio hijo'...

STOGOF.—(*Acercándose a Lusghin.*) A ver. Déjeme que la mire.

LUSGHIN.—No. A ti, no.

STOGOF.—(*Le abre el puño con facilidad, mira la moneda y luego, sonriendo, le dice a Natalia.*) Es falsa. Posiblemente está loco.

LUSGHIN.—(*Dándole puñetazos en el hombro.*) Dámela. No estoy loco. Dámela.

STOGOF.—(*Devolviéndole la moneda.*) Oiga... ¿No se encuentra usted bien?

LUSGHIN.—Tú estás loco... Todos estáis locos.

STOGOF.—¿De modo que ésta es toda la herencia? ¿Y no hay otra?

LUSGHIN.—Para ti, no... Vete... ¡Echarlo de aquí!

* * *

YACOLIEF.—(*Entra con la chaqueta y la camisa arrugadas, los cabellos revueltos, con un hipo de borrachero.*) Pero ¿queréis callar?... ¿No podré estar tranquilo en mi casa? ¡Afuera todos!

NATALIA.—(*A Lusghin.*) Escúcheme. Usted necesita...

LUSGHIN.—Yo no necesito nada. Todo es de usted. ¿Y el hijo? ¿Dónde tiene al hijo? ¿Y la conciencia? ¿Dónde tiene la conciencia? (*Hace ademán de lanzarse contra Natalia, y Stogof lo aferra.*)

STOGOF.—Pronto. Un médico. Avisen a la policía.

YACOLIEF.—(*Hipando.*) ¡Afuera todos!

LUSGHIN.—(*Lucha con Stogof, se desase de él, corre, se mira en el espejo, se detiene y chilla al ver su propia imagen.*) Ahí está... Prenderlo... Atadlo bien... Me persigue toda la vida... Prenderlo...

STOGOF.—(*Lo aferra de nuevo, echándolo sobre el diván.*) Un médico... Traigan toallas, servilletas... Hay que atarlo.

(Natalia corre a la alacena y comienza a echar toda servilletas y toallas, *que Claudia recoge y entrega a Ya* gof. *Yefimof explica en voz baja a Yacolief lo sucedi* antes. *Glinkin intenta ayudar a Stogof a atar a Lusghi* pero *éste se ha calmado ya.)*

YACOLIEF.—*(Se acerca al sofá y mira sin comprender.)* Pero ¿quién manda aquí? ¿El diablo? Y yo, ¿no soy la die en mi casa?

IVANOF.—*(Entra excitadísimo y se encamina con paso militar a Yacolief.)* Escuche... Vengo a decirle a usted *(Mira el rostro sin expresión del alcohólico y hace un seña con la mano.)*

YACOLIEF. — *(Riendo.)* Aguarda... Antes quiero ve quién gana el pleito...

NATALIA. — *(Corriendo hacia Ivanof.)* ¿Sucede algo ¿Acaso es que Polina...? Hable pronto.

IVANOF. — *(Abriendo los brazos.)* Se ha arrojado a paso del tren.

NATALIA.—¡No!

STOGOF.—¿Muerta?

(Claudia solloza. Glinkin, sentado en el diván a los pies de Lusghin, permanece alelado, con la boca abierta.)

YACOLIEF.—*(A Ivanof, indicándole a Stogof.)* Prenda lo... bajo mi responsabilidad.

(Stogof se dirige a la cocina.)

NATALIA.—*(Sujetándolo de un brazo.)* ¿Adónde va usted? *(Stogof se detiene, encogiéndose de hombros.)*

LUSGHIN. — *(Se incorpora, se sienta, contempla sus manos ligadas, mira a los demás y grita.)* ¿Han preso a ese canalla? ¿A mi implacable enemigo? ¿Por qué os habéis atado a mí y no a él?

IVANOF. — *(A Natalia.)* Pero ¿está loco o se hace el loco?

(Natalia desliga las manos de Lusghin. Junto a ella, Stogof observa atentamente al loco.)

LUSGHIN. — (*Agitando los brazos, los estira.*) Ah... Por fin... (*Busca en los bolsillos, saca una moneda de cobre y le ofrece a Natalia.*) Se lo ruego. Aquí está todo...

GLINKIN. — (*A Yefimof.*) Parece una moneda de cobre.

LUSGHIN.—Todo el mundo, sí... El mundo entero... Estrellas, medallas, mares, buques. Todo el comercio. Toda la industria. Toda la riqueza. (*Canturrea.*) «E sarai regina del mondo.»

NATALIA.—(*Mira a Stogof con aire interrogante.*) ¿Oye usted?

STOGOF. — (*Incrédulo, sarcástico.*) Usted, Lusghin, ha enloquecido con demasiada inteligencia. No sabe fingir.

LUSGHIN.—(*Lo contempla y calla un instante. Todos callan, esperando. Lusghin rechaza ligeramente a Stogof.*) No, no eres tú... No es él... Vete. (*Alarga suavemente la moneda a Natalia.*) Tómela... Aquí está todo. (*Aprieta la moneda en el puño, levanta el brazo.*) El mundo entero... Todo huevo de pez quiere ser pez. Y no un pez cualquiera, sino lubina. ¿No es así? (*Quiere otra vez golpear a Natalia, impidiéndolo Stogof, que lo aferra. Se calma de pronto y ríe bajo. Todos callan, y en el silencio, con orgullo, suena la voz de Yefimof.*)

YEFIMOF.—Es posible que haya sido yo, con mis bromas, quien lo ha hecho enloquecer.

LUSGHIN.—(*Indicando el espejo.*) Parece un hombre. Ha arruinado toda mi vida... (*Alzando la voz.*) Ha maltratado a mi hijo..., a mi mujer... Fingía conocer las leyes inmutables. Ha engañado a la misma verdad..., a toda la verdad...

YACOLIEF.—(*Hipando en su borrachera.*) Pero no se... ganarse a sí mismo. Eso es el irremediable suplicio h... mano. Tener una conciencia que no es propia, sino l... los demás... Que no es auténtica, sino falsa. Y que s... cula, sin embargo.

TELÓN.

EL QUE RECIBE LAS BOFETADAS

FARSA DE CIRCO EN CUATRO ACTOS

POR LEONIDAS ANDREIEF

PERSONAJES

CONSUELO, amazona. (En los carteles, *La reina del lazo a caballo.*)
EL CONDE MANCINI, su padre.
EL, clown. (En los carteles, *El que recibe las bofetadas.*)
BRIQUET, director del circo.
SINIDA, su mujer, domadora de leones.
ALBERTO BESANO, jockey.
UN SEÑOR.
EL BARÓN DE REGNARD.
JACKSON, clown.
TILLY, excéntrico musical.
POLLY, idem.
TOMÁS, artista de circo.
ANGÉLICA, idem.
UN CRIADO.

Artistas de ambos sexos y sirvientes.

La acción, contemporánea en una gran ciudad francesa.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

ACTO PRIMERO

La escena representa una amplia estancia, con las paredes blanqueadas y poco limpias.

En la pared izquierda, debajo de un nicho con arco, la única ventana, que da al patio. La luz penetra escasa y hosca; hasta durante el día está encendido el alumbrado eléctrico.

Hacia el techo, en la pared del foro, una fila de ventanillos, con los cristales empolvados. Los ventanillos dan al interior del circo. De noche, durante la función, se iluminan; de día permanecen obscuros.

En la misma pared del foro, una gran puerta, herméticamente cerrada, blanqueada también, que conduce a las cuadras y a la pista; a esta puerta se asciende por dos escalones de piedra.

La estancia se destina a muchos usos: un pequeño escritorio sirve de despacho al director, el señor Briquet; en un rincón, el guardarropa de varios artistas; en otro, sillas y mesas, donde se reúne el personal durante los ensayos y la función. Constantemente entran y salen criados y artistas con toda suerte de utensilios y prendas; sillas doradas y desvencijadas, aparatos de pantomimas, etc. Varios carteles de anuncios en colores chillones.

Es por la mañana. En el circo comienzan los ensayos y preparativos para la función de la noche. Al levantarse el telón se oye en la pista el restallar de una fusta y los gritos incitadores del jockey al caballo. Durante unos momentos, la escena está sola. Poco después entran los excéntricos mu-
sicales Tilly y Polly, que ensayan una marcha nueva. Pe-

netran por el lado obscuro y se encaminan a la ventana, tocando una melodía en sus flautines. El son es armonioso, pero con algo de plebeyo y grotesco, como la marcha misma. Llevan chaquetillas cortas y calzones amplios; son de casi igual estatura, con la faz rasurada, y se parecen mucho. Tilly, el más joven, usa corbata, y ambos traen diminutas chisteras sobre la nuca. Al llegar junto a la ventana, Tilly mira, curioseando, afuera; luego, a una seña de Polly, los dos reanudan marcha y música, en dirección al lado obscuro.

POLLY.—(*Deteniéndose.*) ¡Alto! Ya has desentonado otra vez... Fíjate bien, hombre... Es así... (*Vuelve a tocar la flauta en la cara de Tilly, que le oye distraído, restregándose la nariz con la mano.*) Así, ¿eh?...

(*Apenas reanudan la marcha asoman a la puerta el director y Mancini, que va detrás, apoyando la boca en el puño de su bastón. Mancini es alto; su abrigo, muy usado, muestra diferentes zurcidos, pero lleva la americana abrochada, a la moda, y se preocupa de aparecer elegante. Juega el bastón con el desembarazo de un aristócrata y adopta posturas distinguidas. Ríe a menudo; su semblante, de facciones marcadísimas, toma entonces una expresión de sátiro.*) *El director, Sr. Briquet, es pequeño, regordete, tranquilo, con andares un poco inciertos. Los dos excéntricos, al verlos, se detienen. El director mira a Polly con aire interrogante.*)

POLLY.—(*Interrumpiendo.*) Señor Briquet, es la música que hemos puesto a *La marcha de las hormigas.*

BRIQUET.—¡Ah! (*Se aleja. Los excéntricos vuelven a ensayar la marcha, y segundos después Polly se detiene y se vuelve; Tilly los sigue.*)

POLLY.—Señor Briquet, hoy Juan no da pie con bola.

BRIQUET.—¿Por qué?

POLLY.—Porque le duele la garganta. ¿Quiere usted ver si es algo serio?

BRIQUET.—(*A Tilly.*) Acércate. Abre bien la boca... más..., mucho más. (*Conduce al clown a la luz de la ventana y le examina la garganta, arrugando la frente.*) Date con el pincel unos toques de yodo.

POLLY.—Yo le he dicho que no es nada, ¿verdad? (*A Tilly.*) Anda; vamos. (*Salen los dos excéntricos con pasos menudos y contoneándose. El director se sienta; Mancini, muy fatuo, se respalda en el muro y sonríe irónicamente.*)

MANCINI.—Tú curas a la gente por ti mismo... Briquet... Briquet... ¡Ten cuidado, que no eres médico.

BRIQUET.—Curarlos, no; aconsejarles, simplemente, ya que son todos muy aprensivos.

MANCINI.—Se ha abrasado la garganta con el ajenjo; todas las noches se emborracha; y me extraña que tú te preocupes tan poco de la moralidad de tu compañía.

BRIQUET.—¡No digas tonterías, Mancini!

MANCINI.—Conde, conde, si te es lo mismo...

BRIQUET.—Pues no digas tonterías, conde Mancini... ¡Es claro!... Te entrometes en todo y no dejas trabajar a mi gente. Un día acabarán por perder la paciencia y apalearte, ¡y yo no lo podré impedir!...

MANCINI.—Yo no tengo nada de común con tu gente. Por nacimiento y por educación, soy completamente distinto. Deberías estar orgulloso de la familiaridad con que le trato.

BRIQUET.—Bueno, bueno...

MANCINI.—He gastado unas bromas; pero si alguien se atreviese a tocarme, ya verían quién soy yo. (*Saca del bastón un estoque y lo mira con complacencia.*) Es lo más práctico del mundo... Oye; ayer, en las afueras, te

he descubierto una muchacha... (*Ríe.*) Puede que no sea de tu gusto, porque de gustos no hay nada escrito... Pero ello no impide que me prestes cien francos.

BRIQUET.—¡Ni un céntimo!

MANCINI.—Entonces... no hay que hablar... Me lo dijo a Consuelo.

BRIQUET.—Siempre amenazas con lo mismo.

MANCINI.—Amenazo y lo cumplo... Ya verás... Tú harías lo mismo si te vieras con el agua al cuello, como yo. ¿No debo acaso velar por el prestigio de mi nombre? Las desventuras de mi hogar me han obligado a hacer de mi hija, de la condesa Mancini, una amazona de circo. ¡Y por un pedazo de pan! La condesa Mancini, amazona, ¡por no perecer de hambre!... ¡Espantoso!

BRIQUET.—Tu pasión por las *menorcitas* te cuesta demasiado. El mejor día acabas en presidio.

MANCINI.—¡En presidio!... ¿Es que no debo, entonces, mantener el esplendor de mi apellido? (*Ríe.*) Todos los Mancini fueron famosos en Italia por su amor... a las *menorcitas*, como tú dices... ¿Qué culpa tengo yo de que mis antepasados se saciaran de balde y a mí me cueste un dineral? Eres un bestia, un *parvenu*. No sabes ni comprendes lo que significa una tradición, una estirpe. Ya no bebo; desde los últimos escándalos, tampoco juego; si he de dejar también el amor, ¿quieres decirme lo que queda en mí de los Mancini? El escudo, y gracias. No puede ser... Para mantener la tradición, necesito que me prestes cien francos.

BRIQUET.—Te he dicho que ni un céntimo. Y no hablemos más.

MANCINI.—Le doy a Consuelo la mitad del sueldo. ¿Crees, quizá, que no quiero a mi hija, a mi única hija, a la sagrada herencia que me dejó su adorada madre? ¡No

tienes corazón! *(Finge llorar y se enjuga con un pañuelo de problemática blancura, adornado con escudo y encajes.)*

BRIQUET.—¿Que tú le das?... Di más bien que ella es un estúpida que te da la mitad de sus ganancias... Y ahora, déjame en paz.

• • •

(Entra la domadora de leones, Sinida. Es una mujer vistosa, alta, arrogante, con ademanes lánguidos e imperiosos, que aparecen, a primera vista, cocolescos. Es, sin haberse desposado, la mujer de Briquet, el director del circo.)

SINIDA.—*(A Mancini.)* Buenos días.

MANCINI.—Señora... Este bárbaro, este zoquete, podría acribillarme con su puñal; pero ni en su presencia puedo contener los ímpetus de mi corazón... *(Bromeando, se arrodilla ante Sinida.)* Señora..., el conde de Mancini implora vuestra mano...

SINIDA.—*(A Briquet.)* (¿Quiere dinero?)

BRIQUET.—Sí.

SINIDA.—No se lo des. *(Se sienta fatigada en el dragón de un diván sucio y desvencijado y cierra los ojos.)*

MANCINI.—*(Levantándose y limpiándose las rodillas.)* ¡Duquesa, no seáis cruel conmigo! No soy un león, ni un tigre, ni ninguna bestia feroz de las que acostumbráis domar; soy simplemente una bestezuela, un pobre animal doméstico, que se contenta con rumiar un puñado de hierba verde.

SINIDA.—*(Sin abrir los ojos.)* Jim me ha dicho que has tomado un profesor para Consuelo... ¿Con qué objeto?

MANCINI.—Mi deber y mi amor de padre me lo impo-
nen. La ruina de mi casa me impidió educarla conforme
a su estirpe. La condesa de Mancini sabe apenas leer y
escribir. Parece increíble, ¿verdad? Pues así es... Tú, Be-
quet, ¿tendrás aún valor para preguntarme en qué se va
va el dinero?

SINIDA.—(Este maquina algún lío gordo.)

ERIQUET.—Bueno. ¿Y qué va a aprender tu hija?

MANCINI.—De todo. Le había buscado un profesor, efec-
tivamente; pero ayer mismo tuve que ponerlo en el arro-
yo. Se había enamorado de Consuelo como un gato y no
hacía más que mayarle. Aprenderá de todo, querido Be-
quet; hasta de aquellas cosas de que tú no tienes la menor
idea: literatura, mitología, ortografía...

(*Dos muchachas jóvenes entran y se sientan, rendidas
una junto a otra, en silencio y con gran compostura. Tra-
sobre los vestidos ligeros, abrigos de piel.*)

MANCINI.—Supongo que no querrás que mi hija...

SINIDA.—(¡Está maquinando un lío gordo!)

ERIQUET.—¡Eres un imbécil, Mancini!... ¿A qué vie-
nen esas historias? (*Con tono dominante.*) ¡Eres un verda-
dero animal!... ¿De qué pueden servirle a Consuelo todos
esos estudios tan complicados? Desde el momento en que
está aquí, no tiene necesidad de más ciencia. ¿No lo com-
prendes? ¿Qué es eso de la geografía? Todo el mundo
te dirá igual; no sirve absolutamente para nada. Si yo
fuese ministro, prohibiría a los artistas leer... Basta que
lean los carteles de la función.

(*Mientras habla Briquet entran dos clowns y otro ar-
tista. Se sientan juntos, sin hablar, como los anteriores.*)

BRIQUET.—Tu Consuelo es ahora una gran artista
pero si la atiborras de mitología y la obligas a leer nove-
las, comenzará por fantasear, perderá el seso, se dará a

los vicios y acabará envenenándose. Conozco muy bien esos libros; leí algunos y sé que sólo enseñan el camino del vicio o el del suicidio.

ARTISTA 1.°—Pues yo leo siempre en los periódicos todos los folletines.

BRIQUET.—¿Sí? ¡Pues ya veremos cómo acabas!... Creedme: lo que sucede fuera debe importarnos absolutamente sin cuidado.

MANCINI.—Eres un ignorante, enemigo de la cultura, Briquet...

BRIQUET.—Y tú un bestia, amigo de la cultura, pero que no sabes nada de nada. (*Los artistas ríen.*) Si hubieses nacido en un circo, como yo, sabrías, al menos, varias cosas. La cultura es una engañifa. Pregúntaselo a mi mujer... Ahí la tienes, sabiendo la suma de cosas: geografía, mitología, ¡qué sé yo! Pregúntale si es más feliz por eso... Dilo tú, Sinida...

SINIDA.—No me metas en líos de discusiones, Luis.

MANCINI.—(*Irritado.*) ¡Vete al diablo con tus barbaridades! Cuando oigo esa filosofía de zulú quisiera pillarte, no cien francos, sino doscientos, dos mil... ¡Señor! ¿Cabe idiota más grande? ¡Y es el director!... ¡El que manda! Lo digo aquí, delante de todos: eres un avaro, Briquet... Pagas muy mal a tus artistas... Consecuencia, por ejemplo, ¿no debería ganar cien francos más? Decidlo vosotros: ¿Quién llena el circo cada noche? ¿Los exóticos, con su pantomima musical? ¿Acaso el número de los tigres y leones, que parecen gatos hambrientos?

SINIDA.—¡Deja en paz a mis tigres y leones!

MANCINI.—¡Perdón, Sinida, no he querido ofenderte! ¡Palabra de honor! He sido siempre un entusiasta de tu audacia, de tu arrogancia... Beso tus manos de heroína... Pero, la verdad, ¿crees que la gente de hoy está para

heroísmos? (*Una pequeña orquesta comienza a tocar en la pista un tango.*) ¿Eh? ¿Qué tal? ¿No es este número de Consuelo y Besano el que llena el circo? Consuelo, que, bailando el tango a caballo, es capaz de entusiasmar al mismo Papa.

POLLY.—Verdad. Es un número extraordinario el de Consuelo. Pero la idea es de Besano.

MANCINI.—¡La idea! ¡La idea! Besano está enamorado como un gato. Esta es su única idea. Por lo demás, ¿qué es una idea sin una mujer? Conque, Briquet, ¿le subes el sueldo?

BRIQUET.—Yo me atengo al contrato, y hasta.

MANCINI.—¡Qué formalidad tan egoísta!...

SINIDA.—Dale al conde diez francos.

MANCINI.—¿Diez francos? Ni por pienso. Yo no pido limosna, Briquet. Soy quien soy. Menos de veinte francos, nada. ¡Palabra de honor! (*Briquet le da los veinte francos.*) *Merci.*

SINIDA.—Pide al barón que le abra un crédito en su caja.

MANCINI.—¿Yo, al barón? ¿Por quién me tomas? ¿Voy a contraer compromisos con un extraño?

SINIDA.—Eres astuto como un zorro. No le conozco le bastante; pero se me figura que eres un bribón...

MANCINI.—(*Rie.*) Una boca tan linda no ofende nunca.

• • •

(*Entra Tomás. Por su estatura y complexión se advierte que es el boxeador.*)

TOMÁS.—Señor Briquet..., un caballero del otro mundo desea hablarle.

ARTISTA 1.ª—¿Del otro mundo? ¿Algún fantasma? ¿Un espectro borracho?

BRIQUET.—Si está borracho, despídelo, Tomás. ¿Quiere hablar conmigo o con el conde?

TOMÁS.—Con usted... Quizá no esté borracho. Quizá sea un verdadero espectro...

MANCINI.—(*Poniéndose el abrigo.*) ¿Es un señor verdaderamente señor?

TOMÁS.—Sí. Lo traeré aquí, señor Briquet. Hasta ahora. (*Sale.*)

(*En la pista se oye el restallar de la fusta y los gritos característicos del jockey incitando al caballo. El tanguesa a veces, y a veces se oye distintamente. En la estancia reina el silencio.*)

BRIQUET.—(*Acariciando la mano de Sinida.*) ¿Estás fatigada?

SINIDA.—(*Retirando la mano.*) No.

POLLY.—Hoy, tu león favorito, *César*, estaba intranquilo.

SINIDA.—Lo excité demasiado. No debí hacerlo.

POLLY.—Yo toqué un *potpourri* de *La Traviata* y lo escuchó con gran atención. Podríamos formar un número nuevo. ¿Le parece, señor Briquet?

TOMÁS.—(*Introduce a un señor y dice, mostrando con el dedo a Briquet.*) Ese es el director. (*Luego se aleja, con paso pesado y lento. El señor es un hombre de media edad, feo, pero con aire vivaz e inteligente. Lleva un abrigo elegante, con cuello de piel, y retiene los guantes y el sombrero en la mano.*)

SEÑOR.—(*Se inclina y sonríe.*) ¿Tengo el gusto de hablar con el director?

BRIQUET.—Precisamente... Siéntese... ¡Tilly, trae una silla!

SEÑOR.—¡No se moleste..., se lo ruego! (*Mirando a su rededor.*) ¿Son artistas? ¡Mucho gusto!

MANCINI.—(*Arreglándose el abrigo y la corbata e inclinando levemente la cabeza.*) ¡El conde Mancini!

SEÑOR.—(*Sorprendido.*) ¿Conde?

BRIQUET.—(*Rápido.*) Sí, conde... ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

SEÑOR.—Pues... no lo sé aún. Todos se cambian el nombre verdadero, ¿no? Yo no lo he decidido. Tal vez pueda usted ayudarme a elegirlo. He pensado un par de ellos; pero, la verdad, tienen demasiada literatura.

BRIQUET.—¿Literatura?

SEÑOR.—Sí. Dan idea de algo rebuscado, afectado. (*Todos lo miran sorprendidos.*) Estos dos señores, ¿son clowns? Permitidme que les estreche la mano. (*Se levanta y aprieta la mano a los excéntricos, sonriendo cordialmente. Los excéntricos, a su vez, lo contemplan con aire estúpido.*)

BRIQUET.—¡Perdone! ¿En qué puedo servirle?

SEÑOR.—(*Siempre con la misma sonrisa cordial y confidencial.*) No es usted quien ha de servirme a mí, sino yo a usted... Señor Briquet: deseo formar parte de su compañía.

BRIQUET.—Perdón..., pero no tiene usted aspecto de...

SEÑOR.—Ya lo tendré... Con el tiempo, ya lo tendré. Estos dos señores han puesto al verme unas caras dignas de admiración. ¿Quiere usted que yo los imite? ¡Así! (*Imita a los excéntricos, poniendo una cara de estúpido.*)

BRIQUET.—¡Bien! Pero ¿no estará usted... un poco alegre?

SEÑOR.—Yo no bebo jamás. Se trata, simplemente, de un capricho...

BRIQUET.—¿Ha trabajado ya alguna vez? ¿Quizá como funámbulo? ¿Como...?

SEÑOR.—Haga el favor, señor Briquet. No fuí nunca un profesional. Jamás he trabajado en un circo. Soy, sencillamente, un señor que...

MANCINI.—¡Es extraño! Tiene usted aire distinguido, aristocrático...

SEÑOR.—¡Por Dios, conde!... Me lisonjea usted... No paso de hombre vulgar.

BRIQUET.—Pero, bueno; ¿qué desea usted, en suma? Porque en mi compañía no hay ni un solo puesto vacante. De manera...

SEÑOR.—No importa. Si usted no se opone, quiero trabajar como clown. (*Algunos artistas se ríen. Briquet comienza a impacientarse.*)

BRIQUET. — Dígame en pocas palabras qué sabe hacer. Porque tiene muchas pretensiones, pero ¿qué sabe hacer?

SEÑOR.—Nada. ¿No es cómico que un individuo no sepa hacer absolutamente nada?

BRIQUET.—No es cómico, no, señor. A cualquier trotacalles le ocurre lo mismo.

SEÑOR.—(*Mira en torno, como buscando ayuda, sonriendo siempre.*) Tal vez se pueda encontrar algo.

BRIQUET.—(*Irónico.*) ¿Algo... literario?

(*Entra el clown Jackson silencioso y se coloca detrás del director, sin que éste lo advierta.*)

SEÑOR.—Pues, sí, señor... Algo literario... ¿Qué me dice usted de un discurso sobre un tema... religioso? ¿O de una discusión entre dos clowns?

BRIQUET.—¿Una discusión? Fracaso seguro. El circo no es una Academia.

SEÑOR.—(*Irritado.*) ¡Qué lástima! Algo alegre, ligero,

sobre la creación del mundo..., o sobre el orden que reina en el mundo...

BRIQUET.—¡Ca, hombre! ¿Y la policía? ¡De ningún modo!

JACKSON.—(*Acercándose al señor.*) ¿Sobre el orden que reina en el mundo? No te va... Ni a mí... Dame la mano.

BRIQUET.—(*Presintiéndolo.*) Nuestro mejor clown: el célebre Jackson.

SEÑOR.—(*Entusiasmado.*) ¿Es usted? Permítame que le exprese mi admiración. Me divierten extraordinariamente sus genialidades.

JACKSON.—¡Muy amable!...

BRIQUET.—(*Encogiendo los hombros.*) Quiere ser también clown, Jim... Pruébalo.

(*A una señal de Jackson el señor se quita el abrigo —que arroja sobre una silla—y aguarda a que le pase revista. Jackson lo mira y remira por cada lado, observándolo con ojo crítico.*)

JACKSON.—¿Clown? ¡Hummm! Vuélvase... ¡Hum!... para ser clown... Ríase... Más... Alargue la boca. Más... ¡No, hombre!... Eso es sonrisa... Risa... Así... (*Vuelto a Briquet.*) Disposición parece que hay... Ahora, hasta ensayarla bien... (*Al señor.*) Apuesto a que no sabe ni siquiera dar un salto mortal...

SEÑOR.—(*Suspirando.*) No.

JACKSON.—¿Qué edad tiene usted?

SEÑOR.—Treinta y nueve. Es ya un poco tarde, ¿no? (*Jackson se pone a silbar, alejándose.*)

BRIQUET.—(*Frío.*) Lo siento, pero no podemos utilizarlo. (*Pausa.*)

SINIDA.—(*En voz baja.*) Tómalo.

BRIQUET.—(*Furioso.*) ¡Que se vaya al infierno! No sirve para nada. Está borracho.

SEÑOR.—Palabra de honor que no bebo nunca. Gracias, ilustre dama, por patrocinar mi pretensión. Usted es la célebre Sinida, cuya majestuosa arrogancia...

SINIDA.—Sí, yo soy; pero no me gusta que me adulen.

SEÑOR.—No adulo, señora.

MANCINI.—No estás acostumbrada a la alta sociedad, Sinida. ¿Adulación? ¡Nada de adulación! El señor expresa sinceramente, en forma delicada, su admiración; y tú, falta de tacto, Sinida... En cuanto a mí...

• • •

(*Entran Consuelo y Bebano, vestidos para el número.*)

CONSUELO.—Papá, ¿estás aquí?

MANCINI.—Sí, hija. Y tú, ¿cómo te encuentras? ¿Cansada? (*La besa en la frente.*) Señor... Mi hija, la condesa Mancini... En los carteles, Consuelo, «La reina del tango a caballo»... ¿No la ha visto usted trabajar?

SEÑOR.—(*Inclinándose.*) ¡Ya lo creo! Un asombro... Una maravilla.

MANCINI.—Es lo que dice todo el mundo. ¿Y qué le parece del nombre? Consuelo. Lo tomé de una novela de Jorge Sand y significa en español aliento, ayuda.

SEÑOR.—Se ve que es usted hombre culto.

MANCINI.—¡Por Dios!... A pesar del deseo, extravagante y casi inexplicable, de ser clown, veo que pertenece usted a la misma clase social que yo, y me permito hacerle notar la fatalidad que preside mi estirpe: *Sic transit gloria mundi*, señor.

CONSUELO.—Basta, papá. ¿Y mi chal, Alfredo?

BEBANO.—Aquí está. Tómalo.

CONSUELO.—(*Al señor.*) Es un encaje veneciano auténtico. ¿Le gusta?

SEÑOR.—(*Inclinándose por segunda vez ante Consuelo.*) Espléndido... Magnífico... ¡No he visto nada semejante!... Señor Briquet, cuanto más permanezco aquí, más crece en mí el deseo de unirme a ustedes... (*Pone cara de imbécil.*) De una parte, el conde; de otra...

JACKSON.—(*Satisfecho.*) No está mal; estruja el cerebro, busca, medita lo que quieres representar. Cada cual debe servirse de sus propios medios...

(*Silencio. El señor se lleva el índice a la frente.*)

SEÑOR.—Debo pensar..., debo pensar... ¡*Eureka*!

POLLY.—Que quiere decir: ¡Lo encontré! ¿Qué ha encontrado?

SEÑOR.—¡*Eureka*! Yo seré entre ustedes «El que recibe las bofetadas»... (*Todos ríen, incluso Briquet.*)

SEÑOR.—(*Los mira y sonríe.*) ¿Lo ven? Por fin acerté a hacerles reir..., que no es tan fácil... (*Todos quedan muy serios. El excéntrico Tilly suspira.*)

TILLY.—No es tan fácil, no... ¿Has reído tú también, Polly?

POLLY.—Mucho. ¿Y tú?

TILLY.—Mucho. (*Imita con los labios diversos instrumentos musicales sobre un motivo melancólico y grotesco.*)

JACKSON.—«El que recibe las bofeladas». De veras no está mal.

SEÑOR.—¿Verdad? Me gusta el papel, y creo que se adapta a mis condiciones. Pero como el nombre es muy largo, me llamaré sencillamente El. Quiere decir: «El que recibe las bofetadas»... ¡El!...

JACKSON.—«¡El!» (*Pensando.*) «¡El!» Nada, nada: que está muy bien...

CONSUELO.—(*Con voz melodiosa.*) ¡Es gracioso! «El»... ¿Un nombre así no existe, verdad, papá?

(*De repente, Jackson asesta al señor una bofetada de pega, esto es, fingida. El señor retrocede, pálido.*)

SEÑOR.—¡Eh! (*La risotada general ahoga su exclamación.*)

JACKSON.—¿Eres «El que recibe las bofetadas» y no has recibido ésa?

POLLY.—(*Interrumpiendo.*) ¿Te parece poco una sola?

SEÑOR.—¡Me ha cogido tan de improviso!... Ahora ya estoy avisado. ¡Qué cosas! ¡Me arde la mejilla... sin haberme tocado nadie!... (*Ríen todos de nuevo. Los excéntricos cuacuarean como gansos, cantan como gallos, ladran como perros. Sinida habla al oído a Briquet, lanza una mirada a Basano y sale. Mancini da ostensibles muestras de fastidio y mira el reloj. Las dos artistas jóvenes también salen.*)

JACKSON.—Contrátalo, Briquet. Animará la compañía. Lo de las bofetadas puede tener cierta novedad. Contrátalo.

MANCINI.—(*Mira el reloj.*) ¿Contratarlo? Pero, hombre... Si Briquet es más avaro que Harpagón. (*Al señor.*) Aquí, señor, no logrará usted nada práctico. ¿Bofetadas? En el circo son calderilla: a una cincuenta la docena. Créame, vuélvase al gran mundo; allí sí que las pagan bien. A un amigo mío, el marqués de Giusti, le dieron por una bofetada cincuenta mil liras... (*Ríe.*)

BRIQUET.—No divagues, Mancini... Tú, Jackson, ¿quieres ocuparte?... (*Aludiendo al señor.*)

JACKSON.—Por mí, ya te he dicho...

POLLY.—(*Al señor.*) ¿Sabes tocar... por ejemplo, una sonata de Beethoven en el pie de una copa, o una de Mozart en varias botellas?

EL.—Por desgracia, no. Pero si me lo enseñas, te agradeceré eternamente. Mi sueño dorado, desde chico, fué ser clown. Mientras mis compañeros se entusiasmaban con los héroes de Plutarco o con los sabios, yo me tenía un ideal: las payasadas, las pantomimas, el imitar a Beethoven en el pie de una copa y a Mozart en varias botellas. Pues ¿y el traje?... Por cierto que tengo to uno en seguida...

JACKSON.—¡Cómo se ve que desconoces el circo! El traje... ¡Un traje de clown! Pues no es nada... Hay que calentarse los cascos, amigo... ¿Te has fijado en el que llevo... a popa? (*Se lo pellizca.*) Pues me ha costado estrujar la mollera más de dos años.

EL.—(*Con entusiasmo.*) ¡Ah, pues yo buscaré algo nuevo, original, sensacional!...

MANCINI.—Consuelo, vámonos. (*A El.*) Hoy almorzamos con el barón Regnard, el famoso banquero.

CONSUELO.—Papá, yo no voy... Dice Alfredo que necesito ensayar mucho.

MANCINI.—(*Irritado, los brazos en alto.*) ¿Pero qué dices? Si se lo he prometido al barón... ¿Cómo no ha de venir? ¡Vaya!...

CONSUELO.—¿Verdad, Alfredo, que necesito ensayar mucho aún?

BESANO.—Lo necesita. Está muy verde el número. Además, el caballo...

MANCINI.—(*Interrumpiendo.*) ¿Quién te mete a determinar? Una cosa es que yo le permita ensayar con mi hija y otra que le atrevas...

CONSUELO.—No digas tonterías, papá... Almorzar con el barón... Pero, hombre, ¿qué pañuelo es ése?... ¿No el limpio que te di esta mañana?

MANCINI.—Bueno, bueno. ¿Vienes o no?

CONSUELO.—Ya oyes que no; tengo que ensayar. Pero si quieres que le escriba una carta...

MANCINI.—(*Irónico.*) ¿Una carta? Prefiero disculparle de palabra. ¡Hasta la vista! (*Sale jugando con el bastón; los dos excéntricos le acompañan tocando una marcha fúnebre; El y Jackson ríen, y los demás artistas se alejan uno en pos de otro.*)

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¡Vamos!... ¿Es que escribo tan mal? Alfredo, ¿te has reído de mi última carta?

BESANO.—Mujer, ¡por Dios! Anda, que tenemos que ensayar. (*Salen los dos y se tropiezan en la puerta con Sinida.*)

SINIDA.—¿Vais a trabajar aún?

BESANO.—Sí; no sé qué nos pasa hoy. ¡Todo anda no sé cómo! Creo que también tus leones... (*Se oye la voz de Consuelo: «¡Alfredo!»*)

SINIDA.—Sí; mis leones... Que le llaman; ve. (*A Briquet.*) ¿Qué? ¿Os pusisteis de acuerdo ya?

BRIQUET.—Sí.

JACKSON.—(*Despidiéndose.*) ¡Hasta la noche! Piensa en tu traje, El, que yo pensaré también. Y mañana, a las diez en punto, aquí. Cuidado con retrasarte, porque te ganarías una bofetada más... Ya sabes que cuentas conmigo. ¡Adiós!

EL.—Seré puntual. Descuida. (*Lo sigue con la mirada.*) Debe ser muy bueno, señor Briquet. Tiene usted una compañía muy simpática... Ese jockey tan guapo está enamorado de Consuelo, ¿verdad?

SINIDA.—Eso a ti no te importa. Para debutante, eres demasiado curioso. (*A Briquet.*) Oye, ¿qué sueldo pide?

BRIQUET.—Despacio, despacio. ¿Cómo voy yo a firmar contrato alguno?...

EL.—No importa; como usted quiera. No es cuestión

de dinero. Usted es hombre de conciencia y verá lo que ha de hacer... Además...

BRIQUET.—(*Encantado.*) Me parece muy razonable. (*A Sinida.*) ¿Verdad? Como realmente no sabe nada, ¿verdad?...

SINIDA.—Bueno, ya lo arreglarás tú... Ahora trhome el libro, que lo inscriba.

BRIQUET.—Muy bien. (*A El.*) No estoy muy fuerte en escritura. Anotamos los nombres de todos los artistas por la policía... ¿Comprende? Alguno puede... Una desgracia...

(*De la pista llega de nuevo el eco del tango y los gritos de incitación al caballo.*)

SINIDA.—¿Cómo te llamas?

EL.—Ya lo sabe usted: El. Abreviatura de «El que recibe las bofetadas». ¿Qué? ¿No es un nombre original?

BRIQUET.—Sí. Pero aquí se trata del nombre verdadero. Deme el pasaporte.

EL.—(*Confuso.*) ¿El pasaporte? ¡Si no lo tengo! ¡Ah! Pero traigo algo equivalente. ¡Quién iba a imaginar tanta exigencia! ¿Por qué? ¿Y para qué? (*Sinida y Briquet se miran en silencio.*)

SINIDA.—(*Apartando el libro.*) Pues entonces no le podemos inscribir. Hacen falta los documentos. No queremos a exponernos, por su culpa, a que la policía...

BRIQUET.—Es mi mujer. ¿No lo sabías? Y tiene razón; a lo mejor le aplasta un caballo... o le puede ocurrir otra desgracia, y... ¿qué hacemos entonces? Por mí..., comprenderás; pero ¿y la policía? Para mí, un cadáver es un cadáver y se lo dejo a Dios o al diablo según sea; pero la policía inquiere..., averigua... exige. ¿No traes siquiera una tarjeta?

El.—¿Una tarjeta? Sí..., pero la cosa es... (*Sonríe.*) Yo quiero, a ser posible, ocultar mi nombre.

Briquet.—¡Ah! ¿Es que acaso has estado en...? bre? ¿No puedo haberlo perdido, como se pierde el sombrero o como si lo cambiara con otro? Si acoges a un perro vagabundo no le preguntas su nombre, sino que le pones uno nuevo... ¿Es que no puedo yo ser un perro? (*Rie.*)

Sinida.—Dínoslo a nosotros y no lo sabrá nadie.

El.—(*Meditando.*) ¿Palabra de honor? (*Sinida se encoge de hombros.*)

Briquet.—Para tu gobierno, te advierto que entre personas decentes toda palabra es palabra de honor. Se ve que estás poco acostumbrado a esta vida de Circo...

El.—No es extraño. En fin, si no hay más remedio... (*Da su tarjeta a Sinida, que la lee y la pasa a Briquet; ambos contemplan a El asombrados.*)

Briquet.—Si es cierto lo que dice aquí, caballero... Si realmente usted ha sido...

El.—¡Por Dios! ¡Por Dios!... Lo he sido una vez..., una sola vez... Pero desde hace mucho tiempo... no lo soy. Esa es la factura pagada de un sombrero viejo. Les ruego que lo olviden, como lo he olvidado yo. En adelante seré El, «El que recibe las bofetadas»; El y nada más.

Briquet.—¡Ah, bien! Puesto que es decisión tuya... Por mí...

Sinida.—(*Mirando la tarjeta. A Briquet.*) Naturalmente. Lo cual no quita que seas un hombre muy original, hay que confesarlo... (*Sonriendo.*) ¿Te has dado cuenta de que el jockey está enamorado de la amazona? ¿Eh? ¿Y de que yo adoro a mi Luis?...

El.—(*Sonriendo*) Ya, ya.

SINIDA.—Lo adoro. Oye, Luis, enséñale el Circo. (A El.) Verás qué cuadras. ¡Y qué pista!...

EL.—Encantado. Vamos allá. Estoy deseando sentir el crujido de la arena bajo mis botas. ¡El Circo, donde podré regenerarme!... La pista, donde recibiré las bofetadas... Vamos allá. Vamos allá.

BRIQUET.—Andando. (*Se encamina a la puerta.*) Adiós, Sinida. (*La besa.*) Hasta luego.

SINIDA.—(*A El.*) Oye, El. Una advertencia. Yo tengo un criado que barre la jaula de mis fieras. Es una acémila, un simplote... Abre la jaula, entra y sale como quiere, y las fieras... nada. Ni gruñirle. ¿Cómo te explico esto? A él no lo conocen y a mí sí... Pues entro yo, y empiezan a removerse y a inquietarse. Y él, que es un simplote, una acémila, se pasea tranquilamente por toda la jaula. Oye, no se le ocurra imitarlo y entrar; que si mi león *César* le da una bofetada, le quedaría la sesa para siempre. (*A Briquet.*) Ah, escucha, Luis; enviame a Besano, que hemos de arreglar los recibos. Hasta ahora.

(*Salen El y Briquet. Sinida lee de nuevo la tarjeta y la guarda en un cajón. Se pasea por la estancia, deteniendose a escuchar el tango. La música cesa de improviso. Sinida queda inmóvil y mira hacia la puerta obscura, que está abierta.*)

* * *

BESANO.—(*Entrando.*) ¿Me llamabas? Despacha, porque tengo prisa.

SINIDA. — ¡Qué atrocidad, hijo!... Tienes prisa por irte con Consuelo, ¿no? Estás enamorado de ella...

BESANO.—(*Encogiéndose de hombros.*) Pué. Trabaja mos juntos.

SINIDA.—(*Avanzando un paso.*) La verdad... ¿Estás enamorado de ella?

BESANO.—(*Entre turbado y orgulloso.*) No estoy enamorado de nadie. Además, ¿quién soy yo? Un titiritero, hijo de un albañil de Milán. Mientras que ella... No puedo hablar; se me atragantan las palabras... ¿Cómo voy yo a enamorarme de nadie?...

SINIDA.—(*Audazmente.*) ¿Ni de mí?

BESANO.—¿De ti? A ti te temo, Sinida.

SINIDA.—¡Ah! ¿Sí? Pero oye: ¿es que soy algún monstruo?

BESANO.—Demasiado sabes que no... Pero eres dominante, imperativa, altanera. Tú, antes que nadie. Todos los demás, sometidos a tu capricho.

SINIDA.—(*Suave y reconcentrando la seducción.*) Al revés... Yo la sometida, la sierva. Pruébalo... Si lo que me sobra es ternura, Alfredo... ¿Orgullosa, y soy yo quien va a ti? El orgulloso eres tú, que callas...

BESANO.—Quieres domarme como a tus leones, ¿no?

SINIDA.—Mis leones me quieren. Y bien sabes que *César* está enamorado de mí como un hombre. ¿No hay más de un hombre enamorado como un león? El amor lo iguala todo; al hombre lo hace bestia, y a la bestia hombre.

BESANO.—No sé si nos iguala o no. Lo que sé, porque lo estoy viendo, es que tus leones no te aman; te temen, que no es lo mismo...

SINIDA.—Vienen a lamerme la mano como corderos... ¡Ah, amigo mío!... Como corderos.

BESANO.—Porque antes disparas el revólver o restallas la fusta. Porque los amedrentas; por amor, no... La prue-

ba es que apenas entras en la jaula se levantan, se ponen nerviosos, rugen, vienen y van... El mejor día...

SINIDA.—¿El mejor día, qué? ¿Piensas que yo le tengo a alguno? Ellos son fieras, pero yo soy la domadora.

BESANO.—¿Lo ves? El dominio... La fusta...

SINIDA.—(*Coqueteando.*) ¿La fusta? ¿Para qué? ¡Ay amor!... Mírame, Alfredo; así... (*Aparece El en la puerta.*) Más despacio... Más despacio...

BESANO. — Déjame... Déjame, Sinida... (*Sintiéndose flaquear, reacciona.*) Ea, que no y que no. (*Se vuelve bruscamente y se aleja. Ambos se han dado cuenta de que ha entrado El. Besano, sombrío, pasa junto al clown, sin hablarle, y sale. Sinida torna con indiferencia y desde al «bureau».*)

EL.—(*Acercándose a Sinida.*) Perdón, pero es que...

SINIDA.—Meles de nuevo la nariz en lo que no te importa. Te estás buscando unas cuantas bofetadas, pero de verdad.

EL.—(*Riendo.*) Es que dejé olvidado el abrigo. Pero, además, no he oído nada.

SINIDA.—¿Qué me importa que hayas oído o no?

EL.—¿Puedo recoger el abrigo?

SINIDA.—Claro, ¡si es tuyo! Pero ¿qué es eso? ¡Qué cara tan radiante! Si me pareces otro hombre.

EL.—Otro... ¡Y tan otro! He liquidado ya mis cuentas. ¡Estoy en paz! Soy mío, no de nadie... Mío... Ya soy yo... ¿Comprendes? Todo me danza ante los ojos como a una muchacha que va al baile por primera vez. Dame pronto una bofetada... ¡Quién sabe si será un cuento, juro! Si despertará en mí el amor... (*Se pone a escuchar se el corazón.*) Oye, oye. ¿Lo sientes? Late... (*En la pista suena de nuevo la melodía del tango.*)

SINIDA.—¿Por quién? ¿Por mí?

EL.—Aun no lo sé... ¡Por todos! (*Atendiendo a la mú.*
sica.) ¡Qué deliciosa es Consuelito!... Y qué guapo el
joven, ¿verdad? Parece un Apolo. ¡Amor!... ¡Amor!...
(*Silencio. Prosiguen los acordes del tango.*)
SINIDA.—Dime, El...
EL.—¿Qué mandas, reina?
SINIDA.—¿Qué hacer para que mis fieras me amen?...

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

La misma escena durante la función del Circo. A intervalos, se oyen exclamaciones, música y aplausos. Los ventanillos aparecen iluminados. Están en escena Consuelo y el barón Reynard. Consuelo, en traje de amazona, envuelta en un chal, sentada, con los pies sobre el diván. Ante ella, Reynard, alto y corpulento, con una rosa en el ojal del frac, y despatarrado.

BARÓN.—Conforme; lo que quieras... ¿Pero es verdad que tu padre te ha presentado al marqués de Giusti, ese viejo archimillonario?

CONSUELO.—(*Asombrada.*) No es verdad. Me ha hablado algunas veces de él, pero yo no lo conozco; no lo he visto jamás. ¿De dónde sacarán tanta cosa?

BARÓN.—Dicen que tu padre es un...

CONSUELO.—Vamos, vamos, barón... Papá es incapaz...

BARÓN.—Hablemos de otra cosa. ¿Qué, le gustaron los brillantes?

CONSUELO.—Muchísimo. Y cuando papá me obligó a devolvérselos, tomé un disgusto tan grande que hasta lloré...

BARÓN.—¿Ves? Es inútil que cambiemos de conversación. Siempre hemos de dar con tu padre. ¡Es un padre que..., vamos!... Pero como tiene esta hija que..., va-

nos... (*Suplicante.*) Anda, déjame que te bese la mano, Consuelín.

CONSUELO.—Que no, que no. Nada de besos... Primero, el matrimonio; luego, los besos...

BARÓN.—Los dos mandamientos que te ha enseñado tu padre, ¿no?

CONSUELO.—No tiene que enseñármelos nadie. Todas las muchachas decentes los sabemos de memoria.

BARÓN.—¿Pero no lo comprendes que es que no puedo casarme?

CONSUELO.—¡Ah! Pues papá dice que sí...

BARÓN.—Tu padre dice lo que quiere. Y, además, hace lo que quiere... Entre otras cosas, deja que te galantee todo el mundo. Ese jockey, que se las da de guapo. Ese clown, que se las da de talentudo... ¿Cómo dijiste que se llama?

CONSUELO.—«El que recibe las bofetadas». El.

BARÓN.—Pues El es un truhán de siete suelas. No te fíes... También está enamorado de ti. ¿No has visto cómo te miraba?

CONSUELO. — (*Ríe.*) ¡Qué disparate! ¡Enamorado! ¡Pobre! Es muy bueno y muy infeliz... Ayer le dieron cincuenta y siete bofetadas. Lo que decía papá: «Si fuesen monedas de oro...»

BARÓN.—¿Y el jockey? ¿Te gusta, verdad? Claro... Tan guapo... Tan apuesto...

CONSUELO.—Guapo, es muy guapo. El clown dice que Alfredo y yo somos la pareja ideal. Adán y Eva...

BARÓN.—¡Ah! ¿Pero es que ese clown os trata con tanta confianza?

CONSUELO.—Sí... Habla mucho con nosotros. Pero yo no lo entiendo. Me da la impresión de estar borracho.

BARÓN.—Consuelo, anda; consuélame. Déjame besar tu manita.

CONSUELO. — Primero, el matrimonio; luego, los besos...

BARÓN.—Acabaré en el manicomio o suicidándome... Me tienes loco, loco... ¿Por qué te quiero tanto, Consuelo? ¿Quién nos enciende el corazón de este modo? ¿Dios, o el diablo? ¡El diablo, seguramente!... Anda, déjame. (*Suspira, absorta en sus pensamientos.*)

BARÓN.—¿En quién piensas?

CONSUELO.—Pienso en Alfredo... (*A un movimiento del barón.*) Me da lástima... Es tan bueno y tolerante conmigo... En los ensayos, ¡qué paciencia! Además, vive el pobre en una casa...

BARÓN.—¿Es que has estado allí?

CONSUELO.—Yo, no. Me lo ha dicho El, el clown. (*Sonríe.*) ¿Oye usted cómo se divierte el público? Se ríe a cada bofetada que le dan... ¡Pobrecillo! Claro que como son fingidas... (*Escuchando.*) Ahora comienza el descanso.

BARÓN.—(*Tira el cigarro, avanza dos pasos y dice, en un impulso de pasión.*) Bueno, mira... No puedo más... Haré lo que sea, como sea. Estoy loco por ti. Ven, ven...

CONSUELO.—(*Rechazándolo suavemente.*) Quieto, quieto... Que vienen... Sepárese... (*El barón se separa. A la puerta se oyen voces y rumor de gente. Comienza el descanso. Los clowns entran charlando animadamente. Rodeado de artistas, El, con las cejas negras y la nariz enharinada, es aclamado y aplaudido. Todos, acróbatas, excéntricos, sirvientes, gritan: «¡Bravo El! ¡Bravo El!» Sólo falta Sinida. Briquet, el director, llega el último.*)

POLLY.—¡Cien bofetadas justas! ¡Señores! Cien.

JACKSON.—No está mal. No está mal. Hará carrera.

TILLY.—Hoy el profesor ha sido El, y nosotros los discípulos. Ahí le va una más. ¡La ciento una! (*Le da una bofetada. Todos rien. El saluda al barón, que le contesta cortés, pero reservado. Le son antipáticos los artistas. También comparece Mancini, jugando, como siempre, el bastón.*)

MANCINI.—(*Saludando al barón.*) Estupendo, barón. Un éxito colosal... No puede usted imaginar cómo aman este público las bofetadas. (*Se acerca a Consuelo.*) ¿Qué tal, hija, cómo le encuentras?

(*En la escena reina una alegría ruidosa. Los camareros traen del bar cerveza y licores.*)

CONSUELO.—¿Y Alfredo? ¿Dónde está Alfredo?

EL.—(*Inclinándose ante el barón.*) Barón, ¿no me reconoce?

BARÓN.—Claro que lo reconozco. Usted es el clown nuevo.

EL.—Precisamente. Soy El, «el que recibe las bofetadas»... ¿Permite usted que le pregunte si le entregaron los brillantes?

BARÓN.—¿Cómo?

EL.—Me encargaron devolvérselos, y quisiera saber si... (*El barón le da las espaldas; El ríe.*)

JACKSON.—(*A un camarero.*) Whisky-soda... Aseguro que hará carrera. Soy un clown viejo y conozco al público. Hoy me ha dejado tamañito; mi sol ha desaparecido tras esa nube. (*Se golpea el trasero.*) El público es feliz cuando se le lleva la corriente... Se pirra por las bofetadas... Lo vuelven loco... A tu salud, amigo El... Has recibido tantas bofetadas, que el circo se moría de risa. A tu salud, El...

EL.—A la tuya, Jim... Pero, oye... ¿Por qué interrum

peste mi discurso precisamente cuando iba a velas desplegadas?

JACKSON.—(*Solemne.*) Porque derivabas hacia la religión, hacia la fe... Tratándose de polit.ca o de moral, lo que quieras... Pero, amigo, la religión... Créeme, hice muy bien en taparte la boca. ¿Verdad, señor Briquet?

BRIQUET.—(*Acercándose.*) La cosa iba demasiado... literaria. ¿No sabes, El, que un circo no es la Academia?

TILLY.—Sí; pero taparle a uno la boca... No hay derecho...

BRIQUET.—(*Rápido.*) Siempre hay derecho a taparle a uno la boca..., menos cuando está bebiendo, claro. ¡Whisky-soda!

VARIOS.—Whisky-soda para el director...

MANCINI.—(*A Briquet.*) Eres un verdadero ignorante... Y encima te pones a filosofar...

BRIQUET.—Hoy no estoy satisfecho de ti, amigo El. ¿Por qué te empeñas en irritar al público con discursos? Le humillan, ¿sabes? Tú a lo tuyo... Una buena bofetada y se tumban de risa... ¡Paf, paf!, a derecha e izquierda... Y buenas noches... Pero discursos...

BESANO.—(*Entrando.*) Vamos, Consuelo... Va a empezar... (*Salen ambos. El barón, tras un momento de duda, los sigue. Mancini lo acompaña respetuosamente a la puerta.*)

EL.—Señores, no entendéis una palabra. Estáis anticuados... Habéis perdido los papeles...

JACKSON.—¿Anticuados?

EL.—No te arrebates, Jim. Estoy recitando. ¡Me siento tan dichoso en la pista, oyendo la música, mirando el olear del público! Llevo una máscara y tengo el ánimo ligero. Cuando parodiaba a un filósofo, con esta cara de burlón estúpido... (*Hace un gesto de imbécil y repite, entre*

la algazara general, lo que se supone hizo en la lección.) Mientras paseaba, ponderando mi saber, mi grandeza, mi superioridad; revelando la parte de divinidad que se esconde en mí, como estoy por encima de las miserias humanas, ¡qué aureola de gloria ilumina mi frente!... (*Cambiando de improviso el tono y hablando de prisa.*) Cuando me diste la primera bofetada y te pregunté: «¿Qué es? ¿Es que me aplauden?...» Cuando, a la bofetada vigésima, te dije: «¿Me llama la Academia?...» (*Mira en torno con aire de superioridad irresistible. Todos ríen. Jackson le da una bofetada.*)

EL.—Y esto, ¿por qué?

JACKSON.—Para que te acostumbres a no cobrarme, a trabajar gratis. ¿Cuándo es, camarero? (*Risa general. Suena el timbre llamando a los artistas, que se precipitan a la puerta.*)

BRIQUET.—(*Gritando.*) ¡Que va a empezar!... ¡Que va a empezar!...

* * *

(*Salen todos menos El y Mancini. De la pista llega una música estruendosa. El se sienta, los pies sobre el diván.*)

MANCINI.—Querido El, tú posees algo no otorgado a mi estirpe. Supondrás que aludo al dinero. ¿Me convidas a una botella? ¿Sí? (*Al camarero.*) Una botella de Burdeos... (*El camarero, atareado en llevarse el servicio, trae la botella y vasos y sale.*)

EL.—Me siento de un humor endiablado, querido Mancini. (*Estirándose.*) Cien bofetadas son demasiadas para mi edad. ¿Por qué tengo un humor tan negro? Oye..., ¿cómo va esa menor?

MANCINI.—¡Chuá! La cosa se complica. Ahora me salen los padres... (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Este es el mundo! Yo bromeo, pero por dentro va la procesión. Tú eres el único que me comprende. Vamos a ver: ¿me quieres explicar qué pasión tan terrible es ésta, que persiste a través del cabello blanco, de las desilusiones, de las miserias de la vida? Me llevará al presidio, a la tumba... ¡Soy una tragedia viviente! (*Se enjuga el llanto con un pañuelo sucio.*) ¿Por qué no me gusta lo decente, lo lícito, lo confesable? ¿Por qué a cada momento he de pensar en un artículo del Código? Estoy volviéndome anarquista. ¡Mira que un conde Mancini anarquista!

EL.—Pero ¿no hay modo de arreglar ese asunto?

MANCINI.—¿Y dinero? ¿De dónde saco dinero?

EL. — ¿Y el barón? ¿Es que si se lo pides al barón...?

MANCINI.—El barón es la araña que tiende su red. Y si esto sigue así, no tendré más remedio que cederle a Consuelo por cincuenta mil, por veinte mil, por diez mil francos.

EL.—Sería baratísimo...

MANCINI.—¿He dicho yo que sea caro? Pero si esa gentuza me echa un dogal a la garganta, ¿he de dejarme ahorcar? No... Cada vez me convenzo más de que tú eres aquí lo único decente. Ya ves, le devolví los brillantes... No tuve ánimos para darle el cambiazo y enviarle unos falsos... ¡Maldita decencia!

EL.—¿Por qué no lo hiciste?

MANCINI.—(*Riendo.*) ¡Hombre!... Comprenderás que ciertas cosas... Te advierto que si lo hago no pasa nada. Es un sensual que se ha pasado la vida en juergas y ahora, de repente, se ha enamorado de Consuelo; pero

¡cómo!... Claro que a mí tipos como ése no me entran, ¡que no me entran!... ¡Darle mi hija!

EL.—Entonces, dásela al *jockey*...

MANCINI.—¿A Besano? (*Rie.*) Pero ¿estás loco? A propósito: tus bromitas sobre Adán y Eva no me convienen. Comprendo que son ingeniosas; pero... supermelas.

EL.—Pues, entonces, ¡dámela a mí!

MANCINI.—¿Tienes un millón en el bolsillo? (*Rie.*) Déjame, que no estoy para cachufletas de clown. Las cárceles, aquí, son horribles... ¿Por qué me miras de ese modo? ¿Te estás burlando?

EL.—¿Burlarme? Quia...

MANCINI.—(*Irritado.*) ¡No comprendo qué significan las muecas de tu rostro enharinado!

EL.—Verás como el barón no se casa. Tú eres muy celoso de tu honor; pero verás como no se casa. Y, bien mirado, ¿qué es tu hija? No tiene instrucción, ni modales, ni... Sólo ofrece alguna personalidad cuando está a caballo. Cualquier doncellita de casa grande es más distinguida, más fina... (*Confidencialmente.*) La verdad, ¿no te parece demasiado ingenua?...

MANCINI.—Eres un perfecto imbécil. ¿Qué necesidad tiene una mujer de ser perversa? Consuelo es un diamante sin tallar. Además, ¿sabes tú qué sangre lleva una italiana en sus venas? Sangre de los Borgia, de los Corsini, de los Médicis... No... No es una raza de gitanos ni de siervos... Es una raza de héroes, de dioses...

EL.—¡Caramba! No te creía poeta... ¿Y qué haría de ella el barón?

MANCINI.—Una baronesa, naturalmente, idiota... Y gracias a que no es príncipe, porque si Consuelo fuese princesa, antes de un año no me permitiría entrar ni a

a cocina... Y eso que yo soy el conde Mancini, mientras ella es una...

EL. — (*Levantándose.*) ¿Cómo? Pero ¿no es hija suya?

MANCINI.—¡Chu, chuuú!... ¿Por qué estaré hoy tan destornillado? ¿Qué me pasa?... Claro que es hija mia. (*Rie y rie.*) ¿No ves el aire de familia? Los ojos..., la nariz. (*De improviso suspira profundamente.*) ¡Y pensar que mientras uno se afana por honrar la estirpe, ahí, en su palco, ese elefante devora a Consuelo con sus ojillos de araña!...

EL.—Y es cierto que tiene ojos de araña.

MANCINI.—Una araña que tiende su red y espera. Pues no le servirá. Acabará casándose. (*Pasea por la estancia, jugando con el bastón.*) Lo verás. ¡Le tengo preparado un golpe!... (*Vuelve a pasear. Silencio.*)

EL.—(*Escuchando.*) ¿Qué sucede, que no se oye nada, nada?...

MANCINI.—¡Qué sé yo! Ahí, el silencio, y aquí (*Tocándose la frente con el bastón.*), la tempestad... Voy a a revelarte algo extraordinario. (*Rie y pone un gesto misterioso.*) Desde hace tres siglos, los Mancini son estériles. (*Torna a reir.*)

EL.—¿Qué dices?... Pero, entonces..., ¿cómo se las arreglan para tener hijos?

MANCINI.—¡Ah! Es el secreto de las damas... Somos demasiado viejos, demasiado refinados, demasiado... (*Entra un criado del Circo.*)

CRIADO.—De parte del señor barón de Regnard. (*Le da una carta.*)

MANCINI.—¿Está en su palco?

CRIADO.—Acaba de marcharse en este momento.

MANCINI.—¡Maldición! (*Abre con afán el sobre.*)

EL.—*(Al criado.)* Oye, ¿por qué no suena la orquesta? ¿Qué pasa para este silencio?

CRIADO.—Que ha empezado el número de los leones. *(Sale.)*

MANCINI.—*(Saltando de alegría.)* ¡Ah, por fin!

EL.—¿Qué te ocurre? ¿Por qué esa cara tan radiante como el sol de Jackson?

MANCINI.—¿Que por qué? ¡Mira!... *(Comienza a bailar agitando el bastón.)*

EL.—Pero, Mancini... *(Mancini continúa bailando, haciendo con la boca y los ojos gestos de donjuanismo.)* ¡Desembucha, imbécil!... ¿Qué es?

MANCINI.—*(Extendiendo la mano.)* Dame diez francos... ¡Pronto!... Dame diez francos. *(Se los embolsa presuroso.)* Si antes de un mes no tengo automóvil puedes darme una de tus bofetadas más sonoras.

EL.—Pero, bueno, ¿es que el barón se casa? ¿Se ha decidido?

MANCINI.—Decidido, decidido. Cuando uno está con el lazo al cuello, no se le pregunta cómo está. El barón... *(Se interrumpe, espantado.)* ¡Mira!

(Entra Briquet, aterrado, convulso, como si llegara ebrio; habla cubriéndose los ojos con la mano.)

EL.—*(Yendo al encuentro de Briquet y echándole un brazo por encima.)* ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

BRIQUET.—¡Horrible! ¡Horrible!

EL.—¿Estás malo? ¿Qué ocurre? Di.

BRIQUET.—No tengo fuerzas para verla... ¡Andad pronto!... Llevársela... ¡Ha enloquecido! ¡Ha enloquecido!... ¡La despedazarán los leones!... ¡Insensata!...

MANCINI.—¡Ah, vamos! ¿Y es eso? ¿Sinida dentro de la jaula? ¿Y le asustas como un muchacho!... ¡Pero si lo hace todas las noches!...

ENRIQUET.—¡Ah, es que esta noche no es lo mismo! Desde que apareció tenía otro gesto, otra mirada. El público, advirtiéndolo, se impresionó. No se oía el vuelo de una mosca. Entra en la jaula y se va derecha a *César*, su león favorito. Yo no quería mirar..., pero miro..., y *César* extiende su garra. Entonces, Sinida ¡arroja la fusta y se cruza de brazos! Ya no vi más... (*Escuchando.*) ¿Oís? (*Todos escuchan, pero afuera reina el silencio.*)

MANCINI.—Voy a ver qué sucede...

BRIQUET.—Id, id; pero que la saquen, que se la lleven... Este maldito número de los leones acabará con ella y conmigo... ¡La despedazarán!

EL.—Vamos, Briquet, cálmate, sosiégate. Un hombre como tú... ¿No te avergüenza ser tan blando? ¡Ea, ánimo!... Un vaso de vino... Mancini, tráeselo tú...

BRIQUET.—Gracias... No bebo vino... ¡Pero cuánto dura el número! (*Escuchando otra vez.*) Es que está loca...

(*Escuchan aún. De repente, el silencio se rompe como un enorme muro de piedra que se derrumba. Estallan al par, aplausos, músicas, gritos, rugidos de fieras y voces humanas. Producese en la escena una excitación jocunda. Briquet, agotado, acabado, se deja caer en una silla.*)

MANCINI.—(*Excitado.*) ¿Lo ves, imbécil?

BRIQUET.—(*Sollozando.*) Es la última vez... No vuelvo a autorizar el número.

EL.—Aquí la tenemos...

* * *

(*Sinida entra sola. Trae el aire de una bacante o de una loca. Los cabellos por la espalda, el vestido desgarrado en un hombro. Camina con ojos brillantes, sin ver, y*

se asemeja a una estatua viviente de la Victoria. Tras ella algunas artistas, asustados; luego, los dos excéntricos, y en pos, Consuelo, pálida y trémula, y Besano. Todos marchan a hurtadillas a Sinida, como si temiesen el fulgor de sus grandes ojos.)

BRIQUET.—(*Gritándole.*) ¿Estás loca?

SINIDA.—¿Yo?... No. ¿Has visto? ¿Has visto cómo triunfé? (*Se yergue firme, sonriente, saboreando una vez más su triunfo.*)

TILLY.—(*Sollozando.*) ¿Y el susto, que no me sale del cuerpo?

SINIDA.—¿Has visto, eh? ¡Un triunfo colosal! ¡Sin fusta! ¡Con los brazos cruzados!...

BRIQUET.—¡A casa, a casa! Haz lo que quieras, pero a casa...

POLLY.—Señor Briquet... ¡Faltan aún varios números!...

SINIDA.—(*A Consuelo.*) ¿Has visto? (*A Besano.*) ¡Sin fusta! ¡Con los brazos cruzados! Se trocó de león en cordero... Se arrodilló..., me lamió la mano... Sin fusta, ¿eh? Por amor. ¿Lo has visto? (*A Besano.*) Está enamorado de mí como un hombre.

(*Besano, sin responder, sale con Consuelo. Sinida, de repente, palidece, flaquea. Briquet, preocupado, se inclina hacia ella y la examina; luego dice en voz baja: «¡Una silla!» Sinida se sienta, con la cabeza sobre un hombro y los brazos péndulos. Un temblor, cada vez más visible, le obliga a dar diente con diente. De modo apenas perceptible pide coñac. Uno de los artistas va en busca del líquido.*)

BRIQUET.—(*Alarmado.*) Sinida, Sinida, ¿qué tienes?

MANCINI.—(*Activísimo.*) Necesita reposo. (*A las artistas.*) Pueden ustedes retirarse, que yo quedo con el se

dor Briquet. ¿Y la capa? ¿Dónde está la capa? (*Un acró-bata trae la capa de Sinida. Mancini la arropa. Luego le da el coñac.*) Bebe, princesa. De un trago; hay que tomar energías... (*Sinida bebe el coñac como si fuese agua, probablemente sin sentir el sabor, y sigue temblando. Los artistas se alejan sin ruido. Consuelo, enternecida, se acerca a Sinida y le frota las manos para que reaccione.*)

SINIDA.—(*Rechazándola suavemente.*) A casa... No es nada; pasará... Estoy muy... muy... ¡a casa! ¡Quédate, Luis... Aun hay mucho que hacer aquí...

CONSUELO.—¿Tienes frío? Toma mi chal.

SINIDA.—No, no, gracias... Déjame... (*Consuelo se aleja.*)

BRIQUET.—¡Todo por la maldita Mitología! ¡Empeñada en que las fieras aman y odian como los hombres!... (*A El.*) ¿Te parece, El? Tú, que tienes cultura, haz el favor de convencerla... ¿A quién van a amar los leones, con aquellos ojos terribles?

EL.—(*Cortésmente.*) En mi opinión, sólo a sus semejantes... De modo que tienes razón, Briquet... La Mitología es eso: un mito... Ni las fieras pueden amar a los hombres, ni los hombres a las fieras... Cada oveja, con su pareja.

BRIQUET.—(*A Sinida.*) ¿Lo estás oyendo? Tus fantasías son verdaderas locuras.

MANCINI.—No seas acémila, Briquet. ¡Déjala!

SINIDA.—(*Sonriendo débil, tiende la mano a Briquet, que se la besa.*) Tranquilízate... Estoy mejor... Me voy a casa. (*Se levanta bamboleándose y todavía temblorosa.*)

BRIQUET.—¡No irás sola, en ese estado!...

MANCINI.—¡Bárbaro! ¿Has visto alguna vez que el conde Mancini niegue su asistencia a una dama? Tran-

BIBLIOTECA PÚBLICA

quilízate, hombre de mármol, la acompañaré yo... Tomás, pronto, un *auto*. No la oprimas así, Briquet. Estás áspero como un rinoceronte. (*Mancini y Briquet, sosteniendo a Sinida, la conducen a la puerta. Consuelo la sigue, en una actitud inconscientemente artística, las manos cruzadas bajo el mentón. A Consuelo.*) En seguida vuelvo por ti...

* * *

(*Quedan solos Consuelo y El. De la pista llegan rumores, gritos, músicas.*)

EL.—¡Consuelo!

CONSUELO.—¿Estabas ahí? No le había visto.

EL.—¿Quién te ha enseñado esa actitud? Pareces la estatua de Psiquis.

CONSUELO.—No sé. (*Suspira, sentándose sobre el diván y manteniendo la misma artística actitud.*) Qué triste es hoy todo, ¿verdad? ¿No le da lástima Sinida?

EL.—Pero, en fin de cuentas, ¿qué ha hecho? ¿Qué ha pasado?

CONSUELO.—¡Ah, no sé! Yo cerré los ojos y no vi más. Alfredo dice que es mala, pero no es verdad. Está temblando, con las manos frías, como una muerta.

EL.—¿Está enamorada de Alfredo?

CONSUELO.—¿Sinida? (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Absurdo!... ¿Y cómo está enamorada? ¿Como todo el mundo?

EL.—Como todo el mundo y algo más... Es una mujer peligrosa.

CONSUELO.—¡Bah! ¿De mi Alfredo? ¡Absurdo! (*Pensa.*) ¡Qué traje tan precioso! ¿Es idea tuya?

EL.—Mía y de Jim, que se ha portado. Es buenísimo.

CONSUELO.—Todos los clowns son buenos.

EL.—Menos yo.

CONSUELO.—¿Tú?... ¡Si eres el mejor de todos!... Aun faltan dos números para el mío. ¿Saldrás a verme? estás!

EL.—Como siempre. No falto una vez. ¡Qué hermosa

CONSUELO.—Hermosa... ¿como Eva? (*Sonríe.*)

EL.—Sí... Oyeme: si el barón pide tu mano, ¿le casarías?

CONSUELO.—Naturalmente. Es lo que esperamos papá y yo. Ayer me dijo que no tardaría mucho... Yo no lo quiero, se comprende. Pero seré una esposa honesta y fiel...

EL.—«Una esposa honesta y fiel». ¿Palabras tuyas?

CONSUELO.—¿De quién quieres que sean? Mías... ¡Pobre barón! Está enamoradísimo de mí... (*Pensativa.*) Enamoradísimo... Pero ¿sabemos qué es amor? Todos hablan de amor... Sinida, por ejemplo... (*Interrumpiéndose.*) Oye, El... ¿Esa arruga, le la has pintado tú mismo?

EL.—Sí, Consuelín mía.

CONSUELO.—¿Y cómo os las arregláis vosotros, los hombres, que os pintáis las arrugas mejor que nosotras, las mujeres? ¿Por qué no habrá mujeres clowns? ¿No hablas? ¡Uf, qué fastidioso!

EL.—Sí, hablo, sí. Dame la mano y verás. Voy a leer tu porvenir...

CONSUELO.—(*Contenta.*) ¡Ah, pero tú...! Tienes talento para todo, El... Bueno, pero no me digas mentiras, como las gitanas.

(*El cae de rodillas ante Consuelo. Ambos, con la cabeza adelante, examinan la mano.*)

CONSUELO.—¿Seré afortunada?

EL.—Sí, lo serás... Espera... Esta línea... ¡Es curioso! ¡Si supieses, Consuelo, lo que leo aquí!... (*Con aire de actor trágico que recita su papel.*) ¡Tiemblo! Mis ojos osan apenas fijar este signo extraño, descifrar un decreto del Destino!

CONSUELO.—¿Qué dice mi estrella? ¿Se lee bien?

EL.—Justamente..., ¡tu estrella!... Su voz suena, lejana y dolorosa. Sus rayos pálidos y la sombra que los circunda se agitan en el espacio como fantasmas, semejando almas de vírgenes muertas. De ellas desciende sobre ti un influjo mágico, Consuelo. Estás en los umbrales de la eternidad.

CONSUELO.—No te entiendo. ¿Quieres decir que viviré mucho?

EL.—¿Ves esta línea cómo se alarga? Es algo extraordinario... ¡Tú, Consuelo, vivirás eternamente!...

CONSUELO.—¿Eternamente? ¿Ves como mienten más que las gitanas?

EL.—Es la verdad. Está escrito en signos nobles. Piensa que lo dice tu estrella. Allá le solicitan la vida eterna, el amor, la gloria. Aquí..., escucha lo que dice Júpiter: «No pertenecerás a ningún mortal, ¡oh diosa!» Si te inducen a desposarte con el barón, ¡estás perdida, Consuelo! ¡Morirás!

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¿Me devorará con su pasión?

EL.—No. Morirás antes que le devore.

CONSUELO.—¿Y qué será de papá? ¿Está también escrito eso? (*Ríe de nuevo y tararea el vals que suena en la pista.*)

EL.—No te rías de las estrellas, Consuelo. Estás en los umbrales de la eternidad. Nadie podrá evitar tu sino. Ni Alfredo, a quien adoras sin darte cuenta, podrá salvarte. El mismo no es ya de este mundo. Es como un dios errante

se, que no hallará el camino del Olimpo. Olvídalo, Consuelo, olvídalo.

CONSUELO.—No te entiendo palabra. ¿Acaso hay dioses en la tierra? Lo he oído alguna vez; pero siempre creí que eran fábulas. (*Rie.*) ¡Alfredo, un dios!... ¡Ja, ja!... salvarle?... Yo...

EL.—Olvídalo. ¿Sabes quién es el único que podrá

CONSUELO.—(*Riendo.*) ¿Tú?

EL.—No rías, te digo... Mira... ¿Ves estas dos líneas que se cruzan, formando una E? Es la E de El, «El que recibe las bofetadas».

CONSUELO.—¿También estás tú escrito en mi mano? muestran a El y te dicen: «Acógelo benignamente, Consuelo. ¡Es un antiguo dios disfrazado, que abandona los cielos por tu amor!»

CONSUELO.—(*Burlona.*) ¡Ja, ja, ja! Un dios disfrazado. ¡De clown!

EL.—(*Enérgico.*) No te rías. Los dioses se enojan cuando una boca linda rie así... Se entristecen y mueren cuando no son comprendidos. Consuelo, alegría del mundo, comprende a tu dios y acógelo benignamente. Piensa que alguna vez los dioses pierden la razón por las mujeres.

CONSUELO.—¿Cómo? ¿Los dioses pueden perder la razón?

EL.—Algunas veces; cuando aman como los hombres. Sobre todo cuando, de repente, sienten la conciencia de su grandeza y el desamparo de su soledad. ¡Entonces los apresa la angustia humana!... ¡Qué horrible es la angustia humana en un dios!

CONSUELO.—¿Acabarás con ese lenguaje? No te entiendo...

EL.—Es el lenguaje que te debe despertar, Consuelo.

Comprenderás y acogerás al dios, caído de lo alto como una piedra, ¡al dios que se inclina ante tu mano y que ansía vivir, gozar, embriagarse en una perenne beatitud, divina Eva!

CONSUELO.—(*Con expresión dolorosa.*) Pero ¿qué pretendes? ¡Déjame! ¡Suelta mi mano!

EL.—(*Alzándose.*) Duerme, que pronto despertarás. Y cuando despiertes, evocarás el tiempo en que surgiste de las espumas, entre el agua azul, cuyas ondas venían a besar tus pies de mármol...

CONSUELO.—(*Cerrando los ojos.*) ¿Qué me pasa? Espera. Es como si quisiera recordar. Habla, habla...

EL.—(*Se inclina hacia Consuelo, extiende sobre ella las manos y le habla en voz baja, pero intensamente, como si dijese un conjuro.*) ¿Ves el movimiento de las ondas? Recuerda cuando las sirenas prodigaban sus cánticos; recuerda la ansiedad voluptuosa de sus senos rubios, donde remansaban las espumas. ¿Ves ahora el sol, extendiendo sus rayos de oro, como cuerdas de un arpa divina? ¿Ves las manos de Dios, que dan luz y armonía al mundo? ¿No sale de los montes, en ofrenda, un humo azul, como el incienso? Recuerda las voces suplicantes del monte, las voces suplicantes del mar... (*Pausa. En tono imperioso.*) Recuérdalo...

CONSUELO.—(*Abriendo los ojos.*) ¡Ah, eres tú! ¡Qué sueño! ¡Qué delicia, El! Pero lo olvidé todo... No recuerdo nada absolutamente. Ayúdame tú, a ver... ¡Aguarda! Parece que oigo muchas voces y que todas cantan... ¿Qué más? (*Pausa.*) ¿Qué más? No me atormentes... Ayúdame a recordarlo.

(*En la pista suena de pronto un rapidísimo «galop».*)

CONSUELO.—¿Oyes, El? (*Abre los ojos, sonriendo.*) ¡El número de Alfredo! ¿Conoces la música?

EL.—(*Furibundo.*) No lo nombres. (*Se arrodilla ante Consuelo.*) Consuelo, te amo. Tú eres la alegría de mi alma, la luz de mis tinieblas... ¡Te amo, Consuelo! (*La mira transportado, con los ojos llenos de lágrimas, y en esto recibe una bofetada.*) ¿Qué es esto?

CONSUELO.—¡Una bofetada! ¿Has olvidado lo que eres? (*Se levanta, colérica.*) Eres «El que recibe las bofetadas». ¿No te acuerdas? Un dios con esa facha está hecho aposta para que lo abofeteen. ¿No es a fuerza de bofetadas como te arrojaron del Paraíso?

EL.—Aguarda. No te exaltes. Aun no he acabado de recitar mi papel.

CONSUELO.—(*Volviendo a sentarse.*) ¿Ah, sí? ¿De modo que era una farsa? ¿A qué has mentido? Yo creí que lo hacías en serio...

EL.—Soy El, «El que recibe las bofetadas».

CONSUELO.—¿Te has enojado por la que le dí? Perdona. Fué en un momento de arrebato. Me dió tal ira, tal indignación... Perdona.

EL.—Dame otra bofetada, Consuelo.

CONSUELO.—No.

EL.—La necesito para continuar recitando.

CONSUELO.—(*Dándole con la punta de los dedos.*) Toma...

EL.—¿No has comprendido, Consuelo, que tú eres la reina y yo el bufón enamorado de la reina? ¿No sabes que toda reina tiene un bufón, que la ama, y que es elegido entre todos para ser bufón? Este es, precisamente, El..., «El que recibe las bofetadas».

CONSUELO.—No lo sabía.

EL.—Pues así es. Toda reina tiene su bufón. Lo tiene la Belleza, lo tiene la Ciencia, lo tiene la Poesía. El mundo está lleno de bufones. Artistas bufones, sabios bufo-

nes, poetas bufones, todos enamorados y todos recibiendo bofetadas. Pero bofetadas como las tuyas, reina mía, convierten a un bufón en un dios... (*Alguien ha asomado a la puerta. Se oyen pasos. El presta atención, y continúa, sin embargo, recitando el papel, acentuando cada vez más la mímica grotesca de su cara.*) El bufón no debe tener rivales. Por lo demás, ¿quién podría soportar semejante lluvia de bofetadas sin calarse hasta los huesos? (*Finge sollozar y llorar.*) ¡Ten piedad del pobre bufón!

* * *

(*Entra un acróbata, acompañando a un señor, vestido de negro y con aire embarazado.*)

CONSUELO.—(*Sonriendo, turbada.*) Viene gente, El. Levántate.

EL.—(*Levantándose.*) ¿Quién es? ¿Quién osa penetrar en la estancia de mi reina? (*Calla. Consuelo, riendo, va a la puerta, lanzando al señor una rápida ojeada.*)

CONSUELO.—(*Disimulando.*) Me has hecho reir, El. Adiós. (*En el umbral.*) Mañana tendrás carta mía...

CRIADO.—(*Riendo, al señor.*) Es un clown estupendo. ¿Desea usted hablarle? Señor El, un caballero que le busca.

EL.—(*Con voz sorda.*) ¿En qué puedo servirle? (*El criado se inclina y sale sonriendo. Ambos dan un paso adelante.*)

SEÑOR.—¿Es usted?

EL.—Sí, soy yo. Y usted... ¿es... usted? (*Silencio.*)

SEÑOR.—¿Debo dar crédito a mis ojos? Usted es...

EL.—(*Furioso.*) Aquí me llaman El, y no tengo más nombre que éste. ¿Entiende? Soy El..., «El que recibe

las bofetadas». Recuérdalo en el caso de que tengas que hacer algo aquí.

SEÑOR.—¿Me hablas de tú? Entonces es que me conoces.

EL.—Aquí hablamos de tú a todo el mundo. Por lo demás (*Con desprecio.*), no mereces otro tratamiento, seas quien seas.

SEÑOR.—(*Humildemente.*) ¿No me has perdonado, El?

EL.—¿Has venido con mi mujer? ¿Está ella en el Circo?

SEÑOR.—(*Presuroso.*) No, no... Vine yo solo. Ella está... en casa.

EL.—¿No la has abandonado?

SEÑOR.—(*Con aire tímido.*) No... Tenemos un hijo. Cuando desapareciste tan misteriosamente, dejándome aquella carta ofensiva...

EL.—¿Ofensiva? ¿Y hablas de ofensas?... ¿A qué vienes aquí? ¿Me buscabas, o me encontraste por casualidad?

SEÑOR.—Ha más de un año que le busco por todas partes, y de pronto le encuentro aquí, hoy, casualmente. No conozco a nadie del Circo; vine al espectáculo... Es preciso que tengamos una explicación, El... Te lo ruego.

(*Silencio.*)

EL.—¡La sombra de que huyo! ¿Explicación? ¿Crees que tenemos algo que hablar aún? Está bien. Deja tus señas al conserje, y ya te avisaré cuándo puedo recibirle. (*Mirándolo de alto a bajo.*) Ahora, a la calle. Estoy muy ocupado.

(El señor se inclina y sale. El resta inmóvil, con el brazo extendido, sin devolverle el saludo, en la actitud del hombre superior que señala la puerta a un visitante importuno.)

TELÓN.

ACTO TERCERO

La misma decoración. Por la mañana, antes de comenzar los ensayos. El, pensativo, pasea a grandes pasos, de un lado a otro. Lleva una chaqueta muy larga, a cuadros, de colores chillones; una bufanda roja al cuello y una especie de cacerola sobre la nuca. La cara, arrugada y rematada como la de un actor. Contrae la frente, aprieta los labios y tiene una expresión severa y torva. Al aparecer el Señor, su cara vuelve a ser la de un clown, movidísima y grotesca, como una máscara viviente.

En el umbral asoma el Señor, elegante, de negro. El color de su faz chupada es amarillento. En los instantes de excitación mueve nerviosamente los párpados de unos ojos quietos y grises. Al principio, El no se da cuenta del visitante.

SEÑOR.—Buenos días.

EL.—(*Se vuelve y lo mira maravillado.*) ¡Ah! ¿Es usted?

SEÑOR.—¿Me he retrasado? Pone usted un gesto como si le sorprendiese mi vista. ¿Acaso le perturbo? Sin embargo, usted mismo fijó esta hora, y por eso me he permitido...

EL.—Déjate de frases inútiles. ¿Qué quieres? Dilo pronto, porque tengo el tiempo tasado.

SEÑOR.—(*Mirando en torno, angustiado.*) Creí que me citaría usted, como otras veces, en su casa.

EL.—Mi casa es ésta. No tengo otra.

SEÑOR.—Pero aquí pueden interrumpirnos.

EL.—Peor para ti. Conque... de prisa.

(*Pausa.*)

SEÑOR.—¿Puedo sentarme, con permiso?

EL.—Siéntate. ¡Cuidado! Esa silla está rota.

(*El Señor retira la silla, receloso, y mira en torno, buscando dónde sentarse. Todo se le antoja extraño y peligroso. Al fin se decide, acomodándose en un diván dorado que le inspira mayor seguridad. Coloca cerca la chistera y se quita lentamente los guantes, mientras El lo observa sin alterarse.*)

SEÑOR.—Con ese traje y esa cara enharinada me produces un efecto extraño. Si ayer todo me parecía un sueño, hoy se me figura que eres...

EL.—Parece que has olvidado mi nombre. Soy El.

SEÑOR.—Realmente, no sé... Todo esto es tan extraordinario... Esos carteles, esos trajes... Tu mismo vestido de clown. ¡Un clown de circo! (*Con sonrisa lenta y cortés.*) ¿Podía yo figurarme?... Aunque todos te creían muerto, yo fuí el único que insistí. ¡Quia! Tenía la impresión de que vivías. Pero nunca pude imaginar hallarte en situación semejante. ¡Nunca!

EL.—¿Dices que te ha nacido un hijo?

SEÑOR.—No comprendo la pregunta.

EL.—¿No sabes que los hijos de las viudas y de las divorciadas, aun los del segundo marido, se parecen mucho al primero? ¿No se ha dado este caso con el tuyo? (*Ríe.*) Parece que tu libro ha tenido un éxito enorme, ¿no?

SEÑOR.—¿Quieres ofenderme de nuevo?

EL.—¡Qué susceptible es este bribón!... (*Viendo que el señor hace ademán de levantarse, lo sujeta.*) ¡Quieto! Siéntate... Tranquilízate... Aquí estamos habituados a llamar al pan pan y al vino vino. Vamos a ver: ¿qué le impulsó a venir?

SEÑOR.—(*Gravemente.*) La conciencia.

EL.—¡Ah! Pero ¿tú tienes conciencia? Tal vez te atormentaba la idea de no haberme exprimido hasta los huesos, ¿eh? Pero, bueno, ¿qué más me puedes robar? ¿Mi gorro de clown? No te sirve... Tienes una cabeza inadecuable. (*Con desprecio.*) Anda, ratón de biblioteca. Anda a agazaparte entre tus libros.

SEÑOR.—No me perdonas que tu mujer...

EL.—¡Bastante que me importa mi mujer!

(*El señor queda desconcertado y arruga el entrecejo. El se ríe.*)

SEÑOR.—No sé, no sé. Estas salidas de tono..., este ambiente..., me traban la lengua. Pero si no te importa la mujer, que te ha amado sinceramente, como a un ser ideal, ¿qué ha podido inducirle a esto? ¿Acaso no me perdonas el favor, tal vez inmerecido, de su amistad? ¿Acaso querías, rebajándote de este modo, vengarte de mí y de cuantos no supieron comprenderte? Pero, por otra parte, ¿no despreciabas la gloria? ¿O era un desprecio simulado? Yo, como afortunado rival...

EL.—(*Riendo a carcajadas.*) ¿Rival? ¿Tú mi rival?

SEÑOR.—(*Demudándose.*) Pero mi libro...

EL.—¿Te atreves a llamarlo «tu libro»? ¿Y a decírmelo a mí?...

(*El Señor se turba. El lo contempla con irónica atención.*)

SEÑOR.—Soy un desdichado... Un pobre hombre...

EL.—¿Cómo?...

SEÑOR.—Debes perdonarme. Sufro mucho. Llevo una vida que no es vida.

EL.—¡Ah!, ¿sí? ¿Por qué? Explícate. (*Pasea de un lado a otro.*) Sin embargo, tú mismo dices que tu libro ha tenido un éxito colosal. No hay periódico que no estampe tu nombre..., que no cite párrafos... tuyos. En cambio, a mí, ¿quién me conoce? ¿Quién me nombra? ¿Quién cita mi lenguaje involucrado, confuso, que nadie entiende? ... Pero tú, gran plagiario, has vulgarizado mis ideas al punto de que las entienden los porteros. Con la habilidad del reductor, del manipulador de ideas ajenas, has hecho de mi Apolo un peluquero y de mi Venus una trotacalles; has puesto a mis espléndidos héroes orejas de asno, y, como diría Jackson, has hecho carrera. Dondequiera que miro, veo figuras irrisorias, en las cuales, ¡oh ironía!, reconozco el bocelo de mis creaciones. ¡Qué horrible debe ser tu hijo si se parece a mí! ... Y ahora dime: ¿por qué eres tan desdichado? ... (*El Señor abate la cabeza y estira los guantes.*) ¿No le ha echado aún mano la policía? Pero ¡qué policía! Si cuidas siempre de no traspasar el Código, si en todas tus hazañas tienes siempre a mano el notario... ¿Estás preocupado por casarte con mi mujer? Pues anda, cásate... Yo he muerto. ¿No tienes bastante con llevártela? ¿Quieres más? Llévate mi gloria. Te pertenece. Coge mis ideas, arrambla con mis derechos, como legítimo sucesor. Yo he muerto, y al morir (*Hace una mueca estúpida y bonachona.*) he perdonado. (*Estalla en una carcajada. El Señor alza la cabeza, se inclina hacia adelante y mira con ojillos indignados los ojos de El.*)

SEÑOR.—¿Y mi dignidad?

EL.—¿Qué? ¿Pero tú tienes dignidd? (*El Señor se yergue y afirma con la cabeza que sí.*) Mira éste... Tres

dignidad... ¡Enhorabuena! A conservarla, amigo. Cuando recuerdo que alguna vez te tuve aprecio y hasta llegué a creer que tenías talento... ¡Tú, mi sombra vacía!

SEÑOR.—Exactamente. Tu sombra vacía.

EL.—(*Paseando de un lado a otro y mirando al Señor, consa tan conmovedora!* Y dime, dime: ¿estás conforme? ¡Qué far-

SEÑOR.—Tanto cuanto puede odiar un hombre... Pero siéntate aquí.

EL.—¿Me lo ordenas?

SEÑOR.—Siéntate. Gracias. (*Arrellanando el cuerpo.*) Soy célebre y respetado, ¿verdad? Tengo mujer e hijo, ¿no? (*El se ríe.*) Pero mi mujer a quien quiere es a ti, de quien habla es de ti, con quien sueña es contigo. Ahora quien debe torcer el gesto soy yo. Mi hijo se parecerá a ti... Y cuando, para aislarme de cuanto eres tú y no soy yo, me encierro en el despacho, allí, junto al tablero, entre mis libros, vaga tu sombra. ¡Siempre tú! En todas partes tú. ¡Sólo tú, y nunca, nunca yo! Hasta de madrugada, cuando en mis largas horas de insomnio me refugio en mis pensamientos, aquí, dentro de mi cerebro, como su único señor, estás tú. (*Pausa. Se vuelve a El, agitando nerviosamente los párpados.*)

EL.—(*Entre dientes.*) ¡Señores! El mundo al revés. El robado, preso por ladrón, y el ladrón, quejándose del robo y odiando al robado. (*Ríe.*) Escucha. Tú no eres mi sombra. Tú eres la multitud. Vives de mí y me odias. Respiras por mí y me estafas. ¡Qué farsante! (*Continúa riendo y paseando.*) Oye, ¿te calmarías si yo me muriera?

SEÑOR.—Es posible. La muerte crea distancias y suprime recuerdos. La muerte... reconcilia. Pero no creo que tú... ¡Tardarás mucho todavía!

EL.—Según... Quién sabe...

SEÑOR.—Siéntate.

EL.—*Obedezco.* ¿Qué?

SEÑOR.—No he de pedírtelo porque... esas cosas... no se piden. No vas a suprimirte sólo por complacerme a mí. Pero si puedes prometerme solemnemente no volver nunca allá..., a mi casa..., a tu casa..., ¡a mi casa!... No lo rías. ¿Quieres que te bese la mano? No me hagas muecas, te lo ruego. Te besaría la mano si supiera que pronto estará fría.

EL.—(*En voz muy baja.*) ¡Fuera de aquí, miserable!

* * *

(*Entran Polly y Tilly, ensayando, como en el primer acto, una marcha en sus flautines. Se detienen ante el Señor y saludan a El.*)

TILLY.—¡Hola, El! ¿Qué tal?

EL.—¡Hola, Antonio! ¿Ensayando?

TILLY.—No hay más remedio. Es preciso renovar el repertorio.

EL.—(*Presentando al señor.*) Un amigo mío. ¿Ensayáis esa marcha para la función de vuestro beneficio?

(*Los excéntricos han saludado al Señor y lo miran de reojo con caras estúpidas.*)

TILLY.—Sí. Y tú, para el tuyo, ¿qué preparas? Algo cómico extraordinario, ¿no? Consuelo también organiza su beneficio. Habrá una sorpresa magnífica. ¿Verdad que Consuelo es buena chica? ¿Sabes que se nos va, que deja el Circo?

EL.—¿De veras?

TILLY.—Nos lo ha dicho Sinida. Toma, si no fuera

porque se va, no le darían beneficio. ¡Pues bueno es el señor Briquet!

POLLY.—Hala, tú, vámonos. No camines como un elefante. Recuerda que eres una hormiga. Ahora, venga «La marcha de las hormigas». (*Salen tocando los flautines.*)

SEÑOR.—Son los excéntricos musicales, ¿verdad? ¡Qué tipos tan extraños!

EL.—Aquí todo es extraño.

SEÑOR.—Todo: tú, tu ropa, tu cara enharinada.

EL.—Bueno. Voy a ensayar. De manera que...

SEÑOR.—Aun no has accedido a mi ruego.

(*De la pista llegan acordes de tango.*)

EL.—(*Escuchando la música, distraído.*) ¿Qué ruego?

SEÑOR.—(*Que no atiende a la música.*) El de que no volverás allá nunca.

EL.—(*Escuchando la música.*) ¡Nunca más.! ¡Nunca más!

SEÑOR.—(*Levantándose.*) Gracias... Me voy.

EL.—¡Nunca más! Sí, vete. Allá, aun podía tolerarte. Aquí sería demasiado...

SEÑOR.—¿Y si te ocurriese un accidente, una desgracia? Sí; eres fuerte, sano, robusto... Pero entre esta gente, con esta baraúnda, ¿quién sabe lo que puede ocurrir? ¿Tú has dado aquí tu nombre verdadero?

EL.—Tranquilízate. Si me ocurriese algo, le avisarían en seguida. ¿Qué más quieres?

SEÑOR.—¿De modo que puedo irme tranquilo? ¿Me das tu palabra? Bueno, tranquilo... relativamente.

EL.—Puedes estar relativamente tranquilo. ¡Nunca más!

(*Se encaminan hacia la puerta. El Señor se detiene.*)

SEÑOR.—¿Y puedo venir al Circo? ¿Me lo permites?

EL.—Si compras la butaca. Billetes de favor tío tuyo. (*Ríe.*) Pero ¿a qué quieres venir? ¿Es que de veras le gusta el Circo? ¿Desde cuándo?

SEÑOR.—Quiero verte actuar, a ver si llego a comprender tu intención. Porque tú estás aquí con una intención. ¿Cuál? ¡Ah!... (*Lo mira con ojos miopes. El le hace una mueca, empalmando ambas manos con la nariz, según acostumbran los clowns.*) ¿Qué haces?

EL.—Fíjate, ésta es mi intención. Tengo el honor de saludaros, príncipe. Mis saludos a vuestra honorable esposa y a vuestro tierno vástago.

(*Entra Mancini.*)

MANCINI.—Pero, hombre, te pasas la vida aquí. (*Al Señor.*) Es fanático por el Circo, señor.

EL.—(*Presentando.*) El príncipe Pomalousky. El amigo de Mancini.

MANCINI.—(*Arreglándose el traje.*) Tanto gusto... (*Por lo bajo a El.*) ¿Lo conoce usted? Es una máscara magnífica, ¿verdad? (*Le da con el bastón en la espalda con aire protector.*)

SEÑOR.—(*Perplejo.*) Sí, señor. He tenido el gusto... Conde... (*Saluda y se encamina a la puerta.*)

EL.—(*Acompañándole.*) Cuidado, alteza. Que ese pasillo es muy obscuro y hay que bajar dos escalones. Siento no poder acompañarle hasta la calle...

SEÑOR.—(*Deteniéndose y en voz baja.*) ¿No me das la mano? Nos despedimos para siempre.

EL.—Lo creo superfluo, príncipe. Ya nos veremos en el cielo. ¿Irás allí, supongo?

SEÑOR.—(*Contrariado.*) ¿Cuánto tiempo llevas en el Circo? Has tomado el aire de clown.

EL.—Como que soy un clown, «El que recibe las bofetadas». Hasta la vista, príncipe.

SEÑOR.—(*Lo mira atónito a los ojos y dice en voz baja.*) ¿No habrá perdido la razón?

EL.—(*Muy bajo, desparramando la vista en torno.*) Tengo miedo de confesarlo, príncipe. (*Más bajo aún.*) ¡Imbécil! Nunca acertaste como ahora. ¡He perdido la razón! (*Haciendo un gesto de recitador, lo mira de arriba abajo.*) ¡La he perdido! ¡La he perdido!... Hasta la vista, príncipe.

(*El Señor sale; El vuelve, avanza y se coloca en posición, diciendo.*) Mancini, bailemos el tango. Mancini, te adoro.

MANCINI.—(*Finchado, jugando con el bastón.*) ¡Eh, eh! No perdamos la brújula. Tú ocultas algo. Ya me lo había figurado yo. Eres un verdadero aristócrata. Pero ése ¿es príncipe? ¿Príncipe de verdad?

EL.—Auténtico. Tan príncipe como tú conde.

MANCINI.—Es simpático. Y eso que al entrar parecía un empleado de pompas fúnebres. ¡Señor, cuándo podré abandonar definitivamente estos anuncios, estos muebles, estos cachivaches! ¡Perder para siempre de vista a esos *jockeys* bribones, a ese Briquet, sórdido y bárbaro!

EL.—Por ahora es pronto.

MANCINI.—¡Ya, ya! Demasiado pronto. Querido El: desde que caí en este antro me hago a mí mismo el efecto de un caballo más. Tú eres hombre culto: pero no estás habituado, como yo, a la vida de sociedad, vestir con lujo, recorrer los salones, hacer su alto correspondiente en la mesa de juego sin necesidad de acudir a pequeñas estratagemas... (*Ríe.*)

EL.—Ni de recorrer los suburbios para que te tomen por un buen padre de familia, amante de las menorcitas guapas...

MANCINI.—Guapas e inocentes. Me pondré un antifaz

de seda; prevendré dos lacayos por si hay que apalear gentuza. La sangre de los Mancini arde en mis venas. ¿Ves este estoque? (*Lo desenvaina.*) ¡Fíjate las manchas de sangre!

EL.—¡Qué bárbaro! ¿Sangre de veras?

MANCINI.—(*Riendo y envainando el estoque.*) ¡Idiota! EL.—¿Y el asunto de la menor, cómo anda?

MANCINI.—Así, así. La chusma familiar está muy contenta. El fasto de mi estirpe fulge de modo inesperado. A propósito: ¿cuál es la mejor marca de automóviles? El precio, para mí, es lo de menos. (*Ríe. Viendo a Briquet, que llega con chistera y abrigo.*) ¿Qué es lo que ven mis ojos? Señores... ¡Briquet de pontifical!

BRIQUET.—Por fin te saliste con la tuya. Consuelo dará beneficio. Pero agradéceselo a mi mujer. Si no es por ella...

MANCINI.—No seas acémila, Briquet. ¿Te pesa el beneficio? Pero ¿no lo paga el barón con creces? Diez pesos, cincuenta butacas... ¿Y te quejas, explotador inaudito?

BRIQUET.—Yo aprecio a tu hija mucho más de lo que tú crees. Y lamento que deje el Circo, la verdad. ¿Le falta aquí algo? Aquí, sueldo; aquí, aplausos; aquí, buenos camaradas... ¿Qué le falta a tu hija?

MANCINI.—A mi hija puede que nada. A mí, todo. (*Ríe*) Te pedí le aumentases el sueldo, Harpagón. Pues ahora, como director que eres, te pregunto: ¿tienes cambio de un billete de a mil?

BRIQUET.—(*Suspirando.*) Trae acá.

MANCINI.—(*Suspirando más.*) Mañana. Me lo he dejado en casa. (*Los tres ríen.*) Sí, reid, reid. Hoy vamos con el barón a su espléndido hotel, a su incomparable hotel.

EL.—¿Y a qué vais a su espléndido hotel, a su incomparable hotel?

MANCINI.—Figúrate. Caprichos de millonario. Quiere enseñarle a mi hija unas rosas de Bengala, y a mí, la bodega. Pero ¿qué es esto? ¿Qué te pasa?

* * *

(*Entra Consuelo disgustada, conteniendo el llanto.*)

CONSUELO.—No puedo hacer esa figura, papá; díselo tú. ¿Con qué derecho me da gritos? ¡Casi me pega con la fusta!

MANCINI.—(*Echado adelante.*) Briquet, o lo castigas tú, como director, o lo apaleo yo por rufián.

CONSUELO.—Papá, ¡por Dios! Nada de apaleos. No es para tanto.

MANCINI.—¿Cómo que no? ¡Gritarte, amenazarte con la fusta! ¡Ahora verá ese títere!

CONSUELO.—Vamos, papá. Te ruego que no le digas nada. Ha sido un mal momento mío. ¡Qué sé yo! Nervios, cansancio... (*Reparando en El.*) ¡Hola, El! No te había visto. Buenos días. ¡Qué bonita bufanda! ¿Dónde va usted, señor Briquet? ¿A reñir a Alfredo?

BRIQUET.—No, voy a casa. Sinida no está mejor. Por cierto que me encargó te saludase.

CONSUELO.—¡Qué buena es! Ella y todos. Papá, ¿por qué ahora me parecen todos más buenos que antes? ¿Será porque voy a dejarlos? (*A El.*) ¿Has oído «La marcha de las hormigas», de Polly y Tilly? ¿Verdad que es bonita? La estrenan en mi beneficio.

EL.—Es preciosa y digna de la gran noche.

CONSUELO.—Oye, papá. Tengo hambre. ¿Quieres pedir unos bocadillos?

EL.—A estas horas está cerrado el bar. Pero, deja, yo iré por ellos.

CONSUELO.—¡Qué amable, querido El! (*Le grita*) ¡Sin manteca!, ¿eh?

(*Consuelo y Mancini quedan solos. Mancini, inquieto en la silla, la observa.*)

MANCINI.—Hoy noto algo extraordinario en tu cara. No sé si estás más guapa o más fea. ¿Has llorado?

CONSUELO.—Sí, un poco. ¡Qué hambre tengo!

MANCINI.—Ahora le traen los bocadillos. Te quitarán la gana de almorzar. De modo que has llorado un poquitín por lo de ese *jockey* idiota... Eres demasiado ingenua.

CONSUELO.—¿De verdad? ¿Demasiado ingenua?

MANCINI.—Demasiado. En las demás, la ingenuidad me gusta. Pero en ti... Al mismo barón no le haría gracia saber que has llorado por semejante tipo.

CONSUELO.—Pero si me daba unos gritos... Empleaba unos modos... Te aseguro que en aquel momento le hubiese fulminado...

(*Se oye un «galop» de circo, alegre y ruidoso, ginete por los gritos del «jockey» y el restallar de la fusta.*)

MANCINI.—(*Escuchando la música.*) El idiota, en su número del *galop*. ¡Vaya novedad! ¡Así se rompies la crisma!

CONSUELO.—No, papá. ¡Pobrecillo! (*Escuchando la música.*) ¡Cómo voy a aburrirme cuando deje de oír esta música! Ah, ¿no sabes? El barón va a construir una gran pista en el hotel; además, le compra mi caballo al Circo... Será como seguir aquí, sólo que trabajando por gusto...

MANCINI.—Por gusto... y sin sueldo.

CONSUELO.—¿Para qué sueldo, siendo su mujer? ¡Qué gusto ser rica, papá! Con dinero se tiene todo...

MANCINI.—(*Entusiasmado.*) ¡Todo, hija, todo! Hoy se decide nuestra suerte, Consuelo... Pídeselo a Dios... El barón pende de un hilo de seda.

CONSUELO.—(*Indiferente.*) ¿Sí?

MANCINI.—(*Hace un movimiento de dedos.*) De un imperceptible hilo de seda. Estoy seguro de que hoy me pedirá tu mano. (*Rie.*) Va a mostrarte sus rosas de invierno; entre las rosas hay oculta una araña, que cerará en el cebo de la mosca. La araña es él, naturalmente.

CONSUELO.—Sí que es una verdadera araña... Oye, papá. ¿Debo seguir negándome a que me bese la mano?

MANCINI.—Naturalmente. Tú no conoces a los hombres, hija mía.

CONSUELO.—Alfredo no me besa la mano.

MANCINI.—No mientes a ese galopín. Hablo de hombres, de verdaderos hombres... Hay que mantenerlos a raya, porque hoy te besan la mano, mañana la cara y pasado te sientan en sus rodillas.

CONSUELO.—Pero, papá, ¡por Dios! ¡Qué lenguaje!

MANCINI.—¿No ves que los conozco bien?

CONSUELO.—Bueno, calla. No quiero oír... Por supuesto, que si el barón intenta propasarse, de la primera bofetada...

MANCINI.—(*Con la faz sombría, se abre de brazos, encogiéndose de hombros, como ante algo irremediable.*) ¡Todos intentan propasarse!

CONSUELO.—No es cierto. Alfredo, nunca. ¡Cómo tardan los bocadillos! ¡Y eso que El andará buscando!... ¡Pobre!

MANCINI.—No confíes demasiado en ese clown... Le falta un tornillo. (*Tocándose la sien con el dedo.*) Su

vida es enigmática, sospechosa... No te fíes, por si acaso.

CONSUELO.—Lo mismo me dices de todos. El es un corazón de oro y me quiere... Lo conozco a fondo.

MANCINI.—Créeme. Le falta un tornillo.

CONSUELO.—¡Qué insistencia, papá! Te digo que es un corazón de oro... ¡Por fin! Aquí llega... ¡Mil gracias, El!

EL.—(*Entra presuroso, con los bocadillos envueltos en papeles.*) Los bocadillos...

CONSUELO.—¡Huy, qué delicia! ¡Qué ricos, qué tiernos! (*Comiendo.*) ¡Qué bueno eres, El! ¡Cuánto me quieres!...

EL.—¡Que si te quiero!... ¡Te adoro!... Eres mi reinecita y yo soy el bufón de tu corte.

CONSUELO.—(*Siempre comiendo.*) Y cuando yo me vaya, ¿buscarás otra reina, verdad?

EL.—(*Haciéndole una reverencia.*) Iré contigo, soberana mía; te llevaré la cola del manto, y con ella me enjugaré las lágrimas. (*Finge llorar.*)

MANCINI.—¡Estúpido! (*Ríe.*) Lástima de los tiempos de oro, cuando en el castillo de los Mancini docenas de bufones, con trajes ricos, prodigaban muecas e ingenio. Hoy el conde Mancini, para ver un bufón pasable debe acudir a un circo, no a ver su bufón, sino el de cualquier burgués que toma billete. A fuerza de democratizarse, el mundo se convertirá en manicomio. ¡Hasta la democracia quiere bufones!...

EL.—Los bufones servimos a quien nos paga. ¿Qué otra cosa podemos hacer, conde?

MANCINI.—Cierto; pero ¿no es triste? Imagínate que yo estuviese en mi castillo, junto a la chimenea, con buenos vinos por delante, y tú, echado a mis pies, diciendo mil bufonadas para distraerme... Luego, yo, enoja-

do, hastiado..., te daría de puntapiés. ¡Sería magnífico!

EL.—¿Magnífico? ¡Divino!...

MANCINI.—Pero, en compensación, ganarías muchos ducados... Oye: si soy rico, he de tomarte por bufón. Te llevaré conmigo a todas partes.

CONSUELO.—Sí, sí, papá. Que venga con nosotros. Ya acabé de comer. Dame tu pañuelo, papá, que me limpie las manos. Y ahora, a ensayar de nuevo...

MANCINI.—(*Preocupado.*) No te olvides, Consuelo...

CONSUELO.—No, hoy no me olvido... Tenlo por seguro.

MANCINI.—(*Mirando el reloj.*) ¡Me voy! Ya estará impaciente ese hombre. Hasta luego... Vuelvo en seguida. Supongo que te cambiarás de vestido. ¡Vaya, adiós!

(*Sale jugando el bastón. Consuelo, arrebujada en su chal, se sienta en un ángulo del diván.*)

* * *

CONSUELO.—Ahora, amado bufón, ponte a mis pies y cuéntame cosas divertidas... ¿Sabes que cuando ríes me gustas más? ¿Por qué no te sientas a mis pies?

EL.—Consuelo..., ¿te casas con el barón?

CONSUELO.—Así parece. Oye, en la mesa queda un bocadillo... Cómetelo. También eres hijo de Dios.

EL.—(*Comiéndose el bocadillo.*) Gracias, reina. ¿Te acuerdas de mi profecía?

CONSUELO.—¿Qué profecía? ¡Vaya si tienes apetito! ¡Devoras!

EL.—Te he explicado el lenguaje de las estrellas. Si te casas con el barón, te dije...

CONSUELO.—¡Ah, sí! Me acuerdo. Pero fué una broma tuya.

EL.—¿Broma? ¡Quién sabe, reina! A veces, de una broma surge una tragedia terrible. ¡Las estrellas no hablan en vano! ¡Ah, si murieses de pronto, reina mía!... No te cases con el barón.

CONSUELO.—(*Pensativa.*) Si muriese... ¿Y qué es morir?

EL.—No lo sé. No lo sabe nadie. Pero viene a ser algo como amar. Tus manos se enfrían. Tus ojos se cierran para siempre. Te llevan lejos, y el Circo continúa sin ti, como contigo. Sigue tocando la orquesta, galopando Alfredo, entonando Polly y Tilly su nueva marcha. (*Imita con los dedos el flautín de los excéntricos musicales.*) Lari..., lari..., lari...

CONSUELO.—No hables así, que me pones triste. (*Repitiendo, sin querer, la música de El.*) Lari..., lari..., lari...

EL.—(*Mirando a Consuelo.*) ¿Has llorado?

CONSUELO.—Un poco, esta mañana. Alfredo me riñó desconsideradamente. ¿Acaso tengo yo la culpa de no acertar? Por más que hacía..., nada. Y es que hoy estaba muy nerviosa.

EL.—¿Por qué?

CONSUELO.—Ah, no sé. Debo tener algo aquí, en el corazón. (*Poniéndose la mano en el corazón.*) Debo estar enferma, El... ¿De qué enfermedad?

EL.—La enfermedad de las estrellas... La voz de tu destino, reina.

CONSUELO.—No digas sandeces. ¿Qué tienen que ver las estrellas?... Vamos, ven aquí. Cuéntame algún cuento de princesas encantadas, de duendes, de bufones... de lo que quieras... Yo era una niña y tú me entretenías inventando... ¿Por qué no me hablas de los dioses, como otras veces? ¿O es que ya no hay dioses? ¿Se han muerto todos?

EL.—No, viven todavía. Pero se ocultan, reina.

CONSUELO.—¿En los montes o en las selvas? ¿Y si fuésemos a buscarlos? Mira, El, que si yo me encontrase con un dios, ¡echaría a correr! (*Ríe.*) Esta mañana, cuando estaba sin almorzar, débil y triste, se me ocurrió pensar: «¿Y si ahora, de pronto, se me apareciese un dios y me trajera de comer?» Y de repente, ¡paf!, oigo como una voz que dice: «¡Consuelo!...» No te rías, ¿eh?

EL.—¡Si no me río!...

CONSUELO.—Te doy mi palabra de honor que es verdad. ¿Tú sabes? Se me iba la cabeza. Pensé tantas cosas, ¡tantas cosas! (*Se cubre los ojos con la mano y sonríe.*)

EL.—Cuenta... di...

CONSUELO.—(*Abriendo los ojos.*) ¡Pero si lo he olvidado todo!... (*Mira en torno.*) Fíjate en el cartel de mi beneficio. Papá lo redactó de su puño y letra. El barón lo celebró mucho. ¡Se reía! (*Pausa.*)

EL.—Consuelo... No vayas hoy a casa del barón.

CONSUELO.—¿Por qué? (*Tras una breve pausa.*) ¿Te disgusta?

EL. — (*En voz baja, abatiendo la cabeza.*) ¡No quiero!

CONSUELO.—¿No quieres?

EL.—(*Abatiendo la cabeza aún más.*) No quiero que le cases con el barón... (*Suplicando.*) ¡No lo consentiré! Te lo suplico, ¡no te cases!

CONSUELO.—¿Con quién he de casarme entonces, bufón? ¿Contigo? (*Sonriendo pérfidamente.*) No tienes la cabeza en su sitio, querido. El no lo consentirá. El se opone. El decide. Pero ¿es que hay algo entre tú y yo? (*Pasea agitada de un lado a otro, mirando a El por cima del hombro, indignada, colérica.*) Pero, tú, ¿quién eres?

¿Qué eres? Un clown estúpido, harto de recibir bofetadas...

EL.—(*Sin levantar los ojos.*) ¡Perdóname!...

CONSUELO.—¡Un bufón de quien se ríe todo el mundo!... ¡Y pretendes nada menos que ser un dios! No, no te perdono. Te conozco bien. Eres un pobre diablo con manía de grandezas. Te falta un tornillo. (*Indica la frente con el dedo.*) Primero ríes, desvarías y recitas la farsa de tu humildad, sin detenerte, hala que hala. Luego, de repente, te paras y quieres empezar a mandar, a dominar, a ser un dios... Conmigo no te vale el truco, amigo. ¡Puedes llevarme la cola, que ése es tu verdadero oficio, bufón!

EL.—Te llevaré la cola, reina. Perdóname. Déjame ver de nuevo el semblante de mi soberana.

CONSUELO.—¿Es que vuelves a recitar? (*Calmándose y humanizándose.*)

EL.—Sí... Recito...

CONSUELO.—¿Lo ves? (*Sintiendo compasión.*) Es... Pues recita. Ven acá. Ya se me ha pasado. Recita.

EL.—Si supieses las cosas que veo en el porvenir, reina. Veo que eres altiva y que el pobre bufón se humilla a tus pies. Veo que en el fondo de un abismo, no sé donde, el bufón agita sus cascabeles implorando clemencia de rodillas. ¡Perdónalo! Fué imprudente y soberbio. Perdónalo...

CONSUELO.—Bien, por esta vez te perdono. (*Ríe.*) Y ahora, ¿me permitirás casarme con el barón?

EL.—(*Riendo.*) ¿Casarte con el barón? No... No te lo permito. Pero ¿qué le importa a la reina el permiso de su bufón?

CONSUELO.—Levanta. Te he perdonado. ¿Y sabes por qué? ¿Crees que por tus súplicas, bribón? Pues no. Me

gor. te he perdonado ¡por los bocadillos! (*Aparece Be-*
sano, *pálido.*) ¿Vienes por mí, Alfredo?

BESANO.—Sí. ¿Quieres que ensayemos aún?

CONSUELO.—Claro que quiero. Pensé que estarías disgustado conmigo. Te aseguro que ensayaré sin equivocarme, poniendo mis cinco sentidos.

BESANO.—Estaba disgustado, pero... Hola, El. No había reparado hasta ahora. Buenos días.

EL.—Buenos días, Besano. Un momento... Quietos los dos... Así...

BESANO.—(*Molesto.*) ¿Pero qué tontería es ésta?

EL.—(*Contemplándolos, irónico.*) ¡Adán y Eva! (*Ríe.*) Tiene de zapatos. Espérame.

EL.—¿Y si tu padre viene con el barón? Te advierto que no deben tardar...

CONSUELO.—Si vienen, que esperen. Es cuestión de minutos. (*Sale rápida, y, tras un instante de duda, Besano va tras ella.*)

EL.—Aguarda un poco, hombre. Siéntate.

BESANO.—No tengo tiempo que perder con tus payasadas.

EL.—Como gustes. Quédate en pie. (*Breve pausa.*) Oye, ¿la quieres de verdad, de verdad?

BESANO.—No consiento a nadie mezclarse en mis asuntos. Eres demasiado entrometido, El. No te conozco apenas. De modo...

EL.—¿Y al barón, lo conoces? Escucha. Me cuesta violencia decírtelo, pero no hay más remedio. Consuelo está enamorada de ti. Sálvala de las redes de esa araña, que se acerca más cada día. Llévatela, mátala si quieres, pero no la dejes a merced de ese hombre. Y si dudas en apartarte de ella, mata al barón.

BESANO.—¿Y quién matará a los que vengan detrás de él?

EL.—Pero si está enamorada de ti...

BESANO.—¡Ah, sí! ¿Te lo ha dicho ella misma?

EL.—Pero si tú, Besano, eres un dios. Un dios, como lo oyes. ¿No me crees? ¿Por qué? ¿Porque apenas me conoces? Mírame a los ojos, convéncete. ¿Miento? ¿Puedo mentir aunque quisiera? Soy un pobre diablo; la gente se ríe de mí... Todo el mundo me abofetea y encarga-ce, y sin embargo... Mírame, ¿no adivinas en mí a un dios? Tan dios como tú. ¡Mírame! (*Besano ríe a carcajadas.*) ¿Por qué te ríes?

BESANO.—Porque has puesto la misma cara de ayer, cuando recitabas el papel de filósofo, preguntando a cada bofetada si te llamaba la Academia.

EL.—(*Recitando con visible y doloroso esfuerzo.*) ¿Eh? ¿Qué ha sido? ¿Es que me llama la Academia?

BESANO.—(*Tornándose sombrío.*) Bueno, pon la cara que quieras... Pero déjame en paz. (*Se encamina a la puerta.*)

EL.—¡Besano!

BESANO.—Y que no se le ocurra más hablar de Consuelo ni decirme que soy un dios. Te lo prohibo, ¿eh? ¿Me entiendes? (*Azota, rabioso, sus botas de montar con el látigo y desaparece. El queda solo. Irritado, con la faz descompuesta, da un paso hacia el jockey. Después se detiene y echa la cabeza hacia atrás, riendo sordamente. Así lo sorprenden el barón y Mancini.*)

* * *

MANCINI.—¡Vaya un clown de raza! Se ríe a solas. (*El estalla en una gran carcajada.*) Basta, bufón. ¿Acabarás de reír?

EL. — (*Inclinándose profundamente, con los brazos abiertos, ante los que entran.*) Bienvenido, señor barón. Vuestro siervo humilde, señor conde. Encuentran usted al payaso absorto en sus viles tareas... Podría decirse que enfangado en su propio lodo, señor barón.

MANCINI.—(*Cejijunto.*) Bien, bien. Si lo que buscas es que se te recomiende, yo hablaré a Briquet para que te autorice un beneficio. ¿Te conviene?

EL.—Otórgueme esa gracia, señor conde.

MANCINI.—Te ruego no exageres la adulación. (*Ríe.*) ¿Cuántas bofetadas te han dado ayer? ¡Señores! Sonaban en su cara como el mazo en un tan-tan chino. Es una profesión singular, ¿verdad, barón?

BARÓN.—Un poco rara, verdaderamente... ¿Y la condesita? ¿Dónde está?

MANCINI.—Voy por ella y vuelvo en seguida. (*A El.*) Procura entretener a nuestro ilustre huésped... No se aburrirá usted en su compañía, querido barón.

(*Sale. El pasea de un lado a otro, observando y sonriendo al barón cada vez que cruza cerca. El barón se sienta, espatarrado, el mentón sobre el puño del bastón y la chistera puesta. Es la indiferencia en persona.*)

EL.—¿Cómo le entretendría yo, barón?

BARÓN.—De ningún modo. No me gustan los clowns.

EL.—Igualmente. Ni a mí los barones. (*Silencio. El se pone en la cabeza su cacerola, toma con gesto lánguido una silla y la planta en el pavimento, ante el barón. Después se sienta a horcajadas, se coloca en la misma postura que el barón y lo mira fijamente a los ojos.*) ¿Puede usted callar mucho tiempo?

BARÓN.—Yo, sí.

(Silencio. El agita el pie contra el pavimento.)

EL.—¿Puede usted aguardar mucho tiempo?

BARÓN.—Yo, sí...

EL.—¿Hasta que lo pongan en la puerta?

BARÓN.—Hasta que me pongan en la puerta. ¿Y usted?

EL.—También...

(Avanzando al par las cabezas, ambos se miran en silencio. De la pista llegan acordes de tango.)

TELÓN.

ACTO CUARTO

La misma decoración. Es la función de beneficio de Consuelo. En la pista suena la orquesta. El desorden del ambiente es más acentuado. Trajes y disfraces están colgados o tirados aquí y allá, sobre sillas, por los rincones, en el suelo.

En la mesa, un ramo de rosas rojas, dejado allí al azar. A la entrada del arco charlan y fuman tres caballerizos, mejor, tres artistas de segundo orden, que ejercen de caballerizos. Están muy repeinados, dos de ellos con enormes bigotes y el otro con la cara rasurada, parecido a un «bulldog».

BULLDOG.—Nada, hombre. Diez mil francos son muchos francos hasta para un barón.

SEGUNDO.—¿Cuánto le han costado entonces las rosas? ¿Diez francos?

TERCERO.—No sé. Pero, vamos, que diez mil francos...

SEGUNDO.—Pues yo te digo que era un carro entero. Se sentía el olor a legua... Además, no sé si habrá bastante con un carro. Figúrate... Han de enguirnaldar todo el Circo. Palcos, butacas, galerías...

TERCERO.—Entonces, sólo la pista se llevará...

BULLDOG.—Sólo la pista se llevará de mil a dos mil rosas... Bueno. Será algo grande... Consuelo, a caballo, sobre una pista de rosas.

SEGUNDO.—Y Besano sobre las espinas... (*Ríen los tres.*)

BULLDOG.—Besano no tiene vergüenza. Yo no trabajaría con él...

TERCERO.—Si lo manda el señor Briquet, ¿qué remedio? Doblar la cabeza y trabajar con Besano. Después de todo, ¿es el único sinvergüenza del Circo?

SEGUNDO.—Hombre, el único...

BULLDOG.—Chu... Chu... Callar...

(*Los tres arrojan los cigarros como escolares sorprendidos «in fraganti», abriendo paso a Sinida y El, que entran juntos.*)

SINIDA.—(*Severa.*) ¿Qué hacéis aquí? Vuestro puesto es allá dentro...

BULLDOG.—Señora, es que... Ya nos vamos. (*Salen los tres.*)

* * *

SINIDA.—(*En traje de domadora. Abre un cajón del «bureau» y guarda unas cartas.*) ¿Qué rondabas tú en la jaula de mis leones? Me los has excitado...

EL.—¿Rondar? Nada... Observarlos. Tenía curiosidad, en una noche como ésta..., con la música..., con los coros árabes...

SINIDA.—La música los excita... Pero siéntate, El, que me mareas. Y bastante mareada estaba yo con el olor de tantas rosas. ¡Dichosa tanguista y dichoso banquero!

EL.—Son las rosas de himeneo.

SINIDA.—(*Advirtiendo el ramo de la mesa.*) ¿También aquí? (*Tira el ramo muy lejos.*) No se ven más que rosas por todas partes. Menos mal que es la última noche. Mañana ya estará con su comprador...

EL.—¡Hombre, comprador!... ¡Su marido!... Es un matrimonio legal, canónico, auténtico...

SINIDA.—Para mí, en este caso, no hay diferencia alguna. ¿Se casa por amor? ¿A que no? ¡Entonces, se vende!... ¿Qué más da marido que amante? La cuestión es que se casa por el dinero.

EL.—¿Ves? Hasta las arañas, como el barón, procuran mejorar su raza. Imagina, Sinida, qué clase de arañitas traerá al mundo pareja tan desigual. Saldrán en la cara a la madre y en el talento al padre... ¡Formidables adquisiciones para un circo!

SINIDA.—¡Calla, lengua de hacha!... ¡Aguafiestas!

EL.—¿Yo aguafiestas, y siempre estoy riendo?

SINIDA.—Sí, con la risa del conejo... ¿Por qué no te has vestido ya para tu número?

EL.—Tengo tiempo. No salgo hasta la tercera parte... ¿Qué dice Alfredo de la fiesta? ¿Está contento?

SINIDA.—No hemos hablado aún... ¿Sabes lo que estoy pensando? Que aquí quien no va a durar mucho eres tú. (*Silencio.*)

EL.—¿Cómo dijiste?

SINIDA.—Que aquí quien no va a durar mucho eres tú... Tanto ponderar la fortuna del barón y resulta que Consuelo se ha vendido, después de todo, por dos millones. ¿Crees tú que yo...?

EL.—¿Tú? Ni por cien... Puede que si un rey te ofreciese la corona...

SINIDA.—¡Adulador!... Oye. ¿Tú sabes que Consuelo no es hija de Mancini?

EL.—(*Sorprendido.*) ¿Qué dices?... Y eso que... ahora que caigo... Recuerdo que una vez él mismo se fué de la lengua e insinuó... Pero rectificó en seguida. Claro que no será hija de Mancini... ¿Y el barón lo sabe?

BIBLIOTECA

SINIDA.—No creo, porque entonces... Era una chica del arroyo... Mancini la recogió en Roma... Sin embargo, legalmente es su hija, porque la adoptó... Legalmente es condesa, porque...

EL.—Es gran cosa que todo esté conforme a las leyes. ¿Verdad, Sinida? Y quién sabe... Acaso tenga ella en las venas más sangre azul que Mancini... Estoy por creer que fué Consuelo quien recogió a Mancini del arroyo y lo hizo conde... ¡El conde Mancini! (*Ríe.*)

SINIDA.—Oye, El, rectifico... ¿Te dije antes que no ibas a durar mucho aquí? Pues rectifico. Creo que tienes gran porvenir en la compañía. En cuanto se vaya esa niña, ya verás... Además, la vida de circo es la mejor comunidad humana; mejor que el cuartel, que el convento... Aquí se tiene libertad de alma... y de cuerpo... Nada es de nadie... Todo es de todos. Yo, como tú, vine también al circo porque me sentía encadenada. Y aquí he rolo las cadenas y soy libre... Haz tú igual... No pienses más en Consuelo, El... Que se vaya... Que siga su destino...

EL.—Auto, brillantes, pieles, sedas...

SINIDA.—¿Has visto a muchas hermosas con vestido de percal? Si no las compra uno, las compra otro... Porque siempre compran la hermosura... Psé... Le sucede lo que a todas... Los primeros años hará una esposa grave, melancólica, en su auto, de esas que los hombres a pie contemplan desde la acera embebecidos. Luego, no lo sé de memoria, comenzará por sonreír furtivamente a uno, por dejar que otro le apriete la mano... Y acabará por entenderse con...

EL.—Con el chófer..., o con otro tipo así.

SINIDA.—¿Y no es verdad? ¿No pasa eso? Sé que es inútil ir contra el destino... Pero yo, la verdad... No echo

a mala parte que te diga, como mujer, que ni eres guapo, ni joven, ni rico... Y que, por tanto, tu sitio...

EL.—Lo sé. Mi sitio está con los de a pie, para verla desde la acera pasar en su auto... Muy bien... Pero ¿y si no me resigno?

SINIDA.—¿Qué significa resignarse o no? Te resignarás. Pero si eres hombre de veras, como yo creo que lo eres, tienes un camino: olvidar.

EL.—(*Riendo.*) ¿De modo que olvidar es un signo de fortaleza? ¿Y me lo dices tú, que sueñas con enamorar a un león? Tú, que cada noche arriesgas la vida por un triunfo ilusorio, ¿me aconsejas que olvide? Trae la mano... Aprieta bien... ¿Ves que soy fuerte? Bueno, pues no me compadezcas...

* * *

(*Entran Briquet y Mancini; este último muy estirado en su traje nuevo, pero con el bastón de siempre y la sonrisa de sátiro de siempre.*)

SINIDA.—(*A El, en voz baja.*) ¿Te quedas?

EL.—Aguardo aquí para salir en mi número.

MANCINI. — Salud, espléndida... Estás apabullante... De verdad, estás apabullante... Tu león será un asno si no se postra, como yo, a tus pies y te besa la mano como yo. (*Se la besa.*)

SINIDA.—¿Puedo darle la enhorabuena?

MANCINI.—Gracias. (*A El.*) Buenos días, El...

EL.—(*Con exagerada reverencia.*) Señor conde... Tengo el honor...

MANCINI.—Sinida, el conde desea pagar la indemnización por incumplimiento de contrato. ¿Tú recuerdas cuánto asciende?

SINIDA.—No; pero lo vamos a ver.

MANCINI.—Sí, haz el favor, espléndida... Consuelo se volverá al Circo... Nos vamos mañana.

(*Sinida y Briquet examinan los contratos. El, sin cumplidos, coge del brazo a Mancini y lo lleva aparte.*)

EL. — (*Confidencialmente.*) Oye... ¿Qué hay de la menor?

MANCINI.—¿Qué menor? ¿A quién te refieres? ¿Qué intentas? ¿Se trata de una broma o insinúas una amenaza? Te advierto que la policía acude en cuanto se le avise.

EL.—¿Pero qué estás diciendo? Yo te hablo de lo que tú me hablaste. De que me habías encontrado, en las afueras, una menor preciosa. De que iríamos a medias en el asunto.

MANCINI.—¿Yo a medias con un clown? (*Ríe.*) ¿Serás imbécil? En vez de pregunlar, debiste ofrecer...

EL.—Ofrezco... tres mil francos...

MANCINI.—¿Tres mil francos por una Consuelo? Se lo diré al barón.

SINIDA.—(*A Briquet.*) Además hay que sumar los anticipos... Como veis, tiene tomados...

MANCINI.—Tengo tomados... Ochocientos francos cincuenta céntimos. Se pagarán a locaieja. Y ahora, a otra cosa... La condesa, mi hija y su futuro esposo, el barón, quieren despedirse de toda la compañía.

EL.—¿El barón también?

MANCINI.—También. Augusto lo desea; y sería mejor hacerlo aprovechando el descanso, que va a comenzar ahora. Os ruego que reunáis aquí, sin ruidos ni etiquetas, al personal. (*A EL.*) Haz el favor, querido El, de que traigan dos cestos de botellas de champán...

EL.—Seréis servido, excelencia.

MANCINI.—No corras... Deja que admire este nuevo paje rojo... Pareces un diablo del infierno.

EL.—¿Qué diablo quiere usted que sea? Lo más, un pobre pecador tentado por el mismo diablo. (*Hace una reverencia y sale.*)

* * *

MANCINI.—¡Lástima de hombre! Tan bueno, tan inteligente, tan servicial... Y le falta un tornillo.

BRIQUET.—Es un traje color rojo tango. Lo estrena para el beneficio de Consuelo... ¿No te sientas, Mancini?

MANCINI.—Un momento, porque me espera Augusto. (*Se sienta.*) La verdad, siento separarme de vosotros. La alta sociedad tiene su lado atrayente; se gozan muchos privilegios, se vive en palacios suntuosos... Pero esta libertad, este ambiente, esta simpatía del circo... Todo esto lo voy a echar de menos en mi nueva vida... Me aburriré... Envejeceré antes de tiempo.

BRIQUET.—Pero en compensación tendrás riqueza, distracciones, autos, viajes... ¿Por qué estás silenciosa, Sinida?

SINIDA.—Atiendo a la conversación.

MANCINI.—Oye, espléndida. ¿Qué le parece el trajecito? ¿Elegante, verdad? (*Se arregla los faldones de la levita, estirándose el cuello y las mangas.*)

SINIDA.—Elegante... De mucho gusto... Ya lo creo.

(*Entra El, seguido de los camareros, que traen dos cestos con botellas y copas y los disponen en las mesas.*)

MANCINI.—Gracias, querido El. Os ruego que las descapéis sin estruendo; eso es cosa de nuevos ricos... Sin taponazos, ¿eh? Discretamente... La cuenta al señor barón... En seguida estamos aquí, Briquet...

SINIDA.—(*Mirando su reloj.*) El descanso va a comenzar ahora.

MANCINI. — (*Apresurándose.*) ¡Dios mío! (*Saliendo.*)

BRIQUET.—¡Vete al infierno!

SINIDA.—(*Indicando a los camareros.*) No grites tanto, Luis...

BRIQUET.—Claro que grito. ¡Que se vaya al infierno! ¿Por qué no me has ayudado, Sinida? Hemos debido hablar con él a solas... ¡La alta sociedad! ¡La vida elegante!... ¡Valiente caballero de industria!

(*El y Sinida ríen. Los camareros sonríen.*)

BRIQUET.—(*A los camareros.*) Dejad eso ahí. Y traedme whisky-soda en seguida.

* * *

JACKSON.—(*Entrando.*) Para mí también whisky-soda. Aquí, al menos, se está alegre, se ríe. Pero esos idiotas ¡Qué caras largas tienen en sus palcos! Mi sol ha nacido y se ha puesto, ha iluminado la pista sin que a ninguno se le ocurra reir. Me han mirado lo posterior como si se mirasen al espejo. ¡Perdón, Sinida! Y tú, El, mucho cuidado, que es un público de aristócratas... No se ríe aunque le ahorquen.

BRIQUET. — Es un público de función de beneficio muy exigente.

JACKSON.—(*Sacando un espejito y mirándose.*) En palcos y butacas no hay más que calvas y momias. Y qué actitudes displicentes... Qué gestos desdeñosos y nerviosos... Yo soy un clown decente y no tolero que se me mire como si le hubiese robado el pañuelo a mi vecino... Oye

gl... No economices bofetadas esta noche... Te lo encargo muy especialmente.

El.—Cálmate, Jim. Les pagaré en la misma moneda. *(Sale.)*

SINIDA.—¿Y Besano?

JACKSON.—*(Gruñendo.)* Besano tiene un éxito colosal. pero parece como loco... Hace unas cosas, unos disparaes... El mejor día se rompe el bautismo... ¿Por qué hará esas evoluciones tan peligrosas? Se diría, cuando galopa, que tiene alas... Pero eso no es trabajar... No es trabajar...

BRIQUET.—Tienes razón, Jim. No es trabajar. A tu salud, viejo camarada.

JACKSON.—A la tuya, Luis.

BRIQUET.—No es trabajar, cuando aquí no hormiguean los banqueros. Ellos se rien y yo rabio. ¿Qué vienen a buscar aquí? Que vayan a robar gallinas a otro gallinero y nos dejen en paz. Si yo fuese ministro, pondría entre ellos y nosotros otra muralla de la China.

JACKSON.—La pobre Consuelo me da lástima. Es un asunto lamentable. Me produce la impresión de que, a pesar de ser todos nosotros artistas decentes, nos hemos convertido, de pronto, en estafadores. ¿No te parece, Sinida?

SINIDA.—Creo que es cosa exclusiva de Consuelo y su padre. Nosotros, ¿qué tenemos que ver?

* * *

(Entran Angélica y el boxeador Tomás, en traje de circo.)

ANGÉLICA.—¡Qué atrocidad! ¡Cómo se gasta aquí el champaña!

BRIQUET.—Porque se puede. ¿Tiene algo de extraordinario?

TOMÁS.—¡Pero si esto es una bodega!...

ANGÉLICA.—Nos hemos encontrado al conde, y nos dijo que viniésemos aquí.

BRIQUET.—(*Contrariado.*) Y aquí estáis, ¿no? No hay motivo para alegrarse tanto... Ojalá no acabe esto mal. Te conozco... Y tú, Tomás, ¿cómo ha ido eso?

TOMÁS.—Admirablemente.

ANGÉLICA.—(*En voz baja.*) ¿Qué mosca le ha picado al señor Briquet? ¡Vaya un humor!

(*Entran El, Polly, Tilly, y detrás algunos artistas, todos en traje de función.*)

TILLY.—(*A Polly.*) ¿Quieres champán?

POLLY.—Yo, no. ¿Y tú, Tilly?

TILLY.—Yo, tampoco. Oye, El. ¿Has visto cómo anda el conde? Así. (*Imita a Mancini, entre la algazara general.*)

POLLY.—Yo seré el bardo; dame el brazo. Cuidado, idiota. ¡Me has pisado la rama más delicada del árbol genealógico!

ANGÉLICA.—¡Es el número de Consuelo! Lo están esperando con verdadera expectación.

(*Todos escuchan la música que llega del circo. Polly y Tilly la tararean. De repente, estalla un aplauso enorme. Los artistas, excitados, entusiastas, se sirven champán. Otros van entrando, ruidosos y satisfechos, apresurándose a las mesas con algazara.*)

VOCES.—Ya vienen.

OTRAS.—Ha sido un éxito formidable.

OTRAS.—Definitivo... Definitivo...

BRIQUET.—Silencio. No gritar... Aquí viene ya la nobleza...

* * *

(Consuelo, del brazo del barón, aparece feliz, radiante. Mancini va detrás, estirado y solemne. Lleva una rosa en el ojal. En pos vienen acróbatas, mimos, excéntricos, todos aplaudiendo a Consuelo: «¡Bravo! ¡Bravo!»)

CONSUELO. — Gracias, muchas gracias... Papá, no puedo...

(Corre hacia Mancini y esconde la cabeza en su hombro. Mancini mira sonriendo al barón por encima de la cabeza de Consuelo. El barón también sonríe, cortés, permaneciendo luego inmóvil y reservado. Estallan nuevos aplausos.)

BRIQUET.—¡Basta! ¡Basta, hijos míos!...

MANCINI. — Cálmate, Consuelo... Sosiégate... ¡Cuánto te quieren todos, hija! *(Avanzando al centro.)* Señores. El barón de Regnard me ha honrado pidiéndome la mano de mi hija, la condesa Mancini, a quien conocéis todos por el nombre de Consuelo... Os ruego alcéis las copas...

CONSUELO.—No, no... Yo soy siempre Consuelo... Hoy como ayer. Consuelo. ¡Querida Sinida! *(Echa los brazos al cuello de Sinida. Otro aplauso.)*

BRIQUET.—¡Silencio! Llenad las copas... Brindad todos por...

TILLY.—Brinde usted primero, señor Briquet... Nos da vergüenza.

(Todos alzan las copas. Consuelo está junto al barón, con la mano izquierda en la manga del frac y sosteniendo en la derecha, temblorosa, la copa, que se vierte.)

BARÓN.—Que viertes el champán, Consuelo.

CONSUELO.—No importa... Es que estoy temblando... y tú, papá, ¿temblabas también, no?

MANCINI.—¡Bromista!

(*Silencio embarazoso.*)

BRIQUET.—(*Adelantando.*) Condesa. Como director de este circo, he tenido la fortuna de complacerme muchas veces en sus éxitos.

CONSUELO.—No, señor Briquet. Nada de condesa... Soy Consuelo. No puedo. Se me saltan las lágrimas. Un abrazo, señor Briquet.

(*Lo abraza, con el llanto en los ojos. Todos ríen y aplauden. Los excéntricos cantan, bailan y saltan, expresando de mil maneras su regocijo. Los demás artistas improvisan una pantomima. El barón permanece inmóvil, aislado. Todos van desfilando ante él, chocando las copas, muy serios, muy de prisa. En cambio, al chocarlas, con la de Consuelo se animan con sincero júbilo y la besan.*)

JACKSON.—Un momento, señores... Consuelo, hoy ha salido mi sol; con tu despedida entro en la noche... Has sido una compañera deliciosa e inolvidable, una artista magnífica... Todos te quieren y seguirán queriéndote, por los siglos de los siglos... Amén... He dicho. (*Nuevos aplausos y algazara.*)

CONSUELO.—¡Qué bueno eres, Jim! Tu sol es el más bello de todos y me ha hecho reír cada día. (*A Besano.*) Alfredo, acércale. Te he estado buscando... Acércale.

BESANO.—Le deseo muchas felicidades, condesa.

CONSUELO. — ¡Alfredo!... ¡Consuelo! Soy Consuelo...

BESANO.—En la pista, sí. Aquí, no. Le deseo muchas felicidades.

(*Toca apenas la copa con los labios y se retira. Consuelo tiene aún su copa en la mano. Mancini mira*

sonriente al barón, que se mantiene frío e inmóvil.)

BRIQUET.—No seas descortés, Besano. No ofendas a Consuelo. Ha sido una excelente compañera.

CONSUELO.—No me enfado, señor Briquet.

TILLY.—¿Me permites brindar, Consuelo? Fijate... El pobre Polly está para morir de pena... Y yo falleceré dentro de unos minutos... ¡Tengo tan delicado el estómago! (*Todos ríen. El barón arruga imperceptiblemente el entrecejo. Bullicio general.*)

MANCINI.—Basta, señores. El descanso va a terminar.

VOCES.—¡Prórroga! ¡Prórroga!

BRIQUET.—Tomás, ve a suplicar al público que aguarde aún unos minutos.

VOCES.—¡Bravo! ¡Bravo! (*Sale Tomás.*)

MANCINI.—(*Al barón.*) Augusto, los músicos piden permiso para felicitaros a Consuelo y a ti... ¿Accedes?

BARÓN.—Claro, claro.

(*Entran los músicos, en fila. El maestro, un viejo italiano, alza solemnemente su copa, sin mirar al barón.*)

MAESTRO.—Consuelo, mis violines y mis fagotes, mis cornetines y mis trompas, beben a tu salud. Que seas dichosa en tu nuevo estado como lo has sido entre nosotros. No digo más. ¡Lleva mi saludo a la bella Italia!

(*Aplausos de aprobación y griteria. Los músicos chocan sus copas y desaparecen con sus instrumentos bajo el brazo. Consuelo se enjuga las lágrimas.*)

MANCINI.—No te emociones tanto... No es correcto, hija. Si hubiese podido imaginar que tomarías en serio esta farsa... ¿Ves, Augusto, qué emocionada está?

BARÓN.—Vamos, Consuelo... Calma...

CONSUELO.—Ya estoy tranquila... Oye, papá.

(*Por el corredor se oye el tango.*)

MANCINI.—Tu tango... Lo tocan para festejarte, hija.

CONSUELO.—(*Triste, busca con los ojos a Alfredo.*) ¿Quién baila conmigo mi tango?

VOCES.—El barón.

OTRAS.—El barón.

BARÓN.—Bien. (*Toma de la mano a Consuelo y avanza ante el corro, que le abre paso.*) No sé bailar el tango, pero en fin. (*Se detiene, inmóvil, espatarrado, como una grotesca estatua fundida, con la mano de Consuelo entre las suyas.*)

MANCINI.—(*Aplaudiendo.*) ¡Bravo! ¡Bravo!

(*Consuelo baila un par de compases y al fin se suelta.*)

CONSUELO.—Así yo no puedo bailar... Es imposible. Déjame...

(*Va a Sinida y la abraza como buscando protección. El tango continúa sonando. El barón, inalterable, se retira. Entre los artistas hay un silencio penoso. Algunos se encogen de hombros.*)

MANCINI.—(*Aplaudiendo él solo.*) ¡Bravo! ¡Extraordinario! ¡Estupendo!

JACKSON.—(*Entre el silencio general.*) ¡Estupendo!

(*Polly y Tilly se ponen a bailar, imitando a Consuelo y al barón, pero sin moverse de su sitio.*)

TILLY.—(*Fingiendo modales femeninos.*) Vaya, déjame.

POLLY.—No te me escapas. A bailar.

(*Cesa la música. Todos ríen la parodia de los excéntricos, que sollozan y lloran. El señor Briquet les hace señas de que callen. El barón, imperterrito, permanece frío.*)

MANCINI.—(*Al barón.*) ¿Qué quieres, Augusto? Educación de circo, de pista. No lo pueden remediar... (*Se encoge de hombros.*)

EL.—(*La copa en la mano, al barón.*) ¿Me permite, barón, un brindis?

BARÓN.—Seguramente.

EL.—¡Por vuestro baile!

(*Los artistas ríen por lo bajo.*)

BARÓN.—Yo no he bailado.

EL.—Pues, entonces, por otra cosa. Bebamos, barón, a la salud de los que saben esperar hasta que los echan.

BARÓN.—No puedo aceptar un brindis cuyo sentido no comprendo. Explíquelo más claro.

(*Una voz de mujer*: «*¡Bravo, El!*» *Risas disimuladas. Mancini, preocupado, habla al oído de Briquet, el cual hace un gesto amplio, abriendo los brazos, para expresar su aburrimiento.*)

JACKSON.—Acaba ya, El. Al barón no le gustan las bromas.

EL.—Pero yo quiero brindar con el barón. De modo que un brindis más claro... Pues allá va. Bebamos por el breve espacio que separa los labios de la copa.

(*Derrama el vino por el suelo. El barón, indiferente, le vuelve la espalda. Suenan los timbres anunciando el comienzo de la tercera parte del programa.*)

BRIQUET.—¡Al fin!... Señores, que se va a empezar. ¡Adentro! ¡Adentro!

(*Los artistas se precipitan a la puerta y queda la estancia como sorda. Mancini dice, contrariado, al barón:* «*¡Augusto! ¡Augusto!*»)

BRIQUET.—(*A Sinida.*) Gracias a Dios que va a empezar. ¿Qué te parece? Ha sido una grosería. ¿No? ¿Te callas?

SINIDA.—Déjame en paz.

(*El va hacia Consuelo, que está sola.*)

CONSUELO.—Querido El, ¿qué tienes? ¿Ya no quieres

nada conmigo? (*En voz baja.*) ¿Has visto qué mal se ha portado Alfredo?

EL.—Estuve esperando a que me llegase el turno, reconocita. Era imposible abrirse paso hasta ti.

CONSUELO.—(*Sonriendo melancólica.*) Pero ¿qué dices? Si estoy sola. ¿Qué ocurre, papá?

MANCINI.—Augusto desea...

CONSUELO.—Voy en seguida. (*A El.*) Ven acá. ¿Qué le dijiste? Todos rieron, y yo no entendí nada. ¿Qué le dijiste?

EL.—Nada, una broma sin importancia.

MANCINI.—(*Acercándose a Consuelo.*) Lo que haces es sencillamente incorrecto. Augusto tiene la cortesía de esperarte, y tú, mientras, te pones a cuchichear con el clown. Te observan todos. Vas a dar pábulo a que digan...

CONSUELO.—(*Riendo.*) Bueno, papá, déjame. Yo hablo con quien me parece. Además, todos son amigos, camaradas... ¿Tiene algo de particular?

BARÓN.—Déjela, conde. Consuelo, habla con quien quieras y cuanto quieras. (*Al conde.*) ¿Un cigarro? (*A Briquet.*) Insigne Briquet: le ruego haga prolongar el descanso unos minutos.

BRIQUET.—Como usted quiera. Avisaré, por si se impacienta la galería. (*Sale y entra en seguida.*)

EL.—(*Ofreciendo a Consuelo una copa llena de vino.*) Tu copa. ¡Por tu felicidad y tu libertad, Consuelo!

CONSUELO.—¿Y tú, no bebes?

EL.—Déjame la mitad.

CONSUELO.—¿Y tengo que beber la mitad? ¡Huy, no!, que acabaría borracha y he de bailar el tango a caballo.

EL.—No, Consuelo, no acabarás borracha. ¿Olvidas que soy el mago de tu sino? Bebe tranquila; ya hice mis conjuros, y el hechizo rige tu copa. Bebe, reina.

CONSUELO. — (*Titubeando.*) ¡Qué ojos tan ingenuos, El! ¿Pero por qué estás tan pálido?

EL.—Porque te quiero. Mira la ingenuidad en mis ojos, bebe y deja obrar en ti mi hechizo, diosa. Te dormirás y te despertarás como la otra vez, ¿te acuerdas? Volverás a ver tu patria, el cielo...

CONSUELO.—(*Llevando la copa a los labios.*) ¿De verdad veré el cielo?

EL.—(*Más pálido a cada instante.*) Sí. Piensa, ¡oh diosa!, en cuando surgiste de las espumas..., en el limpio cielo, azul y regio, como un manto..., en las ondas, que besaban tus pies de mármol divino...

CONSUELO.—(*Bebe.*) Mira: he bebido la mitad justa. Ahora, tú. Pero ¿qué te pasa? ¿Lloras o ríes?

EL.—Río y lloro a la par, Consuelo.

MANCINI.—(*Separando suavemente a El.*) Basta, condesa. Todo tiene un límite. Si Augusto, en su bondad, lo tolera, yo, como padre... (*A El.*) Sepárate inmediatamente.

CONSUELO.—Estoy fatigada.

MANCINI.—No te fatiga el coquetear con un bufón, beber con él..., y cuando el deber te reclama... Briquet, ordena que anuncien el número de Consuelo. Aquí hace frío.

CONSUELO.—Papá, otro poco; estoy cansada.

SINIDA.—Déjela, conde. ¿No está viendo qué palidez?

BARÓN.—¿Qué tienes, Consuelo?

CONSUELO.—Nada importante. Un poco de cansancio. Nada.

SINIDA.—Necesita reposo, barón. No se ha sentado en toda la noche. Está excitadísima. Siéntate aquí, Consuelo; abrígate y descansa un rato.

CONSUELO.—No puedo, tengo que trabajar. (*Cierra los*

ojos.) ¿Han sembrado de rosas la pista? ¿Puedo salir ya? Sinida.—Todo está listo. Galoparás sobre una alfombra de rosas. Pero sosiégate. Descansa.

Polly.—¿Quieres oír la música de tu número?

Consuelo.—Sí.

(Los excéntricos tocan en sus flautines una canción ingenua y primitiva. Todos guardan silencio. El se sienta en un extremo del diván. Jackson lo mira de hito en hito mientras sorbe lentamente su copa. El barón está ante Consuelo, en su actitud habitual, con las piernas abiertas, mirando atentamente la faz descolorida de la amazona.)

Consuelo.—*(Rápida, dando un grito.)* ¡Ay! ¡Ay!

Sinida.—¿Qué tienes, Consuelo?

Mancini.—Hija, ¿qué es eso? ¿Estás enferma?

Barón.—*(Palideciendo.)* Calma... Calma... Se ha fatigado demasiado. Consuelo... Vamos, Consuelo.

Consuelo.—*(Abre los ojos, se levanta y mira con gran extrañeza en derredor.)* ¿Qué es esto? Cómo me duele el corazón... Y las piernas... ¡Qué flojedad en las piernas! ¡No puedo permanecer en pie! *(Se deja caer en el diván con los ojos extraviados.)*

Mancini.—¡Un médico! ¡Un médico! ¡Pronto!...

Briquet.—Corran por un médico en seguida.

Jackson.—*(Al clown.)* ¿Qué has hecho, El?

El.—*(Acercándose a Consuelo.)* Es la Muerte, Consuelo. Es el hechizo de la copa. Los dos bebimos el veneno. Tú mueres, reina, y tu bufón contigo.

(Estalla en sollozos. Consuelo da un grito horrible, se estremece y cierra los ojos. Todos se muestran sorprendidos y aterrados. El barón permanece inmóvil, sin atender más que a Consuelo, de quien no se aparta.)

Mancini.—*(Estallando.)* ¡Mientes, miserable! Pero ¿qué has hecho? ¿Qué le has dado a beber, maldito bu-

tán? (*Asoman Besano y otros artistas, que al contemplar a Consuelo desvanecida se acercan silenciosamente y emocionados.*)

CONSUELO.—(*Con la voz muy débil, como si viniese de lo alto.*) Es una broma tuya, ¿verdad, El? No me asustes... ¿Esto es la Muerte? ¡Oh, yo no quiero morir!

(*El separa al barón y ocupa su lugar junto a Consuelo.*)

EL.—Sí, es una broma, reina mía. ¿No me oyes reir? ¿No ves qué cara de alegría? Aquí reimos todos, Consuelo. Reid, reid todos. Y tú, reina, descansa, reposa. (*Extiende los brazos sobre Consuelo, como amparándola. En un supremo esfuerzo, sintiendo cómo avanza en sus entrañas el tósigo, prorrumpe en locos gritos de júbilo.*) ¿Estás mejor? ¿Te sientes más ligera, más dichosa?

CONSUELO.—Sí, veo el circo... Veo la gente...

EL.—No. Es el mar, el sol. ¿No oyes el ruido de las olas? ¿No le sientes arrebatar hasta el sol? ¿Hacia lo alto, hacia lo alto?

CONSUELO.—Veo el mar... Veo el sol... (*Lentamente se extingue su vida. Silencio imponente. El permanece unos instantes mudo, y luego torna a prorumpir en gritos de júbilo, entrecortados por sollozos, en una lucha con la muerte que se le acerca. Sinida, Mancini, Polly, Tilly y Jackson rodean a Consuelo. De repente, excitado, furioso, entra Briquet, seguido del comisario, los agentes y varios artistas.*)

BRIQUET.—¡Aquí está! (*Señalando a El.*) Ese es el asesino. Prendedle.

EL.—(*Se abre paso, adelantando al centro de la escena, en un doble juego de hombre y clown.*) ¿Prenderme? ¿Para qué? Ya estoy preso. Y condenado. Pero no soy un asesino. Soy un libertador... Un amante... (*Viendo el de-*

tor de los demás ante Consuelo, muerta.) Pero ¿por qué calláis? ¿Por qué lloráis? Reid, reid todos... Reid todos como yo. La reina ha muerto. Y su bufón muere con ella. Pero no llorando. Riendo... (*Ríe en el centro del corro de artistas, mostrando en su intensa palidez y en el desmayo de su cuerpo una agonía de bufón enamorado.*)

TELÓN.

BIBLIOTECA NACIONAL
20 JUL. 1961
Secc. Control y Cat.

INDICE

Páginas

Prólogo de Cristóbal de Castro 9

Fuera de la ley.—Farsa trágica en cuatro actos, por León Lunst 23

La moneda falsa.—Tragedia grotesca en tres actos, por Máximo Gorki 101

El que recibe las bofetadas.—Farsa de circo en cuatro actos, por Leónidas Andreief 175

Printed in Spain